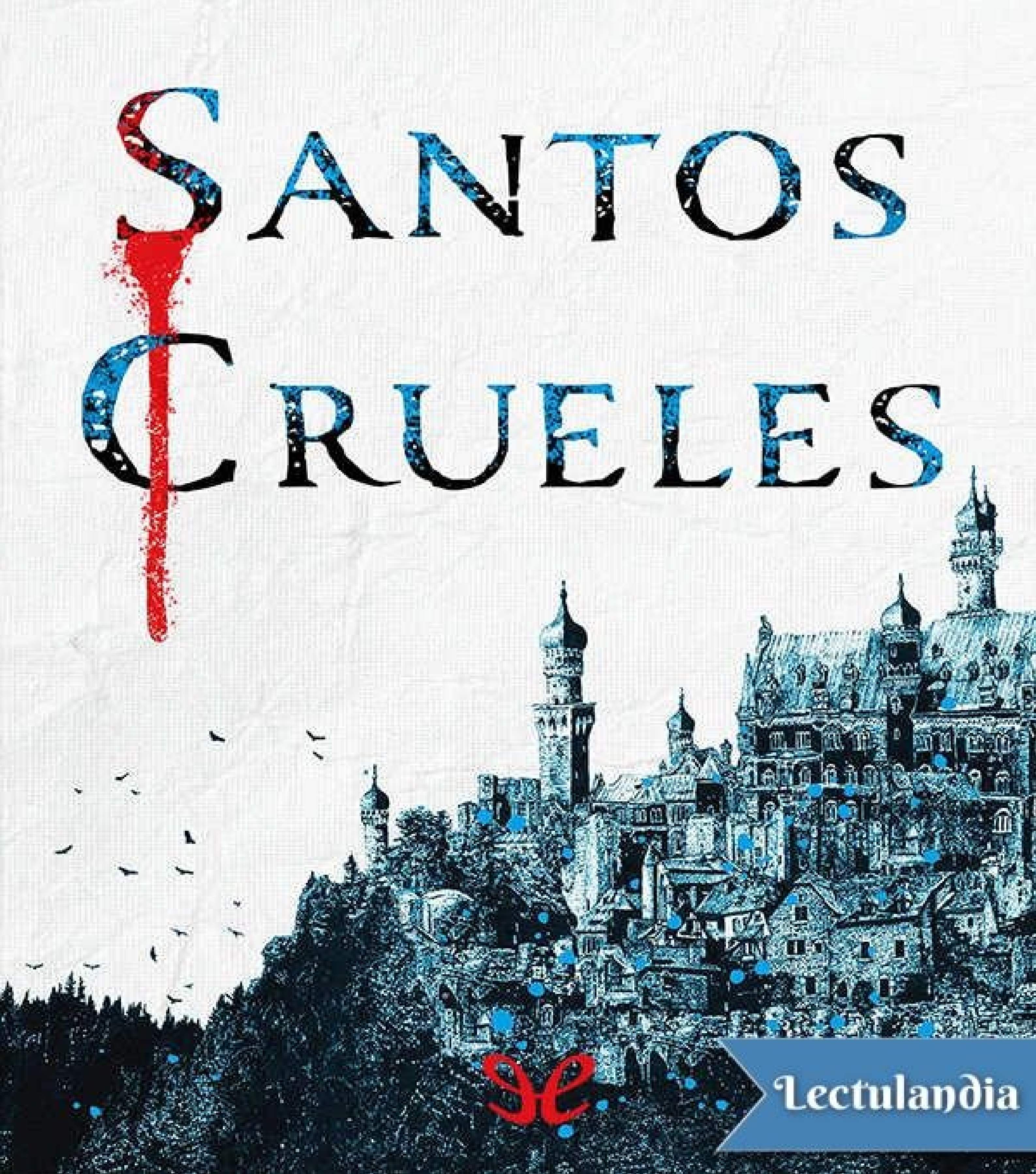
EMILY A. DUNCAN



Cuando Nadya reza a los dioses, ellos escuchan y dejan que la magia fluya por sus venas. Durante casi un siglo, los kalyazi han estado inmersos en una cruenta guerra sagrada contra los herejes tranavianos, y su poder es lo único que rivaliza con la magia de sangre del enemigo. Pero cuando el ejército invade el monasterio en el que se esconde, Nadya se ve obligada a huir del único hogar que ha conocido, mientras este es reducido a escombros por las llamas. Su obsesión a partir de ahora será la venganza. En la primera parte de la trilogía Algo oscuro y sagrado, Nadya deberá forjar una alianza inimaginable con un miembro de la realeza y un joven extraño con un poder aterrador. ¿Su plan? Asesinar al rey y detener la guerra.

Emily A. Duncan

Santos crueles

Algo oscuro y sagrado - 1

ePub r1.0
Titivillus 06.03.2021

Título original: *Wicked Saints*
Emily A. Duncan, 2019
Traducción: Aitana Vega Casiano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


AECII
EMPIRE
Valikhor Mountains
Monastery
Khavirsk
Baikkle Mountains
Komyazalov
KALYAZIN
Tobalsk
Farees'a
Ra'visan
Qorar
Baqtu
Tallnidesh
Mountains
AKOLA
Irdistini
Grey Sands
Yazin Ari
Isarin
Narjeen
LIDNADO
Haa'ti
Rosni-
Ovorisk
Tanów
Kyętri
Salt Mines
TRANAVIA
Tvir
Granyk
Cathedral
Palace
Kazatov
Disputed
Borderland
Lakelands

Para mamá y papá, los más fervientes partidarios.

1

NADEZHDA LAPTEVA

Muerte, magia e invierno. Un ciclo amargo que Marzenya hace girar con hilos carmesí alrededor de sus pálidos dedos. Ella es constante; es implacable; es eterna. Puede conceder cualquier hechizo a los que ha bendecido, su alcance es el tejido de la propia magia.

Códice de lo Divino, 2:18

El eco tranquilizador de un canto sagrado se filtraba desde el santuario hasta las bodegas. Era el final de la tarde, justo antes de las vísperas, un momento en el que los salmos a los dioses se entregaban en un coro sin esfuerzo.

Nadezhda Lapteva miró la montaña de patatas que amenazaba con desplomarse sobre la mesa. Torció el cuchillo con fuerza contra la que tenía en la mano y por poco no se le cae la piel al enrollar la cáscara en una espiral.

—El deber de un clérigo es importante, Nadezhda —murmuró, imitando el tono adusto del abad del monasterio—. Podrías cambiar la marea de la guerra, Nadezhda. Ahora ve a marchitarte en los sótanos por el resto de tu vida, Nadezhda.

La mesa estaba cubierta de espirales de cáscaras de patata. No había previsto perder todo el día en labores de recuperación, pero allí estaba.

—¿Has oído eso? —Konstantin actuó como si no hubiera hablado. Su cuchillo de pelar colgaba sin fuerza en sus dedos mientras escuchaba.

No había nada más que el servicio de arriba. Si estaba tratando de distraerla, no iba a funcionar.

—¿Es nuestra inminente muerte por avalancha de patatas? No la escucho, pero estoy segura de que se acerca.

Recibió una mirada fulminante como respuesta. Agitó su cuchillo hacia él.

—¿Qué podría ser? ¿Los Tranavianos en nuestra puerta? Tienen siete mil escaleras que subir primero. Tal vez es su Alto Príncipe y finalmente ha decidido convertirse.

Intentó ser ingenua, pero la idea de que el Alto Príncipe estuviera cerca del monasterio la hacía temblar. Se rumoreaba que era un mago de sangre extremadamente poderoso, uno de los más aterradores de toda Tranavia, una tierra plagada de herejes.

—Nadya —susurró Konstantin— hablo en serio.

Nadya clavó su cuchillo en otra patata mientras lo miraba. Era culpa suya que estuvieran allí abajo. Sus travesuras, conjuradas a partir de una mezcla de aburrimiento y delirio después de las oraciones matutinas, habían sido inocentes al principio. Cambiar el incienso del monasterio por hierba de limón o cortar las mechas de las velas del santuario. Ofensas menores en el mejor de los casos. Nada que mereciera la muerte por patatas.

Sin embargo, llenar la palangana del padre Alexei con un tinte rojo que parecía sangre fue lo que los hizo fallar.

La sangre no era algo que se tomara a la ligera, no en esos tiempos.

La furia del padre Alexei no terminó en los sótanos. Después de escalar la Montaña de Patata —si es que escalaban la Montaña de Patata— aún tenían que copiar horas de textos sagrados en el scriptorium. A Nadya le daban calambres en las manos sólo de pensarlo.

—Nadya —su cuchillo se desvió cuando Konstantin le dio un codazo.

—Maldita sea, Kostya.

Mi racha perfecta de cincuenta y cuatro espirales intactas, arruinada, pensó con tristeza. Se limpió las manos en la túnica y lo miró con desprecio.

Sus ojos oscuros se concentraron en la puerta cerrada que conducía al piso superior. No había nada más que la…

Oh.

La patata se le escapó de los dedos, cayendo al suelo polvoriento. No se había dado cuenta de que el servicio de arriba se había detenido. Los dedos de Kostya se clavaron en su manga, pero su contacto se sentía distante.

Esto no puede estar pasando.

—Cañones —susurró, de alguna manera haciéndolo más real al decir la palabra en voz alta.

Cambió la empuñadura de su cuchillo, volteándolo hacia atrás como si se tratara de uno de sus *voryens* de hoja fina y no de una cuchilla de cocina medio desafilada.

Los cañones eran un sonido que todos los niños de Kalyazin conocían íntimamente. Era con lo que crecían, sus canciones de cuna mezcladas con los disparos en la distancia. La guerra era su compañera constante, y los niños de Kalyazin sabían que debían huir cuando oían esos cañones y probaban el tinte de hierro de la magia en el aire.

Los cañones sólo significan una cosa: magia de sangre. Y la magia de sangre significaba Tranavianos. Durante un siglo, una guerra santa había hecho estragos entre Kalyazin y Tranavia. A los Tranavianos no les importaba que su magia de sangre profanara a los dioses. Si se salieran con la suya, el toque de los dioses sería erradicado de Kalyazin como lo había sido de Tranavia. Pero la guerra nunca había llegado más allá de la frontera de Kalyazin. Hasta ese momento. Si Nadya podía oír los cañones, eso significaba que la guerra se estaba tragando lentamente a Kalyazin. Pulgada a pulgada sangrienta se estaba filtrando en el corazón del país de Nadya y trayendo muerte y destrucción con ella.

Y sólo había una razón por la que los Tranavianos atacarían un monasterio aislado en las montañas.

Los sótanos temblaron y llovió tierra. Nadya miró a Kostya, cuya mirada era de ojos rojos pero temerosa. Sólo eran acólitos con cuchillos de cocina. ¿Qué podían hacer si venían los soldados?

Nadya tiró del rosario que llevaba en el cuello; las suaves cuentas de madera se sentían frescas contra las yemas de sus dedos. Había alarmas que se dispararían si los Tranavianos traspasaban las siete mil escaleras que conducían al monasterio, pero ella nunca las había oído. Esperaba nunca hacerlo.

Kostya le tomó la mano y sacudió la cabeza lentamente, con sus ojos oscuros solemnes.

—No hagas esto, Nadya —dijo.

—Si nos atacan, no me esconderé —contestó con obstinación.

—¿Incluso si significa una elección entre salvar este lugar y todo el reino?

Él la tomó del brazo de nuevo y dejó que la arrastrara de regreso a los sótanos. Su miedo estaba justificado. Ella nunca había estado en una batalla real, pero se enfrentó a su mirada desafiante. Todo lo que conocía era este monasterio, y si pensaba que ella no iba a luchar por él, entonces estaba loco. Ella iba a proteger a la única familia que tenía; para eso la habían entrenado. Se pasó una mano por el pelo corto. No podía detenerla; ambos lo sabían.

Nadya se zafó del agarre de Kostya.

—¿De qué sirvo si huyo? ¿Cuál sería el punto?

Abrió la boca para protestar, pero el sótano tembló tan fuerte que Nadya se preguntó si no estarían a punto de ser enterrados vivos. La suciedad del techo empolvó su pelo rubio. En un instante, atravesó el sótano y se acercó a la puerta que daba a las cocinas. Si las campanas estaban en silencio, eso significaba que el enemigo seguía en las montañas. Había tiempo…

Su mano tocó el pomo de la puerta justo cuando las campanas empezaron a sonar. El sonido le resultó familiar, como si no fuera más que otra llamada al santuario para rezar. Entonces la sacudió el tono chillón y urgente que adquirieron, una cacofonía de campanas agudas. No quedaba tiempo. Abrió la puerta de un tirón y subió las últimas escaleras hasta las cocinas, con Kostya pisándole los talones. Cruzaron el jardín —vacío y muerto por los amargos meses de invierno— hasta el complejo principal.

A Nadya le habían explicado el protocolo innumerables veces. Ir al fondo de la capilla. Rezar, porque eso era lo que mejor sabía hacer. Los otros irían a las puertas a luchar. Ella debía ser protegida. Pero todo era una formalidad, los Tranavianos nunca llegarían tan lejos en el país, todos esos planes eran simplemente si ocurría lo imposible.

Bueno, he aquí lo imposible.

Abrió de un empujón las pesadas puertas que conducían a la parte trasera del santuario, pero sólo consiguió moverlas lo suficiente como para que Kostya y ella se deslizaran a través de ellas. El tañido de las campanas golpeaba sus sienes, doloroso con cada latido. Estaban hechas para sacar a todo el mundo del sueño a las tres de la mañana para los servicios. Hicieron el trabajo.

Alguien chocó con ella al pasar por un pasillo contiguo. Nadya se giró, con la hoja de cocina preparada.

—¡Santos, Nadya! —Anna Vadimovna se llevó una mano al corazón.

Llevaba una *venyiashk* —una espada corta— en la cadera, y otra hoja larga y delgada aferrada en la mano.

—¿Puedo tener eso? —Nadya buscó la daga de Anna.

Anna se la entregó sin palabras. Se sentía sólida, no endeble como el cuchillo de pelar.

—No deberías estar aquí —dijo Anna.

Kostya lanzó a Nadya una mirada mordaz. En la jerarquía del monasterio, Anna —como una sacerdotisa por orden—, no le agradaba a Nadya. Si Anna le ordenaba ir al santuario, no tendría más remedio que obedecer.

Así que no le daré a Anna la oportunidad.

Nadya se fue por el pasillo.

—¿Han abierto una brecha en las escaleras?

—Estaban cerca —dijo Anna.

Estar cerca significaba la posibilidad real de que llegaran al patio y encontraran a los Tranavianos ya allí. Nadya tiró de su rosario, sus dedos se engancharon en las cuentas estriadas mientras buscaba la correcta. Cada cuenta de madera tenía tallado un símbolo que representaba a un dios o diosa del panteón, veinte en total. Las conocía por el tacto, sabía exactamente qué cuenta debía pulsar para sintonizar con un dios concreto.

Nadya deseó una vez mezclarse con los otros huérfanos Kalyazi del monasterio, pero la verdad era que, desde que tenía uso de razón, cuando rezaba los dioses la escuchaban. Los milagros ocurrían, la magia. Eso la hacía valiosa. La hacía peligrosa.

Tiró de su collar hasta que la cuenta que quería estaba en la parte inferior. El símbolo del espada tallado en ella se sentía como una astilla contra su pulgar. Lo apretó y elevó una plegaria a Veceslav: el dios de la guerra y la protección.

—*¿Nunca te has preguntado cómo sería esto si estuvieras luchando contra personas que también pidieran mi protección?* —Su voz era una cálida brisa de verano que se deslizaba por su nuca.

Verdaderamente somos afortunados de que nuestros enemigos sean herejes, respondió ella. Herejes que estaban ganando la guerra.

Veceslav siempre era parlanchín, pero en ese mismo momento Nadya necesitaba ayuda, no conversación.

Necesito algunos hechizos de protección, por favor, imploró.

Su pulgar atrapó la cuenta de Marzenya, presionando contra el símbolo de una calavera con la boca abierta. *Y si Marzenya está cerca, también la necesito*.

La magia corría por sus venas, un torrente de poder que venía acompañado de acordes de habla sagrada, un lenguaje que sólo conocía cuando los dioses lo concedían. El corazón de Nadya se aceleró, menos por el miedo que por la embriagadora emoción de su poder.

El amplio patio estaba benditamente silencioso cuando finalmente atravesó las puertas delanteras de la capilla. A la izquierda había un camino que conducía a las celdas de los hombres; a la derecha, otro se adentraba en los bosques donde el monasterio guardaba un antiguo cementerio que albergaba los cuerpos de santos desaparecidos hacia siglos. La nieve de la noche anterior se acumulaba en el suelo y el aire era gélido. Casi todas las

noches —y días— nevaba en la cima de los montes Baikkle. Con suerte, eso frenaría a los Tranavianos.

Nadya buscó con la mirada al padre Alexei y lo encontró en lo alto de la escalera. Los sacerdotes y sacerdotisas que se entrenaban para la batalla esperaban en el patio y su corazón se retorció al ver lo pocos que eran. Su confianza vaciló. Apenas dos docenas contra una compañía de Tranavianos. Se suponía que eso no iba a suceder. El monasterio estaba en medio de las montañas sagradas; era difícil —casi imposible— llegar a él, sobre todo para los que no estaban acostumbrados al terreno prohibitivo de Kalyazin.

Marzenya rozó sus pensamientos.

—*¿Qué necesitas, hija mía?* —dijo la diosa de la magia, sacrificio y de la muerte. Marzenya era la patrona de Nadya en el panteón, la que la había reclamado cuando era una niña.

Quiero dar a los herejes una muestra de bienvenida de la magia Kalyazi, respondió. *Que teman lo que los fieles pueden hacer*.

Sintió la presión de la diversión de Marzenya y luego una ráfaga diferente de poder. La magia concedida por Marzenya no se parecía en nada a la concedida por Veceslav. Donde él era calor, ella era hielo, invierno y furia cósmica.

Tener su magia al mismo tiempo picaba bajo la piel de Nadya, impaciente e impulsiva. Dejó a Kostya y a Anna, dirigiéndose al lado del Padre Alexei.

—Mantenga a nuestra gente lejos de las escaleras —dijo en voz baja.

El abad la miró con las cejas fruncidas. No porque una chica de diecisiete años le estuviera dando órdenes —aunque si sobrevivían la regañaría a *conciencia* por ello—, sino porque se suponía que ella no debía estar allí. Se suponía que debía estar en *cualquier* sitio menos allí. Nadya arqueó las cejas expectantes, deseando que aceptara su lugar allí.

Tenía que quedarse. Tenía que luchar. No podía seguir escondiéndose en los sótanos, no mientras los herejes destrozaban su país, su hogar.

—Retrocedan —llamó después de una pausa—. ¡Los quiero a todos en las puertas! —El patio era un recinto estrecho, no hecho para la lucha—. ¿Qué estás planeando, Nadezhda?

—Sólo un juicio divino —respondió, rebotando sobre las puntas de los pies. Iba a temblar si dejaba de moverse y se permitía pensar en lo que estaba a punto de suceder.

Escuchó su cansado suspiro mientras se dirigía a donde las escaleras se unían con el patio. Era la única manera de que el enemigo llegara al monasterio, e incluso entonces a veces los escalones estaban tan cubiertos de

hielo que eran imposibles de subir. Ese día no hubo tanta suerte. ¿Cómo pudieron saber los Tranavianos que ella estaba allí? Las únicas personas que sabían que Nadya existía estaban en el monasterio.

Bueno… estaba el *zar*. Pero él estaba muy, muy lejos en la capital. Era poco probable que las noticias de ella se hubieran extendido a Tranavia.

Su aliento susurró en una oración de palabra sagrada, símbolos que formaban una luz en sus labios y que se desprendían en una nube de niebla. Se arrodilló y pasó los dedos por encima de la escalera. La piedra resbaladiza se congeló, convirtiendo la escalera en un solo bloque de hielo.

Haciendo girar ociosamente el *voryen* en su mano, dio un paso atrás. El hechizo era una táctica para ganar tiempo; si los Tranavianos tenían un mago de sangre que pudiera contrarrestar su magia, no duraría.

Ya no hay vuelta atrás.

Nadya podía luchar contra un mago de sangre normal. Pero la posibilidad de que se tratara de un teniente o general Tranaviano —un mago ascendido sólo por su poder mágico— le daba ganas de volver corriendo al santuario al que pertenecía.

Marzenya se burló de su duda.

Yo te pertenezco aquí, se dijo Nadya.

Kostya se puso a su lado. Había abandonado su cuchillo de cocina por un *noven'ya*, un bastón con una larga hoja en un extremo. Se apoyó en él, observando la pendiente en la que la escalera se perdía de vista.

—Vete —dijo—. No es demasiado tarde.

Nadya le sonrió.

—Es demasiado tarde.

Como si estuvieran de acuerdo con ella, las campanas se cortaron con un desconcertante último toque. El aire alrededor del monasterio estaba en silencio, salvo por el sonido constante de los cañones, que en ese momento golpeaban claramente en la base de la montaña.

Si Rudnya caía, el monasterio sería el siguiente. La ciudad en la base de las montañas estaba bien fortificada, pero estaban en el corazón de Kalyazin. Nadie había esperado que la guerra llegara tan al oeste. Se suponía que se quedaría en la frontera oriental donde Kalyazin y Tranavia se encontraban, justo al norte de la frontera de Akola.

Una grieta subió por el sólido bloque de hielo de la escalera como una telaraña. Se extendió, formando un patrón de fracturas antes de que todo se hiciera añicos. Kostya tiró de Nadya hacia el patio.

—Tenemos el terreno elevado —murmuró.

Ella sostenía una sola *voryen*. Sólo una daga.

Tenemos el terreno elevado.

Hubo un temblor en el silencio y un toque agudo se clavó en la parte posterior de su cráneo.

—*Magia de sangre* —siseó Marzenya.

El corazón de Nadya se alojó en su garganta, la duda deslizaba fríos zarcillos por su columna vertebral. Sintió que su magia temblaba y, sin pensarlo, empujó a Kostya a un lado justo cuando algo estalló cerca de donde él había estado. Un duro trozo de hielo se estrelló contra su espalda, y el dolor le llegó hasta los dedos de los pies. Fue lanzada sobre Kostya y ambos cayeron al suelo.

Volvió a ponerse en pie antes de que Nadya se diera cuenta de lo sucedido. El patio se llenó de magia y acero mientras los soldados subían en tropel por las escaleras. Se puso en pie, manteniéndose al lado de Kostya, cuya espada se movía a un ritmo vertiginoso mientras la defendía de los soldados Tranavianos.

Se esperaba que los hijos de una tierra desgarrada por la guerra supieran cómo reaccionar cuando el enemigo finalmente los llamara. Kostya y Nadya tenían su estrategia perfeccionada. Ella era rápida, él era fuerte y harían cualquier cosa para protegerse mutuamente. A menos que ella causara su caída con sus deshilachados nervios. Sus miembros temblaron cuando más magia de la que estaba acostumbrada recorrió su cuerpo.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Las oraciones de pánico a los dioses sólo se encontrarían con más magia; Nadya tenía que decidir por sí misma cómo utilizarla.

Pasó la mano por la parte plana de su *voryen*. Una luz blanca y pura siguió su toque y, aunque no estaba del todo segura de lo que haría, lo descubrió rápidamente cuando cortó a un soldado Tranaviano. Sólo le alcanzó el brazo, pero, como un veneno, la luz ennegreció su carne en el punto de contacto. Se extendió por su brazo hasta su cara, ahogando sus ojos con la oscuridad antes de que se desplomara, muerto. Se tambaleó hacia Kostya. El impulso de soltar su *voryen* le punzó la mano.

Yo lo maté. Nunca he matado a nadie.

La mano de Kostya bajó para rozar la suya.

—*Continua* —instó Marzenya.

Pero había tanta magia arremolinándose en el aire, era tan poderosa y Nadya sólo era una clériga. El miedo la consumió durante otro largo latido hasta que Marzenya le clavó un dolor agudo y punzante en la nuca.

Continúa.

La escarcha curvó sus dedos y se agachó bajo la hoja de un Tranaviano, golpeando su mano congelada contra su pecho. Como la última, la piel ennegrecida subió por su cuello y llegó a su cara antes de caer, con la luz parpadeando en sus ojos.

El pecho de Nadya se contrajo. Le dieron ganas de vomitar y el amargo codazo de Marzenya por su debilidad la sacudió. Allí no había lugar para sentimientos fuera de lugar. Eso era la guerra. La muerte era inevitable. Necesaria.

—¡*Nadezhda*! —La advertencia de Marzenya llegó demasiado tarde.

Las llamas la envolvieron, lamiendo bajo su piel, su sangre hirviendo. El dolor ennegreció su visión. Tropezó y Kostya la atrapó, sacándolos de la batalla justo antes de que cayera de rodillas en las sombras de la puerta de la capilla. Apretó los dientes y se mordió el interior del labio; la sangre le cubrió la boca, metálica y afilada. Se esforzó por respirar. Era como si la quemaran viva de adentro hacia afuera.

Cuando creyó que ya no podía soportar más, la presencia de Veceslav se hizo presente, envolviendo a Nadya como una pesada manta. Calmó la magia, apartándola hasta que pudo respirar. Ella no le había llamado; él simplemente lo había sabido.

No tuvo tiempo de inmutarse por la omnipresencia de los dioses. Se puso en pie con dificultad, con los miembros temblando. El mundo giraba peligrosamente, pero no importaba. Fuera lo que fuera, había venido de un poderoso mago. Recorrió el patio y, cuando lo encontró, se le heló la sangre que antes hervía.

Había cometido un terrible error.

Debí haberme escondido.

A treinta pasos de distancia, en la entrada del patio, se encontraba un Tranaviano con un papel manchado de sangre arrugado en el puño. Una viciosa cicatriz le acuchillaba el ojo izquierdo. Empezaba en la sien y terminaba justo en la nariz. Observó la violencia con una leve mueca. Nadya no necesitó fijarse en las insignias rojas y el trenzado dorado de su uniforme para reconocerlo.

Había rumores sobre el Alto Príncipe Tranaviano en todo el monasterio. Un muchacho convertido en general apenas seis meses después de aventurarse en el frente cuando tenía dieciséis años. Alguien que había utilizado la guerra para alimentar su ya terrible dominio de la magia de sangre. Un monstruo.

Todas las dudas que Nadya había alejado se volvieron a estrellar sobre ella. Eso no podía ser real, no el Alto Príncipe; no *él*.

Era joven, sólo unos años mayor que ella, con los ojos más pálidos que jamás hubiera visto. Como si la sintiera, esos ojos pálidos se encontraron con los de Nadya y sus labios se torcieron en una sonrisa irónica, su mirada se desvió hacia la magia que se arremolinaba como la luz en sus palmas.

Dejó escapar un torrente de maldiciones.

Necesito… necesito algo poderoso, rezó frenéticamente. Va a venir a por mí. Me está mirando.

—*Te arriesgas a herir a los fieles* —respondió Marzenya.

El mundo se inclinó. El negro hizo un túnel en la visión de Nadya en las esquinas. El patio era una pesadilla. La nieve salpicada de carmesí, los cuerpos de aquellos con los que Nadya había vivido, trabajado y rezado, caídos y rotos sobre las piedras.

Fue una matanza y fue su culpa. Los Tranavianos no estarían allí si no fuera por ella. Si ella muriera, ¿valdría la pena esa masacre?

El príncipe comenzó a cruzar el patio en dirección a Nadya y su pánico hizo desaparecer todo lo demás. Si la atrapaba, ¿qué le daría su sangre? ¿Qué podría hacer con la magia que ella tenía? Había tantos Tranavianos, tenían tanta magia y todos los que ella conocía iban a morir.

Kostya la empujó hacia las sombras. Su magia se esfumó mientras su espalda se estrellaba contra la puerta.

—Nadya —susurró Kostya, mirando frenéticamente por encima del hombro. El príncipe estaba fuera de la vista, pero tenía muy poco espacio para cruzar.

No quedaba tiempo. Se había acabado. Kostya le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tienes que irte, Nadya, tienes que correr.

Ella lo miró fijamente, horrorizada. ¿*Correr*? ¿Después de que todos sus seres queridos habían sido heridos, se suponía que debía huir para ponerse a salvo? ¿En qué la convertiría eso, si corriera para salvarse? El monasterio era el único hogar que Nadya había conocido.

—Tienes que irte —dijo Kostya—. Si caes ante él, la guerra estará perdida. Tienes que vivir, Nadya.

—Kos —le besó la frente, con los labios calientes, deslizando algo frío y metálico contra la palma de su mano.

—Tienes que vivir —repitió con rudeza. Luego se apartó para llamar a Anna.

Nadya dejó caer lo que le había dado en su bolsillo sin mirarlo.

Anna luchaba a unos pasos de distancia, con los cuerpos amontonados a sus pies. Levantó la cabeza cuando oyó su nombre. Kostya movió la cabeza en dirección a Nadya y la comprensión aclaró los rasgos de Anna.

Kostya se volvió hacia Nadya, con una expresión en su rostro que ella nunca había visto antes. Abrió la boca para hablar, pero se sacudió violentamente hacia delante y su rodilla se dobló por debajo de él. Un perno de ballesta sobresalía por la parte trasera de su pierna.

Un grito salió de la garganta de Nadya.

—¡Kostya!

—Es hora de irse, Nadya —Anna la tomó del brazo y la arrastró hacia el camino que llevaba al cementerio.

No puedo dejar a Kostya.

Kostya, que, cuando se conocieron, había considerado su inusual don con una expresión seria antes de bromear diciendo que no podía hacer ni una sola cosa mala en su vida, o los dioses lo sabrían inmediatamente. Kostya, que no tuvo en cuenta su condición divina y la engatusó con todo tipo de bromas y travesuras. Kostya, el chico que le hacía rodar manzanas durante lo rezos. Kostya, su amigo, su familia.

Les hizo un gesto con la mano para que se fueran, con el dolor vivo en su rostro. Nadya luchó contra Anna, pero la sacerdotisa era más fuerte. *No Kostya*. Ella estaba perdiendo todo, no podía perderlo a él también.

No cambiaré mi seguridad por su vida.

Su garganta se cerró por las lágrimas.

—¡No lo dejaré!

—Nadya, tienes que hacerlo.

No pudo liberarse. Sólo pudo tropezar mientras Anna la arrastraba hasta un mausoleo, abriendo la puerta de una patada. Lo último que vio antes de que Anna la arrastrara a la oscuridad fue a Kostya, cuyo cuerpo se estremecía al recibir otro disparo.

2

NADEZHDA LAPTEVA

Cuando los fieles acudieron al dios de la protección contra una horda errante del norte, esperaban su bendición, sólo para ser masacrados en la guerra que siguió. Su locura consistió en olvidar que Veceslav era también el dios de la guerra, y que el hierro debía ser probado.

Códice de lo Divino, 4:114

Anna pasó por delante de Nadya, cerrando la puerta de golpe y atrancándola. Nadya se esforzó por detenerla, Kostya iba a morir si no hacía algo, pero Anna se puso delante de la puerta, impidiendo el paso de Nadya.

—*Nadya* —suplicó en voz baja, con todo lo que no estaba diciendo espeso en su voz.

Eso siempre había sido una posibilidad; Nadya sabía que sus amigos estaban dispuestos a morir por ella. Lo único que podía hacer en ese momento era asegurarse de que sus muertes no fueran en vano. Llorar la pérdida más tarde, sobrevivir en ese momento.

Apretó los puños y se dio la vuelta. Las escaleras descendían en la oscuridad ante ella. Estuvo a punto de tropezar en el primer peldaño y aprendió por las malas hasta dónde llegaban. Anna la agarró del brazo para estabilizarla y se dio cuenta de que la sacerdotisa estaba temblando.

—¿Puedes conseguirnos algo de luz? —preguntó Anna. Había lágrimas en su voz, apenas contenidas.

La oscuridad era asfixiante, pero a Nadya el silencio le resultaba aún más desconcertante. No había nada, a pesar de que la batalla se libraba justo en el exterior. Debian poder oír el choque de metal y los gritos de la batalla cerca, pero todo estaba en silencio.

Nadya podía hacer luz. Tiró de su rosario y encontró la cuenta de Zvonimira y la llama de la vela que marcaba a la diosa de la luz. Envió una débil oración; nada más que una débil petición por algo que no podía salvarlas.

Un hilo de discurso sagrado se movió por sus labios en un susurro mientras Zvonimira reconocía la oración. Una luz blanca chispeó en sus manos. Apretando las yemas de los dedos, formó una bola de luz que podía girar en el aire, iluminando el espacio que los rodeaba.

—*Golzhin dem* —maldijo Anna en voz baja.

Impotente, Nadya no pudo hacer otra cosa que seguir a Anna mientras bajaba los escalones. Su mejor amigo probablemente estaba muerto. Todo lo que había conocido, destruido. Cada vez que parpadeaba, la fría sonrisa del Alto Príncipe aparecía ante ella. Nunca más estaría a salvo.

Tomaría meses de pelar una montaña de cáscaras de patatas en vez de esto.

Nadya no sabía si alguno de los campamentos militares cercanos seguía en pie, o si los Tranavianos los habían arrasado al adentrarse en el país. Si podía llegar a la capital de Komyazalov y a la Corte de Plata, había alguna esperanza, pero dudaba que fuera posible con el Alto Príncipe a sólo unos pasos de distancia.

Nadya debía permanecer en secreto durante un año más, entrenando en las montañas sagradas con sacerdotes que —aunque no tenían magia ellos mismos— comprendían los fundamentos de la divinidad. Como que una campesina podía ser lo único que salvaría a Kalyazin de las antorchas de los herejes. Pero a la guerra no le importaban los planes cuidadosamente trazados.

Ya la guerra le había quitado todo a Nadya y no sabía qué debía hacer. Le dolía el corazón y la visión de Kostya tambaleándose con los pernos de la ballesta clavados en su cuerpo era lo único que podía ver.

Anna la condujo por las escaleras hasta un largo y húmedo túnel. No parecía que nadie hubiera estado allí abajo en décadas. Después de unos minutos de caminar en silencio, Anna se detuvo frente a una vieja puerta de madera incrustada en la pared. Empujó su hombro contra ella hasta que se abrió con un gemido doloroso. El polvo llovió sobre sus cabezas, salpicando el pañuelo de Anna como si fuera nieve.

En el interior había un almacén lleno de ropa de viaje, estantes de armas y contenedores de alimentos cuidadosamente conservados.

—El padre Alexei esperaba que este lugar nunca fuera necesario —Anna suspiró con nostalgia.

Nadya tomó la cálida túnica violeta y el par de pantalones marrón oscuro que Anna le lanzó. Se los puso por encima de su delgada vestimenta. Anna le arrojó un grueso abrigo negro de lana y un sombrero forrado de piel. Anna se puso su propia ropa antes de dirigirse al estante de armas. Le dio a Nadya un juego doble de *voryens* ornamentados. Se detuvo, mirando las espadas en la mano de Nadya y luego le entregó sin palabras una tercera, consideró más, y luego una cuarta.

—Se pierden todo el tiempo —explicó.

Eso era bastante cierto. Nadya se ató dos de las espadas al cinturón y deslizó las otras dos en sus botas. Al menos estaría armada cuando el príncipe la atrapara. Anna sacó un *venyiornik* del armero —una espada larga de un solo filo— y se lo ató a la cadera.

—Eso debería servir —murmuró. Tomó dos bolsas vacías y empezó a llenarlas cuidadosamente con comida—. Ata esos petates y esa tienda a las bolsas, ¿quieres?

Toda la habitación se estremeció, con un choque ensordecedor procedente de la puerta. Nadya lanzó un grito de sorpresa. Giró la cabeza hacia el pasillo. Nada más que oscuridad. Anna tiró sin cuidado un contenedor de comida en conserva en uno de los paquetes.

El pánico atenazó el pecho de Nadya. El túnel no era muy largo. Los Tranavianos podrían llegar en unos instantes.

Anna se echó una mochila al hombro y salió al túnel. El mundo cambió peligrosamente cuando palabras en un idioma rápido que Nadya apenas entendía bajaron flotando desde la dirección por la que acababan de llegar.

No necesitó entender las palabras ni reconocer la voz. Era el príncipe. Tenía que serlo. No podía durar contra él.

Luego corrió, corrió, *corrió* tras Anna. Tenía que confiar en que la sacerdotisa conocía los giros y las curvas del túnel; tenía que confiar en que, dondequiera que los llevara, no se encontrarían con una compañía de Tranavianos.

El sonido de la magia golpeando las paredes silbó detrás de ellas. Algo rozó la oreja de Nadya y el calor se desprendió de ella en oleadas. Se estrelló contra la curva del túnel ante ella, estallando en una lluvia de chispas. Estaba cerca; estaba demasiado cerca.

—*¡Tek szalet wylkesz!* —El grito que resonaba en el túnel no sonaba enfadado. En todo caso, sonaba divertido. Una risa se escuchó, clara y

sardónica.

Nadya se detuvo el tiempo suficiente para mirar hacia la oscuridad. Un sonido de golpeteo provenía del interior de allí. Empezó lento, pero fue aumentando de intensidad y no se escuchaba como una cosa, sino como muchas. Muchas cosas en movimiento. Entrecerró los ojos. Un millar de pequeñas alas batiendo.

Anna la tiró hacia abajo justo cuando una masa de murciélagos pululaba en el reducido espacio del túnel.

El hechizo de luz de Nadya se cortó, sumiéndolas en una oscuridad viva y móvil. Los murciélagos atrapaban sus cabellos y rasgaban cualquier piel desprotegida. Nadya siguió a Anna a ciegas, la mano de la sacerdotisa en la suya era lo único que tenía que no era la oscuridad viviente. Era como si la oscuridad se la tragara viva.

Quedaron atrapadas entre el cambiante revuelo de alas y garras hasta que finalmente Anna atravesó una puerta y las chicas y los murciélagos se desparramaron por la nieve.

Los murciélagos se convirtieron en volutas de humo en el momento en que se encontraron con la luz que se desvanecía. Nadya se puso en pie de un salto y ayudó a Anna a levantarse. Su mirada se fijó en la abertura, en la franja negra que se abría contra la nieve blanca y brillante de la ladera de la montaña.

—Tenemos que movernos —dijo Nadya, alejándose de la entrada de la cueva.

Miró a Anna, preocupada al no obtener respuesta. Anna se quedó mirando la puerta abierta. No apareció ningún Tranaviano.

Moriremos si no nos movemos. Nadya levantó una mano mientras la otra luchaba por su rosario, enganchando la cuenta derecha. Envió una simple oración a Bozidarka, la diosa de la visión. Una imagen vívida se apoderó de su vista. El príncipe, recostado contra un muro de piedra, con una sonrisa desagradable y burlona en el rostro, los brazos cruzados sobre el pecho. A su lado, mirando hacia la abertura del túnel, una muchacha de baja estatura con el pelo negro cortado severamente a la altura de la barbilla, con un parche de púas sobre uno de sus ojos.

Nadya volvió a la realidad y su visión se aclaró. La cabeza le daba vueltas por el esfuerzo y los ojos se le nublaron hasta que no vio más que el blanco de la nieve. Se tambaleó sobre sus pies, exhaló y se centró. Los Tranavianos no los seguían. No sabía por qué, pero no lo cuestionaría. Pronto llegarían.

—Estamos a salvo por ahora —dijo, agotada.

No más magia. No hasta después de haber dormido.

—Eso no tiene ningún sentido —murmuró Anna.

Nadya se encogió de hombros, mirando la severa ladera de la montaña. La nieve se amontonaba y en el lugar donde se encontraban los árboles eran escasos. Había poco que utilizar para cubrirse cuando los Tranavianos finalmente se aventuraron a salir de los túneles.

Anna jadeó y Nadya se volvió. Intentó armarse de valor, pero cuando su mirada se dirigió hacia la cima de las montañas, siguió sintiéndose como un puñetazo en el estómago.

Unas nubes negras de humo surgieron de un punto alto de la cumbre. Llenó el cielo como si fuera a tragárselo por completo. Las rodillas de Nadya cedieron y se dejó caer en la nieve.

Kostya se había ido.

Todo había desaparecido. Era como si hubiera una herida abierta en el lugar donde debería estar el corazón de Nadya, un vacío en su pecho que lo había absorbido todo dejándola absolutamente sin nada. No tenía *nada*.

Se clavó una uña en la palma de la mano, dejando que el dolor agudo le despejara la cabeza el tiempo suficiente para parpadear las lágrimas. Las lágrimas eran inútiles. No había tiempo para lamentarse, aunque lo deseara. No podían ganar esa guerra; los Tranavianos iban a quedarse con todo y a reducir Kalyazin a cenizas. Luchar era inútil.

¿Por qué los dioses no detuvieron eso? Se negaba a creer que esa destrucción fuera la voluntad de los dioses. Ellos no podían haber querido eso.

Nadya se sobresaltó cuando Anna deslizó su mano entre las suyas.

—*El hierro debe ser probado* —dijo Anna, citando el Códice—. No podemos conocer las intenciones de los dioses.

Las intenciones no siempre fueron amables ni justas.

Como si fuera un conjuro, la cálida presencia de Marzenya se deslizó sobre Nadya como un manto, pero la diosa no habló. Nadya agradeció el silencio. Cualquier palabra sólo sonaría hueca a sus simples oídos mortales.

Rendirse en ese momento significaría que todos en el monasterio habían muerto por nada y Nadya no podía permitirlo. Rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño colgante con una delicada cadena de plata. Al acercarlo, encontró numerosas espirales que se arremolinaban entre sí y desaparecían en el centro del colgante. Nunca lo había visto antes y se empeñó en reconocer todos los símbolos de los dioses.

¿Qué le había dado Kostya?

—¿Sabes qué significa esto? —Le tendió la cadena a Anna, cuyos ojos se entrecerraron al tomar el colgante.

Sacudió la cabeza lentamente y se la devolvió. Nadya se lo pasó por la cabeza, dejando que el frío metal se asentara sobre su piel bajo la ropa. No importaba lo que significara. Importaba porque era de Kostya. Porque él la había mirado con una expresión que sólo podía describirse como de anhelo, le había besado la frente y había muerto para que ella pudiera escapar.

Eso no era justo. La guerra no era justa.

Nadya se alejó de su casa en llamas. Escaparía para que Kostya no estuviera muerto por nada. Eso tenía que ser suficiente, por ahora.

Tendrían que viajar toda la noche para poner suficiente distancia entre ellos y los Tranavianos.

—Tenemos que ir a Tvir —dijo Anna.

Nadya frunció el ceño y deslizó el sombrero sobre sus orejas. Tvir estaba al este. Al este estaba Tranavia. Al este estaba el frente.

—¿No sería más prudente Kazatov?

Anna se revolvió con el pañuelo sobre el pelo, ajustando la diadema y los anillos de la sien.

—Tenemos que llevarte al campamento más cercano y Kazatov está demasiado al norte. Tu seguridad es mi máxima prioridad. El rey tendría nuestras cabezas si te pasara algo.

—Bueno, los Tranavianos ya tienen las cabezas de todos en el monasterio.

Anna se estremeció y le lanzó una mirada herida.

—El general Golovhka puede decidir lo que hacemos a partir de ahí —dijo lentamente.

A Nadya no le gustaba. No quería que la arrastraran de un lado a otro, que la llevaran sin cesar a un lugar seguro sólo para que otros murieran en su lugar. Ella debería estar luchando. Pero si Tvir era el campamento más cercano, entonces a Tvir irían.

Anna la miró, con simpatía en sus grandes y oscuros ojos. Miró por encima de su hombro, con una expresión quebrada. Nadya no podía mirar atrás. Ya había visto suficiente destrucción y si volvía a mirar hacia atrás la rompería por completo.

—Preocupémonos primero por encontrar un refugio, ¿sí? Hay una capilla abandonada cerca. Podemos llegar a ella en un día más o menos. Ya pensaremos qué hacer a partir de ahí.

Nadya asintió con cansancio. Estaba demasiado cansada para luchar o entrar en pánico por su aparentemente inevitable captura por la única persona

que nunca debería tener acceso a su poder, que nunca debería haber sabido que ella existía.

Lo único que podía hacer era poner un pie delante del otro, fingir que no hacía tanto frío como para sentir que la escarcha le helaba las pestañas y rezar. Al menos se le daba bien rezar.

3

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Ilya Golubkin: Nacido como hijo de un granjero, Ilya sufrió una enfermedad que le impedía caminar. Curado por un clérigo de Zbyhneuska, fue dotado de una fuerza sobrehumana y se convirtió en un monje guerrero. Ilya protegió sin ayuda la ciudad de Korovgrod contra los invasores del otro lado del mar.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin Meleski se apoyó en la entrada del túnel y entrecerró los ojos en la nieve. El sol casi se había puesto, pero el reflejo era cegador para su visión, que era terrible.

—Las estás dejando escapar —se quejó Ostyia a su lado.

La ignoró y, en su lugar, tomó el libro de hechizos que llevaba en la cadera y lo abrió. Hojeó las páginas en silencio antes de arrancar una. Dejó caer el libro y le tendió el brazo a Ostyia.

El ojo de ella se entrecerró y miró el cuchillo que tenía en la mano. Tomó la muñeca y arrastró la hoja sobre la palma de él.

—Su *mano* no —protestó Kacper desde donde se apoyaba en la pared opuesta del túnel.

Serefin también lo ignoró y levantó la mano. Vio cómo la sangre brotaba rápidamente del corte y goteaba en lentos riachuelos por su palma. Le escocía, pero la oleada de magia que vendría anulaba cualquier dolor menor. Pasó la página del libro de hechizos por su mano sangrante, dejando que la sangre empapara el papel. La magia se encendió en sus venas y, mientras la página se convertía en oscuros zarcillos de humo, su visión se agudizó. Un

rastro que conducía directamente al clérigo se mostraba vívidamente como rayas rojas contra la nieve.

Sonrió.

—Ella puede correr.

—¿Es prudente atarse a ella con ese hechizo? —Preguntó Ostyia.

—Ella no podrá sentirlo. No es una atadura, sólo un rastro.

No importaba lo lejos que corriera; él podría seguirla siempre que alimentara el hechizo con sangre a intervalos ocasionales. Fácil de hacer.

—Confianza —Señaló Kacper.

Serefin le dirigió una mirada sosa.

—Aunque lo sienta, no podrá romperlo.

—No sabes nada sobre la magia que ella estaba usando. ¿Cómo sabes que no lo sentirá?

Serefin frunció el ceño. Kacper tenía razón, pero no iba a admitirlo.

—Que los hombres reúnan a los que aún están vivos y los contengan —dijo a Ostyia.

Ella asintió y desapareció por el túnel.

Kacper la vio irse.

—¿Por qué no vas tras ella? —La manga de su abrigo casi había sido arrancada durante la batalla; se sostenía por unos pocos hilos y su charretera de oro colgaba desordenadamente de su brazo. Se pasó una mano morena por sus rizos oscuros y pareció sorprenderse al encontrarlos enmarañados de sangre—. Llevamos años buscando pruebas de un clérigo de sangre y por fin lo hemos encontrado.

—¿Quieres ir dando tumbos en la oscuridad en medio de las montañas Kalyazi? —preguntó Serefin.

Su compañía ya había experimentado de primera mano lo mortal que podía ser un invierno Kalyazi para quienes no estaban familiarizados con el terreno. Además, Serefin apenas podía ver en un buen día y su visión nocturna era peor. La comprensión iluminó los ojos oscuros de Kacper y asintió.

Serefin llevaba casi tres años en el frente de Kalyazin, con sólo algún permiso ocasional para volver a casa. En todo ese tiempo era como si el invierno no hubiera terminado nunca. Incluso la estación de deshielo de Kalyazin parecía fría. Sólo había nieve, escarcha y bosques. Durante los últimos cinco meses, Serefin había encargado a su compañía que buscara pruebas de la magia Kalyazi. Su padre había insistido en que existía, que era vital que Serefin encontrara a esos clérigos. Podrían inclinar el curso de la

guerra a favor de Kalyazin y eso no serviría, especialmente en ese momento, después de que un golpe decisivo contra Kalyazin había sido finalmente ganado.

Tranavia había reclamado la ciudad Kalyazi de Voldoga sólo unas semanas antes, un puesto de avanzada vital para el enemigo. Fue el primer paso para que esa guerra interminable se decantara finalmente de su lado.

—Con un poco de suerte, nos llevará a más de su clase —dijo Serefin.

Volvió a entrar en el túnel, pero se detuvo.

Pasando una mano ausente sobre la cicatriz que le atravesaba el ojo, se volvió hacia Kacper.

—¿Luz? —La palabra salió condescendiente, una orden frágil en lugar de una petición.

En cualquier otro momento habría tenido un poco más de consideración por los sentimientos de Kacper, pero el cansancio le hacía ser insensible.

—Sí, lo siento —Kacper buscó a tientas una antorcha que había caído al suelo y la volvió a encender.

Pasaron por el almacén donde se habían escondido las chicas Kalyazi y encontraron al teniente general de Serefin, Teodore Kijek, curioseando.

—Envía un mensaje a mi padre sobre los acontecimientos de hoy —le dijo Serefin. No se molestó en mencionar a la clériga.

Mejor si su padre pensaba que la clériga había escapado; no necesitaba saber que Serefin la había dejado ir.

—Por supuesto, Su Alteza.

—¿Tenemos un recuento de cuántos Kalyazi sobrevivieron?

—Calculo que una docena —respondió Teodore.

Serefin emitió un suave sonido de asentimiento. Tendría que decidir qué iban a hacer con los prisioneros y no podía decir que le gustara la tarea.

—¿Sabemos si la chica era el único clérigo entre ellos? —No podía imaginar que la suerte le brillara de esa manera, pero podía soñar.

—Si hay otros, aún no se nos han revelado —dijo Teodore.

—¿Quizás se les pueda convencer? —reflexionó Kacper, con sus ojos oscuros brillando de anticipación.

Serefin tenía una aptitud probada para ser especialmente convincente.

Asintió secamente con la cabeza. Convencido de hecho.

—Nos quedaremos aquí por la noche —echó un vistazo al almacén; las chicas Kalyazi no lo habían saqueado del todo—. Despejen todo esto también —continuó, agitando una mano.

Se encargaría de buscar información mientras vigilaba a la clériga mientras corría.

Parecía una forma valiosa de pasar su tiempo antes de tener noticias de su padre.

—Por supuesto, Su Alteza —dijo Teodore.

Serefin hizo un gesto a Teodore para que se alejara y siguió con Kacper.

—¿Por qué diablos no lo has enviado al frente todavía? —preguntó Kacper.

Serefin miró a Kacper, que estaba a su izquierda, en su lado ciego.

Kacper retrocedió un paso y se puso al otro lado de Serefin.

—¿Te imaginas lo que haría mi padre si me deshiciera de su espía?

Kacper hizo una mueca.

—Bueno, por lo menos cuando busquemos la clériga podremos volver a casa. No habrá una razón para que el rey nos mantenga aquí por más tiempo.

Serefin se pasó una mano por su pelo castaño. Necesitaba desesperadamente un recorte. Estaba cansado… no, no cansado, sino *profundamente* cansado. Descubrir por fin la clériga fue un golpe de brillante suerte, pero eso no cambiaba el hecho de que llevara años en un reino enemigo y temiera la idea de volver a casa. La guerra era lo único que conocía en ese momento. Caminaron el resto del túnel en silencio antes de llegar finalmente al cementerio.

El monasterio era un complejo más grande de lo que Serefin esperaba, con guardias mucho mejores. Encontró a Ostyia observando a los prisioneros mientras los reunían en el patio. Envió a Kacper a buscar un lugar adecuado para que pasara la noche, aunque intuía que no habría nada en esa adusta prisión que no fuera una losa de piedra y una manta raída. ¿Por qué los monjes eran tan condenadamente austeros? No había nada malo en dormir cómodamente. Pero aceptaría una losa de hormigón y una manta raída antes que pasar otra noche en la nieve.

Ostyia jugueteó con el parche sobre su ojo antes de quitárselo y guardarlo en el bolsillo. Una fea cicatriz irregular le cruzaba la cara sobre la cuenca vacía y devastada de su ojo izquierdo.

Cuando Serefin y Ostyia eran niños, unos asesinos Kalyazis se habían infiltrado en el palacio disfrazados de maestros de armas para entrenar a la hija del joven príncipe y del noble. Los asesinos habían ido primero a por sus ojos. Quizás cegar a los hijos del enemigo antes de asesinarlos era algo religioso.

A Ostyia le gustaba dejar al descubierto la cuenca de su ojo cicatrizado. Le gustaba tener un aspecto aterrador y afirmaba que guardaba sus días de parche para el mar si la guerra terminaba. Su mirada se dirigió al libro de hechizos que llevaba Serefin en la cadera.

—Eso parece delgado —señaló.

Suspiró y asintió, tomando el libro y hojeándolo. Se estaba quedando sin hechizos.

—Algo me dice que no encontraremos un encuadernador en el corazón de Kalyazin que haga libros de hechizos.

—No, probablemente no —aceptó Ostyia—. Además —una nota burlona entró en su voz— aunque lo hiciéramos, no sería ni la mitad de buena que Madame Petra.

Serefin se estremeció al pensar en la prepotente anciana que encuadernaba todos sus libros de hechizos. Nunca pudo saber si lo trataba como a un hijo o a un amante muerto hace tiempo. Le molestaba no poder distinguir la diferencia.

—¿No has traído extras?

—He trabajado con todos mis extras. —Lo que significaba la posibilidad de estar atrapado en medio del país enemigo sin un libro de hechizos.

—Bueno —dijo Ostyia— supongo que podrías coger uno de los libros de los magos de menor rango si lo necesitas.

—¿Y dejarlos indefensos? —Serefin enarcó una ceja—. Ostyia, no tengo corazón, pero no soy cruel. Puedo arreglármelas bastante bien con una espada en la mano.

—Sí, y déjame trabajar hasta el cansancio, manteniéndote a salvo.

Serefin la miró mal. Ella lo miró, sonriendo descaradamente.

—Perdone mi tono, Alteza —dijo, haciendo una dramática reverencia.

Puso los ojos en blanco.

Estaban dividiendo a los prisioneros en grupos contenibles donde serían encerrados en los escasos dormitorios tipo celda. Los ojos de Serefin se entrecerraron en un chico de su edad que se sostenía en el hombro de un hombre mayor.

—Ese —dijo, señalando al hombre a Ostyia—. Sácalo. Quiero interrogarlo.

Su cara se iluminó.

—¿El chico?

—No es así. Ya tiene un perno de ballesta clavado en la pierna, y no, el viejo. Hablaré con el chico más tarde.

Su rostro cayó.

—Su Alteza me perdonará si digo que no es nada divertido.

—No lo haré.

Hizo que le trajeran al hombre. Serefin adivinó que era el líder del monasterio. ¿Tenía un título? Serefin no estaba seguro.

—¿Ahora entrenas a toda tu gente para la guerra? —preguntó Serefin con agrado, apoyando la mano en su libro de hechizos, demasiado delgado. Antes de que el hombre pudiera responder, levantó la otra mano, deteniéndolo.

—Perdóneme, debo presentarme, mi nombre es Serefin Meleski, Alto Príncipe de Tranavia.

—Soy el Padre Alexei —dijo el hombre—. Y sí, incluso los que no son reclutados por el ejército reciben algún tipo de entrenamiento. Es necesario, ¿no cree?

Quizá la táctica fuera necesaria para Kalyazin, pero la guerra nunca había traspasado las fronteras de Tranavia. En cualquier caso, a Serefin le sorprendió el tono cívico del anciano.

—Una guerra santa que ha hecho estragos durante casi un siglo exige medidas extremas —continuó Alexei.

—Sí, sí, *somos* desagradables herejes que necesitan ser erradicados de la tierra y tú sólo estás haciendo lo correcto —dijo Serefin.

El sacerdote se limitó a encogerse de hombros.

—La simple verdad.

Ostyia estaba tensa al lado de Serefin. Se metió las manos en los bolsillos y sonrió al anciano.

—Pero ustedes tienen magia propia, ¿no es así? Dime, ¿cuántos de tus magos ¿cómo los llamas, clérigos? se esconden en Kalyazin? Sabemos de la que está aquí, no te molestes en tratar de protegerla, estará bajo nuestra custodia en un día.

El viejo sacerdote sonrió.

—Se llaman clérigos, sí. No tengo información que pueda ayudarle en esto, joven príncipe.

Serefin frunció el ceño. Deseó que el hombre lo tratara con condescendencia para poder, al menos, generar la justa ira necesaria, pero no había nada de eso en su voz.

No iba a presionar el punto, no en ese momento y no con el sacerdote. El chico con la herida de la ballesta era el que había protegido a la clériga y la había ayudado a escapar. Era con él con quien había que hablar.

Serefin ordenó a un soldado que se llevara al sacerdote.

—¿Quieres interrogar a alguien más? —preguntó Ostyia.

—No —Serefin llamó la atención de Kacper desde donde hablaba con un mago cercano y le hizo un gesto para que se acercara—. Los religiosos beben vino, ¿verdad?

Ostyia se encogió de hombros.

—Hay barriles de vino en la bodega —ofreció Kacper.

Serefin asintió rápidamente.

—Perfecto. Quiero estar ciego y borracho antes de que acabe la noche.

4

NADEZHDA LAPTEVA

Horz robó las estrellas y los cielos bajo el control de Myesta, y por eso ella nunca le ha perdonado. Porque, ¿dónde pueden descansar las lunas si no es en los cielos?

Códice de lo Divino, 5:26

—Ciertamente no es mi culpa que hayas elegido a una niña que tiene un sueño tan profundo. Si se muere será por tu culpa, no por la mía.

El sobresalto de los dioses que discuten no era el método preferido de Nadya para despertarse. Se puso en pie en la oscuridad, moviéndose automáticamente. Sus ojos tardaron unos segundos en ponerse al día con el resto de su cuerpo.

¡*Cállense*!

No era prudente decirles a los dioses que se callaran, pero ya era demasiado tarde. Un sentimiento de divertido desdén la recorrió, pero ninguno de los dioses volvió a hablar. Se dio cuenta de que era Horz, el dios de los cielos y las estrellas, quien la había despertado. Tenía tendencia a ser odioso, pero generalmente dejaba a Nadya en paz, por regla general.

Por lo general, sólo un dios se comunicaba con su clérigo elegido. Hubo una vez un clérigo llamado Kseniya Mirokhina, dotado de una puntería antinatural por Devonya, la diosa de la caza. Y Veceslav había elegido un clérigo propio, hacía mucho tiempo, pero su nombre se perdió en la historia, y se negó a hablar de él. Las historias registradas nunca hablaron de clérigos que pudieran escuchar a más de un dios. Que Nadya estuviera en comunión

con todo el panteón era una rareza que los sacerdotes que la entrenaron no podían explicar.

Existía la posibilidad de que existieran dioses más antiguos, más primordiales, que hubieran renunciado hace tiempo a la vigilancia del mundo y lo hubieran dejado al cuidado de los demás.

Pero nadie lo sabía con certeza. Sin embargo, de los veinte dioses conocidos, las tallas y las pinturas representaban sus formas humanas, aunque nadie sabía cómo eran en realidad. Ningún clérigo a lo largo de la historia había contemplado los rostros de los dioses. Ningún santo, ni sacerdote.

Cada una de ellas tenía su propio poder y magia que podía otorgar a Nadya, y aunque algunas eran receptivas, otras no. Nunca había hablado con la diosa de las lunas, Myesta. Ni siquiera estaba segura de qué tipo de poder le otorgaría la diosa, si así lo quisiera.

Y aunque podía comulgar con muchos dioses, era imposible olvidar quién la había elegido para ese destino: Marzenya, la diosa de la muerte y la magia, que esperaba una dedicación completa.

Voces indistintas murmuraban en la oscuridad. Ella y Anna habían encontrado un lugar aislado dentro de un bosquecillo de gruesos pinos para montar su tienda, pero ya no se sentía segura. Nadya sacó un *voryen* de debajo de su saco de dormir y empujó a Anna para que se despertara.

Se acercó a la boca de la tienda, agarrando sus cuentas, con una oración que ya se estaba formando en sus labios, con símbolos humeantes saliendo de su boca. Podía ver las impresiones borrosas de las figuras en la oscuridad a lo lejos. Era difícil juzgar el número, ¿dos? ¿Cinco? ¿Diez? Su corazón se aceleró ante la posibilidad de que una compañía de Tranavianos estuviera ya tras su pista.

Anna se acercó a su lado. Nadya apretó su *voryen*, pero se mantuvo quieta. Si aún no habían visto su tienda, podía evitar que la notaran por completo.

Pero la mano de Anna le agarró el antebrazo.

—Espera —susurró, con el aliento helado ante el frío.

Señaló un punto oscuro justo al lado del grupo.

Nadya presionó el pulgar contra la cuenta de Bozidarka y su vista se agudizó hasta que pudo ver con tanta claridad como si fuera de día. Le costó un esfuerzo apartar el miedo inmediato y paralizante cuando sus sospechas se confirmaron y los uniformes Tranavianos se hicieron evidentes. No era una compañía completa. De hecho, parecían bastante harapientos. Quizá se habían separado y perdido el rumbo.

Sin embargo, lo más interesante era el chico con una ballesta que apuntaba silenciosamente al corazón del grupo.

—Podemos escapar antes de que se den cuenta —dijo Anna.

Nadya estuvo a punto de aceptar, estuvo a punto de volver a meter su *voryen* en su funda, pero justo en ese momento, el chico disparó y los árboles estallaron en caos. Nadya no estaba dispuesta a utilizar la vida de un inocente como distracción para su propia cobardía. *Otra vez* no.

Incluso mientras Anna protestaba, Nadya dejó que se formara una oración en su mente, agarrando con la mano la cuenta de Horz en su rosario y su constelación. Los símbolos cayeron de sus labios como destellos brillantes de humo y todas las estrellas del cielo se apagaron.

Bueno, eso fue más extremo de lo que pretendía, pensó Nadya con una mueca de dolor. *Debería haber sabido que no debía pedirle nada a Horz*.

Pudo oír maldiciones mientras el mundo se sumía en la oscuridad. Anna suspiró exasperada a su lado.

—Quédate atrás —siseó mientras se movía con confianza en la oscuridad—. Nadya… —El gemido de Anna fue suave.

Se necesitó más concentración para enviar una tercera oración a Bozetjeh. Era difícil atrapar a Bozetjeh en un buen día; el dios de la velocidad era notoriamente lento para responder a las oraciones. Pero logró captar su atención y recibió un hechizo que le permitía moverse tan rápido como el feroz viento Kalyazin.

Su recuento inicial había sido erróneo; en ese momento había seis Tranavianos dispersándose en el bosque. El chico dejó caer su ballesta con una mirada desconcertada hacia el cielo, sobresaltándose cuando Nadya le tocó el hombro.

No había forma de que él pudiera ver en esa oscuridad, pero ella sí. Cuando él se giró, con una espada curva en la mano, Nadya lo esquivó. Su golpe se desvió y ella lo empujó en dirección a un Tranaviano que huía, anticipando su choque.

—*Encuentra al resto* —siseó Marzenya—. *Mátalos a todos*.

Dedicación completa y total.

Alcanzó a una de las figuras y le clavó su *voryen* en el cráneo, justo debajo de la oreja.

Esta vez no es tan difícil, pensó. Pero el conocimiento era algo lejano.

La sangre salpicó a un segundo Tranaviano, que gritó alarmado. Antes de que el segundo hombre pudiera averiguar qué le había pasado a su

compañero, que se encontraba en una posición privilegiada, lo golpeó con su tacón en la mandíbula, haciéndolo caer de sus pies. Le cortó la garganta.

Tres más. No pudieron haber ido muy lejos. Nadya volvió a agarrar la cuenta de Bozidarka. La diosa de la visión le reveló dónde se encontraban los últimos Tranavianos. El chico de la espada había conseguido matar a dos en la oscuridad. Nadya no pudo ver al último, sólo lo sintió cerca, muy vivo.

Algo se estrelló contra la espalda de Nadya y, de repente, el escalofriante mordisco de una espada se apretó contra su garganta. El chico apareció frente a ella, con su ballesta de nuevo en las manos, afortunadamente sin apuntar a Nadya. Estaba claro que apenas podía verla. No era Kalyazi, sino Akolan.

Un buen número de Akolanos se había aprovechado de la guerra entre sus vecinos, alquilando sus espadas para obtener beneficios en ambos bandos. Eran conocidos por favorecer a Tranavia simplemente por el clima más cálido. Era raro encontrar una criatura del desierto tropezando voluntariamente con la nieve de Kalyazin.

Habló una cadena fluida de palabras que ella no entendió. Su postura era lánguida, como si no hubiera estado a punto de ser despedazada por los magos de sangre. La hoja contra la garganta de Nadya presionó con más fuerza. Una voz más fría le respondió, el idioma extranjero arañó incómodamente sus oídos.

Nadya sólo conocía las tres lenguas primarias de Kalyazin y de paso Tranavian. Si ella no iba a ser capaz de comunicarse con ellos…

El chico dijo algo más y Nadya oyó a la chica suspirar antes de sentir cómo se le escapaba la hoja.

—¿Qué hace una pequeña asesina Kalyazi en medio de las montañas? —preguntó, cambiando al Kalyazi perfecto.

Nadya era muy consciente del amigo del chico a su espalda.

—Podría preguntar lo mismo.

Cambió el hechizo de Bozidarka, agudizando aún más su visión. El chico tenía la piel como el bronce fundido y el pelo largo con cadenas de oro enhebradas entre sus rizos sueltos.

Sonrió.

Un golpe se escuchó cerca, sobresaltándolo, pero era el sonido reconocible de alguien golpeándose de cara contra un árbol. A continuación, Anna profirió un juramento ahogado. Nadya puso los ojos en blanco y envió una disculpa al cielo. Las estrellas y las lunas volvieron a encenderse en el firmamento, haciendo que el mundo pareciera tres veces más brillante.

—¡Ahora escucharemos profecías sobre el fin del mundo durante los próximos veinte años! —gritó Anna. Ella tenía su *venyiashk* dibujado, su mirada cautelosa mientras miraba más allá del hombro de Nadya.

Nadya se agachó, clavando su *voryen* ensangrentado en la nieve. Miró al muchacho Akolano, levantando las manos mientras se enderezaba. La precaución era necesaria, estaban en medio de una zona de guerra, pero ella acababa de salvar sus vidas. La miró antes de soltar la tensión de la ballesta.

Miró detrás de ella y vio a una chica alta Akolana enfundando su daga curva. Su espeso cabello oscuro caía en ondas alrededor de los hombros y llevaba ropas Kalyazi viejas y desgastadas, pero su anillo de oro en la nariz brillaba como algo nuevo a la luz de la luna.

Cuando Nadya se giró para lanzarle una mirada mordaz a Anna, la sacerdotisa suspiró y dejó caer también su espada.

—¿Quién eres tú? —preguntó Nadya.

El chico la ignoró.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, señalando al cielo.

—No seas ridículo —espetó ella.

—Ridículo, como dices. Mi nombre es Rashid Khajouti, y mi encantadora compañera…

—Puede hablar perfectamente por sí misma —dijo la muchacha Akolana, sonando divertida. Su mano dejó de estar cerca de la empuñadura de su daga y se alejó de Nadya para demostrar que no pretendía hacer daño—. Me llamo Parijahan Siroosi. Supongo que deberíamos darte las gracias, no amenazarte. —Miró a Rashid—. Había más Tranavianos de lo que pensábamos al principio.

A pesar de todo, habían hecho un rápido trabajo con ellos. La mirada de Nadya se posó en una ballesta, dejada caer por un soldado Tranaviano, cerca de sus pies. La recogió. La imagen de Kostya apareció en su visión. Le costó todo lo que tenía para no romper el arma en pedazos.

—¿Por qué dos Akolanos planeaban acabar con un grupo de Tranavianos en mitad de la noche? —preguntó, pasando los dedos por la madera de la ballesta, intentando disipar la imagen de su amigo muerto.

—Podría preguntar lo mismo —dijo Parijahan.

—Tenemos una razón clara y evidente para matar a los Tranavianos, en general —señaló Nadya.

Rashid se rio. Parijahan le lanzó una mirada y se calló. Había algo que no encajaba, pero Nadya no sabía qué era. La forma en que los Akolanos se

habían relajado después de ser tan agresivos al principio, la quietud del aire nocturno los rodeaba: las piezas no se alineaban bien.

¿Horz?

—¿Sí, amor?

No eran todos los Tranavianos, ¿verdad?

—Pensé que lo sabías.

Accionó la ballesta para fijar el cerrojo y la dirigió hacia el chico Akolano. Anna se movió en el mismo instante, con su *venyiashk* desenfundado contra el cuello de Parijahan. Era imposible que supiera la razón de la repentina defensa de Nadya, pero confiaba lo suficiente en ella como para moverse sin preguntar.

Ese tipo de confianza ciega era lo que incomodaba a Nadya.

—*Eres nuestra voz para el pueblo, amor* —dijo Horz—. *Será mejor que te acostumbres a la adoración ciega*.

—Hay más Tranavianos cerca —dijo Nadya a Anna.

Los Akolanos se limitaron a intercambiar una mirada cómplice. Allí había algo más.

Pero antes de que pudiera pensar en qué hacer, Rashid levantó su propia ballesta y disparó.

Se agachó instintivamente, en un intento de que el perno se clavara en su hombro o en su brazo, en algún lugar menos mortal que su corazón.

Pero escuchó el ruido sordo del perno al chocar con la carne y un grito estrangulado y su cerebro tardó un puñado de dolorosos segundos en darse cuenta. No había sido ella. No la habían golpeado.

—Has *fallado*. —Una nueva voz habló, ésta con un marcado acento Tranaviano.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Nadya. Palabras tranquilas que rebotaban en las paredes de una caverna oscura mientras su hogar ardía en lo alto. ¿Era la misma voz? Es escuchaban igual. El mismo tono —aunque esta vez las palabras eran Kalyazi— y una clara presencia de autoridad.

¿Cómo había alcanzado ya el príncipe? Era demasiado tarde, se había acabado. Se giró.

Había un soldado transeúnte de rodillas en la nieve, con un perno de ballesta clavado en el hombro. Su rostro era inexpresivo, sus ojos vidriosos. Detrás de él había un muchacho alto y enjuto, de rasgos afilados y salvajes, pelo largo y negro. Las manos del muchacho estaban cubiertas de sangre, con una página arrugada de un libro de hechizos en una, y la otra extendida hacia el soldado en la nieve.

—Voy a buscar al que dejaste escapar y ni siquiera tienes la decencia de matarlo —dijo el chico y miró con mala cara a Rashid.

Sus dedos se movieron, sólo ligeramente y el hechizo que había atrapado al soldado cambió y el hombre se desplomó en el suelo, muerto. Dejó caer la hoja y utilizó la nieve para limpiarse la sangre de las manos.

No era el príncipe. Nadya quería sentirse aliviada —porque tal vez eso significaba que estaba a salvo—, pero había sentido la oleada de poder cuando el chico lanzó su magia. Era fuerte. Mucho más fuerte que el poder que había sentido incluso del príncipe Tranaviano durante el ataque.

—Podríamos haberle sacado información —señaló Parijahan, y luego se limitó a alejarse de la hoja de Anna.

Anna lanzó una mirada desesperada a Nadya, pero ésta se limitó a encogerse de hombros, igualmente desconcertada. El único Tranaviano que podía sentir cerca era el mago, pero estaba claro que conocía a los Akolanos.

Tenían que marcharse. Esa conmoción estaba ocurriendo peligrosamente cerca del monasterio, del príncipe. Nadya vio su oportunidad cuando Rashid empezó a rebuscar entre las pertenencias de los soldados. Pero el muchacho Tranaviano se acercó un paso y ella se quedó helada, consciente de repente de que la situación había pasado de ser benigna a mortal en sólo unos segundos.

La forma en que la miraba era demasiado perspicaz, demasiado concentrada. Incluso en la oscuridad, Nadya pudo ver que sus ojos eran de un tono azul tan pálido que casi no tenían color. Era el segundo Tranaviano con ojos de hielo que veía en otros tantos días.

Su mirada se dirigió a Anna, pero luego volvió a ella.

—¿Nombres? —preguntó.

Parijahan negó con la cabeza.

—Les dimos *nuestros* nombres muy educadamente, pero supongo que los Kalyazi no aprecian los modales —dijo Rashid.

Una sonrisa se deslizó por el rostro del Tranaviano, ligeramente feroz. Sus dientes caninos eran extrañamente afilados; todo en él era afilado de la manera más desconcertante. Tenía tres líneas verticales tatuadas en la frente con tinta negra, que terminaban en el puente de su nariz recta.

—Sabio de ellos.

Nadya empezaba a ver su error al no aprovechar la oportunidad de huir. Sólo eran tres y ninguno de ellos podía ser mucho mayor que ella, pero había algo muy desagradable en el Tranaviano. No podía ponerle un nombre, pero sabía —intrínsecamente— que no dudaría en matarla si daba alguna muestra de hostilidad.

¿La entregaría al príncipe? ¿O la mataría allí y tomaría el poder que su sangre pudiera albergar para sí mismo?

Puede que haya fallado en la protección del monasterio, pero moriría antes de dejarse caer en manos de un Tranaviano.

Él se acercó. Ella se congeló, todos los pensamientos arrogantes de heroísmo se le escaparon. No sabía si podría enfrentarse a ese chico si se diera el caso y quizá esperar a que la situación se resolviera la llevaría al otro lado con vida. Tomó su collar de cuentas de oración en una mano. Un siseo de desagrado escapó de sus labios. Nadie más que ella tocaba sus cuentas.

—Las dos vienen del monasterio, ¿no? —Su Kalyazi era casi perfecto de no ser por el chisporroteante acento Tranaviano que endurecía sus palabras. Golpeando las consonantes hasta la sumisión.

La respuesta era demasiado obvia para negarla. Luchó contra el impulso de dar un paso atrás porque incluso el metro de espacio que él le estaba dando era demasiado cercano. Ese chico era un hereje, profanaba a los dioses y lanzaba magia de sangre. A su alrededor, el aire chasqueaba de maldad.

—Entonces, ¿quién de ustedes es la que tiene magia? —Bajó la voz.

—Los Kalyazi no tienen magia —dijo Anna, con un ritmo demasiado rápido.

El chico le dirigió una mirada perspicaz antes de volver a Nadya.

—Eras tú.

—No seas ridículo —dijo, pero le tembló la voz traidora.

Cada momento que pasaban a la intemperie era una nueva oportunidad para que el príncipe fuera sobre ellas. Tal vez eso era exactamente lo que quería. Tal vez sólo estaba haciendo tiempo.

Sonrió, con una expresión peligrosa y escalofriante, demasiado apreciativa. Se agachó y tomó la mano de Nadya, apretándola contra sus labios como si fuera un noble de la corte y no un mago de sangre renegado en medio del territorio enemigo.

—Me llamo Malachiasz Czechowicz —dijo, y ella no pudo evitar la sensación de que le acababan de dar algo. Algo que no había pedido y que no podía imaginar que quisiera.

Ella no le dio su nombre y él le soltó la mano.

¿Qué había sido eso?

Nadya optó por ignorarlo, apretando los dientes y luchando contra el impulso de alejarse.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Anna, acercándose a Nadya.

Asintió con la cabeza y se agachó, recogiendo con cuidado su *voryen* y enfundándolo, consciente de cómo Malachiasz se tensaba al hacerlo.

—El peligro ha pasado, y aún no hemos terminado nuestras presentaciones —dijo Rashid de forma contundente.

Nadya no veía ninguna razón para mentir.

—Hay un príncipe tras nuestro rastro y cuanto más tiempo pasemos aquí, más cerca estará. Pensamos que el grupo que tenías en la mira era parte de su compañía, pero parece que sólo eran rezagados. Nos pondremos en camino antes de que tenga la oportunidad de alcanzarnos.

Los ojos de Rashid se entrecerraron. La cabeza de Malachiasz se inclinó hacia un lado y su mano se levantó para apoyarse en el libro de hechizos que tenía en la cadera.

—¿Príncipe? Los Tranavianos tienen tantos príncipes como tú, Kalyazi. Tendrás que ser más específico —dijo Rashid con pereza, pero su expresión se arrugó por la alarma.

—El Alto Príncipe —espetó Ana.

Parijahan miró a Malachiasz.

—¿El Alto Príncipe está tan lejos en Kalyazin?

No lo saben, se dio cuenta Nadya y una sensación de alivio casi vertiginosa la recorrió. El Tranaviano era un problema, pero no formaba parte de la compañía del príncipe.

—El monasterio ardió ayer —dijo Nadya, tropezando con las palabras. Era demasiado crudo.

Parijahan empujó a Malachiasz fuera del camino.

—Entonces, ¿necesitas un lugar seguro para esperar a que salga?

Nadya parpadeó.

—¿Qué?

—Parj… —Dijo Malachiasz, con voz de advertencia.

Ella lo ignoró.

—Ven con nosotros —dijo con seriedad—. Podemos mantenerte a salvo del príncipe.

La mirada de Nadya se desvió hacia Malachiasz. Parijahan la siguió.

—No te hará daño —habría sido más tranquilizador si se hubiera escuchado confiada.

—No prometo nada —murmuró.

—No tendré nada que ver con ningún Tranaviano —dijo Nadya—. Excepto para matarlos.

—Sí, ya lo veo —dijo Malachiasz. Golpeó a uno de los soldados muertos con la punta de su bota—. Una habilidad admirable. No va a aceptar tu oferta, Parijahan. Deberíamos irnos.

—¿El *actual* Alto Príncipe está cerca? —preguntó Rashid.

—Sangre y huesos, debería haberlas dejado a las dos en esas cunetas —espetó Malachiasz.

Se agachó y arrebató un libro de hechizos a uno de los soldados muertos y luego se adentró en los árboles.

Rashid se encogió de hombros ante Parijahan y salió tras él. Parijahan vio desaparecer a los chicos.

—Técnicamente —le dijo conspiradoramente a Nadya— las habrían matado los soldados Kalyazi con los que se estaban enemistando si no hubiéramos llegado. Pero Rashid acabó inconsciente en una cuneta.

Nadya sentía que iba a explotar de nervios. Lo máximo que podían hacer ella y Anna era caminar unos cuantos kilómetros más hacia las montañas y esperar que el Alto Príncipe no les siguiera el rastro.

—¿De verdad puedes mantenernos a salvo? —preguntó cuando Parijahan se volvió hacia ella. A Nadya no le gustaba la idea de estar cerca de ese mago de sangre, pero si había bandas de soldados Tranavianos tan adentradas en las montañas, podían encontrarse con otra en cualquier momento y no ser tan afortunadas. Nadya no quería pensar en lo que eso podría significar para el esfuerzo de guerra.

Parijahan asintió.

—Hay una iglesia abandonada cerca. La encontramos hace unas semanas y la hemos hecho casi habitable. Podría caerse sobre nuestras orejas en cualquier momento, pero al menos es cálida.

Anna soltó un fuerte suspiro. Nadya la miró, pero Anna se limitó a negar con la cabeza.

—Y tú harás esto… ¿por qué? Pusiste una daga en mi cuello.

—Lo hice, pero estaba muy oscuro. Y tú nos ayudaste. Tengo la mala costumbre de socorrer a los que me han ayudado —sonrió irónicamente, pero su expresión se volvió mortalmente seria cuando miró al cielo.

Estaba claro que sabía que Nadya había hecho la magia. Nunca había tenido sentido tratar de ocultarlo. Usar su poder era inevitable y, en cuanto lo hiciera, la gente sabría que Kalyazin volvía a tener clérigos después de treinta años de ausencia.

Una clériga, al menos.

Parijahan frotó la empuñadura de su daga.

—Creo que puedes ayudarnos a hacer lo imposible.

5

SEREFIN MELESKI

Svoyatovo Radmila, Nymphadora y Agrippa Martyvsheva: Trillizos bendecidos por el dios Vaclav, los Martyvsheva vivían en el centro del oscuro bosque Chernayevsky en tranquila comunión con su patrón hasta que el hereje Sergiusz Konicki los invadió. Cuando trató de obligar a los Martyvsheva a renunciar a su patrón, éstos se resistieron. Konicki mató a Nymphadora y a Agrippa, quemándolos a ellos y a la mitad del bosque Chernayevsky. Radmila huyó a un lugar seguro, pasó siete años en contemplación con Vaclav, y luego persiguió a Konicki y lo quemó vivo como había hecho con sus hermanas.

Libro de los Santos de Vasiliev

A la mañana siguiente, Serefin se despertó con una fuerte resaca y un prisionero al que interrogar. Era temprano, antes del amanecer, y estaba tumbado en el duro jergón de piedra, mirando al techo y contemplando su destino.

Si encontraban al clérigo en los próximos días —estaba seguro de que lo harían—, significaría un rápido regreso a Tranavia. Hacía años que no estaba en Tranavia más que unos pocos meses. La guerra era todo lo que tenía.

No estaba seguro de recordar cómo ser el Alto Príncipe en lugar del general mago de sangre al mando del ejército.

Serefin se incorporó y se vio recompensado por un dolor de cabeza que le golpeaba la sien como un martillo. Gimió y se pasó una mano por el pelo. Se encogió de hombros y trató de ignorar que su boca sabía cómo si hubiera masticado serrín toda la noche.

Abrió la puerta para encontrar a toda su compañía en pánico.

—Su Alteza, venía a despertarle —llamó Ostyia.

Parpadeó ante el par de soldados que atravesaban el pasillo junto a ella, gritando algo sobre el fin del mundo.

—Me vuelvo a la cama —dijo. Ya estaba harto de este ridículo país y de su ridícula religión, y tal vez el fin del mundo le haría parar el dolor de cabeza absolutamente cegador que había adquirido.

—¡Serefin!

—Oh, grita un poco más, Ostyia, por favor.

Se dio la vuelta y se arrepintió de inmediato al ver que la habitación daba vueltas.

Se llevó una mano a la cara, encorvándose contra el marco de la puerta.

Ella estaba luchando contra una sonrisa. Él iba a matarla.

—¿Quieres que te traiga algo para esa resaca? —preguntó dulcemente.

—No… sí, agua, sólo agua —agitó una mano. Esto no era justo. Estaba seguro de que ella había bebido más que él la noche anterior—, entonces que alguien me diga qué pasa.

Apoyó su frente contra las piedras, frías contra su piel.

Ostyia regresó unos momentos después, entregándole un pellejo lleno de agua. No sirvió de mucho. Se llevó una mano a la sien mientras le indicó que le informara.

—En algún momento alrededor de las tres de la mañana se apagó todo en el cielo.

Se estremeció mientras levantaba una ceja. ¿Por qué le dolía eso?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que el mundo entero se oscureció durante unos quince minutos anoche.

Los ojos de Serefin se entrecerraron.

—Además un explorador que enviamos en dirección a las chicas de Kalyazi nunca regresó —continuó Ostyia—, ¿se te permite matar a la gente si eres la mano de lo divino?

La ignoró.

—¿Debo ordenar al resto de la compañía que se vaya? Podemos hacer que se adelanten.

Consideró su sugerencia.

—Espera un momento.

Quería enviar al resto de la compañía con Teodore mientras buscaba al clérigo.

—Le estás dando tiempo para que se aleje.

—Todavía tengo su rastro. Necesito algo más para incrementar el hechizo. Vamos a conseguirlo ahora.

Serefin siguió a Ostyia por los escasos y fríos pasillos del monasterio y entró en el opulento santuario. No entendía por qué se invertía tanto dinero en crear algo para el propósito de unos dioses a los que no les importaría nada, pero aun así él podía apreciar la belleza por lo que era.

Los bancos de madera negra extraña se alineaban en el santuario, con la más pequeña de las estatuas talladas en cada uno de sus extremos. El altar era enorme, llegaba hasta el techo abovedado y estaba hecho de oro, madera negra y plata. Las gradas de los dioses kalyazi estaban representadas a ambos lados, y la más alta no representaba figuras de los propios dioses, sino columnas con palabras en un idioma antiguo que Serefin no podía entender. Los niveles primero a tercero mostraban a los dioses en formas más humanas: regias, hermosas, terribles.

Serefin se detuvo en la puerta, mirando el techo. Sobre él se extendían pinturas de santos con aureolas y bosques. A lo largo de las paredes del santuario había iconos, representaciones de más santos. ¿Cómo podía un país tener tantos elevados a la supuesta santidad?

La luz se filtraba a través del cristal transparente —Serefin se sorprendió de que no fuera una vidriera como las capillas abandonadas de Tranavia—. Ostyia lo observaba y él se volvió hacia ella, poniendo los ojos en blanco.

—Podríamos obtener bastante dinero con todo este oro —señaló.

—Sólo si quieres llevarlo tú mismo a Tranavia —dijo.

Al final tendremos que encontrar nuevas formas de financiar esta guerra, pensó Serefin. El ejército había saqueado las iglesias kalyazi cerca de la frontera, pero todo lo que estaba más lejos era demasiado difícil de transportar. Serefin se preguntó si podría hacer buscar un método para trasladar las riquezas a Tranavia. Al menos, así el oro tendría algún uso real en lugar de acumular polvo como tributo al aire vacío.

¿Por qué desperdiciar todo ese dinero y tiempo en el servicio a dioses que ni siquiera sabían que existían? Nunca entendería a los Kalyazi y su devoción por una cosa del pasado.

El futuro era magia, era poder, era la humanidad saliendo de las sombras y descubriendo que el mundo había sido mantenido en la oscuridad por estos dioses. Ni siquiera eran dioses, sino reglas y rigores mantenidos por los hombres de la iglesia. Por supuesto, la guerra era algo más que la religión, había un tramo de tierra entre Tranavia y Kalyazin que ambos reclamaban

como propia. Y había otras cuestiones menores que se habían agravado durante el casi siglo que duró la guerra.

—¿El abad no te dio nada? —preguntó Ostyia mientras se acercaban a la puerta donde estaba retenido el joven monje.

—Es un hombre viejo que se contenta con hablar sólo en acertijos. Tengo la intención de ejecutarlo.

Eliminar a su líder aseguraría que los prisioneros permanecieran plácidos. Él había utilizado la táctica antes con el Kalyazi. Siempre funcionó. Sin embargo, nunca la había utilizado con la gente de la iglesia; dudaba de hacer algo que pudiera convertir a uno de los suyos en un mártir. Los kalyazi amaban a sus mártires.

Se detuvo ante la puerta elegida, deteniendo a Ostyia antes de que la abriera. Ella le lanzó una mirada cómplice.

—Si prefieres no hacerlo, estaré encantada de hacerlo por ti —dijo.

Serefin sacudió la cabeza. No importaba que estuviera cansado de torturar a los prisioneros, cansado de esta gira.

—No, lo haré yo —le lanzó una media sonrisa—. Además, esto podría ser divertido, ¿no?

Ostyia abrió la puerta de una patada. Conducía a una habitación casi idéntica a la que había dormido Serefin. El muchacho kalyazi estaba sentado en una silla de madera dura, con las muñecas atadas a la espalda, posición que le hacía saltar los hombros sobre la silla. Serefin se dio cuenta de que alguien le había curado las heridas de ballesta en la pierna y el costado. Eso era bueno. No quería que el chico se desangrara mientras intentaba obtener respuestas de él.

—Podríamos evitarnos todo este fastidio, ya sabes —dijo el chico en un Tranaviano bastante suave. Obviamente le habían enseñado Graznki, una lengua hija más áspera de la lengua materna—. Estoy seguro de que no quieres manchar tu bonito abrigo.

Serefin enarcó una ceja.

—¿Zhe ven’ya?

Su abrigo era bonito.

El muchacho pareció sorprenderse al escuchar su propio idioma de la boca del Alto Príncipe Tranaviano. Su cabello oscuro estaba cortado cerca de la cabeza; tres líneas diagonales estaban afeitadas en el costado. Sus ropas parecían demasiado finas para mantenerlo bien abrigado, pero Serefin supuso que un monje kalyazi disfrutaría del dolor.

—Vas a preguntar a dónde fueron nuestras hermanas desaparecidas. Te diré que no tengo ni idea. Me matarás, fin de la historia.

—No es una historia particularmente buena —dijo Serefin mientras movía una silla por la habitación y la colocaba frente al chico. Le dio la vuelta y se sentó en ella de espaldas, apoyando los antebrazos en el respaldo—, el giro argumental no hizo nada por el clímax, todo se quedó corto en la resolución final.

—A los Tranavianos no les gustan las historias. Están demasiado ocupados escribiendo blasfemias para usarlas en la magia de los sacrificios.

—Ah, eso no es cierto —Serefin miró a Ostyia, que negó con la cabeza, pareciendo justamente consternada por la acusación—, qué rumor tan cruel.

Guardó silencio. El chico le devolvió la mirada estoicamente, pero un parpadeo pasó por su expresión. Por fin estaba viendo bien la cicatriz y el ojo de Serefin.

—¿Cómo te llamas?

El chico parpadeó.

—Konstantin.

—Bueno, Konstantin, tienes razón, me gustaría que me dijeras a dónde se ha escapado tu pequeño acólito.

Konstantin se inclinó hacia delante todo lo que le permitieron sus brazos atados.

—Y a mí me gustaría decirte que te metas ese libro de hechizos por el culo.

Ostyia dio un paso adelante, pero Serefin le tendió una mano para detenerla. Sonrió y cogió el libro que tenía en la cadera.

—¿Este? —Lo levantó.

—Ese es el único.

—Hm —Serefin abrió el libro y lo hojeó—. No parece que ese sea su uso apropiado. Con la otra mano se bajó la manga del abrigo y el pulgar presionó suavemente la navaja cosida en el puño. Un poco más de presión haría que la navaja atravesara su carne y extrajera la sangre necesaria.

—Tú y yo sabemos que te vi protegiendo a la clériga antes de que desapareciera. ¿A dónde fue?

—¿Quién?

—La confusión fingida es pintoresca, de verdad. ¿Cómo se llama la chica?

Konstantin le miró con un silencio sepulcral. Serefin no esperaba que respondiera. Requería coraje. Necesitaba su nombre para clarificar el hechizo.

Serefin presionó con el pulgar la navaja que llevaba en la manga. Apenas sintió que la hoja le abría la carne. Los ojos de Konstantin se abrieron de par en par cuando Serefin tomó su pulgar sangrante y lo presionó contra una de las páginas de su libro de hechizos.

—No. Por supuesto que no sabrías tal cosa.

Su magia se sacudió, sólo una vez, cuando la sangre se encendió con lo que estaba escrito en las páginas. Konstantin se puso rígido, una vena que latía en su cuello delataba su miedo. El sudor le corría por la frente y Serefin observó con poco interés cómo la sangre caía por las comisuras de los ojos del muchacho. Le estaba hirviendo desde dentro. Después de unos segundos —que seguramente al kalyazi le parecieron años—, Serefin dejó que el hechizo se rompiera. Konstantin se desplomó en su silla, jadeando.

—¿Todavía nada? —preguntó agradablemente Serefin.

Konstantin escupió a sus pies, y el fajo de saliva ensangrentada cayó sobre la bota de Serefin. Serefin lo miró con desagrado.

—Intuía que esto pasaría, pero deseaba evitarlo —suspiró, haciendo un gesto con la mano a Ostyia, que salió rápidamente de la habitación. El otro chico miró a Serefin con cierta confusión, la sangre ahora goteaba de su nariz.

Ostyia no tardó en volver y Serefin mantuvo la mirada fija en el chico kalyazi mientras el pánico desnudaba sus facciones. Ostyia hizo avanzar al segundo prisionero, dándole una patada en la parte posterior de las piernas para obligarlo a arrodillarse. Serefin finalmente miró para ver a quién había elegido Kacper. Kacper era un maestro de los secretos y de la información; averiguar quién rompería más rápido a sus prisioneros era su especialidad.

El chico parecía tener unos quince años, con un sutil parecido a Konstantin, sus ojos eran enormes y estaban muy abiertos por el miedo. Los mantenía fijos, mirando a la pared. Ostyia sacó sus espadas y las mantuvo cruzadas sobre la garganta del muchacho. Serefin giró la cabeza perezosamente, volviendo su atención a Konstantin.

—Intentemos esto de nuevo, ¿de acuerdo? Dime el nombre de la chica y a dónde fue.

Konstantin apretó la mandíbula mientras su mirada se dirigía al chico más joven; su expresión se suavizó, pero Serefin pudo ver que aún no lo tenían.

—Parece que tengo que ser más convincente —dijo Serefin. Su pulgar seguía sangrando, así que arrancó con cuidado una segunda página de su libro de hechizos.

El miedo se reflejó en el rostro de Konstantin cuando Serefin apoyó la barbilla en el antebrazo e inclinó la cabeza hacia el segundo chico, más joven.

El hechizo se produjo y el niño sufrió un espasmo de dolor silencioso, con lágrimas en el rostro. Serefin estaba impresionado por su gracia estoica ante la agonía.

—¡No! —Konstantin luchó contra las ataduras de sus brazos—. ¡No le hagas daño! No le hagas daño.

—¿Oh? ¿Debo parar? —Serefin cambió el hechizo, haciendo que el chico gimiera.

La resignación y una pizca de angustia pasaron por el rostro de Konstantin.

—Nadezhda. Se llama Nadezhda.

—¿Nombre completo, por favor? —Serefin se acercó y sacó una de las dagas de Ostyia de la funda que llevaba en la cadera. Comenzó a limpiarse las uñas con la punta de la hoja.

—Lapteva. Nadezhda Lapteva.

Serefin tuvo que ocultar una sonrisa. Ya la tenía.

—¿Y la otra chica?

—Anna Vadimovna. Yo… no sé a dónde iban. Allí hay múltiples casas de seguridad en la zona. Podría haber elegido cualquiera de ellos.

Serefin observó cómo el chico se derrumbaba, la agonía de traicionar la información lo destrozaba. Es curioso. Por lo que sabía, era una información insignificante en el mejor de los casos. No era de extrañar que hubiera varios pisos francos. Tendría que peinar la zona a fondo. También estaba la cuestión de ciertos incidentes del fin del mundo para los que Serefin quería respuestas.

—¿Es tan poderosa como para quitar las estrellas del cielo?

El chico levantó la cabeza y Serefin se sintió ligeramente disgustado al ver que algo que se parecía sospechosamente a la esperanza parpadeaba en su rostro.

—No, pero los dioses sí.

Serefin resopló suavemente.

—Claro, por supuesto.

Se levantó.

—Gracias, Konstantin, por tu tiempo.

Arrancó una tercera página de su libro de hechizos y la arrugó en sus manos.

Ostyia dio un paso atrás cuando el joven cayó muerto.

Serefin se marchó justo cuando el *shock* del monje kalyazi empezaba a desaparecer —justo cuando empezaron los gritos de rabia.

Ostyia cerró la puerta, amortiguándolos.

—Haré que alguien recoja el cuerpo —dijo.

—Gracias —Serefin miró a Ostyia—. Tendré que pedirte que me convenzas de no volver a emborracharme.

—Cualquier cosa por ti, Serefin.

Cuando entraron en el santuario, Serefin se detuvo frente al ornamentado altar. Pasó la mano por encima de una talla de un bosque que cubría la parte superior.

De repente, el dolor le atravesó el cráneo como si le clavaran púas en los ojos. Se agarró la cabeza con una mano, buscando con los dedos su libro de hechizos y su navaja. Cayó al suelo.

—¡Serefin! —gritó Ostyia, cayendo de rodillas.

Extendió una mano. El dolor ya se estaba disipando, desapareciendo como un riachuelo. Se inclinó hacia atrás, expulsando una larga bocanada de aire.

—¿Qué fue eso?

Internamente dio cuenta de todos los hilos de magia que tenía activos. El hechizo que había lanzado para rastrear al clérigo se había cortado. Se esforzó por alcanzarlo, su dedo índice se deslizó sobre la navaja de su manga, pero ni siquiera con sangre fresca pudo volver a conectarlo. Tenía su nombre, pero no serviría de nada si perdía el rastro.

Ella había encontrado su hechizo, lo había roto y le había impedido recuperarlo. Y anoche se había llevado las estrellas del cielo. Ella era más poderosa de lo que él había pensado.

Tenía que encontrarla. Tenía que tomar su poder para sí mismo.

—Haz que Teodore se ponga al frente de la compañía —dijo Serefin lentamente—. Tú, Kacper y yo iremos tras la chica. Ahora.

6

NADEZHDA LAPTEVA

Aunque Bozetjeh es el dios del viento, se le considera la esencia de la velocidad y del propio tiempo. Está en todas partes y en ninguna a la vez.

Códice de lo Divino, 10:114

A Nadya se le acumuló el sudor en las sienes, pero el alivio la inundó cuando el hechizo del príncipe desapareció. Dejó escapar un silbido, y la extraña sensación de que algo iba mal la abandonó.

Más adelante, el muchacho tranavio se detuvo. Le devolvió la mirada, con el ceño fruncido por los tatuajes de su frente.

No debería haber sido capaz de percibir eso, pensó Nadya.

—No… no debería haberlo hecho —coincidió Marzenya. Sonaba curiosa.

—Te desharás de él pronto, ¿sí?

Es Tranavian, respondió Nadya. La respuesta era obvia.

A Nadya le desconcertó que Marzenya tuviera que decirle que el príncipe estaba siguiendo todos sus movimientos, que no había sentido la mancha de su magia de sangre. Todavía había demasiadas cosas que Nadya no sabía hacer por sí misma. Después de que Parijahan les ofreciera un lugar para esconderse, no tardaron en alcanzar a los dos muchachos. Rashid sonrió a Nadya, mientras que Malachiasz la miró en silencio antes de darse la vuelta.

Llegaron a una iglesia grande y destartalada que se extendía por un valle. Parecía que quien la construyó había planeado que rivalizara con la Iglesia de Adrián, el Mártir, en Khavirsk, pero se distrajo. Estaba hecha completamente de madera —incluso las cúpulas redondas de cebolla— y había pintura roja

sin terminar que se desprendía de la parte inferior de las paredes. Las tallas sobre la puerta revelaban una dedicatoria a la diosa del sol, Alena.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Nadya, tocando la cuenta correspondiente de su collar.

Ella sintió regocijo a cambio.

—Nunca fue realmente dedicado.

Nadya miró la iglesia. Ella podría arreglar eso. Se preguntó cómo se tomarían estos refugiados el hecho de que su espacio fuera habitado de repente por una diosa. Si es que eran refugiados. No estaba segura de qué otra palabra usar para describirlos, los tres extranjeros y uno de ellos el enemigo, nada menos.

Rashid abrió la puerta de un empujón. El vestíbulo estaba a oscuras, los muñones de las antorchas a medio usar estaban sin encender en sus apliques, y sólo quedaba una encendida. El interior del edificio no se parecía en nada a una iglesia. Había tres largos pasillos completamente negros, dos a cada lado de la entrada y uno en el centro. Nadya supuso que el del medio conducía al santuario —la iglesia se había construido en torno a un espacio destinado a santuario—, pero el resto del edificio había sido claramente reutilizado en algún momento.

—Estaba así cuando lo encontramos —dijo Parijahan.

El oscuro vestíbulo se abría a una amplia y aireada nave que había sido destripada. Había montones de armas contra la pared del fondo, claramente recogidas de las compañías transeúntes. La sala estaba cortada por una fría corriente de aire procedente de un agujero en el techo, pero había un fuego ardiendo en una chimenea improvisada en el extremo del santuario que probablemente servía para combatirlo. En el extremo opuesto de la habitación había una pila de almohadas y mantas desgastadas sobre las que Rashid se tumbó inmediatamente. Se puso la ballesta sobre el regazo y comenzó a revisarla meticulosamente. A su lado había una larga mesa con bancos que parecían haber sido arrastrados desde las cocinas de la iglesia. Encima de ellos descansaban unos cuantos mapas andrajosos.

La pared entre la nave y el santuario había sido derribada y lo único que quedaba del espacio original era el icono de Alena que colgaba sobre la chimenea, donde habría estado el altar. Era una pieza preciosa. Habría valido miles de kopeks. Anna miró a Nadya con los ojos muy abiertos.

El icono es obra del iconógrafo más querido de Kalyazin, Probka Vilenova. En ese momento era una santa, martirizada por los tranavos. Le cortaron los dedos y le sacaron los ojos antes de que le ataran piedras en los

tobillos y la ahogó en uno de sus cientos de lagos. Estos tres probablemente no tenían ni idea de cuánto valía el icono.

—¿Estás convencida de que esto será seguro? —Anna preguntó—. Se siente… conspicuo[1].

—¿Parecía que había alguien aquí desde afuera? —dijo Rashid.

En lo absoluto. De hecho, parecía que la iglesia había sido olvidada por el mundo durante mucho tiempo.

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo Nadya—. Sólo un día más o menos. Había cortado el hechizo del príncipe cuando todavía estaban lejos de la iglesia, así que tenía que esperar que estuvieran a salvo, pero tenían que seguir avanzando. Tenían que llegar a Tvir.

—¿No? —preguntó Rashid, sonando vagamente decepcionado—, ¿no te explicó Parijahan la situación?

—¿Situación? —preguntó Anna.

—Hasta que no confíen en nosotros, nada de lo que diga importará —dijo Parijahan. Se subió a la mesa—. Pero, supongo que conocer nuestras intenciones sería un comienzo. Queremos detener la guerra.

—Oh, ¿algo tan simple como eso? —preguntó Nadya, exhalando una risa sorprendida—. Ha pasado casi un siglo, ¿y crees que puedes detenerlo? Tienes razón. Aquí no hay confianza.

—Tiene razón —dijo Malachiasz. Se apoyó en la mesa junto a Parijahan —. Pero somos nosotros los que tenemos al desagradable hereje entre nosotros. Creo que, primero, deberíamos averiguar quién es el que tiene la magia.

Sus ojos se detuvieron en Nadya, con una sonrisa en la comisura de los labios, antes de dirigirse a Anna.

Llevaba el uniforme de un mago de sangre militar transeúnte, aunque su chaqueta negra estaba raída, deshilachada en las mangas y el dobladillo. Había un parche cosido en el codo y las charreteras plateadas de los hombros parecían haber visto días mejores.

Rashid miró expectante a Anna y Nadya.

Ninguno de los dos habló. Nadya se mordió el labio inferior. Si la disposición de esta iglesia era algo tradicional, habría múltiples salidas. Sólo sería cuestión de encontrar la puerta y el pasillo adecuados y salir. Pero Nadya no podía dejar que su reacción impulsiva ante cada situación.

Influyera sobre su deseo de huir. Había una razón por la que dos Akolanos y un Tranaviano estaban acampados en las montañas de Kalyazi. Había una razón por la que hablaban crípticamente, por la que el tranaviano parecía

inquieto. Había una razón para todo esto y Nadya tenía que creer que los dioses habían lanzado su camino contra estos extranjeros por una razón, sea cual sea.

—Siempre podría probarlos —dijo Malachiasz.

—¡No!

El arrebato de Anna hizo saltar a Nadya.

Malachiasz levantó una ceja. Sus pálidos ojos se deslizaron hacia Nadya. Un escalofrío la recorrió.

Sabe que soy yo.

Era un pensamiento profundamente incómodo.

Malachiasz se levantó de la mesa y sacó un cuchillo curvo de aspecto malvado de una funda que llevaba en la espalda. Lo hizo girar entre sus dedos mientras se acercaba a donde estaban las chicas.

La sangría para probar la magia era un acto herético en sí mismo, agravado por el hecho de que un mago de sangre hereje lo haría.

La pálida mirada de Malachiasz se fijó en Nadya.

Bien. Si intenta matarme por mi poder, tendré que matarlo yo primero.

Le cogió la mano y le rodeó la muñeca con los dedos. El calor de su contacto hizo que a Nadya se le erizara la piel. Vio el destello de plata cuando la hoja se levantó, sintió el cambio de fuego a hielo cuando el metal tocó la parte superior de su dedo índice.

—No —susurró ella. Ella se tensó, tirando hacia atrás, pero el agarre de él era firme, encerrado alrededor de ella como un grillete.

Sin romper el contacto visual, desenfundó su voryen y utilizó la mano de él alrededor de su muñeca como palanca para acercarlo, clavándole la daga en la garganta. Él se tensó y echó la cabeza hacia atrás para evitar que la hoja cortara la carne. Una lenta sonrisa se dibujó en su boca.

—Ya sabes que soy yo —dijo, con la voz baja—. No creas que voy a ser cómplice de tu herejía.

—La sospecha y la confirmación son dos cosas diferentes. Y herejía es una palabra muy fea.

Nadya miró a Anna. Parecía que la otra chica había dejado de respirar. Anna sacudió la cabeza, alarmada.

—Bueno, quiero pruebas —dijo Rashid.

La mano de Malachiasz seguía apretada sobre la muñeca de Nadya y un fino hilillo de sangre recorría su pálido cuello, daño ocasionado por sus nervios endebles. Movió la otra mano hacia arriba, su movimiento cauteloso, y se limpió la sangre de la piel con el pulgar.

—Cómplice en herejía, ciertamente —murmuró. Nadya retiró su daga.

—¿Las lunas que se apagan no fueron suficientes para ti? —preguntó Malachiasz a Rashid, soltando la muñeca de Nadya y envainando su cuchillo. Volvió al lado de Anna—, tengo un poco de curiosidad por las ramificaciones a largo plazo de un hechizo como ese. ¿Qué estragos causará en las mareas la anulación de las lunas durante tanto tiempo?

—Estamos a miles de kilómetros de cualquier océano, Malachiasz —dijo Parijahan con cansancio.

—Es algo en lo que hay que pensar.

—Es Tranaviano. Siempre tienen el agua en el cerebro —dijo Rashid—. Su país está prácticamente bajo el agua tal y como está.

—Algunos lagos… —dijo Malachiasz—. Y pantanos.

—¡Cuántos estanques! —dijo Parijahan.

—Limita con un océano al norte y al este —continuó Rashid—, ¿por qué crees realmente que tu guerra no se ha trasladado a Tranavia? Nadie en Kalyazin sabe nadar.

—¿Sabes nadar? —preguntó a Nadya.

Sacudió la cabeza.

—Cuando lo pones de esa manera, enterrarse vivo bajo la nieve parece una forma más satisfactoria de morir —reflexionó Malachiasz.

—Se me ocurren cien formas mejores de que mueras —murmuró Anna.

Sonrió, apretando una mano contra su corazón.

—Seguramente merezco las cien.

Parijahan dijo, muy solemnemente:

—Las mareas están controladas por la gravedad. Mi pueblo lo descubrió hace siglos.

Malachiasz emitió un sonido de indignación y miró a Rashid, que asintió con seriedad.

Nadya se preguntó si su charla ociosa significaba que su magia había sido olvidada, pero descubrió que no tenía tanta suerte cuando Rashid la señaló:

—Magia.

—¿Qué harás con la prueba?

—Maravíllate de cómo un país que perdió a sus magos y que ha estado aguantando una guerra contra *magos* por los pelos, tiene una oportunidad de nuevo.

Miró a Malachiasz, preguntándose cuál sería su reacción, pero su rostro estaba impasible.

—¿Qué hará él?

—Oh, probablemente querrá matarte por tu poder. ¿No es así como todos tus clérigos murieron en primer lugar?

Malachiasz sonrió.

Nadya se estremeció. Definitivamente, había tenido que ver.

—Pero —continuó Rashid—, no lo hará. Porque él no está en el negocio de los asesinatos de magos kalyazi.

—Podría ser —reflexionó Malachiasz.

Parijahan puso los ojos en blanco, pero una sacudida de terror recorrió a Nadya ante su tranquila contemplación de su muerte. Los Akolanos no lo estaban tomando en serio y ella no podía entenderlo.

Nadya pasó la mano por su collar, los dedos se engancharon en las cuentas mientras pensaba qué hechizo podría utilizar, hasta que llegó a la cuenta de Krsnik. Tal vez la manera de hacerlo fuera sencilla. Ya había hecho algo llamativo.

¿Ayudita?

Krsnik, un dios viejo y gruñón, refunfuñó algo que aparentemente fue un asentimiento, porque Nadya recibió el hechizo un instante después. Sopló símbolos humeantes y brillantes en la palma de la mano y ésta se encendió en llamas.

Parijahan intercambió una mirada encantada con Rashid. Nadya se acercó a la mesa y pasó la punta de un dedo ardiendo sobre lo que era claramente una página de un libro de hechizos desechada. Levantó el papel y éste estalló en llamas. Cuando sólo quedaban cenizas en su mano, las inclinó hacia la palma del mago de sangre. Levantó la mirada para encontrarse con la suya y no estaba segura de lo que veía en sus ojos.

Tensión, curiosidad, pero debajo de todo eso había algo más oscuro. Algo que hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. Le hizo preguntarse por qué un hereje se había puesto en su camino. ¿Para matarlo? ¿Qué otra razón podría haber?

Una sonrisa se dibujó en sus labios, como si pudiera leer sus pensamientos como lo hacen los dioses.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia entre tú y nuestro amigo mago de sangre aquí? —preguntó Rashid—. Por favor disculpa las preguntas ignorantes de un joven y apuesto extranjero.

El mago de sangre en cuestión se tumbó en las almohadas junto a Rashid, abriendo su libro de hechizos en su regazo. Nadya no le vio cortarse, pero el dorso de su mano sangraba. Utilizó una pluma para rayar la sangre en las páginas de su libro.

—Creo que tu mago está haciendo las diferencias bastante evidentes —dijo—. Sangre. Libros de hechizos. Herejía. Eso es magia tranaviana.

Malachiasz sonrió sin levantar la vista de su trabajo.

Sonríe demasiado, pensó ella.

—Mi poder es divino. Yo no lo soy. No hay sangre. No hay libros de hechizos.

—Sólo el requisito de la aprobación constante de los dioses —dijo Malachiasz—. No hay presión. Un paso en falso y se acabó.

—¿Es tan difícil vivir según la voluntad de los dioses? Piden tan poco. No les das suficiente crédito.

Sacudió la cabeza.

—¿Tan poco? —preguntó incrédulo—, piden demasiado. ¿Por qué crees que Tranavia rompió con los dioses? ¿Quién anhela una vida atada al capricho de otro ser? Deseamos elegir nuestro propio destino.

Nadya puso los ojos en blanco.

—¿Y su destino merece la tortura y la mutilación de un siglo de inocentes para conseguir los medios para su magia? Cientos y miles de personas.

Su expresión parpadeó, pero se recuperó tan rápidamente que Nadya se preguntó si había ocurrido.

—Los sacrificios se hicieron por voluntad propia. No se obliga a nadie a hacer pruebas.

—Excepto los prisioneros de guerra —replicó Nadya.

Se inclinó hacia delante.

—Incluso a los prisioneros de guerra se les hace comprender el bien mayor al que sirven al final.

—¿Bien mayor? —gritó Nadya, perdiendo finalmente los nervios—, ¿cómo te atreves a hablar de un bien mayor, como si tu especie tuviera algún derecho a pretender que sois algo más que herejes y abominaciones que se rebelan contra los dioses?

Malachiasz sonreía ahora, con dientes afilados y peligrosos. Inclinó la cabeza hacia un lado, cerrando perezosamente su libro de hechizos. Sacó una venda del bolsillo y se vendó lentamente la mano.

—Muy bien, tú ganas. Será útil —le dijo a Rashid.

A Nadya no le gustó cómo sonaba eso.

—¿Útil? ¿También vas a experimentar conmigo?

Malachiasz se puso de pie y cruzó la habitación hasta situarse encima de Nadya. Era muy alto. Le cogió la barbilla con la mano manchada de tinta y sangre y le inclinó la cara hacia la suya.

—No tendrías tanta suerte —dijo él, con voz suave, su aliento un susurro contra su mejilla.

—Malachiasz… —dijo Parijahan.

Soltó a Nadya, dando un paso atrás.

—Podemos mantenerte a salvo —dijo—. El Alto Príncipe podría estar justo delante de la puerta y no darse cuenta de que la iglesia está aquí. Me he asegurado de ello.

—El Alto Príncipe, tal vez, pero ¿qué hay de los otros horrores de Tranavia? —replicó Anna.

Era el turno de Malachiasz de quedarse quieto.

—¿Qué?

—Los monstruos que los tranavos dejan ensuciar las iglesias de antaño. ¿Qué pasa con ellos?

—Los Buitres no se aventuran en el campo de batalla —dijo, pero su voz era tensa. Una de sus manos se frotó distraídamente el antebrazo—. No han salido de Tranavia en…

—Unos treinta años —dijo Nadya—. Es curioso.

Sus ojos se entrecerraron, pero negó con la cabeza, retrocediendo.

Entretejidos en la más oscura de las pesadillas de Kalyazi estaban los Buitres de Tranavia. Magos de sangre tan retorcidos por su magia herética que ya no eran humanos, nada más que monstruos violentos. Era cierto, no se había visto en Kalyazin en mucho tiempo. También era cierto que habían sido uno de los últimos clavos en el último ataúd de los clérigos.

Si venían a por Nadya, no estaba segura de poder escapar tan fácilmente esta vez.

—¿Por qué nos ayudarías? —preguntó Nadya tras un rato de incómodo silencio.

—No somos amigos de Tranavia —dijo Parijahan.

Nadya lanzó una mirada mordaz a Malachiasz.

Él le sonrió.

—Estamos aquí porque los tranavianos quemaron los últimos, ¿cuántos, tres campos de refugiados que encontramos? —dijo Malachiasz, volviendo a las mesas y saltando al lado de Parijahan.

—Tres campamentos, dos puestos de avanzada, un campamento militar y una aldea —dijo Rashid.

—El campamento militar fue antes de mi tiempo —dijo Malachiasz, respondiendo a la pregunta que Nadya estaba a punto de hacer: ¿cómo pudieron meterlo en un campamento militar?

—De nuevo, queremos que esta guerra termine —dijo simplemente Parijahan.

—¿No lo queremos todos? —murmuró Anna.

—Sí, bueno, mantener a un clérigo kalyazi vivo lo haría, ¿no? Incluso con las diferencias de ideología.

—Es un comienzo —permitió Nadya.

—¿Y si vamos más lejos? —preguntó Parijahan—. Los chicos me decían que esperara hasta que surgiera una oportunidad, y ahora aquí estás tú. Así que, dime, ¿qué te parece asesinar al rey Tranaviano?

7

SERENFIN MELESKI

Svoyatova Alisha Varushkina: Clérigo de Bozidarka y vidente, las visiones de Alisha protegieron a Kalyazin de un levantamiento en las provincias occidentales. Esta protección no se extendió a ella. Años más tarde, un príncipe bajo del oeste, Dmitri Zyuganov, le quemó los ojos con un atizador de fuego por interferir en sus planes.

Libro de los Santos de Vasiliev

—¿Su Alteza?

Serefin cerró el puño, y el reflejo hizo que su dedo índice rozara la navaja que llevaba en la manga. Se obligó a relajarse. Estar tenso no iba a servir de nada.

—¿Sí?

Se sintió aliviado al ver que Kacper le seguía la pista a Teodore, y menos aliviado al notar que Kacper llevaba algo en la mano que se parecía sospechosamente a una misiva real. El miedo se le revolvió en el estómago.

—¿Hablaste con mi padre? —le preguntó a Teodore.

—Lo hice, Su Alteza. Expresó… —hizo una pausa y Serefin suspiró, sabiendo lo que se avecinaba—, disgusto por el resultado del ataque de ayer.

—Bueno, no estaba aquí —murmuró Serefin.

Teodore no dijo nada, y Kacper entregó a Serefin la misiva. Éste la tomó con cautela entre dos dedos. El sello era de su padre. El rey solía enviar mensajes por mensajero en lugar de con magia, en un esfuerzo por enmascarar la decepcionante realidad de que era un mago de sangre menos que impresionante. Podía establecer contacto con la magia de sangre —como había hecho Teodore la noche anterior—, pero estaba desanimado.

—¿Ha llegado esto esta mañana? —preguntó. Kacper asintió.

No se sabía cuánto tiempo había tardado en llegar a las manos de Serefin. Rompió el sello, escaneó la carta, se cercioró de que por fin le fallaba la vista por completo, volvió a escanearla y miró a Kacper con el ceño fruncido antes de volver a leerla detenidamente.

—¿Mencionó mi padre esto?

—No lo hizo —dijo Teodore.

—¿Nada? ¿Nada en absoluto? ¿Ni siquiera el más mínimo indicio de que había estado planeando esto durante meses sin darme siquiera un aviso?

—Ayudaría, Su Alteza —dijo Kacper, lanzando una mirada irritada a Teodore—, si supiéramos cuál es el mensaje.

—Quiere que vuelva a Tranavia —dijo Serefin, entregando a Kacper la misiva e ignorando la expresión de escándalo de Teodore—. Inmediatamente, al parecer, ya que hay un asunto de un próximo *Rawalyk*.

—¿Qué? —Kacper parecía asustado.

—La ceremonia para elegir un consorte real… —comenzó Teodore.

—Sé lo que es un Rawalyk —dijo Kacper, justo cuando Serefin le espetó a Teodore—: Conoce la tradición.

Teodore miró a Kacper de forma sombría.

—Tengo que ir tras la clériga, no tengo tiempo para esto —dijo Serefin—. Estamos tan cerca de un punto de inflexión con la guerra, y él quiere que deje todo por una farsa sin sentido.

—Mencionó que los Buitres pidieron ser enviados tras la clériga —dijo Teodore.

Serefin se pasó una mano por el pelo. Kacper levantó las cejas.

—Así que me despoja del mando y me ordena volver a casa —dijo Serefin en voz baja.

Teodore no respondió.

Tenía sentido, por supuesto, que los Buitres quisieran hacerse con la primera clériga kalyazi en más de treinta años. Había una nueva generación en el culto, que nunca había visto la magia kalyazi. Era lógico.

Pero Serefin odiaba la idea de que su victoria fuera para otra persona. Su padre fue quien envió a Serefin al frente cuando sólo tenía dieciséis años; quería un héroe de guerra como hijo, así que eso fue lo que consiguió, y todo el desastre que eso conlleva. No era justo pedirle que desempeñara un papel al que no se había acostumbrado en aras de la tradición cuando estaban tan cerca del final.

No habría discusión. No era una elección. Si partía ese día, podría llegar a Grazyk en unas semanas, potencialmente más, dependiendo de lo que encontraran al llegar a la frontera. Si se llevaba sólo a Ostyia y a Kacper, podría hacer el viaje en menos tiempo aún. Pero estaban detrás de las líneas enemigas. Cualquier cosa podía salir mal.

—Voy a —comenzó lentamente, cada palabra es una flecha afilada que lo atraviesa—, dejarte a cargo de la compañía. Debes llevar a los prisioneros a Kyętri, ¿lo harás?

Un asentimiento de Teodore.

—Bien. El teniente Neiborski vendrá conmigo —dijo.

Kacper parecía aliviado, como si pensara brevemente que Serefin iba a dejarlo atrás. Ridículo.

—El General Rabalska, también, obviamente. Espero que tenga a los prisioneros equipados y fuera de aquí a más tardar mañana por la mañana.

Teodore se dio cuenta de que le estaban despidiendo. Se inclinó y Serefin le hizo un gesto de despedida. Si tenía suerte, no tendría que volver a ver a ese hombre en meses.

Atravesó los fríos pasillos sin adornos hasta llegar a las enormes puertas de madera que daban al patio. Aunque eran lisas por detrás, los frentes de las puertas estaban cubiertos de tallas ornamentales e iconos de santos. Había seis, tres en cada puerta. Serefin los contempló después de que las puertas se cerraran antes de girar y bajar de un salto las escaleras que llevaban al patio, donde Ostyia esperaba. Estaba encaramada a la pared que conducía a los siete mil escalones de la montaña.

Serefin dejó caer su mochila al suelo y saltó a la pared junto a ella. Kacper se sentó a su otro lado.

—Tengo que ir a casa y casarme.

Ostyia tuvo la decencia de hacer una mueca.

—¿Y la clériga?

—Los Buitres han ido a buscarla.

—Estará muerta en un día.

Kacper se estremeció.

—No le desearía ese destino ni siquiera a un Kalyazi. ¿Te lo imaginas? —Se pasó una mano por la cara—. Esas máscaras son aterradoras.

Los Buitres eran una parte complicada de la sociedad y la política de Tranavia. Eran la élite de los magos de sangre, una secta cultual de individuos, aislados del resto de su reino, que vivían en el hueco de una

antigua catedral en Grazyk bajo el liderazgo de un rey propio, el Buitre Negro, que se sentaba en el Trono de la Carroña.

Cuando Tranavia se separó de los dioses, los Buitres llenaron los vacíos dejados por la iglesia. Actuaron por su cuenta, citando la magia como una voz de mando más alta de lo que podría ser cualquier rey mortal. Los Buitres podrían haber ido a por el clérigo sin el permiso del rey, pero Tranavia tenía establecido un cuidadoso equilibrio de poder. Los Buitres actuaban como consejeros del trono, pero su autoridad sólo se extendía al ámbito de la magia, que en Tranavia tenía un gran alcance. Se paseaban por el palacio con sus garras de hierro y sus túnicas desgarradas, más monstruos que humanos, pero venerados de todos modos.

Durante décadas, la imagen de la política Tranaviana era que el rey mantenía a los Buitres con una correa cuidadosa. Debían entrenar a los niños reales para aprovechar su magia, así como mantener un cierto nivel de seguridad en Grazyk, pero no debían salir de Grazyk ni de Kyętri, las dos ciudades que albergaban a los líderes del culto.

Se les mantenía alejados del frente debido a una desafortunada medida de imprevisibilidad en sus acciones que los hacía más un lastre que una ventaja en el campo de batalla. Dicho esto, Serefin había asistido a muchas batallas que habrían dado un vuelco si hubieran tenido un solo Buitre entre ellos. Pero él nunca pediría uno. Le inquietaban.

Serefin se rascó la nuca mientras entornaba los ojos hacia las cúpulas de cebolla del monasterio. El resplandor de la piedra blanqueada le irritaba el ojo malo.

—Mi padre quiere que los prisioneros sean llevados a las minas de Kyętri.

—Es mucha actividad de los Buitres de repente —dijo Ostyia—. Es extraño, ¿no?

Un silencio se apoderó de ellos. Contemplar las Minas de Sal donde los Buitres realizaban sus experimentos no era nada agradable.

—Esto no me gusta —dijo finalmente Serefin.

Ostyia lo miró.

—Este momento, los Buitres, que mi padre enviara esto —agitó la misiva que aún tenía en la mano—, en lugar de que un mago se pusiera en contacto conmigo, lo que me da menos tiempo para volver a casa. No entiendo lo que está haciendo.

No era un secreto que la relación de Serefin con su padre era tensa. No sabía si era el miedo, la aversión o la simple realidad de que enviar a Serefin a la guerra a una edad tan temprana había abierto una brecha en su relación.

Fuera lo que fuera, el comportamiento errático del rey era cada vez más normal, así que Serefin no sabía por qué le sorprendían todas esas cosas extrañas que confluían a la vez.

Ostyia le lanzó una mirada incrédula.

—Lleva mucho tiempo sobre ti.

—¿Lo lleva?

Serefin no había tenido un momento de respiro en años. Con el país en guerra era lógico, pero cada vez que volvía a Grazyk para recordar al país que tenían un príncipe, le daban la vuelta y le enviaban de nuevo al frente. Estaba cansado, comenzando a deshacerse en los bordes, como si el más mínimo toque lo hiciera añicos. No quería jugar a la política en cuanto volviera a Tranavia, pero ese era su destino.

Ostyia tenía razón, la ruptura era cada vez más profunda. Su padre se había esforzado por ocultar la verdad. Su hijo era un talentoso mago de sangre, y él no. Si empujaba a Serefin fuera de la vista, los slavhki de la corte nunca recordarían que el hijo era más poderoso que el padre.

Serefin bajó de un salto de la pared, deslizándose sobre la piedra helada del patio antes de darse la vuelta y enfrentarse a sus amigos.

—¿Y bien? Será mejor que demos un buen espectáculo.

—¿Es eso lo que será? ¿Un espectáculo? —preguntó Ostyia.

—Si es un Rawalyk, entonces sí —dijo Kacper.

—Dramas sin sentido para la nobleza —dijo Serefin, y luego se encogió de hombros—. Aquí hay algo más. Será mejor que vea lo que es. Estoy seguro de que no será bueno.

El ojo de Ostyia se estrechó.

—Conozco esa mirada. ¿Qué estás planeando?

Serefin no estaba seguro de estar planeando nada todavía. Tenía un presentimiento, un temor rastrero que no le permitía correr a su casa y hacer el papel de príncipe sin tener algún recelo antes. Tal vez era producto de haber sido maltratado en vida por esta guerra, de ver muerte y destrucción todos los días durante años. Tal vez simplemente se estaba volviendo irracional. En cualquier caso, ahí estaba.

—¿Y si mi padre está utilizando el Rawalyk para instalar un títere como su heredero? Alguien que pueda manipular con facilidad.

Serefin era demasiado obstinado, demasiado poderoso, demasiado amenazante para la soberanía de Izak Meleski.

—Si ata a alguien al trono a través de mí y luego sufro un desafortunado accidente… —se interrumpió.

—Oy —murmuró Ostyia.

—¿Qué tan paranoico sueno?

—Mucho.

Asintió con la cabeza.

—Llevo tres años dirigiendo ejércitos —dijo, con voz suave—. Y no se va a un campo de batalla sin una estrategia. Pero a veces, el reconocimiento es necesario. Así que me voy a casa. Voy a ver de qué se trata esta tontería, y luego me ocuparé de ella como sea necesario. Eso puede significar hacer de príncipe y participar en un drama innecesario, podría significar algo completamente diferente. También podemos ir a averiguar cómo va a ser esta batalla.

Dicho eso, Serefin comenzó a bajar los siete mil escalones.

8

NADEZHDA LAPTEVA

La diosa de la visión, Bozidarka, es una diosa de la profecía. Pero ten cuidado: sus dones pueden romper la mente de un mortal y sus bendiciones no son tan fáciles de interpretar.

Códice de lo Divino, 7:12

No se habló más de los planes para matar a los reyes. Después de que Nadya tartamudeara ante su incredulidad de que aquello fuera posible, Parijahan sugirió que hablaran más por la mañana.

Matar al rey Tranaviano podría poner fin a la guerra, pero mejor aún —al menos para ella— sería una pequeña justicia por la muerte de Kostya. Se arriesgaría por ello. No sabía si sería posible —lo dudaba enormemente—, pero la conversación le hizo sentir simpatía por los Akolanos. Incluso si todavía estaba esperando el momento adecuado para poner uno de sus voryens en el corazón del Tranavia.

Nadya pasó una noche inquieta en una habitación fría con camas duras y finas mantas robadas a los soldados de Tranavia. Se levantó antes de que el amanecer se abriera paso en el horizonte, saliendo de la habitación y bajando al pasillo. Estaba acostumbrada a despertarse antes que el sol para rezar y quería estar en un lugar adecuado para hacerlo.

Anna aún dormía cuando salió al pasillo. Encontró a Parijahan en el santuario destripado, sentada en la mesa con mapas desgarrados extendidos frente a ella.

—Hablabas en serio, ¿no? —preguntó Nadya. Se sentó frente a la chica de Akolan.

—¿Por qué iba a bromear con algo así? —respondió Parijahan, sin levantar la vista. Llevaba el pelo oscuro en una trenza suelta que se enroscaba sobre su hombro—. Hubo más de nosotros, una vez. Un chico que lo perdió todo cuando los Tranavianos quemaron el bosque que él y su familia utilizaban como medio de vida, una chica que creció en un campo de refugiados, hermanos kalyazi de Novirkrya que fueron reclutados por el ejército cuando eran niños, pero luego desertaron.

Novirkrya era una aldea situada en la frontera sur, cerca de Lidnado, un pequeño país que odiaba a sus dos vecinos por igual y que se había mantenido milagrosamente al margen de la guerra durante el casi siglo que llevaba librándose, probablemente sólo por despecho.

—Quedan muy pocos fieles en ese país —señaló Marzenya.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Nadya.

—Este país, esta guerra. Los hermanos tuvieron que huir al norte para evitar que el ejército los atrapara, pero no fue así para la mayoría.

—¿Pero los dos Akolanos y el tranavo se quedaron?

Los demás entraron en la habitación a trompicones. Anna se sentó junto a Nadya, apoyando su cabeza en el hombro de ésta.

—Bueno —dijo Anna—, todavía estamos aquí.

—No hay Alto Príncipe —dijo Parijahan.

Rashid trajo comida a la habitación; cuencos de kasha —una fina papilla que Nadya conocía bien— y panes negros y duros que puso sobre la mesa antes de acurrucarse en la pila de almohadas del rincón. Iba vestido con una túnica Akolana de color marrón dorado con mangas largas y abiertas.

—Nadie me advirtió que los asesinos kalyazi se levantan antes del amanecer —bostezó.

Malachiasz entró en la habitación agarrando media barra de pan negro y con aspecto de no haber dormido nada. Tenía el pelo largo enmarañado y había manchas oscuras de sombra bajo sus ojos pálidos. Se tumbó en las almohadas junto a Rashid y se tapó la cara con un brazo.

—Ellos no, pero los acólitos que tienen que responder a la llamada a la oración a las tres de la mañana sí —dijo Nadya.

—Y nos llaman bárbaros —reflexiona Malachiasz.

—Os llamamos herejes. Es diferente. Y preciso —dijo Nadya.

Se sentó y puso los ojos en blanco, luego se metió la mayor parte del pan en la boca. Abrió su libro de hechizos y dejó caer una pluma en el pliegue entre las páginas.

—No te atrevas a empezar a sangrar mientras comemos —dijo Parijahan.

Malachiasz levantó la vista, con un cuchillo ya en la mano, la hoja apoyada en el antebrazo, el pan todavía medio en la boca. Parijahan le miró fijamente. Tras un largo silencio, bajó dócilmente la hoja.

Nadya miró el mapa y Parijahan le pasó un tazón de kasha.

—Tengo que llegar al campamento militar de Tvir —dijo.

Ella no podía realmente complacer sus planes deliberados sobre asesinar reyes. Había cosas que esperaban de ella, no podía abandonar esos deberes a la primera dificultad. Ella era el recipiente que inundaría el mundo con el toque de los dioses una vez más.

—¿Tvir? ¿Estás planeando ir directamente a las manos de Tranavia, Towy jimyka? —preguntó Malachiasz.

Se preguntaba —con su deteriorado Tranaviano— por qué la había llamado *¿Pajarito?* Confundida tanto por su significado como por la forma vagamente condescendiente en que lo había dicho, optó por ignorarlo por completo.

—Está claro que tenías un protocolo que seguir, ¿no? —continuó—, ¿una maga importante como tú?

A Nadya le resultaba difícil ignorar su continua condescendencia.

—Pero si vas a Tvir, vas a morir. Cayó a los pies de Tranavia hace dos meses.

Anna palideció. Nadya trató de ignorar la desesperación que la golpeaba en el pecho. Se instaló justo entre sus costillas, martilleándola con cada latido de su corazón. Esto era inútil; iba a morir antes de tener la oportunidad de hacer algo por su país.

—Todo fue destruido —dijo Parijahan en voz baja, cortando parte de la tensión entre Nadya y Malachiasz—. El campamento militar, el pueblo cercano. Estábamos cerca cuando ocurrió. Tuvimos suerte y escapamos. Otros no tuvieron tanta suerte.

Anna se frotó la frente. Cuando Nadya la miró en busca de algún tipo de orientación, o algo así, se limitó a encogerse de hombros.

—Eso fue todo lo que me dijeron que hiciera —dijo—. El siguiente puesto de avanzada es…

—Ni de lejos —dijo Rashid.

Una puerta se cerró de golpe ante Nadya.

—¿Así que debo escuchar los planes de dos extranjeros que han recibido a mi enemigo con los brazos abiertos?

Malachiasz sonrió.

Parijahan frunció los labios.

—Cuando tenía trece años, mi hermana mayor iba a casarse con un eslavhka de Tranavia. No había amor, era un matrimonio político, pero Taraneh tenía esperanzas. Se habían visto una vez antes del matrimonio y él parecía… —se interrumpió, sacudiendo la cabeza. Su mirada se clavó en una esquina de la habitación—, normal. Un mago de sangre, pero ¿qué Tranaviano no lo es? En cualquier caso, la boda iba bien…

—La boda no iba bien —interrumpió Rashid.

La cara de Parijahan se torció.

—No pensamos en ello, era lógico que hubiera cierta tensión.

La premonición pesaba en las palabras del Akolano y Nadya se removió incómoda. Miró a Malachiasz, pero éste observaba a Parijahan con una expresión cuidadosa en el rostro, no hostil ni burlona, sólo suavemente atenta.

—Mi familia está bien fuera…

—Sé sincero, Parj —dijo Rashid en voz baja.

Ella suspiró.

—Mi familia es una de las tres altas Travasha de Akola. Mi hermana fue asesinada un mes después de su boda, en una tierra extranjera, por su dote.

—¿Y Akola no fue a la guerra por eso? —preguntó Anna.

—Nunca hubo pruebas de que el Tranaviano lo hiciera. Parecía un accidente, mi hermana se ahogó en uno de los cientos de lagos de Tranavia —Parijahan se rió amargamente—. Claro, como Akola es una tierra de desiertos, ¿por qué iba a saber nadar un *prasīt*? Pero Taraneh era una buena nadadora; su lugar favorito en el mundo era el oasis cercano a nuestra casa familiar.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Nadya—, ¿y qué haces tú con una maga de sangre Tranaviana?

—Se tomaron algunas decisiones precipitadas —dijo Rashid.

—Me he vengado —dijo Parijahan con naturalidad—. Y ahora hay un slavhka menos en la corte de Tranavia.

—¿Por qué no volver a Akola después? ¿Por qué quedarse aquí?

—No quiero tener nada que ver con una familia que no vengará la muerte de su hija. Tranavia no puede ganar esta guerra —dijo ferozmente—. Que vivan con su magia de sangre y sus políticos corruptos en su propio país, pero no se puede permitir que se extiendan más allá de sus fronteras.

Nadya miró su collar, buscando la cuenta del dios de la verdad, la de Vaclav. Se quedó perpleja cuando Vaclav le confirmó que los tres estaban siendo sinceros con ella. Incluso el Tranaviano.

—Nada de esto lo explica —dijo Nadya, señalando a Malachiasz.

—Soy un enigma —contestó Malachiasz con ardor—. Hubo rumores sobre ti, towy dżimyka, en ambos bandos de la guerra. El clérigo kalyazi vino a salvar el país del azote tranavo.

Un escalofrío recorrió a Nadya. No podía saber si la estaba incitando o no.

—¿Qué estás diciendo?

—Tranavia sabe que existes, claramente, ¿por qué si no el propio Alto Príncipe —director táctico de la guerra— atacaría un monasterio en un lugar que no proporciona ninguna ventaja estratégica? Y si Tranavia lo sabe, entonces todo Kalyazin lo sabe también.

Había algo más que estaba diciendo y Nadya tardó más de lo que hubiera querido en ponerse al día.

—¿Ustedes tres están aquí… por mí?

—¿No te hace sentir importante? —Se estaba burlando de ella otra vez. Ella suspiró.

—Hemos seguido los rumores hasta esta zona, sí —dijo Parijahan—. No creí que saliera nada de ellos, pero aquí estáis.

Nadya reconocía la intervención divina cuando la veía, pero algo seguía sintiéndose mal. Había un camino que se suponía que debía recorrer y éste no era. Trabajar con un hereje no lo era. No puede ser.

Pasó la cuchara por el cuenco ya vacío.

—Necesito tiempo para considerar esto, para… rezar. ¿Tienes un plan para entrar en Tranavia?

—No puedes hablar en serio —dijo Anna.

—¿Qué opción hay? —replicó Nadya.

—No tienen un plan —respondió Malachiasz, cortando a Rashid antes de que tuviera la oportunidad de responder. Cerró su libro de hechizos con un fuerte chasquido.

—Ve a rezar —le dijo a Nadya, poniendo todo el peso de su odio en la palabra rezar—. Pide a tus dioses que logren lo imposible.

⋆ ⋆ ⋆

Un camino conducía entre los árboles a los restos de un pequeño altar de piedra. Sólo quedaba un banco y una talla de una figura intencionadamente ambigua que pretendía representar a Alena. Fuera reinaba la calma, la luz de la madrugada se colaba entre las ramas vacías de los árboles, golpeando la talla de modo que atraía la luz del sol hacia sí. Nadya se sentó con las piernas cruzadas en el banco.

Se colocó el collar sobre la cabeza y frotó los dedos sobre las cuentas. Necesitaba volver a concentrarse, superar el trauma de haber perdido su hogar y sus amigos. Sólo se sentía en blanco cuando pensaba en el monasterio, en Kostya. ¿Dónde estaría cuando la agonía de perderlo todo la alcanzara por fin?

Había pasado demasiadas noches sin dormir deseando tener alguna pequeña parte de sus padres a la que aferrarse. Todo lo que tenía era el conocimiento que su madre siempre había sabido que su hija estaba tocada por los dioses. Su madre había aparecido embarazada de nueve meses en la escalinata del monasterio, quedándose sólo el tiempo suficiente para dar a Nadya su nombre antes de desaparecer, según le decía siempre el padre Alexei.

Lapteva ni siquiera era un apellido poco común. Estaba en todas partes. No fue hasta los catorce años cuando Nadya se dio cuenta de que ninguna familia volvería por ella, que su destino estaba dentro de los muros del monasterio y en ningún otro lugar. El abad era lo más parecido a un padre que jamás tendría.

Pensar en el padre Alexei le hacía doler el corazón. En ese momento estaba muerto, junto con todos los demás que había conocido y amado. La amable Marina, con su cálida risa, que le llevaba a Nadya probov —pasteles de harina planos pero sabrosos— cuando nadie miraba. El adusto pero talentoso contador de historias Lev, que podía hilar fábulas y leyendas que siempre hacían que Nadya temiera irse a la cama por la noche.

Una noche, le contó una historia sobre un monstruo tranavo conocido como Kashyvhes que bebía sangre y controlaba a las víctimas con su mente. Mientras caminaba por los oscuros pasillos del monasterio hacia sus aposentos.

Esa noche, Kostya había saltado de un armario. Le dio un puñetazo tan fuerte que tuvo que ir a Ionna, la curandera, por un labio partido.

Ya no estaban, y el monasterio estaba vacío. Sus reliquias doradas estaban destruidas y los iconos desfigurados. El altar probablemente estaba destrozado, las estatuas de los santos probablemente habían perdido sus cabezas y sus manos. Toda esa belleza y santidad —desconocido por la magia y la sangre.

Pero no podía forzar sus emociones, así que se sentó con el corazón vacío y la mente en blanco y esperó a ver si sus dioses le hablaban. Esta vez estaba sola.

Pedir a los dioses que hagan lo imposible.

Cuánta arrogancia, pensó Nadya. No estaba convencida de que pudieran hacerlo, pero si Malachiasz tenía razón, no tenía dónde ir. Tal vez debería tomar eso como una señal y aceptar que las circunstancias la estaban obligando a esta situación que bien podría terminar en un desastre.

Regresaba a la iglesia cuando vio a Malachiasz deslizándose entre los árboles. Curiosa, lo siguió, tirando de sus cuentas de oración. Sólo había dado unos pasos cuando él se detuvo. Su mano bajó inmediatamente a su voryen.

—¿Vas a poner una de tus bonitas cuchillas en mi corazón, towy dżimyka[2]?

—Me gustaría —dijo ella—, ¿por qué me llamas así?

Se giró hacia ella, levantando una mano para apoyarla en el libro de hechizos que llevaba en la cadera.

—¿Cómo se supone que debo llamarte?

Todavía no les había dicho su nombre. No sabía por qué le parecía importante guardárselo para sí misma; por qué sentía que darle a ese chico su nombre sería darle más de lo que merecía. Tal vez estaba siendo irracional.

—Nadezhda Lapteva —dijo, y luego añadió—: Nadya.

Malachiasz parecía casi aliviado, pero probablemente Nadya estaba imaginando cosas. Asintió con la cabeza.

—Entonces, Nadya, por favor, eres bienvenida a acompañarme.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Así que puedes llevarme de vuelta al bosque y asesinarme?

—Me estabas siguiendo —señaló.

El calor le subió a la cara.

Sonrió y se dio la vuelta para irse.

—No somos enemigos, Nadya.

—Ahora mismo no, quieres decir.

Hizo una pausa, le devolvió la mirada y asintió.

—No tienes nada que temer de mí.

Sin embargo. Nadya lo oyó en su tono, aunque no lo dijera en serio… aunque nunca lo dijera en serio. Era un mago tranavo y eran enemigos por defecto.

Ella le siguió.

Los árboles eran densos en este tramo de las montañas e incluso con sus ramas sin hojas y cubiertas de nieve era difícil ver a través de ellos. Todo estaba en silencio, salvo el crujido del hielo bajo sus pies. Nadya intentaba averiguar a dónde iban cuando Malachiasz le tendió una mano, deteniéndola. Se llevó un dedo a los labios.

Se habían detenido en un punto alto de un saliente donde la ladera de la montaña se cortaba precariamente. Malachiasz se desplazó hasta el borde, dejándose caer sobre la nieve. Nadya dudó, y luego se puso a su lado.

Tardó un segundo en comprender lo que estaba viendo abajo, y cuando lo hizo casi se puso de pie y huyó.

Malachiasz le puso la mano en el hombro, presionándola contra la nieve. Ella se congeló como un conejo asustado; el único mecanismo de defensa que le quedaba. Sus dedos se tensaron contra ella, una presión que tal vez debía ser tranquilizadora. Él retiró la mano.

La había llevado directamente al Alto Príncipe.

Malachiasz se inclinó cerca de Nadya y ella se tensó cuando él inclinó su cara hacia la de ella, con los labios en su oreja.

—Mi magia se sentirá en el momento en que la use —su voz era un murmullo bajo—, ellos no sentirán la tuya.

Le lanzó una mirada de soslayo y, a continuación, se quitó el guante y se puso a buscar en su collar hasta encontrar la cuenta de Zlatek.

El dios del silencio detestaba concederle poder a Nadya; una vez había manifestado que deberían revocar su magia por completo. Era una pena que su poder fuera tan condenadamente útil, pero era tan cascarrabias que Nadya evitaba tratar con él siempre que podía.

Envió una tímida súplica y, suponiendo que se la habían denegado, se sorprendió cuando de repente una retahíla de palabras sagradas pasó por su cabeza. Sintió una mínima oleada de irritación.

Gracias, Zlatek.

No hubo respuesta. Pasó el pulgar por la cuenta de Marzenya. Si tenía que matar al Tranavio allí, estaría preparada. No iba a pillarla desprevenida.

Sus sentidos se volvieron borrosos cuando susurró el hechizo de Zlatek, pero cuando se movió el hielo que había debajo no hizo ningún ruido. Miró a Malachiasz.

—Fascinante —sus labios se movieron, pero no hubo ningún sonido. Sus cejas se alzaron con sorpresa.

Zlatek había extendido el hechizo a Malachiasz también.

Imprudente.

Se llevó un dedo a los labios, sonriendo. Incluso su respiración se hizo silenciosa por el hechizo de Zlatek. El inconveniente era que sus sentidos también estaban embotados.

Justo debajo del saliente estaban el príncipe y sus lugartenientes. La chica con un ojo seguía sobre su caballo mientras los dos chicos desmontaban.

Parecía aburrida, con la barbilla apoyada en la mano y el codo apoyado en el pomo de la silla.

—Si seguimos hacia el este, estaremos bien —dijo.

El príncipe sacudió la cabeza y rebuscó en sus alforjas, sacando un mapa.

—Desenróllalo —dijo mientras se lo entregaba al muchacho de piel morena—. Cabalgaremos directamente hacia el frente, y yo, personalmente, prefiero no enfrentarme a todo el ejército kalyazi.

—Un desvío nos llevaría días, Serefin. Acabaríamos bordeando la zona del lago.

Serefin la ignoró y se acercó a donde el otro chico tenía el mapa apoyado en un árbol. Miró hacia la cresta donde se escondían Nadya y Malachiasz. Nadya estaría bien si miraba hacia arriba, su pelo era prácticamente del mismo color que la nieve. Malachiasz, sin embargo…

Se quitó el pañuelo blanco del cuello, empujándolo hacia él. Si él no iba a arrojarla por la borda para que el príncipe la capturara, ella no quería que los atraparan porque su pelo parecía tinta contra el papel. Él la miró sin comprender. Ella puso los ojos en blanco y le colocó el pañuelo en la cabeza. Se dio cuenta y se ató la bufanda sobre el pelo antes de volver a acomodarse en la nieve.

Su sincronización no podría haber sido mejor, ya que el príncipe eligió entonces para echar un vistazo a la cima del acantilado. Las palmas de las manos le sudaban incluso cuando las presionaba contra la nieve. Volvió a levantar la cabeza cuando pasaron unos segundos de tensión.

—Tenemos que ir más al norte —decía el príncipe, con una voz baja y musitada. Nadya, que sólo hablaba con cierta fluidez, tuvo que concentrarse para seguir el ritmo de su Tranaviano—. Me encantaría alargar este viaje tantas semanas como fuera posible, pero supongo que no tiene sentido.

—Sólo es un matrimonio, Serefin —se burló el otro chico.

El príncipe se limitó a suspirar.

—Tranavia no ha tenido un Rawalyk en generaciones. La ilusión de la elección es peor que el hecho de que me digan que me case con una slavhka cualquiera que sólo he visto una vez en mi vida.

Nadya deslizó sus dedos sobre la empuñadura de su voryen. La mano de Malachiasz se posó sobre la suya. Él negó con la cabeza ante su ceño fruncido y ella apartó la mano. Se le erizó la piel por su contacto.

Nadya se perdió las siguientes palabras del príncipe cuando Malachiasz retrocedió para poder pararse sin ser visto. Rodó hasta perderse de vista y ponerse en pie.

Una vez que estuvieron a una distancia segura del príncipe, cortó un dedo sobre su garganta. Rompió el hechizo y él dejó escapar un suspiro mientras la magia se disipaba. Nadya se estremeció cuando sus sentidos se reajustaron. Malachiasz se desató el pañuelo de la cabeza y se lo entregó.

—Sangre y hueso —murmuró—, ¿hay otros clérigos que puedan hacer lo que tú?

Nadya se encogió de hombros.

—Soy la única que conozco. Eso no significa que sea la única. Y el hechizo casi no funcionaba, Zlatek no es conocido por ser cooperativo.

Torció la cabeza hacia un lado.

—¿Dios del silencio? No tenemos muchas iglesias dedicadas a él. Creo que hay una en Tobalsk.

Malachiasz negó con la cabeza.

—Cierto, eres un Tranaviano.

Sonrió ligeramente. Era la primera sonrisa genuina que ella veía en él, y parecía más joven, menos intimidante. No podía ser mucho mayor que ella. Empezó a caminar de vuelta a la iglesia.

—Has frustrado una buena oportunidad de asesinato —dijo mientras se arrastraba por la nieve tras él.

—Asesinar al Alto Príncipe mientras está en suelo kalyazi no conseguirá más que renovar el vigor de Tranavia —respondió Malachiasz.

—Que esté muerto sería un logro en sí mismo —murmuró—. No capté importancia en que fuera a casa… —Nadya se interrumpió mientras Malachiasz abría las puertas de la iglesia, con el ceño fruncido.

El patio de la iglesia estaba en absoluto silencio.

—No estuvimos allí mucho tiempo —dijo Nadya.

—No es eso… —murmuró. Luego maldijo en voz baja. De repente estaba presionando dos dedos ensangrentados contra el marco de la puerta, sus oscuras cejas se arrugaron en señal de concentración. Cogió el libro que tenía a su lado, arrancó una página y la apretó contra la puerta. La sangre se filtró en el papel. Las líneas de sangre formaban un símbolo de tres puntas que se extendía por toda la puerta.

—Quédate atrás —dijo él.

—¿Por qué?

—Algo ha sido invocado en la iglesia —dijo lentamente—. Alguien de Tranavia quiere saber quién está aquí.

Nadya dio un gran paso atrás.

—¿El príncipe?

—No. Dirección equivocada. ¿Supongo que no tienes un dios para romper maldiciones?

Nadya soltó una carcajada sin aliento. No podía ignorar el significado de su pregunta, incluso si lo decía en broma.

—No, lo siento.

—Es una pena. Tendré que hacerlo yo mismo.

Utilizó su daga de aspecto malvado para cortar una línea en el antebrazo. Nadya se estremeció. Sus brazos estaban plagados de cicatrices y cortes a medio curar, capas de cortes dispuestas en un patrón crespo, desordenado y con rayas cruzadas.

—¿Sujeta esto, por favor? —Le entregó su libro de hechizos. Ella lo cogió, desconcertada.

Cuando se apartó de la página de la puerta, ésta seguía pegada a la madera, con el símbolo brillando débilmente en los bordes. Se pasó dos dedos por el corte sangrante del brazo y se dirigió a la pared junto a la puerta. Con su sangre garabateó una serie de símbolos en la madera. De repente, se detuvo y algo parecido al horror cruzó su rostro.

—Oh —dijo—. Esto es muy malo.

Se volvió hacia ella, abriendo su libro de hechizos mientras aún estaba en sus manos. Ella lo levantó, sólo moderadamente disgustada de que la utilizara como atril.

—Menos mal que tengo práctica en esto desde mis tiempos de acólito — murmuró.

—Eso iba a decir —dijo él distraídamente mientras hojeaba las páginas—. Eres muy buena.

—Tengo muchos talentos.

Sus labios se dibujaron en una sonrisa desnuda.

—¿Vas a decirme lo que es malo, o.…?

Levantó la vista hacia ella, todo el color escurriéndose de su rostro.

—Tú eres Kalyazi.

—Sí. Lo soy.

—Nadya —exhaló él, y había algo en la forma en que usaba su nombre que la hacía sentir demasiado calor y demasiado frío a la vez. Parpadeó hacia él, con un repentino terror que se apoderó de ella. Parecía agitado, y ella no quería contemplar qué podía asustar a ese mago de sangre—. Son los Buitres.

Un escalofrío la recorrió. Sintió una agitación en la nuca. Los dioses estaban angustiados. Sus articulaciones se bloquearon y el hielo se introdujo

en sus huesos. ¿Cómo podía suceder esto? Primero el Gran Príncipe y ahora los Buitres.

No podía huir de los Buitres. No podía huir de las pesadillas más oscuras de Tranavia.

Malachiasz arrancó varias páginas de su libro de hechizos y garabateó frenéticamente la sangre sobre la madera y las páginas rotas.

—Si vienen para acá, tú y yo no duraremos mucho en este mundo.

—¿Por qué estarías en peligro? —preguntó ella. Si se concentraba en cosas insignificante, el terror no la devoraría completa—, ¿porque has desertado del ejército?

Dejó de escribir, cerró los ojos y susurró algo rápido en voz baja en Tranaviano que Nadya no pudo captar. Dejó escapar una risa amarga y se volvió para mirarla, con sus ojos pálidos llenos de miedo.

—Porque deserté de ellos.

9

SEREFIN
SEREFIN

Svoyatovi Roman Luski: Nombrado obispo en secreto por la mitad del Consejo de 1213, Luski luchó por mantener el control kalyazi de las provincias orientales. Fue una batalla perdida, ya que Dobromir Tsekhanovetsky obtuvo los votos de la otra mitad y traicionó la confianza de su país al entregar las provincias al rey tranavo.

Libro de los Santos de Vasiliev

Tres magos contra dos docenas de soldados, y a Serefin sólo le quedaba un puñado de hechizos. El campamento Kalyazi estaba justo al final de la colina, y la oscuridad previa al amanecer revelaba que sólo unos pocos soldados estaban despiertos.

Ostyia agitaba los szitelki gemelos en sus manos, impaciente, mientras Serefin repasaba cuidadosamente sus últimos cinco hechizos. Si se encontraban con más Kalyazi en su viaje de vuelta a casa, tendría problemas.

—¿Qué te queda? —preguntó Kacper, con la voz baja. Se apoyó en su bastón. El metal afilado estaba atado a la punta de este.

Serefin le mostró a Kacper su dolorosamente delgado libro de hechizos. Kacper seleccionó uno de los hechizos restantes. El hechizo elegido ardería durante un rato, creando una distracción suficiente mientras Ostyia y Kacper acababan con los soldados que no estuvieran ya hirviendo desde dentro por la magia de Serefin.

Serefin acabó bajando la colina cuando cesaron los ruidos de la lucha. Encontró a Ostyia revolviendo alegremente las mochilas con provisiones.

—No creo que tengamos que pasar por la frontera ahora —dijo.

—¿Debemos hacer algo con los cuerpos? —preguntó Kacper.

Serefin negó con la cabeza, entornando los ojos hacia el cielo de la mañana.

—No, que se los queden los buitres.

Ostyia le lanzó a Kacper una mochila mientras iba a buscar los caballos.

—Oye, ¿qué es esto? —Serefin oyó murmurar a Ostyia mientras levantaba la solapa de una tienda y echaba un vistazo al interior.

La siguió y observó cómo recogía un libro desechado en el suelo de la tienda. Había una pequeña pila de ellos dentro. Lo hojeó antes de entregárselo y coger otro.

—Son libros de hechizos Tranavianos —dijo, frunciendo el ceño.

Serefin sabía que los Kalyazi quemaban los libros de hechizos que recogían de los cadáveres Tranavianos. Si podían evitarlo, evitaban incluso tocarlos.

—En algunos de ellos está escrito Kalyazi —señaló Ostyia.

Serefin encontró una página del libro que tenía en sus manos en la que aparecía una escritura kalyazi en los márgenes. Frunció el ceño. Era una mezcla entre un diario kalyazi y reflexiones sobre las funciones de los hechizos escritos en el libro.

Bueno, parece que no todos los Kalyazi son tan rígidamente devotos, pensó. Reconoció la estructura de las oraciones kalyazi en medio de los hechizos. ¿Intentaban fusionar ambas cosas?

—¿Son todos así? —preguntó.

Abrió algunos más, los hojeó y luego asintió.

—Recoge algunos —dijo Serefin—. Quiero verlos más de cerca.

—¿Qué crees que significa?

—Desesperación —Serefin pasó por encima del cuerpo de un oficial muerto—. Los Kalyazi están perdiendo la guerra. Incluso se podría decir que se están volviendo heréticos.

* * *

La frontera llegó y pasó sin problemas. Serefin intentó no preocuparse. Estaban tan al norte que bordeaban el frente por completo, pero habían encontrado la frontera sin personal ni vigilancia.

Era como si la guerra se hubiera vuelto rutinaria. Este tramo de frontera solía estar cuidadosamente vigilado, pero estaban perdiendo recursos. Tendría que acordarse de destinar una compañía para mantener la frontera, incluso en

el norte. Sería demasiado fácil para las tropas Kalyazi colarse en Tranavia utilizando esta misma ruta a través de las montañas hacia los pantanos.

—No puedo decidir si te quejabas más cuando estábamos en Kalyazin o ahora que estamos de vuelta en Tranavia —dijo Ostyia.

Aunque el cambio de temperatura no había sido inmediato, era evidente que ya no estaban en Kalyazin. Apenas había nieve en el suelo o en los árboles. Seguía haciendo frío —el largo invierno que había azotado a Kalyazin también había azotado a Tranavia—, pero no se parecía en nada a la gélida mordedura del aire de Kalyazi.

Además, estaba lloviendo. Serefin podría haber mencionado su consternación por viajar bajo la lluvia.

—Es simplemente mi naturaleza —respondió.

—No puedo discutirlo —murmuró.

—He mencionado que odio los pantanos, ¿verdad? —dijo Kacper—, digo, mientras aún sea posible quejarnos.

—No, las quejas de Serefin son inherentes a su sistema. Todo lo que dice debe ser una queja —dijo Ostyia.

—Os voy a degradar a los dos cuando volvamos a Grazyk —respondió Serefin—. Diviértanse vigilando las Minas de Sal.

Serefin tampoco deseaba especialmente atravesar los pantanos, pero las principales vías de comunicación estarían atascadas de nobles tranavos que viajaban a Grazyk. Quería evitar tratar con la nobleza el mayor tiempo posible; eran lo único que podía hacerle perder el frente.

Los pantanos de Tranavia tenían pasarelas de madera, construidas hace siglos, de lo contrario sería imposible cruzarlos. Serefin siempre había estado seguro de que la razón por la que el frente permanecía en suelo Kalyazi no tenía nada que ver con la fuerza de las fuerzas tranavas y sí con que Tranavia estaba demasiado empapada. Librar cualquier batalla en las tierras pantanosas o lacustres sería difícil y miserable para ambos bandos.

Por desgracia, las marismas estaban perpetuamente oscuras. La luz tenía dificultades para atravesar el espeso follaje. Había leyendas de demonios que vivían en los rincones oscuros donde la luz nunca llegaba y los paseos marítimos nunca alcanzaban. Dziwożona, la bruja del pantano, o la rusalka devoradora de carne. Criaturas que esperaban en la humedad a que los incautos se aventuraran a las tumbas acuáticas.

En Tranavia, siempre había otro monstruo a la vuelta de la esquina esperando para devorarte.

Llegaron a una posada a primera hora de la noche, consiguiendo pasar desapercibidos para los pocos viajeros con los que se cruzaron. Pocos se aventuraron por este camino, la superstición tranviana mantenía a raya a la mayor parte del país. Al fin y al cabo, siempre era mejor no arriesgarse a ser arrastrado bajo el agua por un lobo para servirle de esclavo.

Serefin mandó a Kacper al interior mientras desprendía su insignia del cargo y se la entregaba a Ostyia. Normalmente le gustaría utilizar su estatus en una posada de mala muerte como ésta, pero Serefin estaba cansado y no quería llamar la atención innecesariamente. La cicatriz de su cara era suficientemente reveladora. No podía ir a ningún sitio en Tranavia sin ser reconocido. Con suerte, estaba lo suficientemente sucio como para pasar desapercibido.

La posada estaba, afortunadamente, tranquila, pues sólo había un puñado de campesinos y un par que parecían soldados. Había manojos de hierbas secas clavados en las paredes, lo que daba a la posada un aroma vagamente agradable. Serefin encontró a Kacper en una mesa de la esquina.

—¿Quieres lavarte? —preguntó Ostyia.

—Más tarde.

Ella le dirigió una mirada interrogativa.

—Nadie se ha arrastrado a mis pies todavía. Me gustaría que siguiera así tanto como fuera posible —se inclinó sobre la mesa, bajando la voz—. También me gustaría emborracharme.

Ostyia puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Bueno, hueles fatal —dijo Kacper—. Dos semanas de viaje no te sientan bien, mi príncipe.

—Minas de sal —dijo Serefin, distraído, mientras le hacía señas al hombre mayor que estaba detrás del mostrador—, ¿y qué acabo de decir? ¿Por qué utilizáis mi nombre en los momentos más inoportunos y mi título cuando no quiero que lo hagáis?

—Para irritarte —dijo Ostyia—. Definitivamente, también, necesitas una nueva amenaza.

—Es una amenaza muy acertada —respondió Serefin.

—Es una amenaza razonable —dijo Ostyia a Kacper—. Seguro que no quiero juntarme con los antiguos Buitres y sus experimentos.

—Pero ¿quieres salir con los Buitres más jóvenes y sus experimentos?

La cara de Ostyia se puso roja. Serefin observó divertido cómo Kacper seguía presionando.

—¿Cómo se llamaba? ¿Reya? ¿Rosa?

—Rozá —murmuró ella.

—Me sorprende que tenga un nombre —reflexionó Serefin.

—Se supone que sólo deben ir por su título de orden —dijo Ostyia—. Los Buitres de la corte dejaron de seguir esa norma hace años, pero el actual Buitre Negro ha estado trabajando para que la restablezcan y así ocultar sus nombres a la corte.

El tabernero dejó tres jarras de dzalustek sobre la mesa sin decir nada, y volvió a ponerse detrás del mostrador.

Serefin bebió un sorbo de cerveza. No era buena, pero tampoco estaba aguada, así que serviría.

—¿Has conocido al Buitre Negro? —le preguntó a Ostyia.

Ella asintió.

—No es tu tipo.

Serefin intercambió una mirada seca con Kacper. Ostyia le sonrió antes de levantarse para pedir la cena.

No fue hasta que Serefin estuvo en su cuarto —¿quizás quinto? Era difícil llevar la cuenta— de dzalustek, cuando por fin se produjo el incómodo encuentro que tanto había evitado.

—¿Su Alteza?

Ostyia miraba por encima de su hombro, con cara de dolor. *Slavhka*, murmuró.

Serefin sabía que no debía gemir en voz alta por un tema, pero ese conocimiento le parecía muy poco importante después de dos jarras de cerveza, y mucho menos de cuatro… o cinco. Se giró en su asiento.

Al menos reconoció a este noble en particular. Habría sido incómodo si se tratara de un principito de mala muerte que Serefin no hubiera visto nunca. El teniente Krywicki era un hombre muy fuerte que había engordado al terminar su misión. Era uno de los hombres más altos que Serefin había conocido y su anchura casi compensaba su altura. Tenía una espesa cabellera negra y unos ojos del color del carbón.

También era, recordó Serefin, insufrible. Pero la mayoría de la gente era insufrible, razonó Serefin, así que Krywicki no era nada especial.

Serefin se puso de pie, sólo vacilando un poco sobre sus pies.

—Teniente Krywicki —dijo, vagamente consciente de que iba a arrastrar cada palabra que decía—, ¿qué le trae a este pantano de aguas estancadas?

—¿Krywicki es de este pantano? —se preguntó Serefin. Rechazó la idea. Era de otro lugar. ¿Del norte? Probablemente del norte.

—Mi hija, Alteza —dijo Krywicki, con una carcajada que probablemente tenía un volumen normal, pero que a Serefin le sonó escandalosa.

Intentó no hacer una mueca de dolor. No supo si lo consiguió o no.

—¿Hija? —*¿Sabía que Krywicki tenía una hija?* Miró por encima de su hombro a Ostyia. Ella asintió con ánimo—. *Aparentemente, sí*.

—¡Felicíja! —dijo Krywicki—. Aquí, Alteza, déjeme invitarle a otra copa ¿Acaba de regresar del frente?

De repente, Serefin volvió a su asiento con otra jarra de cerveza delante de él. Kacper y Ostyia intercambiaron una mirada que Serefin apenas notó al concentrarse en el sudoroso vaso que tenía delante.

Definitivamente no debería beber esto.

Bueno, hay que hacer sacrificios, pensó mientras recogía la jarra.

¿Eran cinco o seis? No tenía ni idea.

—El frente, sí, acabamos de volver —dijo Serefin.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Krywicki.

—Lo mismo que siempre —Serefin bebió un trago—. Apenas ha cambiado nada en los últimos, ¿qué, cincuenta años? No espero que nada lo haga nunca. Me parece demasiado optimista esperar que nuestra victoria en Voldoga cambie las tornas.

Krywicki parecía desconcertado. Ostyia miró a Serefin con los ojos muy abiertos. Oh, se suponía que no debía expresar su desprecio por la guerra en voz alta, ¿verdad? Desde luego, no siendo el emblema de que valía la pena. —Pero derrotaremos a los supersticiosos kalyazi —continuó, totalmente cohibido por estar retrocediendo—. Pronto se quebrarán.

Se inclinó a través de la mesa hacia Krywicki, que inconscientemente se inclinó hacia él a su vez.

—Puedo sentirlo. La guerra terminará durante mi reinado, si no es que antes.

Las señales estaban ahí: Voldoga, la aparición del clérigo que implicaba desesperación, que eran capaces de llegar hasta las Montañas Baikkle, y sin embargo Serefin no solía ceder a la esperanza.

Krywicki levantó las cejas. Un príncipe tranavo no trataba su próximo reinado como si fuera un hecho. Ningún tranavo trataba su futuro como si fuera un hecho. Serefin había pasado demasiado tiempo en Kalyazin.

—¿Tan pronto? —preguntó Krywicki.

Serefin asintió con énfasis. Frunció el ceño. ¿No estaba Krywicki hablando de su hija? ¿Dónde estaba ella? Se dio cuenta de que estaba

preguntando por ella antes de que su cerebro tuviera la oportunidad de alcanzar a su boca.

Definitivamente no debería haber tomado esa última copa.

Krywicki parecía encantado de presentar a su hija al Gran Príncipe. Abandonó la mesa y regresó con una niña que parecía tener apenas la edad suficiente para liberarse de su niñera.

Serefin lanzó una mirada desesperada a Kacper. Kacper se limitó a encogerse de hombros.

Felicíja no se parecía en nada a su padre. Tenía ondas de pelo rubio y ojos violetas pálidos. Parecía gentil, bonita. Serefin tendría que vigilarla.

Se inclinó ante Serefin. La cortesía de la corte la llevaría a hacerle una reverencia, pero no estaban en la corte.

Sangre y hueso, es joven, pensó. En realidad, es probable que sólo tenga uno o dos años menos que Serefin. Sólo parecía joven. Se le ocurrió que al convocar a todos los slavhki potencialmente elegibles en Grazyk, su padre estaba eliminando a los débiles y asentando la sangre fuerte en el corazón de Tranavia.

—Es un placer conocerle por fin, Su Alteza —dijo ella cuando él tomó su mano y la apretó ligeramente contra sus labios.

Esperaba que fuera a la ligera. Hacía dos jarras que había perdido la sensibilidad en las manos. También tenía la vista mucho más borrosa que de costumbre, lo que sólo ocurría cuando estaba realmente borracho.

—El placer es mío —respondió—, ¿es seguro asumir que viaja a Grazyk?

El único ojo de Ostyia se abrió alarmado. Serefin no sabía por qué hasta que Krywicki respondió por su hija.

—Por supuesto que sí —dijo—. No ha habido un Rawalyk en generaciones, no hay que perderlo. De hecho, Su Alteza, es más que bienvenido a unirse a nosotros durante el resto del viaje.

Por eso Ostyia pone esa cara. Serefin observó cómo Ostyia dejaba caer la cabeza sobre la mesa. Tampoco le gustaba mucho la idea de viajar con el teniente y su hija. Sería descortés por su parte rechazar la invitación, pero no le importaba especialmente ser cortés. Además, se trataba de una evidente estratagema para poner a Felicíja de su parte ante el Rawalyk.

Serefin se escabulló.

—Debo pedirte perdón, he estado cabalgando todo el día y es tarde. Ha sido un verdadero placer conocerte.

Serefin escapó al segundo piso de la posada. Dejó escapar un gemido en cuanto estuvieron en el pasillo.

—Es muy desconcertante verte hacer de noble —dijo Kacper.

—Soy el príncipe —respondió Serefin—. Se supone que debo jugar a cualquier cosa.

Pero Kacper le lanzó una mirada seca, a la que hizo un gesto de desprecio. Se apoyó en la pared.

—¿Qué edad supones que tiene Felicíja?

—Diecisiete, más o menos —sugirió Ostyia.

—No hay ninguna posibilidad de que dure mucho tiempo, no entra nadie criado en la corte.

—No.

Serefin dio un respingo. Quería decir algo más, pero Ostyia lo empujó suavemente hacia la puerta de su habitación.

—Vete a la cama, Serefin. Tenemos que despertarnos lo suficientemente temprano para irnos antes de que Krywicki se dé cuenta, y vas a tener resaca mañana.

—La verdad es que no estoy preparada para volver a tratar con la nobleza —reflexionó Serefin, frunciendo el ceño, mientras lo empujaba por el pasillo.

—Bueno, bienvenido a casa, Su Alteza, no tienes otra maldita opción.

10

NADEZHDA LAPTEVA

Krsnik, el dios del fuego, es silencioso, tranquilo, pero despiadado y cuando sus seguidores le invocan —cuando decide escuchar— su atención es la destrucción.

Códice de lo Divino, 17:24

Nadya miró fijamente a Malachiasz con el horror recorriendo su columna vertebral. Él se desplazó por la pared de la iglesia, garrapateando su sangre en las tablas. Ella dio un paso atrás, luego otro, y otro más, hasta que hubo suficiente espacio entre ellos, hasta que sintió que podía huir. Su respiración se agitó en jadeos de pánico porque eso no podía estar pasando, él tenía que estar mintiendo.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, con la voz baja.

—Ahora no importa.

Nadya apretó su rosario en un puño. Tal vez se había equivocado al esperar una oportunidad para acabar con ese hereje. Su otra mano se movió hacia su cuchillo.

Un acuerdo de punción vino de Marzenya. Un sentimiento de aguijón para librar al mundo de ese terrible muchacho antes de que derramara más sangre.

Sus cejas estaban dibujadas con concentración y había gastado tanta sangre propia que Nadya no estaba segura de cómo seguía en pie. El horror se reflejó en sus rasgos y se apartó de la pared, vacilando sobre sus pies.

—*Kien tomuszek* —murmuró él. Se pasó una mano temblorosa por la cara, haciendo correr la sangre por su mejilla.

—¿Cómo son realmente los Buitres? ¿Podríamos luchar contra ellos? —preguntó ella.

Seguramente las historias eran exageradas.

Malachiasz soltó una carcajada que sonaba a pánico. Su mirada era vidriosa.

—Amplifica el poder de un mago de sangre ya talentoso diez veces. Muele sus huesos hasta convertirlos en hierro y sala su piel en la oscuridad hasta que nada pueda romperla, sólo su voluntad. Hasta que su sangre arda tanto en sus venas que cuando se derrame cree su propia magia. Quemar cada recuerdo, cada pensamiento, hasta que no puedan convertirse en nada, hasta que no sean nada. Cuando no queda nada más que magia, sed de sangre y rabia, entonces están acabados. Cuando están vacíos, están listos.

Sus ojos se cerraron, las cejas se fruncieron.

—No, *towy dżimyka*, no podemos luchar contra ellos.

Nadya dio un paso atrás, con el corazón latiendo tan fuerte en su pecho que se estremeció. No debería haber preguntado; ya sabía la verdad. ¿Era eso lo que era? ¿O había huido antes de que le hicieran algo de eso?

Él cortó otra línea en el antebrazo, siseando entre los dientes.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—No —dijo ella.

Él rio, tomando otra página del libro de hechizos y empapándola de sangre. La golpeó contra la puerta mientras entraba en la iglesia. Ella se lanzó tras él, sintiendo que el umbral la empujaba. Se estremeció ante el estrecho contacto con su magia.

Era como si pudiera sentirlos por encima de su hombro, acechando, esperando. No sabía si estaban cerca, ni cuánto tiempo tenían antes de que los monstruos atacaran.

Casi chocó con la espalda de Malachiasz cuando éste se detuvo en el santuario.

Parijahan se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa?

Extendió una mano, impidiendo que Nadya entrara completamente en la habitación. Sus ojos estaban extrañamente nublados, turbios y oscuros.

—Pensé que teníamos tiempo —dijo, con un hilo de algo *más* crepitando en su voz.

El pánico frio presionó a Nadya, clavándose entre sus costillas. La temperatura pareció descender tan rápidamente que Nadya no se sorprendió al ver que su aliento se enturbiaba ante su rostro.

—*Abominaciones* —siseó Marzenya.

Un estruendo resonó en la iglesia, sacudiéndola hasta sus cimientos. Nadya tropezó con Malachiasz y fue como chocar con un muro de piedra. Se apartó de él de un empujón, aunque parecía que él no se había dado cuenta.

Miró al techo, ladeando la cabeza. Nadya observó con horror cómo sus ojos se desenfocaban y un hilillo de sangre empezaba a gotear por el rabillo del uno. Una pequeña parte de ella había estado convencida de que Malachiasz había huido de los Buitres antes de ser convertido en un monstruo. Al parecer, no era así.

—Dijiste que no podíamos luchar contra ellos —susurró Nadya.

—No tenemos elección —respondió él—. Hay dos de ellos dentro: Ewa y Rafał. —Su voz sonaba diferente, cayendo más bajo, raspando la arenilla. Sus labios se movieron en una mueca—. Y uno en esta habitación.

Nadya casi cayó de rodillas ante el estribillo del discurso sagrado que la golpeó en la nuca. Sus manos no estaban cerca de su rosario.

¿Qué es esto?

—*Lo que necesitas*.

Era magia cruda, sin forma. *Esto podría matarme*.

—*Sí, podría*.

Agradeció la extraña colección de armas repartidas por el santuario porque significaba que los demás se movían rápido y sin cuestionar. Anna lanzó a Nadya una mirada de terror.

Nadya apenas podía comprender que eso estuviera sucediendo, que su codo estuviera a un centímetro del brazo de un chico que era todo lo que ella odiaba, todo lo que había sido entrenada para destruir. Un chico cuyo temblor había cesado hasta una quietud tan completa que era como si se hubiera convertido en piedra junto a ella.

Malachiasz observó el techo. Su mueca se convirtió en algo más parecido a una sonrisa.

—Rozá.

La forma en que dijo el nombre sonó como una canción, una burla, un desafío.

Algo se materializó en el techo y empezó a gotear hacia el suelo como si fuera sangre. Era sangre, se dio cuenta Nadya. Goteaba más rápido, convirtiéndose en un torrente.

Malachiasz finalmente se dio cuenta de la sangre que le goteaba por el rabillo del ojo. Se estremeció y se limpió con el pulgar.

La cara de Parijahan estaba blanca como la tiza.

—Malachiasz…

¿Qué está pasando?

La sangre se movió como si tuviera vida propia hasta tomar la forma de una chica, materializándose en el centro de la habitación. Unas púas de hierro se entrelazaban con una trenza de color castaño. Un grueso libro negro colgaba de unas correas en su cadera. Su rostro estaba cubierto por una máscara carmesí hecha a tiras. Sólo se le veían los ojos, negros como el ónice. La sangre goteaba de sus huesudos hombros.

—Perfecto. Me ahorras un doble viaje a este páramo —dijo la chica.

Su voz es escuchaba mal. Todo en ella era desagradable y de otro mundo, como si el cerebro de Nadya no pudiera comprender que fuera real.

La sangre volvía a brotar de las comisuras de los ojos de Malachiasz. Se miró las manos con algo demasiado parecido a la resignación, temblando mientras las garras de hierro crecían y se alargaban desde el lecho de sus uñas. La sangre caía de sus labios, aterrizando en el dorso de su mano-carmesí sobre la piel pálida.

Nadya seguía demasiado cerca de él y ya no tenía dónde ir. La chica Buitre se acercó, sus movimientos eran extraños, demasiado rápidos y espasmódicos, como si los ojos de Nadya perdieran segundos al tratar de seguirla.

—Mírate —dijo la chica. Nadya se estremeció al oír su voz. Era como si la muerte y la locura chocaran en acordes disonantes cuando ella hablaba—. Degradada, desenmascarada, disminuida.

Sus manos parecían perversas: los dedos demasiado largos y las articulaciones finas y enjutas. Sus uñas eran también garras de hierro.

Una vena palpitó en el cuello de Malachiasz. Su mirada era acerada cuando la observaba. Ahora le goteaba sangre de la nariz, que se le pegaba al labio superior. Rozá se acercó. Malachiasz temblaba. Pero no de miedo, no era eso. Le llevó más tiempo ponerle un nombre: contención.

—¿Cuánto más tengo que irritarte antes de hacer que te enfrentes a mí como realmente eres? —preguntó Rozá.

Era mucho más baja que él, probablemente de la altura de Nadya. Aun así, se dirigió a él, alzando una garra de hierro y arrastrándola por el costado de su cara. Abrió un corte en forma de hilo, del que brotó sangre.

—No mucho más —respondió.

Había dicho que había otros dos Buitres. Tres eran demasiados, sabía Nadya, pero al menos los Buitres eran más numerosos. Sacó sus *voryens*.

La cabeza de Rozá se movió, como la de un pájaro, y su mirada ónice se centró en Nadya. No hubo ninguna advertencia antes de que atacara. Estaba

allí y luego desapareció. Nadya no tuvo la oportunidad de defenderse, apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que la Buitre se había movido.

Entonces el mundo cambió. Dos Buitres más se materializaron en la habitación, y luego un tercero. El corazón de Nadya se desplomó de horror al darse cuenta de que había más que los tres que había nombrado Malachiasz.

Los demás se pusieron en movimiento. Rashid esquivó un destello de magia oscura y sacó dos espadas Akolan del armero. Hizo girar una en un arco perezoso, con una sonrisa en el rostro. El terror de Anna se había convertido en algo mortal.

Una fracción de segundo, un parpadeo, y Rozá estaba empalada en las largas garras de hierro de Malachiasz. Apretó los dientes y Nadya sintió que el pecho se le apretaba mientras el metal brillaba en su boca; sus dientes eran hileras de uñas de hierro, los caninos demasiado afilados eran en ese momento colmillos mortales. Los ojos pálidos se oscurecían mientras sus pupilas se dilataban, expandiéndose para tragar el hielo de sus irises, luego más, más allá, hasta que el blanco de sus ojos desapareció.

—No contará si no te mato como realmente eres —dijo Rozá.

No había ningún indicio de dolor en su voz, nada que sugiriera que estaba siquiera herida mientras se apartaba casi con elegancia de las garras de Malachiasz.

Él hizo una mueca.

El aire se agitó detrás de Nadya y ella giró, levantando sus *voryens* a tiempo para atrapar las garras de un segundo Buitre. Alto, probablemente masculino, quizás Rafał. Su máscara estaba llena de púas y al retraer sus garras, la atacó de nuevo con tanta rapidez que cuando saltó, se estrelló contra la espalda de Malachiasz. Su magia se extendió a su alrededor con su movimiento y lo rozó. Ella se estremeció involuntariamente. El poder que bullía bajo su piel dolía como un veneno, una negrura que se extendía por sus venas y se extendía por su aura. No quería estar tan cerca de él, pero si quería salir viva de eso iba a necesitar un monstruo que supiera luchar contra los monstruos.

Nadya reunió su magia divina a su alrededor como un escudo, lanzándola sobre Malachiasz mientras Rozá y Rafał golpeaban al mismo tiempo. La magia apenas resistió contra ellos.

Malachiasz inclinó la cabeza hacia atrás. Nadya sintió que cambiaba de pie y que de repente se apoyaba en ella. Tropezó cuando un chorro de sangre impidió que su hechizo se rompiera delante de ella.

Malachiasz había parecido mareado cuando estaban fuera de la iglesia. Los magos de sangre sólo podían presionar hasta cierto punto antes de tener que reponer sus recursos. Pero entonces se enderezó y se alejó de ella y Nadya murmuró frenéticamente palabras en lenguaje sagrado mientras las garras de Rafał se acercaban peligrosamente a desgarrarle el pecho. Una esfera de luz se formó en la punta de su *voryen* y ella bajó la muñeca, disparándola hacia el Buitre que tenía delante, estampándolo de nuevo contra la pared.

Rozá saltó por encima de Malachiasz para llegar a Nadya. Durante un tenso latido, Nadya pensó que la había dejado, pero se dirigía hacia el Buitre que tenía a una indefensa Ana arrinconada, con su espada justo fuera de su alcance.

Nadya sacó su segunda *voryen* del cinturón, fundiendo la magia calentada de Krsnik en el metal. Escupió símbolos de humo y tiró de los hilos de magia de muerte de Marzenya en su otra espada.

—¿Esto es en lo que los Kalyazi han depositado su esperanza? —Dijo Rozá cuando estuvo a unos pasos de distancia—. Esto es patético.

—Hablas demasiado —espetó Nadya. Sacó la esencia del poder de Bozetjeh y acortó la distancia entre ella y la Buitre, clavando su voryen flameado en su hombro.

La hoja la atravesó como si la chica estuviera hecha de sangre y nada más. Las manos con garras de Rozá se abrieron paso hacia el torso de Nadya, pero ésta se zafó de su agarre, fluida con el poder de Bozetjeh. Clavó la otra cuchilla —revestida con la esencia de la diosa de la muerte y la magia— en el estómago de la Buitre.

Rozá se atragantó, con el dolor revoloteando sobre sus rasgos visibles. Sus ojos se cerraron y se apartó de la espada de Nadya. Dio un paso atrás y se llevó la mano al abdomen. De la parte inferior de su máscara brotaba sangre.

Hubo un movimiento al costado de Nadya y ella se volvió, pero Malachiasz ya estaba allí. Un chorro de sangre se arqueó entre sus manos, convirtiéndose en cuchillas, golpeando a Rafał. Agarró al Buitre por la parte delantera de su camisa, clavando las uñas de su otra mano en la abertura de su máscara facial.

La magia en su cabeza era cada vez más insistente, anhelando destruir. Ya estaba tirando de muchos hilos. Era mucho más de lo que había usado antes y no sabía cuánto podía soportar su cuerpo, cuánto abuso divino podía canalizar antes de que la arruinara.

Pero los Buitres se libraban de sus ataques como si ella no fuera más que una leve irritación. Rashid aprovechó el momento de distracción de Rozá y atacó; ella lo estrelló contra la pared donde se desplomó como un muñeco desechado.

Nadya escuchó cómo la espada de Ana se estrellaba contra el suelo, el sonido era muy fuerte y a la vez distante, como si viniera de kilómetros de distancia.

Han venido por mí —Las garras de Rozá se hundieron en el pecho de Malachiasz—. *También están aquí por él*. —Uno de los Buitres más pequeños abrió de un tajo el costado de Parijahan.

Malachiasz se liberó de las garras de Rozá y se tambaleó hacia atrás. Sus inhumanos ojos ónice se fijaron en los de Nadya y ésta experimentó un momento de claridad. El paso de un pensamiento singular entre ella y esa pesadilla de un chico que no conocía y en el que no confiaba.

Corrió. Él la siguió. Los monstruos la persiguieron.

Justo antes de que pasaran el umbral del santuario, Nadya se volvió, llamando a Marzenya y a Veceslav. Uno para asegurar la destrucción, el otro para proteger a los que no deseaba que les hicieran daño.

Entonces hizo caer la mitad del santuario sobre los Buitres.

Malachiasz tropezó con sus propios pies y apenas se salvó de ser atrapado por los escombros que caían. Sus rasgos cambiaron entre algo *humano* y algo que no lo era. Se decidió por algo menos que eso. Nadya se estremeció.

—No será suficiente —dijo, con la voz enredada—. Tenemos que alejarnos más.

—¿Y abandonar a los demás?

Los hechizos de Nadya no aguantarían para siempre.

—Los Buitres intentarán venir por nosotros; dejarán a los demás, son intrascendentes —dijo.

Nadya asintió y se dio la vuelta para correr. Malachiasz la tomó del brazo. Ella se congeló, mirando con horror las garras de hierro que estaban a centímetros de rozar su piel.

—*Suéltame*.

Él lo hizo. Inmediatamente.

—Eso no será suficiente.

No había *tiempo*. Los escombros ya empezaban a moverse. Tardó un segundo en darse cuenta de lo que quería decir. No podrían huir de los Buitres a pie. Necesitaban magia.

Ninguno de los dioses podía darle magia así y él parecía estar a punto de desmayarse. Se balanceaba sobre sus pies, con la piel cenicienta.

Una mano se abrió paso entre los escombros. Malachiasz juró. Luego hubo más sangre, goteando por su cara, por las comisuras de los ojos y por la nariz. La piel de la muñeca se abrió y una espiga de hierro la atravesó como si sus huesos fueran de metal. La flecha salió disparada de su brazo y se estrelló contra la mano en los escombros.

Nadya iba a vomitar.

—Podría alejarnos, pero… —se interrumpió.

Parecía demasiado agotado para usar la magia. Y si se quedaban, los Buitres se quedaban y Anna y los Akolanos acabarían muertos.

Malachiasz se estremeció. Se pasó una mano por el pelo, manchándose de sangre la frente. Ver cómo ese chico que acababa de presenciar se convertía en algo horrible, ese chico que había parecido tan intocable, ser sacudido hasta el fondo y desgastado hasta sus límites la hizo contemplar la posibilidad de hacer algo impensable. Nadya tenía sus creencias a las que nunca renunciaría, pero también comprendía la necesidad de autopreservación. Tenía que seguir viva para ser buena para su país.

Esto es caminar por una línea peligrosa.

Nadya ya no estaba en el monasterio; tenía que tomar sus propias decisiones.

—¿Los magos de sangre tienen que usar su propia sangre para hacer magia? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Es un lío usar el de los demás, así que tratamos de evitarlo —comentó, con la voz ausente. Luego parpadeó—. *¿Qué?*

Ella tragó con fuerza y se encontró con su mirada. Se le revolvió el estómago. Sus ojos negros eran demasiado desconcertantes y tuvo que apartar la mirada.

—Sé lo que crees sobre mi magia. Es fácil difundir el rumor de que los magos de sangre utilizan sacrificios humanos. —Dijo lentamente; su voz casi sonaba normal—. Eso no significa que sea cierto.

—¿Pero puedes?

Él asintió con la cabeza.

Ella tragó con fuerza, dudó, sintiendo que sus propias manos temblaban mientras luchaba con el peso de su decisión. Los sacaría; salvaría a los demás.

¿Haría una peligrosa excepción de sus propios principios por la seguridad de su amigo, el único que quedaba, y de dos potenciales aliados? ¿Por la posibilidad de que ese grupo de desarrapados pudiera cambiar la guerra?

Tragando con fuerza, se echó la manga hacia atrás y le tendió el antebrazo.

Él no le dio la oportunidad de cambiar de opinión. Su garra de hierro era un fragmento de hielo que se arrastraba por su piel separando su carne. Se quedó sin aliento y rezó por no vivir para lamentarlo. Contempló con el corazón en la garganta cómo el corte brotaba carmesí.

La sangre no debía derramarse por el poder. La magia era una designación divina de los dioses. Pero allí su magia divina era inútil. Hacer esa cosa indescriptible la mantendría viva, mantendría vivos a los que necesitaba proteger. No podría destruir a esos monstruos si muriera.

Los ojos de Malachiasz se entrecerraron, sus dedos se tensaron alrededor de su muñeca.

—¿Nuestro secreto? —dijo.

Ella le quitó el agarre, dándole la vuelta para que su mano se apretara alrededor de su antebrazo.

—No sé lo que eres. —Dijo ella lentamente—. Pero juro por los dioses que si usas esto contra mí será lo último que hagas.

El silencio que siguió fue tan tenso que Nadya pudo sentirlo temblar bajo su mano. Tuvo la sensación de que era el mero esfuerzo de mantenerse en una forma que se parecía a la humana.

¿Quién era ese chico? O, mejor dicho, *¿qué* era? ¿Y qué acababa de hacer?

—Lo entiendo —dijo él.

Ella asintió.

Él la atrajo hacia su pecho y la oleada de poder que sintió a su alrededor casi la dejó inconsciente. Sintió que se deslizaba, sintió que él se materializaba en un chorro de sangre y magia. Entonces Malachiasz desapareció y se llevó a Nadya con él.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando Nadya se despertó, estaba sobre la nieve carmesí. Se estremeció violentamente, incorporándose. Tras una rápida comprobación, se dio cuenta de que la sangre no era suya. Estaba en el bosque, en un banco de nieve y seguía viva. Se sintió muy mal.

Había una forma oscura tumbada a unos metros. Dudó antes de acercarse a Malachiasz, sin saber qué iba a encontrar.

Pero lo que se había apoderado de sus rasgos había desaparecido. Era sólo un chico, pálido e inconsciente en el frío. Estaba cubierto de sangre, los dos, pero de alguna manera no estaba herido. Nadya se apoyó en sus talones y lo miró. Tenía una boca suave y su nariz era majestuosa. Su rostro era encantador, todas las cualidades feroces e inquietantes estaban ausentes cuando no estaba despierto. No se sintió satisfecha por haberlo notado, *especialmente* en ese momento. Mientras el calor subía por su cara, se le ocurrió que no estaba segura de que él estuviera respirando. Había agachado la cabeza para escuchar su pecho cuando sus ojos se abrieron, negros como la brea.

—*Mátalo.*

Entonces estaba de espaldas, con el peso del cuerpo de Malachiasz presionado sobre ella. Su boca se abrió en un gruñido y los dientes de hierro brillaron contra la luz; ella podía sentir el hielo de sus garras presionando contra su cuello.

—¡Malachiasz!

Sus ojos se despejaron, el negro se desvaneció hasta que casi no quedó ningún color, sólo el azul pálido. La miró fijamente, apartó lentamente las manos de su cuello. Y entonces, como un animal asustado, salió disparado, tambaleándose hacia atrás hasta tropezar y aterrizar a unos metros de distancia. Su expresión era preocupada. Observó los alrededores y su rostro se volvió más preocupado.

—Nadya —dijo en voz baja. Como si no hubiera esperado que escaparan, que estuvieran vivos, que fuera *él mismo*.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, incorporándose. Se movió para recoger un *voryen* que estaba en la nieve. No lo enfundó.

Él miró hacia los árboles.

—No lo sé.

Su voz sonaba rota y poco natural.

Ella sintió que su corazón tartamudeaba.

—¿Siguen los Buitres por aquí?

Sus ojos se cerraron y se quedó quieto.

—Bueno, hay uno —dijo débilmente, esbozando media sonrisa al abrir los ojos.

Ella miró fijamente. Su sonrisa se desvaneció y se apoyó en las manos, aparentemente ajeno al frío. Nadya estaba temblando.

—Si esto no funcionara… Si abandonáramos a nuestros amigos… —Nadya se interrumpió, con el pánico agitando su pecho.

Si acababa de dejar atrás a Anna a instancias de ese *monstruo*, iba a matarlo. Podría matarlo de todos modos. No sabía qué la retenía.

—Nadya…

—No —le espetó ella, cortándole el paso.

Se levantó, agarrando su *voryen* y le apuntó con él.

—Dame una razón para no matarte.

—¿Estarías muerta si no fuera por mí? —dijo él, mirándola, entrecerrando los ojos por el resplandor del sol en la nieve.

—No es suficiente. Estarías muerto si no fuera por *mí*.

Él asintió, permitiéndolo. Ella presionó la punta de su cuchillo bajo su barbilla, inclinando su cabeza hacia atrás.

—Lo que acabo de hacer es una herejía —dijo ella en voz baja—. ¿Valió la pena? —preguntó él, sonando curioso.

Por supuesto que no valía la pena. Cada aliento más que pasaba vivo Nadya estaba desobedeciendo a su diosa. Se habían salvado el uno al otro, pero eso no significaba que ella debía dejarlo vivir. Era su *deber* librar al mundo de monstruos como él. Se movió para presionar la hoja contra su cuello, cortar su arteria y acabar con él. La mano de él se posó sobre la de ella, con los dedos clavados en los espacios entre las suyas. Sus ojos azules pálidos se encontraron con los marrones oscuros de ella. Él no se resistió, sino que abrió más su garganta a la hoja de ella.

—Podrías hacer mucho con una sangre como la mía —murmuró—. Ese es siempre el primer paso, ya sabes. Derramar la sangre es la parte difícil. Usarla es fácil. El uso de tu sangre fue esclarecedor; es un gran poder el que tienes. Podría ser mayor, si también tuvieras la mía.

La repugnancia le recorrió el cuerpo y se echó hacia atrás.

—¿Qué *eres* tú?

Malachiasz se encogió de hombros. Lo observó mientras se ponía de pie, desconcertada por lo alto que era. Su cabeza apenas llegaba a su hombro. Le gustaba más cuando estaba a sus pies.

Él se acercó un paso; ella se obligó a mantenerse firme. Entonces la mano de él —los temblores de ansiedad desaparecieron— estaba debajo de su barbilla, dirigiendo su mirada hacia la de él. No pudo evitar sentir el frío de las uñas de hierro rozando su carne, aunque la mano de él era firme y cálida contra su fría piel. Él estudió su rostro y todos los sentimientos de desagrado se acallaron mientras ella lo estudiaba a su vez, tratando de averiguar qué era lo que seguía reteniendo su mano.

Su oscura maraña de pelo grueso, que había apartado de su cara estaba empapada de sangre y nieve y le daba un aspecto aún más salvaje. Una curiosidad que no podía nombrar del todo echó raíces en su interior. Allí estaba lo que le habían enseñado toda su vida que era una abominación y él era la peor clase de abominación, pero también era sólo… un chico.

Un chico cuya mano *aún estaba en su cara*. Se debatía entre querer apartarla y apoyar la cara en la palma de su mano porque estaba caliente y ella tenía mucho frío.

—Nadezhda Lapteva —dijo él de forma contemplativa.

Cuando él dijo su propio nombre, ella no pudo evitar la sensación de que él la estaba arrastrando a una oscura profundidad de la que nunca podría escapar. Ahora tenía una sensación similar.

Pero sólo era una sensación.

—¿Qué? —dijo irritada, molesta consigo misma por lo que fuera, y con él por actuar de forma extraña después de haberle visto convertirse en un monstruo.

—Podrías ser exactamente lo que estos países necesitan para dejar de luchar —dijo él. Dejó caer su mano y ella se sintió más fría por su ausencia —. O podrías destrozarlos por completo.

11

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Valentin Rostov: Clérigo de Myesta, Rostov se infiltró en Tranavia al principio de la guerra santa, utilizando los poderes de engaño de su diosa. Durante años, Rostov proporcionó información a Kalyazin, hasta que un príncipe de Tranavia que sospechaba que utilizaba magia distinta a la magia de sangre herética lo envenenó.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin odiaba tener que admitir que Ostyia tenía razón, pero a la mañana siguiente se despertó con una resaca que competía con todas las demás. A su favor, ella le entregó sin palabras un odre de agua cuando se marcharon y su sonrisa era sólo ligeramente socarrona.

—¿Qué tan tonto fui anoche? —preguntó una vez que la posada se perdió de vista.

—Le prometiste a Felicíja Krywicka toda la zona occidental como regalo de bodas —dijo Kacper.

Los ojos de Serefin se entrecerraron. La noche anterior era confusa, pero estaba *casi* seguro de que era mentira.

—Estuvo bien —dijo Ostyia—. Estuviste un poco demasiado *Serefin* a veces, pero en general, no hubo daño.

—Sangre y hueso, no mi verdadero rostro —dijo Serefin, fingidamente horrorizado—. Mientras hablabas con Felicíja, Krywicki mencionó que estuvo en Grazyk hace un mes y que estaba alarmado por la cantidad de Buitres que merodeaban por el palacio —dijo Kacper.

Serefin se enderezó en su silla de montar.

—¿Dijo algo más?

Kacper asintió.

—Los Buitres están reclutando a un ritmo rápido, como si se estuvieran preparando para algo.

—Sabemos que los Buitres son llevados a las Minas de Sal cuando se instalan —reflexionó Ostyia—. Y en los últimos meses hemos enviado allí a muchos prisioneros kalyazi.

Serefin sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Todavía les faltaba algo.

La luz del sol brillaba en el azul profundo del lago, casi cegando a Serefin si lo miraba directamente. Grazyk era una ciudad portuaria junto al lago Hańcza, abierta a muchos canales y amplios ríos que acababan desembocando en el mar.

Los barcos flotaban perezosamente cerca de los muelles. Serefin se preguntaba si alguna vez se había hecho algo con respecto a los piratas que se cebaban con los barcos Tranavianos al encontrarse con las aguas abiertas. Se había convertido en un problema suficiente como para llamar la atención de su padre, pero eso fue antes de que Serefin se marchara. Una ciudad portuaria en medio del reino. A veces parecía que Tranavia era más agua que tierra.

Había que atravesar una serie de pequeños pueblos antes de llegar a la ciudad. Aquellos siempre olían mal y tenían un aspecto peor, con las chozas golpeadas que apenas se mantenían en pie y bastidores y bastidores de pescado secándose al sol.

Serefin observó a una joven que cruzaba la calle con dos cubos sujetos a una caña sobre los hombros. Estaban llenos de agua y peces vivos en movimiento. Sus ropas estaban hechas jirones, sus faldas raídas y sucias en el dobladillo. Un niño pequeño corrió hacia ella desde donde estaba sentado en la puerta de una casa con persianas que colgaban de una sola bisagra. Tiró de uno de los cubos, haciéndola perder el equilibrio. Ella se rio mientras dejaba los cubos en el suelo y metía la mano dentro, sacando un pez y mostrándoselo al niño.

La guerra estaba llevando a Tranavia a la ruina. Las aldeas de Kalyazi estaban en un estado similar, pero a él no le importaban los aldeanos de Kalyazi hambrientos; le importaban los Tranavianos hambrientos.

Cuando estuvieron cerca de la ciudad, Ostyia incitó su caballo a galopar para llegar primero a las puertas y que los guardias estuvieran preparados para la llegada del Alto Príncipe.

—Bueno —dijo Serefin en voz baja—. Así comienza.

—Anímate, Serefin —dijo Kacper—. No será tan malo. Sólo tienes que arrastrarte y mentir un poco y luego podrás apuñalar a tu viejo por la espalda y acabar con ello.

Serefin reprimió su paranoia. Se la quitó de la cabeza, metió su libro de hechizos vacío en su mochila, donde no se notara —un libro de hechizos vacío en un príncipe se consideraba una vergüenza— y se preparó para afrontar su destino.

⋆ ⋆ ⋆

Grazyk era la ciudad más opulenta de Tranavia, construida mucho antes de la guerra, cuando Tranavia estaba en su apogeo de riqueza y la moda era el color, la luz y el oro. Serefin no creía que el oro pasara nunca de moda, pero sin duda en ese momento era demasiado caro forrar las puertas y las molduras con ladrillos dorados y madera con incrustaciones de oro. Algunos de esos edificios seguían en pie, un testimonio de cuando Tranavia no era tan pobre. La mayoría habían sido destruidos hacía tiempo por la mísera riqueza que se podía extraer de sus cimientos.

Una nube de niebla se cernía sobre la ciudad. Era una opresión que todos habían aprendido a ignorar. La niebla procedía de experimentos mágicos que habían salido mal, filtrados desde el suelo donde había habido minas cercanas, no muy diferentes de las Minas de Sal. Aunque los experimentos se habían trasladado a Kyętri, la niebla tóxica nunca desaparecía. Sólo se mantenía negro en el aire, un recordatorio de lo que ocurría cuando los magos se excedían.

No es que ningún mago de Tranavia hiciera caso del recordatorio. Sobre todo, hacía que toda la ciudad oliera a ceniza. Los nobles intentaban contrarrestarlo llevando bolsas de hierbas y especias caras o rociándose con aceites aromáticos importados de Akola. Ninguna de las dos cosas funcionaba, pero nada impedía a los Slavhki aplicar sus escandalosas soluciones a cosas que no eran problemas.

Ostyia hizo enviar un mensajero a palacio, marcando el inicio de una formalidad innecesaria. Serefin trató de reprimir el sentimiento de nostalgia que había experimentado mientras estaba en el frente, pero en ese momento se daba cuenta de que había sido un engaño nostálgico.

Si la ciudad era fastuosa, el palacio era magnífico. Brillaba en la distancia, una promesa de belleza que vigilaba la ciudad y su vergonzosa niebla. Las

agujas se enroscaban en el cielo y sus cientos de ventanas reflejaban un resplandor tal que Serefin tuvo que bajar la mirada.

Los guardias abrieron las grandes puertas de madera cuando se acercaron. Incluso éstas estaban martilladas con oro. Un sirviente esperaba en el patio para llevarles los caballos.

El patio estaba pavimentado con un granito liso que se convertía en una hierba exuberante con solo pasar la fachada del palacio. Zumbaba con un bajo zumbido de actividad. Podía oír el sonido de las espadas chocando desde el lado norte de los terrenos. Se preparó para la inevitable llamada de su padre. Llegó inmediatamente a través de un sirviente que llevaba una sencilla máscara marrón que sólo dejaba ver sus ojos. Uno de los sirvientes personales de su padre. El sirviente se inclinó ante Serefin, que habló antes de que pudiera entregar su mensaje.

—Sí, sí, mi padre desea verme.

El sirviente asintió. No poder ver su rostro era desconcertante. A Serefin no le gustaban las máscaras que se habían puesto de moda en la corte en los últimos años.

El estilo se asemejaba a las que llevaban los Buitres. Los únicos que no llevaban máscaras en la corte solían ser la familia real. Serefin detestaba llevar cualquier cosa que pudiera empeorar su visión. Su madre nunca estuvo en Grazyk el tiempo suficiente para que eso importara y el rey trascendía por completo las tendencias de la corte.

Serefin se pasó una mano por el pelo y volvió a saludar al criado.

—¿Y bien? Llévame hasta él. No podemos hacer esperar a Su Majestad.

12

NADEZHDA LAPTEVA

Se sabe muy poco de la diosa del sol. Silenciosa y eterna, nunca ha concedido su poder a ningún mortal; nadie sabe qué pasaría si alguna vez lo hiciera.

Códice de lo Divino, 3:15

Nadya y Malachiasz estaban perdidos. Al parecer, la orientación no era uno de sus muchos talentos de mago de sangre.

Nadya se envolvió con los brazos, temblando violentamente. Le devolvió la mirada antes de encogerse de hombros para quitarse la chaqueta militar ensangrentada. Dudó, frunciendo el ceño ante el símbolo de todo aquello contra lo que había pasado su vida luchando. Pero su abrigo se había hecho jirones inútiles y él no parecía sentir el frío, así que aceptó su oferta. La chaqueta aún estaba caliente por el calor de su cuerpo. Se bajó las mangas para cubrirse las manos.

Él la miró antes de volver a adentrarse en el bosque.

—*Deberías haberle cortado el cuello. Me molesta que hayas optado por perdonarlo de nuevo* —dijo Marzenya.

El pensamiento se deslizó en el fondo de la mente de Nadya como una sugerencia.

Nadya había notado un claro aumento de la presencia de Marzenya, de sus interjecciones y cercanía. Descubrió que le gustaba y reconfortaba saber que su diosa estaba cerca y la observaba. Pero una pequeña parte de ella se sentía desconcertada por la presión que eso suponía. Pensamientos como ése no serían adecuados para alguien elegido por los dioses. Una de las lecciones más importantes que el padre Alexei le había enseñado era la de mantener su

mente educada, la de alejar las dudas. Aunque era perfectamente humano dudar, no era algo que pudiera permitirse.

Por mucho que Marzenya lo deseara, más muerte no era lo que Nadya necesitaba. Cabía la posibilidad de que cuando —O a ese paso, *si*— ella y Malachiasz volvieran a la iglesia no quedara nada. Ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo.

Sería su punto de ruptura. Si era ilusorio esperar que su huida hubiera salvado a los demás, que así fuera, pero Nadya no podía contemplar la idea de que su última amiga en el mundo hubiera desaparecido y ella se hubiera quedado con una abominación Tranaviana como compañero. Anna *tenía* que estar viva.

Pero Nadya no podía quitarse de encima la sensación de que había abandonado a Anna del mismo modo que había abandonado a Kostya. Correr para salvarse por algún propósito mayor era una amarga supervivencia cuando significaba perderlo todo y a todos con cada paso que daba.

—No sobreviviremos una noche aquí —señaló Nadya cuando se detuvieron en un claro para un breve respiro.

Malachiasz miraba hacia los árboles con una expresión de desconcierto en su rostro.

—¿Qué nos mataría primero, crees que el frío o lo que sea que acecha en estas montañas?

—Esa no es una pregunta que quiera responder.

Sonrió suavemente, volviéndose hacia donde ella estaba sentada en un árbol derribado.

—Y será de los tuyos, ¿no? Es sólo cuestión de tiempo antes de que nos encuentren aquí.

—¿No hay monstruos en Kalyazin? —preguntó.

Ella entrecerró los ojos, desconcertada por su pregunta, pero estaba claro que él lo entendía como algo retórico porque continuó hablando.

—Rozá es arrogante —dijo—. Dejó a Aleks, el mejor rastreador de los Buitres, en Tranavia. Ahora no tiene forma de encontrarnos.

Nadya pasó la mano por sus cuentas de oración. El libro de hechizos atado a la cadera de Malachiasz era grueso. Le resultaba difícil creer que los otros Buitres no pudieran cortar sus brazos y encontrar el camino hasta allí.

Él siguió su mirada y pareció saber lo que ella estaba pensando.

—La mayoría de los Tranavianos compran sus libros de conjuros con los hechizos ya escritos por los Arcanistas, incluidos los Buitres. Yo escribo los míos.

—Pero no puedes saber con certeza que Rozá no hizo que alguien le escribiera un puñado de hechizos de rastreo antes de venir.

—Por supuesto que no. Sólo es casi improbable.

—Lo que no hace que nada este mejor. Podrían estar todavía en la iglesia. Anna, Parijahan y Rashid podrían estar muertos y ahora estamos perdidos en medio de las montañas muriendo lentamente de frío.

Distintamente, sabía que estaba entrando en pánico. Todo se le estaba escapando de las manos y no podía evitarlo. No era así como debían suceder las cosas.

Malachiasz se sentó a su lado, con cuidado de mantener el espacio entre ellos, pero podía sentir el calor que irradiaba de él y era casi suficiente para que se inclinara hacia él. Casi.

Dejó caer la cabeza entre las manos. Tenía que haber una forma de salir de eso. Se arriesgaría a volver a la iglesia por Anna, tenía que hacerlo. Después de eso, no tenía nada. Podía seguir corriendo, aparentemente era lo único que se le daba bien.

O podía terminar con eso. Miró a Malachiasz que le devolvió la mirada, arqueando las cejas.

—¿Matar al rey Tranaviano destruiría también a los Buitres?

Negó con la cabeza.

—Ellos tienen su propio rey, el Buitre Negro. —Captó la decepción en su rostro porque se apresuró a continuar—. Puedes hacer sonar la orden, Nadya. Ya lo has hecho.

—Los Buitres destruyeron a los clérigos de mi país —susurró Nadya—. Y él era *uno de ellos*.

Pero también estaba sentado tranquilamente a su lado mientras ella trabajaba para recomponer los pedazos de su vida destrozada. No tenía que confiar en él, ni siquiera gustarle, pero él había ignorado las múltiples oportunidades que le habían dado de matarla, al igual que ella seguía perdonándole la vida. Eso tenía que contar para algo. Podía soportar esa tregua incómoda a regañadientes, incluso si recordaba los ojos ónice y los dientes de hierro cada vez que lo miraba. Excepto que en ese momentos sus uñas eran sólo las de un chico con demasiada ansiedad, dentadas y rojas por haber sido mordidas.

—¿Quieres vengarte por eso? —le preguntó.

—No sé lo que quiero —susurró ella—. No hay nada malo en ello.

Excepto que la esperanza de una nación estaba puesta en ella. Ella había pasado toda su vida estudiando el Códice Divino y preparándose para algo

vasto y grande que sacudiría al mundo. Sólo que no sabía cómo sería. No sabía si lo tenía delante de ella o si tenía que tomar un camino diferente.

¿Podría ese camino significar que tendría que trabajar con ese Tranaviano? Eso era lo que no entendía. Porque estaba claro que Marzenya lo quería muerto.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella en voz baja—. ¿Por qué te entretienes con los planes de Parijahan y Rashid para matar a tu rey?

—No es mi rey.

El ceño de Nadya se frunció. Si hubiera sido un Buitre, entonces su rey habría sido el Buitre Negro. ¿Era eso lo que quería decir?

—Tranavia se está desmoronando —dijo Malachiasz en voz baja—. El trono es corrupto. Pero si se rompe el control de los Meleski sobre el trono y se sustituye al rey por alguien que tenga en cuenta el bienestar de Tranavia, tal vez el reino pueda salvarse. A pesar de cómo me juzgas, odio esta guerra. A mí también me gustaría verla terminar.

Como si se diera cuenta de que había dicho demasiado, sus ojos se tensaron y apartó la mirada. Se quitó el rosario, pasándolo por los dedos hasta que se posó en una cuenta que le pareció correcta. Nadya sólo había tocado el poder de Alena una vez en su vida y había sido humillante. Siempre se ponía nerviosa cuando rezaba a los dioses más antiguos, los que rara vez concedían su magia a los mortales. El Códice decía que Alena nunca lo había hecho, pero Nadya sabía que eso no era exactamente la verdad.

¿*Me llevarás de vuelta a tu iglesia*?, rezó Nadya.

El cálido toque de la diosa llenó a Nadya. Dejó de temblar. Entonces algo tiró del pecho de Nadya, justo sobre su corazón. Un hilo que podía seguir directamente a la iglesia. De vuelta al peligro, de vuelta a ese extraño mundo de monstruos y magia oscura en el que se había encontrado. Si era allí donde debía estar, que así fuera, aunque la llevara a Tranavia justo al nido de los monstruos.

Se puso de pie, con las cuentas de oración en la mano.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Malachiasz.

—Rezando. Sé cómo volver a la iglesia. Podemos llegar antes del anochecer si nos damos prisa.

No pudo leer la expresión que se dibujó en su rostro. Era una mezcla de incomodidad y asombro mezclados en una sola pila. Le pareció extrañamente alentador que su magia lo desconcertara tanto como la de él a ella.

No estaban tan lejos como Nadya pensaba inicialmente. Cuando llegaron a la iglesia encontraron la puerta principal colgando de sus goznes. Las

paredes estaban cubiertas de sangre. Nadya se tambaleó al imaginar lo peor y Malachiasz extendió una mano para sostenerla. Él no retiró inmediatamente la mano de su brazo y ella no se apartó de su calor tranquilizador.

—Los Buitres no están aquí —dijo con voz suave.

Ella tragó con fuerza. Le temblaban las manos cuando abrió la puerta.

—¿Hola? —llamó al aire oscuro y estancado de la iglesia.

Sólo había silencio. Sintió que su corazón se desplomaba. Miró por encima del hombro a Malachiasz, que pasó junto a ella y se adentró en la iglesia.

Fue inmediatamente apartado mientras Anna entraba en el vestíbulo. Le echó los brazos al cuello a Nadya y ésta se relajó por fin. Anna estaba a salvo; no lo había perdido todo, aún no.

—Creí que estabas muerta —susurró Anna con fiereza.

Se apartó, a regañadientes, pero entonces una mirada acerada apareció en sus ojos oscuros y se giró. Los ojos de Malachiasz se abrieron de par en par y dio un paso atrás, levantando las manos. Se oyó un fuerte chasquido cuando Ana le dio un puñetazo en la mandíbula.

—¿Cómo te *atreves*? —le espetó.

—Anna, déjalo en paz —dijo Nadya, agarrando el brazo de Anna mientras se preparaba para golpear de nuevo—. Nosotros no teníamos otra opción.

—¿Nosotros?

Malachiasz movió lentamente la mandíbula. Nadya la oyó chasquear desde donde estaba. Definitivamente iba a tener un moretón.

—¿Los Buitres se fueron después que nosotros? —preguntó Nadya, esperanzada.

Anna seguía mirando fijamente a Malachiasz. Él retrocedió una vez y luego huyó hacia el santuario. Ella rechinó los dientes, pero asintió.

—Me querían a mí… y a él.

—Porque es uno de *ellos*.

Nadya asintió.

—Tenemos que irnos.

Nadya sacudió la cabeza.

—Voy a Tranavia. Voy a terminar esta guerra.

Anna se volvió, pero sus movimientos eran lentos, horrorizados.

—Nadya…

—Si esta guerra estuviera en un lugar diferente, si no estuviéramos perdiendo, entonces yo iría a Komyazalov desde aquí. Iría a la Corte de Plata

y dejaría que el rey decidiera qué hacer conmigo. Pero no tengo el lujo, Anna. Tienes que entender eso.

—¿Así que te unirás a ese *monstruo*?

—Él salvó mi vida —dijo Nadya.

—¡Sólo para poder arruinarla después!

Nadya no respondió.

—¿Es esto lo que los dioses quieren? —preguntó.

—Es lo que yo quiero.

Anna se tensó.

—Eso no hace ninguna diferencia. Tú lo sabes.

—Sigue siendo mi vida y puedo decidir cómo la uso.

Anna se echó hacia atrás, haciendo la señal contra el mal sobre su corazón. Nadya puso los ojos en blanco.

—He tenido a los dioses parloteando en mi cabeza toda mi vida. He tenido este… este destino que se cierne sobre mí y creo que lo menos que puedo pedir es la elección de cómo lo veo en la realidad. Si eso significa ir con esos extranjeros y ese monstruo, que así sea.

—¿*Te estas escuchando*?

Nadya no entendía por qué Anna estaba reaccionando tan fuerte. Era como si Nadya estuviera destrozando la imagen de la clériga inocente y santa que tenía Anna de ella, pero Anna la conocía mejor que eso. Fue elegida por la diosa de la muerte. Nunca tuvo la oportunidad de ser inocente.

Anna tomó el rostro de Nadya entre sus manos, obligándola a encontrar su mirada.

—No quiero que tu nombre se añada al libro de los santos —dijo en voz baja—. Pensé… —Su voz se quebró y tragó saliva—. Cuando la mitad del santuario se derrumbó y no pudimos encontrarte, pensé…

Nadya la abrazó. Anna olía a incienso y a un persistente recuerdo de su hogar. Los caminos que tenía ante sí iban en direcciones opuestas, pero llevaban al mismo fin. La niña que había en ella anhelaba volver a ver la famosa Corte de Plata; la última vez que había estado allí era demasiado joven para recordarlo realmente. Quería ver a los *dolzena*[3] con sus *kokoshniks*[4] y a los *voivodas*[5] antes de que todo el oro y el esplendor se desvanecieran para siempre. Pero, para ellos, ella sería siempre un soldado, nada más, una reliquia sagrada, un símbolo, quizás. Nada humano.

Nadya amaba a su país —más que a la vida— pero quería hacer algo que importara. Ella podría traer a los dioses de vuelta a Tranavia, si ella quería eso. Tendrían que afinar los detalles del plan en el camino, pero sentía una

confianza que nunca había conocido. Había un elemento de la providencia divina —por muy extrañas que parecieran las circunstancias— y Nadya no iba a ignorarlo por la opción más segura.

Se alejó y se dirigió a buscar a los demás. Casi se encontró con Malachiasz en el pasillo. Parecía frenético, lo que hizo que el miedo se apoderara inmediatamente de Nadya. La tomó por los hombros.

—¿Puede tu magia curar?

Los ojos de Nadya se abrieron de par en par y asintió.

—Parijahan estaba bien —dijo Anna.

—Decididamente, ahora no está bien —dijo él, con la voz tensa. La piel de su mandíbula empezaba a ponerse morada mientras la sangre se asentaba bajo el lugar donde Anna le había dado un puñetazo.

—Cálmate —dijo Nadya, tocando su brazo.

Él parpadeó y su mirada se dirigió al lugar donde los dedos de ella presionaban ligeramente su antebrazo lleno de cicatrices y pareció darse cuenta de que aún la tenía agarrada por los hombros. La soltó y dio un paso atrás.

Está realmente preocupado por ella, pensó Nadya, sorprendida. Se preocupa.

—¿Queda algo de incienso en este lugar? Lo voy a necesitar. Un incensario también sería maravilloso, si es que viste alguno cuando te mudaste. ¿Qué tipo de herida es?

—Su costado está desgarrado. Y sí, puedo encontrar alguno.

Salió corriendo por el pasillo.

Regresó rápidamente con un incensario abollado, una bolsa llena de incienso y unas varillas que parecían desconcertarle. Se los entregó a Nadya con una expresión tan seria en su rostro que su corazón tropezó. Le entregó el incensario a Anna y siguió a Malachiasz a una de las habitaciones laterales.

Quienquiera que hubiera envuelto inicialmente la herida del costado de Parijahan había hecho un buen trabajo, pero había una oscuridad que Nadya podía percibir en el corte irregular que lo estaba haciendo excretar. Anna encendió el incensario. El aroma a especias y santidad inundó la habitación casi al instante. Nadya se relajó y dejó que sus ojos se cerraran. El olor le resultaba *familiar*, era su hogar. Se colocó una varilla de incienso de combustión lenta detrás de la oreja, escuchando el aliento de la risa de Anna. Era una mala costumbre suya y se había chamuscado el pelo en múltiples ocasiones, pero le gustaba tenerlo ardiendo cerca. Rashid se paseaba y

Malachiasz desprendía una energía tan frenética que, antes de que Nadya pudiera hacer nada, suspiró.

—Muy bien, chicos, salgan de aquí. Parijahan se pondrá bien. Su herida ha empeorado y tiene fiebre, pero se pondrá bien.

Los echó fuera.

Enrolló su rosario alrededor de la mano, encontrando la cuenta de Zbyhneuska y presionando sus dedos contra ella. Abriendo los ojos, observó la forma inconsciente de Parijahan. La respiración de la muchacha era superficial y el sudor cubría su frente; su piel morena era cenicienta y pálida.

La diosa de la curación era muda y trabajaba con sentimientos y visiones. De entre el panteón, era la más gentil, aunque los soldados tenían la tendencia a enviar todas sus oraciones a Veceslav en lugar de a ella; algo así como que un dios de la guerra era más probable que los protegiera y curara durante la batalla que una diosa. Una superstición ridícula. La mayoría viviría más tiempo en las batallas si quemara una vela a Zbyhneuska.

Gracias al silencio de Zbyhneuska, Nadya siempre sintió que podía solucionar sus problemas con ella.

—A Marzenya le molesta que aún no haya matado al *tranaviano* —dijo Nadya—. Sé que estamos en guerra y que los tranavianos son herejes, pero el asesinato me parece innecesario.

Ella sintió la campanada de Zbyhneuska de regañar, pero también la comprensión. Zbyhneuska pensaba que la muerte era innecesaria también.

Pero Zbyhneuska, diosa de la salud, no era la patrona de Nadya. Lo era Marzenya, diosa de la muerte, la magia y el invierno. No era algo que normalmente molestara a Nadya. Pero la forma en que Malachiasz había clavado sus dedos en los de ella, la resignación con la que había preparado su cuello para su espada, la había dejado desequilibrada.

No lo entendía. No quería matarlo hasta que llegara el momento de hacerlo. Cuando ya no tuviera elección.

Nadya separó en su cabeza el hechizo que le había dado Zbyhneuska, tratando de decidir cómo canalizarlo correctamente. Había una oscuridad en la herida de Parijahan que inquietaba a Nadya. Tiró de su magia, sintiendo que un coro de palabras sagradas se arremolinaba en la parte posterior de su cabeza. Se sentía limpia; con suerte, sería suficiente para curar el daño causado por los monstruos.

¿Podría ser esto algo más que magia de sangre? *¿Son los Buitres algo más*? Pensó que no era una oración, pero Zbyhneuska reaccionó igual. Su confusión sorprendió a Nadya.

Pero los dioses no eran infalibles. Los Tranavianos habían encontrado formas de protegerse de los dioses; ésa era una de las razones por las que la guerra había comenzado en primer lugar. Eso significaba que, si habían encontrado algún método más oscuro para aprovechar la magia, los dioses no lo sabrían. Era aterrador.

Nadya volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos, murmurando oraciones en voz baja. No estaba del todo segura de haber tenido éxito cuando finalmente apartó las manos y abrió los ojos. De lo que sí *estaba* segura era de que la cabeza le daba vueltas y de que era consciente de que no recordaba la última vez que había comido. Sentía que iba a desmayarse.

La respiración de Parijahan se estabilizó y la herida se había cerrado, así que Nadya se marchó para dejarla dormir y se abrió paso entre los escombros hasta lo que quedaba del santuario.

—Se pondrá bien —dijo, derrumbándose junto a Malachiasz sobre un montón de almohadas en ese momento cubiertas de tierra y trozos de escombros—. Ahora déjame arreglar eso mientras tengo la atención de Zbyhneuska.

—Tu diosa no permitirá que su magia cure a alguien como…

—Cállate, Malachiasz —dijo Nadya con cansancio.

Él se tensó y se quedó completamente quieto cuando ella le echó el pelo largo hacia atrás y presionó suavemente con los dedos el moratón que se estaba ennegreciendo. Sus ojos se cerraron y le pareció oír su respiración entrecortada. Curar el hematoma fue una tarea sencilla, pero agotó sus últimas reservas. *Entonces* se desmayó.

13

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Evgenia Zotova: Zotova se escondió bajo la apariencia de un hombre y vivió la mayor parte de su vida profetizando desde una cueva en la base de las montañas de Baikkle.

Libro de los Santos de Vasiliev

El salón del trono del palacio era uno de los lugares más exagerados de toda Tranavia. Era un espacio enorme, revestido de columnas de cristal. Los grabados florales tallados subían por ellas en delicadas espirales. El suelo era de mármol negro, tan pulido que era prácticamente reflectante. Una exuberante alfombra de color violeta intenso recorría la sala y conducía al trono del padre de Serefin. El trono era la manifestación física del poder, la sangre, la gloria y la magia. Unas flores de hierro con afiladas espinas se enroscaban en el respaldo y un metal intrincadamente retorcido formaba los brazos y las piernas. Llamaba la atención.

Serefin nunca había podido imaginarse a sí mismo en ella. Era un arma, nunca un príncipe.

Izak Meleski se sentaba en ese momento en el trono, alto y de espalda recta, con su capa militar de marfil adornada con medallones e insignias negras. Tenía un rostro severo —que Serefin detestaba admitir que se parecía al suyo—, una barba bien recortada y un cabello castaño oscuro bien cuidado. Su corona era una simple pieza de hierro que, de alguna manera, era tan imponente como el trono, aunque no tan dramática.

Es el porte, no los símbolos, reflexionó Serefin.

Serefin entrecerró los ojos al ver al consejero cercano del rey, Przemysław, rondando cerca del trono. El escurridizo anciano había sido el adversario de Serefin en la corte desde que tenía uso de razón. Cada vez que él volvía a casa, Przemysław estaba allí para darle la vuelta y enviarlo de nuevo al frente.

—Veo que te has tomado tu tiempo para volver —observó Izak cuando Serefin se acercó al trono y se inclinó ante su padre.

—Vaya, gracias, padre, sí que ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo es eso? Oh, sólo han pasado ocho meses desde la última vez que estuve en Tranavia. Sí, es mucho tiempo para estar en el frente, pero, como ves, ahora estoy aquí casi ileso. —Se golpeó la sien—. Algunas cicatrices no son tan visibles.

Su padre parecía cualquier cosa menos divertido y, aunque Izak nunca había apreciado realmente el ingenio de Serefin, normalmente podía al menos arrancarle una media sonrisa. Serefin se puso sobrio. Ese no era un buen comienzo.

—Regresé en el tiempo exacto que requería el viaje. —Dijo—. Estaba en el corazón de Kalyazin cuando llegó tu misiva.

—Sí, el teniente Kijek me informó de esa desgracia.

—Lo tenía perfectamente controlado y habría terminado el trabajo de no ser por esta convocatoria. Y admito que… —Serefin hizo una pausa, tragando la ansiedad que amenazaba con ahogarlo. De repente, estaba indeciblemente nervioso— siento curiosidad por la necesidad de este *Rawalyk*. Me parece algo repentino.

—Es una tradición, Serefin. ¿Estás discutiendo eso? —La voz de Izak se elevó de una forma que inmediatamente hizo que el miedo calara hondo en los huesos de Serefin.

—Me opongo a que me llamen del esfuerzo de la guerra aparentemente por capricho. —Respondió Serefin, con voz uniforme. Estaba pisando terreno peligroso con su padre y lo sabía. Pero si sólo estaba siendo paranoico, su padre ignoraría su ironía como solía hacer y eso terminaría con perfecta civilidad—. No necesitamos alianzas. Voldoga fue un punto de inflexión, los Kalyazi no podrán aguantar mucho más, no tenemos necesidad de ir arrastrándonos a nuestros vecinos. Esta es una tradición que no ha sido reconocida en *años*.

—Y ahora la estamos reconociendo —dijo Izak, con un tono escalofriante.

Serefin se encontró con la fría mirada de su padre y se encogió de hombros.

—Es un gasto innecesario de recursos.

—Se nota tu preocupación y, sin embargo, estás aquí.

No le dieron opción. Hacía lo que le decían, sin importar lo que le dijeran. Era… agotador. Rechazó la idea de sacar a relucir los libros de hechizos Kalyazi que había encontrado en su camino a casa. Si el rey no preguntaba, ¿por qué iba a decírselo Serefin? Antes se lo habría planteado a su padre de inmediato, desesperado por la aprobación. En ese momento estaba dolorosamente claro que a su padre no le importaba. Todavía no estaba seguro de que sus sospechas estuvieran justificadas, pero ése no era… el padre que él conocía. Era severo, era serio, sí, pero nunca era frío.

Había movimiento en las sombras detrás del trono del rey. Una figura con las extremidades sueltas que se encontraba en los escalones que rodeaban el estrado. A Serefin se le cayó el estómago. Era un Buitre, enmascarado y escuchando en la sala del trono del rey.

Era un error. Las cosas no funcionaban así en Tranavia. Serefin apretó el puño a su espalda.

—¿Han capturado los Buitres a la clériga? —preguntó Serefin, apartando la mirada del que estaba en la esquina.

Izak frunció el ceño. Un músculo de su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente. Serefin enarcó una ceja. ¿Era porque había mencionado a los Buitres o por otra cosa?

—¿No lo han hecho? —preguntó Serefin inocentemente.

—Al parecer, hubo complicaciones en su recuperación —dijo Izak, poniéndose de pie. Era un hombre alto; Serefin sólo era unos centímetros más alto. Se llevó las manos a la espalda y bajó del estrado—. Los Buitres informaron de que estaba con un grupo de pícaros que eran especialmente astutos.

¿Los Buitres habían *fracasado*? Eso sí que era rico. Serefin tuvo que reprimir la sonrisa que amenazaba con atravesar su máscara de compostura.

—¿Un grupo de canallas Kalyazi que puede enfrentarse a los Buitres?

—Al parecer, tenían un Buitre desertor entre ellos.

Serefin dejó escapar una risa incrédula.

—¿Un traidor? ¿Sabemos quién era?

Izak negó con la cabeza. Serefin miró a Przemysław.

—Los Buitres han sido como siempre —dijo Przemysław— obstinados en sus tratos. Nos informaron de que uno de ellos había huido. Era un muchacho que tuvo una difícil transición a su orden. Su adoctrinamiento fue complicado. Su familia es miembro de la corte, por lo que hubo que tomar precauciones

adicionales para garantizar que no hubiera apegos residuales ni capacidades de reconocimiento. Por lo que tengo entendido, utilizaron nuevos métodos al adoctrinarle. Métodos dolorosos.

—¡Así que no tenemos nada! —dijo alegremente Serefin.

—¡Serefin! —espetó Izak, lanzándole una mirada tan sombría que le dieron ganas de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación.

Esto es peor de lo que temía.

—Los Buitres enviados eran jóvenes —dijo lentamente Przemysław—. Estaban desconcertados al ver a uno de los suyos entre la chusma enemiga, aunque eso hace que se cuestione su entrenamiento…

—Su entrenamiento está bien —interrumpió una nueva voz.

El Buitre se deslizó hacia delante. Su máscara era un asunto visceral; los bordes dentados cortados en el cuero hacían que pareciera que goteaba sangre.

—¿Entonces por qué no está la clériga aquí ahora? —preguntó Serefin.

El Buitre se acercó a Serefin.

—No respondemos ante ti —dijo en voz baja.

—No —respondió Serefin— por supuesto que no. Simplemente no puedes ofrecer ninguna explicación de por qué uno de los tuyos fue encontrado con una clériga Kalyazi.

—Cuando nuestro rey se dio cuenta de que la extracción había ido mal, les hizo volver para decidir mejor cómo tratar a la chica —dijo el Buitre. Se apartó de Serefin para dirigirse al rey—. Le aseguro que todo se manejará como es debido.

—Procura que así sea —dijo Izak—. No puedo ahorrarme otra visita a tus Minas de Sal tan pronto.

Serefin se puso rígido. ¿*Por qué iba a ir a las Minas de Sal*?

—Debería haber ido tras ella —murmuró Serefin.

El Buitre se volvió, pero el rey habló por encima de él.

—Deberías hacer lo que te *dicen*.

De nuevo, un cordón de veneno. Una oscilación errática del hielo a la ira caliente.

—¿Padre?

Algo se deslizó en Serefin y su voz ya no estaba compuesta. Era menos el general mago de sangre y más el chico que no estaba seguro de lo que estaba pasando y que, después de todos esos años, seguía sin entender por qué le habían apartado para luchar en una guerra en la que apenas creía. Fue un momento de debilidad que lamentó inmediatamente.

No sabía qué esperaba de su padre. ¿Un segundo de comprensión silenciosa? ¿Algo que apaciguara sus temores?

Sólo recibió una mirada fría y despectiva de su padre. Su padre continuó como si no hubiera pasado nada.

—Vamos a dejar pasar tres semanas antes de que comience el Rawalyk para que lleguen los delegados adecuados. Hasta entonces, tu tiempo es tuyo.

Serefin asintió.

—*Gracias*.

¿Qué voy a hacer durante tres semanas? Sobre todo, bajo la mirada de todo el palacio. Serefin reconoció un despido cuando lo escuchó, así que se dio la vuelta para irse.

—Serefin —llamó su padre tras él. Se dio la vuelta, y una parte de él se levantó con la esperanza de que tal vez en ese momento se disipara su miedo, de que su padre sonriera y le diera la bienvenida a casa como a un hijo, no como a un intruso. Pero todo lo que dijo fue—: Tu madre está en Grazyk. Deberías hablar con ella.

Y algo en su tono heló a Serefin por completo. El pánico se encendió en el pecho de Serefin.

—Por supuesto, padre, ahora mismo.

Ahí estaba su reconocimiento. Ya era el momento de la estrategia.

Cuando salió de la sala del trono, Kacper estaba esperando junto a la puerta. Estaba apoyado en la pared, hurgando en sus uñas e ignorando a los guardias, que a su vez lo ignoraban cuidadosamente.

—¿Qué tan grave fue?

Serefin miró a los guardias e inclinó la cabeza hacia el pasillo.

Kacper lo siguió. ¿Dónde podrían ir a hablar libremente?

Ningún lugar de este maldito palacio es seguro, pensó Serefin.

—Me preocupa —respondió finalmente Serefin, deteniéndose en el pasillo y mirando por la ventana.

Kacper palideció.

Serefin consideró el regreso de su madre a Grazyk. No habría venido sólo por los *Rawalyk*, eso lo sabía él. Le gustaría poder hablar con ella sobre su padre, pero Izak Meleski lo sabría. Ella no se lo diría, pero él lo sabría. Serefin se pasó un pulgar ausente por la cicatriz de su cara. Si su madre había vuelto, habría traído a su bruja con ella. La torre de la bruja podría estar a salvo de los informantes de su padre, pero eso significaría hablar con Pelageya Borisovna.

Su padre le dio a Pelageya un amplio margen. La mujer Kalyazi había abandonado su propio país tras rechazar a sus dioses. Aunque no tenía magia, pero si era *algo*. Una vidente. Una loca.

—¿Sabes si Pelageya está en su torre? —preguntó suavemente Serefin.

Los ojos de Kacper se abrieron de par en par.

—¿Qué quieres con ella?

—En algún lugar donde a mi padre no se le ocurra buscar. —Buscó su libro de hechizos, olvidando que lo había limpiado. Suspiró—. Tenemos tres semanas hasta el *Rawalyk*.

Kacper asintió. Con suerte, sería tiempo suficiente para averiguar qué estaba pasando. Si ese *Rawalyk* era sólo lo que parecía, o si era… algo más oscuro.

Serefin se volvió hacia Kacper, abrió la boca y la volvió a cerrar. Miró hacia el pasillo.

—Ven conmigo —dijo.

Recorrió los laberínticos pasillos del palacio, pasando por delante de los sirvientes que llevaban máscaras grises y aburridas, consciente de sus miradas. Llegaron a una de las tres agujas. Serefin abrió la puerta, agachándose en la entrada.

Una voz formada por antiguas promesas y muerte llamó hacia abajo:

—¿Su Alteza ha decidido honrarme con su presencia? *Estamos* en tiempos difíciles.

Serefin sonrió a Kacper, que parecía afligido.

No había forma de ver la parte superior de la torre, pero Serefin sabía que Pelageya estaba allí arriba, inclinando la cabeza hacia abajo sobre la vía férrea, con el aspecto de una *dolzena* de dieciséis años cuando en realidad tenía casi noventa. Se preguntó qué aspecto tendría cuando la alcanzara, si tomaría a la joven o a la vieja. Francamente, la joven le aterraba.

—Serefin… —Kacper gimió cuando Serefin empezó a subir las escaleras de caracol, subiéndolas de dos en dos—. Esto es una locura. La odias.

—Me aterroriza. Como aterroriza a todo el mundo. —Serefin se detuvo, tirando de la barandilla mientras se inclinaba hacia atrás—. Como aterroriza a mi *padre*.

Kacper frunció el ceño.

—Ella es Kalyazi. Tu padre probablemente tiene cien hechizos en esta torre para saber lo que ella hace.

Si Serefin tuviera su libro de hechizos, habría lanzado un hechizo de percepción. Aun así, se cortó un dedo con la navaja dentro de la manga y la

apretó contra la ventana.

—¡Quita tus malditas manos de mi cristal! —gritó Pelageya.

El hechizo no era tan fuerte como lo hubiera sido si Serefin tuviera su libro de hechizos, pero era suficiente. La torre de la bruja estaba vacía de la magia de su padre, pero ahogada por algo antiguo y espantoso.

—Aquí no hay nada de mi padre.

—Sangre y huesos, por supuesto que no. Tu madre se aseguró de ello, principito.

Serefin llegó al rellano apenas sin aliento; estar de vuelta en el palacio ya le estaba afectando; había subido todas esas ridículas escaleras en Kalyazin y había estado *bien*. Encontró a la joven Pelageya en la parte superior. Estaba en la puerta de sus aposentos con las manos apoyadas en las caderas. Su pelo negro estaba alborotado y enredado contra su piel pálida, sus ojos afilados eran oscuros. La magia que tenía, lo que fuera que le permitía pasar de joven a vieja y viceversa a su antojo, se reflejaba en sus ojos.

—¿Mi madre? —preguntó.

Por supuesto, su madre. Izak y Klarysa sólo se toleraban exteriormente. Traer a la bruja de vuelta a Grazyk era sólo otra forma de que Klarysa se metiera en la piel de Izak.

—Sí. Entra, principito, veo que quieres un lugar para hablar sin que te escuchen las ratas fisgonas de tu padre. —Se dio la vuelta, entrando en sus habitaciones.

Kacper lanzó una mirada desesperada a Serefin.

—Vamos, hay lugares mejores para esto —murmuró—. Lugares que no impliquen estar cerca de una bruja Kalyazi loca.

—No te esfuerces en halagarme, Zyweci —dijo ella.

Serefin entró en las habitaciones de Pelageya. Las alfombras negras se superponían en el suelo y las calaveras de ciervo colgaban de las paredes, atadas por sus cuernos. La bruja estaba sentada en un sillón de marfil de felpa, con las piernas cruzadas debajo de ella, retorciendo un mechón de pelo negro entre los dedos, mirando a Serefin con la cabeza ladeada.

—Te has dado cuenta de que tu padre no es un buen padre para ti, ¿eh? —preguntó.

—¿Qué está planeando?

—Nadie más que él lo sabe. Klarysa tiene sus sospechas, pero, por supuesto, poco puede hacer desde su reclusión en la Región del Lago. Ahora puede hacer algo más en Grazyk, pero… —Hizo un gesto con la mano hacia la silla desvencijada que tenía enfrente. Serefin se sentó con cautela.

—Tu gente no cree en las profecías ni en las predicciones —dijo, mirando a media distancia—. Es extraño, para un pueblo tan arraigado a la magia de la sangre, que los Kalyazi sean más supersticiosos. Ustedes tienen sus monstruos; ellos tienen sus demonios.

Se quedó en silencio.

—¿Pero? —preguntó Serefin.

—Tu padre se ha interesado bastante por las profecías hechas por un mago Tranaviano llamado Piotr. Al parecer, se suicidó justo después de la predicción. Se tiró a un lago con un ladrillo atado al cuello. Es una muerte que se lee en el libro de mártires de Kalyazi.

—¿Qué tipo de predicción?

—Maldita sea si lo sé —sonrió.

Kacper le dirigió una mirada mordaz. Serefin se recostó en su silla.

—Pero, en términos generales —continuó Pelageya—. *El propio* Piotr estaba bastante fascinado con una historia apócrifa Kalyazi sobre una mujer llamada Alyona Vyacheslavovna. Era una mártir Kalyazi más y, sin embargo, la historia cuenta que ascendió a la divinidad. ¿No sería *eso* un destino?

Serefin enarcó una ceja. Las historias apócrifas de los Kalyazi no le iban a servir de nada ahora.

Todavía se sentía demasiado inseguro para decir las palabras en voz alta. Para decir que sospechaba que su padre iba a matarlo en medio del *Rawalyk*. No tenía ninguna prueba, sólo un presentimiento que ensombrecía cada uno de sus pensamientos.

—Creo que mi padre quiere poner al ganador del *Rawalyk* en el trono —dijo.

—Por supuesto que sí. Todo es una prueba para encontrar a nuestra próxima consorte real, ¿no es así? —dijo Pelageya, pero sus ojos negros volvieron al rostro de Serefin.

Ella sabía lo que él estaba sugiriendo.

—Creo que me quiere fuera de la escena.

Kacper negó con la cabeza.

—El pueblo se amotinaría. Los príncipes bajos lo verían como una muerte desafortunada, pero agradecen que el *Rawalyk* haya decidido una nueva línea ahora que el Alto Príncipe se ha ido —dijo Serefin, interrumpiéndolo.

Kacper parpadeó.

—Sigue sin tener sentido. Tú eres su único heredero.

Serefin levantó las cejas. Era el único heredero, sí, pero también era el mago más fuerte, el que cambió la guerra a favor de Tranavia, el que la

historia recordaría. La expresión de Kacper se ensombreció.

Pelageya asintió.

—Sangre, sangre y hueso. Magia, monstruos y poder trágico.

Serefin escuchó el irritado resoplido de Kacper y le lanzó una mirada de advertencia.

—Todo este mundo se está volviendo loco —dijo Pelageya—. La guerra nos está carcomiendo a todos. ¿Puede continuar? ¿Continuará para siempre? ¿Romperá alguien por fin el ciclo o nos veremos abocados a un nuevo siglo de muerte? Los Kalyazi tienen su esperanza; ¿qué tienen los Tranavianos? ¿Eh? Su rey. Su príncipe. El conocimiento de que su rey y su príncipe son innegablemente mortales. ¿Sus Buitres? Ese terrible culto.

Los ojos de Serefin se entrecerraron. Kacper se puso rígido.

—¿Y si el príncipe fuera más difícil de matar? Sangre, sangre y huesos. ¿Y si esos dioses que adoran los kalyazi no son dioses en absoluto? Demonios de la superstición, monstruos y magia.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —refunfuñó Kacper. Puso una mano en el hombro de Serefin, intentando que se fuera.

Pelageya miró por encima del hombro de Serefin.

—Les clavas una pua en el cuello. Esperas a que cesen los lamentos y les das un trago de sangre. Bébela. Bébetela toda, no importa de quién sea porque estarás muerto en ah, tres, dos, uno. Otra vez. Otro. Esa falló. No funcionó. Los mortales son tan frágiles, tan fáciles de romper, pero la sangre… Sangre, sangre y hueso. Las Minas de Sal trabajan tan duro, los Buitres tan meticulosos en su marca específica de tortura. La respuesta está aquí. La respuesta siempre ha estado aquí. Destripar las iglesias Kalyazi, fundir su oro, moler sus huesos. Divinidad, sangre, sangre y hueso.

La mano de Kacper se tensó. Serefin pudo sentir su pulso acelerado a través de las yemas de los dedos.

Pelageya se estremeció. Su mano se extendió, sus largos dedos se estiraron en el aire.

—La chica. La chica y el monstruo y el príncipe… y… —Volvió a crisparse, agitando la mano junto a la oreja contra algún irritante imaginario —. Y la… ¿reina? No una reina, sino una *reina*. La reina de los espectros o de la oscuridad. Pero no. El poder y la sangre y esta pompa es sólo una fachada y hay más, hay más. Las señales vendrán como vienen y serán ignoradas o atendidas, pero son señales, sólo señales.

—¡Serefin! —Kacper tiró del brazo de Serefin. Éste se apartó.

—¡Tienes tiempo! El tiempo se escapa, pero está ahí, está ahí, queda por capturar. Tómalo, sostenlo. La chica y el monstruo y el príncipe y el último se equivoca, el último se esconde en la oscuridad, en las sombras. Y tal vez el niño de oro y el niño de la oscuridad sean espejos. Y tal vez todos sean tragados por las cosas de las que se esconden; tal vez, tal vez sean consumidos.

Pelageya se detuvo bruscamente.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación, el único sonido proveniente del fuego crepitante. Serefin miró a Kacper, que miraba a Pelageya con un horror apenas disimulado en el rostro.

—Gracias, Pelageya —murmuró Serefin, con la voz tensa mientras se levantaba.

—Siempre serás bienvenido a volver aquí, principito —dijo ella con dulzura—. Pero ten en cuenta que tu padre se dará cuenta, y no querrás eso.

Serefin se quitó una polilla del hombro. El insecto gris revoloteó y se posó en el brazo de la silla de Pelageya. Ella lo miró con interés mientras salían de la habitación.

14

NADEZHDA LAPTEVA

Zbyhneuska ha curado a hombres moribundos en los campos de batalla, ha curado enfermedades lentas y mortales, ha dado visión a los ciegos. Cuando la cabeza de Svoyatova Stefania Belomestnova fue cortada en la batalla, la bendición de Zbyhneuska la curó por completo. Pero la diosa nunca ha hablado; su voz nunca se ha escuchado. Si alguna vez habla, todo el bien que ha hecho se deshará.

Códice de lo Divino, 12:114

La magia de Zbyhneuska fue suficiente para que Parijahan volviera a ser la de siempre. Rashid quería marcharse inmediatamente, Malachiasz no quería marcharse en absoluto. Nadya decidió que le darían a Parijahan un día para descansar y luego se pondrían en marcha. Parijahan —siendo Parijahan— se negó a dormir mientras hacían planes, así que se sentó imperiosamente sobre lo que quedaba de la pila de almohadas.

—¿Cómo sabemos que los Buitres no volverán a intentarlo? —preguntó Anna—. Estamos en el mismo lugar donde nos dejaron.

—No lo harán —dijo Malachiasz.

—¿Cómo lo *sabes*?

—Porque los Buitres no pueden actuar contra su líder. Yo huí de ellos, pero sigo siendo uno de ellos. Sé exactamente lo que les han dicho que hagan.

Oh. A Nadya no le gustó cómo sonaba eso.

—¿Cómo podemos confiar en que no nos entregarás a los Tranavianos? ¿Y si te lo *ordenan*? —Anna insistió.

Malachiasz simplemente parecía cansado.

—¿Porque no lo habría hecho ya? No estaría aquí. Los hilos se deshacen, incluso los de la magia creada para mandar.

Nadya apretó la cuenta de Vaclav. Malachiasz decía la verdad.

—Pero eso no te importa —continuó—. No te importa lo que me pasaría si volviera a Tranavia. No eres más que una chica que no ha hecho más que vivir en un monasterio toda su vida y que, sin embargo, no puede ver el adoctrinamiento cuando lo tiene delante de sus narices, probablemente porque es lo único que ha conocido.

—¿Perdón? —Dijo Nadya. No podía hablarle así a Anna.

Sus ojos pálidos brillaron.

—Volverán a expulsarme.

La habitación se enfrió.

—Tenía diez años cuando los Buitres me llevaron —dijo, con voz dura—. Eso es todo lo que sé, porque no me queda nada más que mi nombre. Siempre piensan que es tan *benévolo* de su parte. Quitar todo lo que hace a los niños humanos, pero dejar que conserven sus nombres como recuerdo de todo lo que han perdido.

El horror corrió por sus venas, sustituyendo a la ira. Pensó en los susurros de él para sí mismo, palabras silenciosas que sonaban como su propio nombre. ¿Era un recordatorio? ¿Estaba tan cerca de perder eso también?

Suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Si me voy contigo no puedo prometerte que no destruiré todo lo que estás tratando de lograr. La magia que se ha deshilachado y que me permite actuar contra ellos puede reforzarse muy fácilmente si me atrapan.

Excepto que ella no podía hacer eso sin él. Nadie más iba a ser capaz de enseñar a Nadya lo que necesitaba saber para engañar a la corte. Se sentó a la mesa, con movimientos pesados. Estaba claro que él también se había dado cuenta.

Malachiasz juntó los dedos y los apretó contra sus labios. Nadya se sentó frente a él.

—¿Cómo está tu Tranaviano? —le preguntó, cambiando a su lengua materna.

Un tiempo. Un segundo de más mientras Nadya traducía sus palabras en su cabeza.

Él negó con la cabeza antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar.

—No pasarás la frontera si tardas tanto.

—*Nuicz zepysz kowek dzis*[6] —murmuró ella en voz baja.

Él esbozó una sonrisa.

—Bueno, tu acento no es el peor que he oído —le costó un segundo traducirlo. Ella sonrió.

—Pero no puedes hacer una pausa tan larga —dijo—. Practicaremos en Tranaviano hasta que llegues.

—¿Cómo vas a sortear el hecho de que todos los que se supone que estoy evitando saben exactamente cómo soy? —preguntó Nadya en un transeúnte vacilante.

La forma en que él recorrió lentamente su rostro la obligó a bajar la vista a la mesa. Sintió que el calor le quemaba las mejillas y frunció el ceño, desconcertada por su reacción.

—Tu pelo es característico; tendremos que teñirlo.

—Puedo arreglármelas —dijo Parijahan.

Anna asintió con la cabeza.

—Todo lo demás será fácil —dijo Malachiasz—. Un simple hechizo, nada más.

—¿Un simple hechizo que el Alto Príncipe no verá directamente? —preguntó Nadya. Se le revolvió el estómago al pensar en llevar su magia en la piel durante las próximas semanas.

—No, si soy yo quien lo escribe —respondió él.

—Eso apesta a exceso de confianza —murmuró ella.

Él sonrió ligeramente.

—No es la palabra adecuada para ese contexto, pero te acercas.

Nadya se estremeció. Esto nunca iba a funcionar.

—Podemos entrar en el palacio falsificando papeles.

Antes de que Nadya tuviera la oportunidad de preguntar cómo iban a conseguirlo, Rashid se animó.

—Deja eso en mis manos. Trabajé como escriba de Travasha en mi juventud.

Hay muy pocas cosas que no pueda falsificar.

Nadya miró a Parijahan en busca de confirmación. Ésta se limitó a sonreír.

—Si dice que es de una ciudad fronteriza su acento se notará menos. Una explicación razonable ocultará casi todo a los ojos desprevenidos —dijo Malachiasz.

—Pero eso la situará lo suficientemente cerca de Kalyazin como para sospechar al instante —argumentó Rashid.

—De todos modos, si viajo con dos Akolanos, ¿no sería lógico que fuera de algún lugar cercano a ambas fronteras? —Intervino Nadya.

Malachiasz asintió pensativo y luego se levantó bruscamente y salió de la habitación.

—¿Adónde vas? —preguntó Nadya, olvidando que se suponía que estaba hablando en Tranaviano.

—¡*Tekyalzaw jelesznak*[7]! —Escuchó a Malachiasz llamar desde la otra habitación—. *Idioma equivocado*.

Puso los ojos en blanco.

Volvió y desenrolló un mapa sobre la mesa, utilizando su libro de hechizos para sujetarlo en un extremo y el codo de Rashid en el otro. Tras fruncir el ceño en la parte Tranavian, dio un golpecito en un punto cercano a la frontera Tranavian con Akola.

—Łaszczów —dijo—. Está lo suficientemente lejos de Kalyazin como para que no seas sospechoso al instante, pero lo suficientemente cerca como para que sea posible un remanente de acento Kalyazi.

—¿Hay algún miembro de la baja realeza en la zona? —preguntó Parijahan.

Malachiasz negó con la cabeza.

—Sólo baja nobleza. Sin consecuencias. El príncipe bajo más cercano está en Tanów que está más al norte.

—Entonces, se explicaría fácilmente si Nadya no conociera todos los detalles de la vida en la corte —dijo Rashid.

—Si Józefina no lo supiera, exactamente —confirmó Malachiasz.

—¿Es mi nombre? —preguntó Nadya—. ¿Se te ha ocurrido a ti?

Él entrecerró los ojos.

—Józefina Zelenska. Tu padre, Luçjan, ha partido trágicamente de este mundo, pero murió luchando por su país. Tu madre, Estera, es inválida, y —pausó, pensando. Tienes una hermana menor llamada Anka.

Nadya parpadeó.

—¿Se te acaba de ocurrir todo eso?

Malachiasz arqueó las cejas.

—Sí, ¿por qué?

¿Cuántas realidades falsas ha construido para sí mismo?, se preguntó ella. Si todo lo que tenía era su nombre y su magia, ¿cuántas noches se había quedado despierto preguntándose dónde estaban las personas a las que podría haber llamado familia? ¿Quiénes eran? Eso era fácil para él. Otra falsa familia que nunca sería real. Tuvo que contenerse para no cruzar la repentina e insignificante distancia hasta donde su mano descansaba sobre la mesa, con líneas negras de tinta tatuadas en sus pálidos dedos.

El impulso de dar algún pequeño consuelo a su enemigo la sobresaltó lo suficiente como para dejar caer la mano sobre su regazo para fingir mejor que

nunca había sucedido. Su rápida mirada al punto donde antes había estado su mano sólo le hizo sentir más que estaba haciendo algo que no debía.

Rashid se apartó del mapa y Malachiasz lo empujó suavemente para que no se enrollara.

—¿Puedes hacer magia sin usar esas cuentas? —preguntó Malachiasz.

Ella se tocó el rosario con los dedos.

—La verdad es que no.

—Tendremos que averiguar cómo solucionar eso. ¿Y qué pasa con los símbolos? Esos hacen que sea demasiado obvio que estás usando magia.

—Oh, ¿como cuando te cortas el brazo y sangras sobre todo? Muy sutil.

Parijahan resopló. La expresión de Malachiasz era una cansada.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Hablaré con Marzenya. Quizá ella y yo podamos llegar a un acuerdo —dijo Nadya.

—Además, si Rashid y Parijahan se hacen pasar por parte de mi séquito…

—Soy *demasiado* guapa para ser una sirvienta —dijo Rashid con un suspiro.

Malachiasz le lanzó una mirada divertida.

—Podrías hacerte pasar por noble…

—No, Malachiasz —dijo rápidamente Parijahan—. Demasiado papeleo. Ya nos estamos arriesgando con Nadya. No quiero que un *slavhka* entusiasta que haya visitado las cortes de Akola me reconozca, y definitivamente no quiero que mi Travasha se entere de que he reaparecido, así que cambiemos el contexto. Me hago pasar por la criada de Nadya, me escondo a la vista. Puedo tragarme mi orgullo por poco tiempo. —Sonrió con ironía—. Y también puede hacerlo Rashid.

—¿Y Anna? —preguntó Nadya.

—No voy a ir contigo —dijo Anna en voz baja.

Nadya se volvió hacia ella, sin palabras. Anna tenía que ir con ella. No podía hacerlo sin ella.

La sonrisa de Anna estaba teñida de una aguda melancolía. Estaba claro que llevaba tiempo pensando en eso.

Miró a Malachiasz.

—Tranavia se centrará en el *Rawalyk*, ¿no?

—Acaban de retirar a su prodigioso táctico de la guerra —dijo él—. Todo el país tendrá sus ojos puestos en Grazyk. Hay una buena posibilidad de que Tranavia esté tan seguro de que la victoria está a la vista que aflojará su control durante el tiempo que dure esta ceremonia.

—Voy a Komyazalov —dijo ella—. O, como mínimo, a la mayor base militar que pueda alcanzar en el camino mientras todos ustedes se ocupan de esto. —Presionó su dedo índice sobre el mapa de Tranavia—. Me aseguraré de que Kalyazin esté preparada para lo que ocurra después. Además, el príncipe sabía que huimos juntos del monasterio. Es mejor que ni siquiera esté presente para despertar cualquier tipo de sospecha.

Nadya apoyó la cabeza en el hombro de Anna y se obligó a contener las lágrimas. Había pensado que al menos tendría a Anna a su lado, pero lo que Anna quería hacer era importante —incluso vital—, así que no se opondría a ello.

—No vayas sola —dijo Nadya en Kalyazi. Malachiasz no la reprendió por cambiar de idioma—. Acompáñanos al menos un rato. Todavía hay presencia militar al este, ¿verdad?

Rashid asintió.

—No viajes sola por las montañas.

Anna le lanzó una larga mirada. No quería hacer eso más difícil, y ya iba a desgarrarlas a ambas el separarse. Anna era lo único que le quedaba a Nadya de su hogar, y en ese momento también la estaba perdiendo. Finalmente, Anna asintió. Nadya se relajó, enganchando su brazo en el de la otra chica.

—¿Qué piensas hacer? —Nadya preguntó a Malachiasz.

Se mordió la uña del pulgar. Parecía en carne viva, con los bordes dentados y rojos.

—Te llevaré a Grazyk, al palacio, lo que sea. Lo resolveremos a partir de ahí.

Eso no funcionaría. Cada parte de eso tenía que ser impecable o los atraparían. Ella lo miró fijamente. Nadya sabía que no debía preocuparse por esa abominación Tranaviana sentada frente a ella. Su destino era igual que el del resto de los Tranavianos y más aún porque era un Buitre, uno de los peores. Pero, de todos modos, se quedó mirando a ese chico —ese extraño chico de pelo negro enmarañado y frente tatuada— y una mitad de ella quería ayudarlo.

La otra mitad quería destruirlo, pero esa mitad estaba extrañamente callada.

* * *

Nadya estaba sentada fuera, en la fría niebla gris de la madrugada, con la chaqueta de Malachiasz sobre los hombros. Aunque el ataque de los Buitres

había sido el día anterior, le parecía que habían pasado años. Saldrían más tarde por la mañana. Anna había teñido el pelo de Nadya de un rojo oscuro y podía sentir los mechones helados contra su cuello. Se pasó el rosario por la cabeza y lo enrolló en la mano.

Se le ocurrió una idea —probablemente muy mala— que le supondría un gran esfuerzo para mantener a Malachiasz a salvo en Tranavia.

—*Me estás pidiendo que proteja a un hereje* —dijo Veceslav—. *No sólo eso, sino a uno que ha perdido su alma por el mal*.

Ahora, eso parece un poco melodramático.

—*Nadezhda*.

El tono de Veceslav era una advertencia. Pensó que Nadya estaba siendo totalmente mortal, totalmente petulante, totalmente diferente a cómo debería actuar alguien elegido por los dioses.

Nadya se apretó la chaqueta de Malachiasz alrededor de los hombros. No tenía intención de quedársela, pero cuando salió al exterior no pudo encontrar otra cosa.

—*Sí, te pido que protejas a un Tranaviano. Si esto va a funcionar —si quieres que el Alto Rey muera— entonces necesito que lo protejas*.

—*No puedes presumir de conocer nuestra voluntad* —respondió Veceslav.

—*Entonces, ¿qué debo hacer? Si mis métodos no son correctos para ti, lo entiendo, pero no puedo hacer milagros. Sólo puedo hacer magia. Soy humana. Soy mortal. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Tengo miedo, Veceslav. Todo el tiempo. No sé lo que está pasando o lo que se supone que debo hacer. Sólo hago lo que puedo con la circunstancia que se me ha dado, con el poder que se me ha otorgado*.

Se quedó en silencio. A Nadya le incomodaba lo frío que estaba siendo con ella. Era uno de los dioses con los que normalmente podía contar para ser amable.

—¿*Qué propones*? —La voz de Veceslav fue un bienvenido empujón en su nuca.

Dejó escapar una bocanada de aire, viendo cómo se desvanecía en el aire frío que tenía delante.

—Necesito que pueda regresar a Tranavia y esconderse entre los suyos a plena vista. Si voy a llevar su magia en mi piel, entonces él debe ser forzado a llevar la mía en la suya. —Hizo una pausa, para seguir reflexionando—. Los herejes no pueden ganar esta guerra y me temo que están cerca. Si

protegemos a este único Tranaviano por el momento —abominación que es— entonces podremos limpiar Kalyazin de los herejes por completo.

—*Entonces se te darán los hechizos y la magia para protegerlo de sus enemigos y de los tuyos*.

Nadya notó su fraseo. Serviría.

—*Gracias, Veceslav*.

—*Pisas un terreno peligroso, niña. Nuestro toque en Tranavia es débil. Si viajas allí, te alejas de nuestra protección. Debes cumplir con tu deber cuando llegues*.

Nadya se estremeció. *Romper Tranavia* para que los dioses puedan regresar. Destruirla por completo, si era necesario. Y no decirle a nadie lo que pretendía. La conversación se interrumpió cuando escuchó crujir los pasos en la nieve.

—¿No puedes hacer esto dentro, donde esta cálido? —Malachiasz se acomodó en el banco junto a ella. La miró de reojo—. Me preguntaba a dónde fue eso.

Ella sintió que se le encendía la cara.

—No tengo nada más en este momento.

Él se rio. La cara de ella se sonrojó aún más. Ella agachó la cabeza, confundida por la extraña sensación en su pecho. Era la primera vez que lo oía reír de verdad y se dio cuenta de que le gustaba cómo sonaba.

—¿No te molesta llevar un abrigo de hereje?

Puso los ojos en blanco, pero sus palabras le hicieron sentir que algo se agitaba en su interior. *Debería* molestarle llevar el uniforme del enemigo, aunque sólo fuera una pieza.

—¿Por qué tienes un abrigo de soldado? —preguntó ella.

—Cuando hui, me pareció racional huir como un soldado Tranaviano, no como un Buitre. Somos un poco más llamativos.

Se quedaron callados hasta que sólo sus respiraciones rompieron el silencio. Ella lo miró. Él miraba la estatua de Alena con una expresión contemplativa en el rostro. Llevaba el pelo negro recogido, pero un mechón se había soltado. Ella observó cómo él levantaba una mano sin pensar para llevarse el mechón detrás de la oreja y luego lo dejaba caer contra la mejilla.

—Sé cómo ayudarte a cruzar la frontera —dijo ella. Las palabras salieron apresuradas ante la idea de que él pudiera atraparla mirando.

Desenvolvió el rosario de su mano y lo extendió sobre su regazo. Seleccionó la cuenta correcta y la levantó.

—Eso no tiene ningún sentido para mí —señaló—. Veceslav es el dios de la protección y la guerra.

—Extraña combinación.

Ella lo ignoró.

—La protección puede significar muchas cosas. La protección puede significar protegerlos a *todos* ustedes de Tranavia.

Parecía escéptico. Ella buscó las palabras adecuadas.

—Vas a hechizarme para que todos los que me vean, vean… a otra persona.

—Más o menos, sí.

—Pero si fuera un mago de sangre, aún podrían percibir mi magia, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Veceslav te disfrazará de un mago más débil o de alguien que no tiene magia en absoluto. Podrías… —Buscó un escenario—. Podrías escabullirte entre los Buitres y no lo sabrían.

Hizo una mueca y se acercó para rozar con la yema del dedo la cuenta que ella tenía en la mano.

—Si me atrapan —dijo, con la voz baja contra su oído— sacarán de mi mente el conocimiento que tengo de ti y me pondrán tras de ti para matarte.

Nadya tragó con fuerza, el miedo la inundó. Resistió el impulso de rodear su chaqueta con más fuerza.

—¿Creía que eras uno de los más fuertes?

Él nunca lo dijo, pero su comportamiento lo daba a entender. Tendría que serlo para sobrevivir tanto tiempo después de desertar.

—Pero no soy el mayor, Nadya. —Sus ojos pálidos eran lejanos y una de sus manos se frotaba ociosamente la muñeca donde habían sobresalido púas de hierro de su piel—. Soy muy joven en comparación y hay males en este mundo mucho más grandes que yo.

Sus dedos se cerraron sobre su rosario.

—No hagas que me arrepienta de haberte ayudado —susurró—. Por favor.

Inclinó la cabeza hacia atrás y ella encontró su mirada atraída por la línea de su garganta, entonces él dio una sonrisa ladeada.

—No puedo garantizarlo, *towy dżimyka*. —Se puso en pie—. Nos vamos pronto. Tú y yo podemos esperar a estar más cerca de la frontera para lanzarnos.

—Ahora mismo voy a entrar. Tal vez vaya a ver si hay otro abrigo para mí —dijo Nadya.

No estaba segura de lo que significaban los alfileres en el pecho izquierdo de su chaqueta, pero estaba bastante segura de que no los quería tan cerca de su cuerpo.

Él tiró de un mechón congelado del pelo de Nadya con los dedos.

—No estoy seguro de que lo haya —murmuró. Se dio la vuelta y comenzó a recorrer el camino hacia la iglesia—. El rojo fue una buena elección —dijo por encima del hombro.

Nadya se quedó sentada frente al altar, con la cara del mismo tono ardiente que su pelo.

—No viste eso —dijo, en voz alta, a cualquier dios que estuviera escuchando—. En cuanto esto termine, cuchillo al corazón, así de fácil.

No logró convencerse a sí misma. Pero nada de eso importaba, todavía no.

15

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Viktoria Kholodova: Cuando Svoyatova Viktoria Kholodova fue asesinada, un árbol de granada brotó de donde cayó su cuerpo.

Libro de los Santos de Vasiliev

Kacper dejó que la puerta se cerrara tras ellos.

—Esa fue una de tus peores ideas, Serefin.

Serefin no podía dejar de reír. Kacper lo miraba sorprendido, incapaz de ver la gracia de ganarse una profecía de una bruja Kalyazi loca. Serefin resopló, se apoyó en la pared y se deslizó hasta el suelo. Un sirviente pasó frente a ellos, sin mirar al Alto Príncipe que tenía un ataque de histeria en el suelo.

—¿Qué significaba? —continuó Kacper.

—¿Tenía que significar algo? —preguntó Serefin tras recuperar el aliento. Se limpió las lágrimas de los ojos.

Kacper se estremeció.

Serefin se quitó una polilla de la rodilla y frunció el ceño. ¿De dónde venían? El insecto dejó una pizca de polvo en los pantalones negros de Serefin y se fue volando.

Tras lanzar un suspiro exasperado, Kacper se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo junto a Serefin.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Serefin inclinó la cabeza hacia atrás. Necesitaba una forma de profundizar en los entresijos de la corte sin que nadie sospechara que estaba provocando problemas. Tenía fama de meterse en líos y enemistarse con los *Slavhki*, la

mayoría de los cuales no le tenían cariño. Aunque Pelageya era una rareza, era reconfortante saber que no todos en el castillo estaban bajo el hechizo de su padre.

—¿Qué tan rápido puede una persona viajar a Kyętri y volver? —reflexionó.

Kacper lo miró de reojo.

—¿Vas a dejar Grazyk?

—No puedo. Pero necesito que alguien vaya a las Minas de Sal.

—¿Quién sería?

—Bueno…

—Definitivamente no.

—Confío en ti, en Ostyia y en nadie más —dijo Serefin.

—Eso es conmovedor, Serefin.

—¿Estás desafiando una orden directa de tu príncipe? —preguntó Serefin, presionando una mano sobre su corazón.

—No fue una orden directa y no te dejaré sólo con Ostyia como protección mientras te convences de que habrá asesinos esperándote a la vuelta de cada esquina. Encontraré a alguien de confianza para enviar a Kyętri.

—¿Qué debo hacer mientras tanto?

—¿Beber mucho vino y prepararte para tu inevitable destino? —sugirió Kacper.

Serefin lo consideró con un asentimiento pensativo.

—¿Tal vez comprar un nuevo libro de hechizos?

Eso hizo que Serefin se pusiera en pie.

—Tengo una idea. Con cada dato que me dan sobre este asunto de los Buitres me preocupo más, así que primero vayamos a la fuente.

—¿Vas a intentar alejar a los Buitres de tu padre? —Preguntó Kacper.

—Para empezar, él no debería tenerlos, así que ciertamente voy a intentarlo.

⋆ ⋆ ⋆

El estatus de Serefin le valió una entrevista con el Buitre Carmesí, el segundo al mando. Inesperadamente, ella acudió a sus habitaciones en lugar de exigirle que fuera a la catedral en los terrenos del palacio para reunirse con ella.

La Buitre era una mujer alta que llevaba una máscara de hierro que cubría todo excepto sus ojos azules y tormentosos. Un montón de pelo negro le caía

por la espalda en forma de ondas.

Su cabeza se movió hacia un lado de una manera extrañamente aviar cuando fue llevada ante Serefin.

—Su Alteza —dijo, con la voz rasposa— bienvenido a Grazyk.

Le indicó que se sentara y él agradeció que lo hiciera; su tamaño era intimidante.

—Espero que Su Excelencia esté bien —dijo Serefin.

No le sorprendía que le hubieran negado una audiencia con el Buitre Negro. El líder de los Buitres era notoriamente esquivo.

—Me aseguraré de transmitir sus felicitaciones —respondió.

—Es extraño que no esté en Grazyk con el *Rawalyk* tan cerca.

—Los asuntos de Estado le interesan poco. Tal y como están las cosas, siempre habrá una guerra y siempre habrá reyes de estado que la alimenten, así que debe ocuparse de las cosas de la magia que tu rey olvida o simplemente no tiene tiempo para ello.

O simplemente no es lo suficientemente poderoso para comprenderlo. ¿Cómo debe ser el rey de una tierra que alaba a sus magos de sangre, rodeado de magos más poderosos que tú? Serefin supuso que podía simpatizar con la posición de su padre, si no exactamente empatizar.

—¿Qué clase de asuntos serían esos? —preguntó Serefin.

—¿Curiosidad por nuestras costumbres, Alteza? Habría pensado que eran demasiado ocultas para alguien con su sensibilidad.

—Es que me han dado mucho tiempo libre. No es algo que uno tenga mucho cuando está continuamente en guerra. Puedo dedicarlo a juntar las piezas de lo que ha pasado mientras he estado fuera.

Ella se tensó. Fue sutil, pero Serefin lo captó.

—Hábleme, mi señora, del Buitre que encontraron en Kalyazin.

Sus ojos se abrieron una fracción de pulgada.

—Supongo que no podemos mantener todos los secretos cerca.

—¿Sonó eso como un chantaje? —preguntó Serefin inocentemente.

Sería un escándalo que el pueblo llano se enterara de que alguien había desertado de los Buitres. Ellos eran la élite, una autoridad superior, los benditos elegidos.

Su inclinación de cabeza dejó caer un mechón de cuervo sobre la frente de su máscara de plata.

—*Dígame*, Su Alteza, ¿qué quiere?

—Me llamaron del frente de forma bastante repentina. La necesidad de una consorte parece un razonamiento poco convincente. No tengo ninguna

prueba real de que se estén produciendo tratos que no deberían tener lugar, sin embargo…

—Sin embargo, tiene sospechas.

Se encogió de hombros.

—Como he dicho, nada fundamentado.

—¿Qué le hace pensar que mi orden podría conocer las maquinaciones de sus juegos políticos?

—Había un Buitre en la sala del trono de mi padre —dijo Serefin con desgana—. Los Buitres también estaban muy ansiosos por ir tras la clériga que encontré, sólo para fracasar… Lo último es un desafortunado descuido por parte de su orden; *lo primero*, bueno, eso parece mezclar magia y política donde no deberían encontrarse. No tengo intención de chantajearla, mi señora, al menos no todavía. Su orden ha desempeñado tradicionalmente el papel de asesora y nada más, ¿sigue siendo así?

Ella tragó saliva.

—No del todo.

Él tarareó un reconocimiento y esperó a que ella continuara.

—Cierta paranoia por su parte puede estar bien fundada.

—¿Qué clase de paranoia? —preguntó él, dejando que sus ojos se cerraran.

Inclinó la cabeza hacia atrás. Habría esperado más miedo, más pánico, una ansiedad que le atenazaba y se negaba a dejarle pensar; en cambio, sólo sentía calma. Allí había un problema que debía descifrar. Allí había algo que hacer, aunque ese algo fuera sobrevivir.

—Se rumorea que tu posición en la corte es tenue, pero son susurros, nada más.

Serefin no pudo evitar sonreír. ¿Así que su padre se había preocupado tanto por el poder de Serefin que pensó que lo mejor era que estuviera fuera de la escena por completo? Lo totalmente Tranaviano.

—¿Y decirme que esto no es traicionar a Tranavia?

Un destello de diversión brilló en los ojos de la Buitre.

—No sería la primera vez que la política Tranaviana se ve alterada mientras los Buitres permanecen intactos. No es que le haya dicho nada que no supiera ya.

En cualquier caso, era la confirmación de que no se estaba volviendo loco, de que no estaba viendo cuchillos donde no los había, sombras donde no las había. Eso era algo, y tendría que ser suficiente.

* * *

* * *

A Serefin no le quedaba más que el tiempo para saber cómo seguir adelante. También podría disfrutar de sus últimos días.

En el extremo norte de los terrenos del palacio había una enorme arena construida mucho antes de que Tranavia descubriera la magia de sangre. En la época en que el poder se ponía a prueba sólo con la fuerza. Las tradiciones se mantuvieron incluso cuando el poder se convirtió en algo mucho más grande en concepto. La arena seguía utilizándose para los duelos de magos, para resolver quejas en la corte y, sobre todo, para los juicios y las ejecuciones.

Era un edificio grande, hecho para dar cabida a una buena parte de la ciudad si era necesario. Los picos de hierro sobresalían de la circunferencia y las tallas de guerra se alineaban en el exterior. La entrada estaba decorada con símbolos mágicos y Serefin rozó con la mano uno de ellos al pasar.

La arena interior era un círculo de tierra compactada que se había excavado a seis metros del nivel del suelo. Podía ser manipulada por los magos durante las pruebas, pero normalmente seguía siendo un campo de entrenamiento. Cuando Serefin entró, había unos cuantos individuos dentro con Ostyia pisándole los talones. Ninguno de ellos se fijó en el príncipe. Se acercó a la barandilla y se subió a ella, sentándose y balanceando las piernas por encima de la caída más lejana.

Ostyia se apoyó en la barandilla a su lado.

—¿Reconoces a alguien? —preguntó.

Las caras estaban borrosas.

Ella asintió con la cabeza.

—Tenemos la casa Láta, la casa Bržoska, la casa Orzechowska y la casa Pacholska —dijo Ostyia—. Ah, y la querida señora Żaneta. —Señaló a una joven que estaba apoyada contra la pared más lejana de la arena, observando a las otras cuatro chicas mientras se enfrentaban.

—Son todas muy civilizadas —observó Serefin.

Ostyia puso los ojos en blanco.

—Cuando se conviertan en algo más, quiero que recuerdes que lo hacen por la corona, no por ti. Que no se te suba a la cabeza, querido príncipe.

—No, todo es por mí —dijo Serefin con una sonrisa irónica.

Żaneta se dio cuenta de que estaban sentados en las gradas y los saludó, haciendo una elegante reverencia después. Eso llamó la atención de las otras chicas, que se inclinaron también. Serefin agitó una mano.

—No te preocupes por mí —dijo.

Sabía que las casas Láta y Orzechowska eran familias prominentes de magos de sangre, pero no estaba tan seguro de las otras dos.

Żaneta se apartó de la pared y subió los escalones. Serefin sintió que su mirada lo seguía como imantada. Antes del anuncio de su padre, Serefin había estado bastante seguro de que Żaneta sería la próxima reina de Tranavia. En ese momento, ella tendría que luchar para llegar al trono.

Su masa de rizos castaños oscuros estaba atada hacia atrás, lo que hacía que su piel leonada y sus refinados rasgos se vieran con claridad. En el abrigo que llevaba sobre el vestido había una mancha de sangre.

Su madre era una noble de Akola, y Żaneta tenía su coloración oscura. Su nariz tenía un elegante gancho que en cualquier otra persona podría parecer un halcón, pero que en ella parecía regio. Sus labios se torcieron en una sonrisa cuando se acercó a Serefin.

—Su Alteza —dijo.

Su voz tenía un ligero toque de humo, un poco de aliento y oscuridad.

—Lady Ruminska —respondió él, girando sobre la barandilla para poder ponerse de pie. Tomó su mano extendida y se la llevó a los labios.

—Uf, el nombre de la casa y todo eso —dijo ella—. Te vas por unos años y todo mi trabajo duro se va a la basura.

—Żaneta —enmendó él con una sonrisa.

—Mejor —dio un paso atrás, dirigiéndose a los asientos de la arena y a un montón de cosas desechadas de las chicas. Recogió su cinturón y se lo colocó alrededor de las caderas, atando su libro de hechizos—. ¿Has vuelto esta mañana?

—Sí, y ya me ha regañado a fondo mi padre y discutido asuntos delicados con un Buitre.

Ella levantó una ceja.

—Tan ocupado tan pronto y sin una copa en la mano; la guerra *te ha* cambiado, Serefin. —Tomó una máscara muy enjoyada y la dejó colgar de sus dedos mientras se inclinaba sobre la barandilla—. Que tengan suerte, queridos —dijo—. La sangre y los huesos necesitarán suerte —continuó en voz baja, dándose la vuelta.

—¿La competición no está a tu altura? —preguntó Serefin mientras se ponía a su lado.

Intentó adelantarse a su ritmo para que no pareciera que iba detrás de ella. No estaba seguro de haberlo conseguido.

—¿Esta vez? —Ella hizo girar la máscara entre sus dedos antes de sujetarla a su cinturón—. Me alegro de verte y en circunstancias tan ideales.

Serefin se dio cuenta de que no podía estar de acuerdo con ella en cuanto a las circunstancias, pero al menos estaba lejos del frente. Después de todo, la probabilidad de su muerte era la misma que siempre.

—Dime algo bueno, Żaneta —dijo Serefin mientras caminaban por los jardines—. Hace años que no tengo más que malas noticias.

—Voy a ponerte al día de los mejores chismes de la corte —dijo ella— ¡te has perdido muchas cosas! ¿Sabías que Nikodem Stachowicz fue encontrado en los archivos de palacio con el menor de los Osadik?

—¿Acaso esas familias no…?

—¿Se odian mutuamente? ¿Y han estado enfrascadas en una disputa durante tres generaciones? Sí.

Serefin se rió y, por primera vez en años, se relajó.

16

NADEZHDA LAPTEVA

No hay registros antiguos de la diosa de la luz, Zvonimira. Hay susurros, rumores, hilos de verdad o ficción que dicen que es la más joven del panteón, pero ¿quién sabe realmente cómo se forman los dioses? Al igual que Alena, Zvonimira nunca ha otorgado sus poderes a un clérigo elegido.

Códice de lo Divino, 36:117

—La magia de la sangre se ha arraigado universalmente en la vida cotidiana transeúnte. Sin ella, todo el país se derrumbaría.

Nadya había pasado la mañana dejando que las palabras de Malachiasz se filtraran lentamente por un oído y por el otro. No es que no estuviera prestando atención —era muy consciente de lo vital que era no dar un paso en falso mientras estuviera profundamente atrincherada en la corte—, pero era *mucha* información de golpe.

Sus palabras la hicieron detenerse.

—¿Cómo es posible?

Él se encogió de hombros, enterrando sus manos tatuadas en los bolsillos.

—La magia se construye con el tiempo. Especialmente la magia de sangre. Es muy accesible. No es necesario tener una verdadera afinidad por ella para utilizarla en pequeños hechizos; sólo hay que saber canalizar la propia sangre a través de los conductos escritos. Cuando pasan suficientes años, se convierte en una rutina —los pescadores lanzan hechizos para evitar que se rompan los sedales, los panaderos para que el pan siga subiendo, etc. —, y eliminarla destruiría fundamentalmente lo que ha construido el país.

Nadya frunció el ceño. El ceño se frunció aún más cuando él le entregó una fina navaja de afeitar.

—Cósela en la manga de tu abrigo. Cortar la palma de la mano y los dedos duele más que cortar el dorso. La navaja está tratada para que los cortes no dejen cicatrices.

Pensó en la llanura cicatrizada de sus antebrazos. Si las cicatrices no eran de su magia, entonces qué.

⋆ ⋆ ⋆

A lo largo de los caminos de la montaña y de las carreteras más amplias había ermitas a las que Nadya acudía en silencio cada vez que pasaban. Sólo tardaba un rato en quitar la suciedad de las estatuas o los pilares y retirar las flores muertas antes de alcanzar a los demás. Después del tercero que pasaron, Malachiasz se detuvo a esperar a Nadya mientras los demás seguían adelante.

Ella podía sentir su mirada mientras trabajaba. Ese santuario estaba dedicado a Vaclav, por lo que Nadya se tomaba un tiempo extra para asegurarse de que estuviera impecable cuando lo dejara. Vaclav era un dios oscuro, caótico y de fuerte voluntad, y Nadya se cuidaba de estar en su lado bueno.

—No lo entiendo —le oyó decir en voz baja, con una extraña nota de agonía en su voz. Como si se esforzara por comprender sus extrañas costumbres paganas, pero no pudiera.

Ella se recostó sobre sus talones y lo miró por encima del hombro, enarcando una ceja.

—Es una talla al lado del camino. Que lo limpies no cambia nada —dijo él.

—A los dioses les gusta que sus altares estén cuidados.

Él le lanzó una mirada.

—Es sólo basura.

—Es un lugar sagrado y deberías tratarlo con un mínimo de respeto —replicó Nadya, volviendo a su trabajo.

Oyó a Malachiasz burlarse.

—Entonces, ¿tu poder y esto son sagrados?

—¿Qué tiene que ver mi poder con todo esto?

—Si todo es sagrado. —Él agitó una mano vagamente.

—No creo que estés en posición de decir lo que es santo o no —dijo ella, con la voz caliente—. Además, no es que puedas negar que mi poder existe.

—Que te concedan poder, y reconocer que existen seres de poder, no es lo mismo que reconocer que esos seres son benévolos o incluso sensibles.

—Pero estás reconociendo que *existen*.

—No en la capacidad que tú tienes. Estás diciendo que todas tus decisiones están dictadas por esos seres. Todo lo que haces es en su nombre y a su capricho, así que no tienes ninguna elección libre.

—Tengo absolutamente una elección.

—¿La tienes?

—Todavía estás vivo.

Él se calló inmediatamente. Ella esperaba que se marchara —estaban cerca del lugar donde planeaban acampar, así que Nadya no tenía prisa—, pero en lugar de eso se movió hasta quedar de pie junto al altar, frente a ella, con el ceño fruncido y desconcertado.

—Ellos me hablan, ¿sabes? —dijo mientras usaba la manga para limpiar una mancha de liquen de la estatua—. Todos tienen sus propias manías y deseos. Algunos me hablan con regularidad: Marzenya, mi patrona, Veceslav, Zvonimira. Otros sólo me dan magia cuando se lo pido. Algunos niegan regularmente mis peticiones. No son meros conceptos.

Él no parecía convencido; ella no entendía qué era tan difícil de comprender.

—¿Cómo explicas mi poder, entonces? —dijo ella—. Ya que está claro que lo sabes todo.

Él ignoró por completo su puñalada, que era exasperante por sí misma.

—Es el concepto de dioses lo que no acepto —dijo. Se recogió ociosamente el largo cabello, atándolo con la tira de cuero que llevaba en la muñeca—. Crees que se preocupan por tu bienestar. No creo que eso sea cierto. Yo no… —se interrumpió, en silencio, mientras buscaba las palabras —. Es lo que vinculamos a la palabra «dios», creo, lo que me molesta. La idea de que estos seres son mucho más de lo que nosotros podríamos ser, por lo que merecen nuestra adoración. Kalyazi —le dirigió una mirada casi de disculpa— lo atribuye todo a los dioses. La creación, la moral, las interacciones cotidianas, sus propios *pensamientos*. Pero, ¿quién puede decir que a los dioses les importa en absoluto lo que la gente piensa, siente o hace? ¿Cómo sabes que estás interactuando con… bueno, *dioses* y no sólo con seres que han alcanzado una posición superior a la de los mortales?

—¿Porque no hay pruebas de que los mortales hayan alcanzado una posición superior a la que tienen?

Malachiasz se señaló a sí mismo.

—¿Así que eres como un dios? —dijo ella secamente.

Él hizo una mueca.

—Es evidente que no. ¿Ves el problema?

—Creo que todo tu argumento se basa en la semántica.

—¿No es eso lo que todo es, sin embargo? Conceptos a los que damos un peso innecesario. Por lo que sabes, sólo te estás comunicando con seres increíblemente poderosos, pero *sólo* son eso. No son seres que hayan tenido que ver con la creación de este mundo, ni seres que determinen el curso de tu vida. Nuestros reinos se están desmoronando, llevan un siglo en guerra, y es por culpa de estas cosas.

Nadya se enderezó, lanzándole una mirada incrédula.

Él tomó nota de su reacción con un encogimiento de hombros.

—No se puede culpar de otra manera a una guerra santa que ha durado tanto tiempo. Por un momento, considéralo sin tus actuales complejos religiosos —dijo—. ¿Qué pasaría si los dioses fueran desbancados de sus tronos?

—Impos…

Él levantó una mano, levantando una ceja.

Ella apretó los dientes.

—¿Quién destituiría a los *seres de poder*, entonces?

—Otro ser de igual o mayor poder, claramente.

—¿Y qué arreglará eso? Eliminar una base de cómo miles de personas estructuran sus vidas, ¿para qué? ¿La posibilidad de que los magos de sangre dejen de sentirse heridos cuando los llamamos por lo que son?

—Kalyazin se está muriendo —dijo Malachiasz, y Nadya se estremeció cuando su hipotética conversación se acercó demasiado a la realidad—. Tranavia también lo está. ¿Y esperas que crea que eliminar las fuerzas que han jugado con nosotros durante miles de años no nos salvaría a todos de las cenizas de lo que pronto serán nuestros reinos?

Ella tragó saliva.

—Es discutible —dijo ella, con la voz demasiado suave porque no quería ni siquiera considerar lo que él estaba insinuando.

Él sonrió alegremente.

—Imposible, por supuesto. Reflexiones, nada más. De todos modos, tu poder es sólo eso. No es que tu gente se haya limitado en el pasado sólo a esa supuesta magia divina —continuó.

Se refería a las brujas —usuarios de la magia fuera de la aprobación de los dioses—, pero hacía décadas que no había brujas en Kalyazin. Su vía de

magia se consideraba tan herética como la magia de sangre y casi habían sido erradicadas por los antiguos clérigos durante la época de la Caza de Brujas. ¿Cómo sabía él eso? El frío de la incomodidad había desaparecido y ahora volvía a estar justamente acalorada. Él estaba hablando en círculos alrededor de ella y ella no podía *mantenerlo* quieto por el tiempo suficiente para mostrarle cómo estaba equivocado.

—Estás usando a los herejes como ejemplo —dijo ella—. Brujas y magos de sangre, todo era lo mismo. No es particularmente convincente.

—¡Es una prueba de que tu actitud santurrona sobre la magia no es todo lo que hay!

—No tengo una actitud sobre la magia.

—Sigues llamándome hereje.

—*Eres* un hereje. Acabas de exponer pura herejía frente a mí. Y mi poder es divino; llamarme «más santo que tú» es una trivialidad.

Se sentó a su lado y ella se puso rígida, de repente muy consciente de… él. De la forma en que doblaba su larguirucho cuerpo para sentarse, con una rodilla rozando la pierna de ella por estar tan cerca. Ella tragó saliva. Él le cogió la muñeca, con un tacto insoportablemente suave, y le apartó la manga, dejando al descubierto el corte aún visible que su garra le había hecho en el antebrazo. Hubo un momento de silencio, el camino de repente inquietantemente silencioso mientras ambos miraban la culminación de la propia herejía de Nadya.

—Bueno —exhaló suavemente, con un parpadeo de algo feroz en sus labios—, tal vez tengas razón. Tal vez no sea tan santo, después de todo.

Esto no debería estar pasando. No debería estar acercándose a ese chico, con su tacto cálido contra su piel. Su mirada se fijó en la forma de su boca, y su cerebro empezó a registrar lentamente lo que él había dicho.

Apartó el brazo y continuó fregando el altar, tratando de no hervir y fracasando. Intentó no pensar en la sensación que le producían los dedos de él enroscados en su muñeca, en la forma en que su pierna seguía presionada contra la de ella, y también fracasó en eso.

Malachiasz permaneció en silencio durante mucho tiempo antes de volver a hablar.

—¿Nunca te sientes atrapada?

—¿Atrapada por qué?

—Por el camino que tienes que seguir para tu magia. Que se te pueda negar por el capricho de otro ser. Tienes tan poco que decir en la dirección de tu propia vida. ¿No es eso asfixiante?

—Cuando lo enmarcas de esa manera, sí. Pero mi vida no es así. Mi magia tampoco es así.

Pero… por un instante parpadeante, se permitió considerar el cuidado que tenía que tener con los dioses, cómo una decisión de sobrevivir ya le había costado horas de culpa. Pero se alejó de esos pensamientos.

—Pero tienes todas esas reglas y directrices. ¿Qué pasa si las rompes?

—No lo hago.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te impide ponerlas a prueba?

Ella se apoyó en sus manos y sus dedos rozaron los de él, con un calor que le quemaba el brazo. Ella se apartó.

—¿Qué intentas decir, Malachiasz? —preguntó ella, demasiado mortificada para mirarle directamente.

Él acercó una rodilla al pecho y apoyó la barbilla en ella.

—Estoy tratando de entender.

—¿Por qué?

Parecía genuinamente desconcertado por la pregunta.

—¿Se supone que no me interesa?

—Se supone que no te interesa.

Abrió la boca y la volvió a cerrar, con aspecto pensativo.

—Sí me importa —dijo finalmente, con la voz baja.

Nadya tragó con fuerza.

—¿Por qué? —preguntó.

Era un Tranaviano, un hereje, un *Buitre*, cada parte de él se oponía a lo que Nadya creía, y sin embargo… Había algo más. No sabía qué era. Se sintió desconcertada al descubrir que quería averiguarlo.

—Porque no he conocido más que a los Buitres toda mi vida —dijo de mala gana—. Y ambos nos hemos pasado la vida preparándonos para matar, bueno, el uno al otro, pero en cambio aquí estamos.

No necesitó indicar la decidida falta de espacio entre ellos.

—Los Buitres destruyeron a los clérigos de Kalyazin —dijo Nadya.

Él miró su mirada antes de asentir. No había vergüenza en sus ojos, nada parecido al remordimiento.

—No dañaré al último —dijo.

El corazón de Nadya se sentía errático en su pecho y no sabía cómo hacer desaparecer esa sensación.

—No tenemos ni idea de si soy la última —dijo finalmente, con primor, esperando que eso rompiera el hechizo que la mantenía atrapada aquí con él,

aunque sabía que la magia no tenía nada que ver.

—¿No te preguntas cómo sería? Ser otra persona, sin expectativas sobre ti o el miedo a las represalias que te mantienen en el mismo camino.

No. Sí. Es más complicado de lo que él podría saber.

—Creciste en un monasterio. —Se movió nerviosamente, con los dedos hurgando en un clavo colgante—. Y eso es sólo una cadena diferente de reglas rígidas, ¿no? Cómo vivir, a quién amar, qué puedes y qué no puedes pensar.

—No me importan las reglas, ni haber crecido en un monasterio, pero puedo conceder que la magia, el destino, saber que la mayoría de los clérigos son asesinados jóvenes… —se interrumpió—. Es duro vivir tu vida sabiendo que probablemente vas a morir horriblemente. Pero esto es lo que soy. Es una bendición, no una maldición.

Esperaba que no sonara como si estuviera racionalizando para sí misma, también.

¿Qué le estaba pasando?

Parecía estar considerándolo.

—No estás de acuerdo —dijo ella.

Él asintió.

—Por eso nuestros países llevan casi un siglo en guerra —dijo Nadya—. Y ahora mismo tengo un poco de ganas de matarte, así que ya veo por qué.

—¿Sólo un poco?

—No tientes tu suerte. —Se volvió a la estatua.

En un instante, su mano estaba debajo de la barbilla de Nadya, con el pulgar rozando su mandíbula. Le puso la cara frente a la suya.

—Pienso hacer exactamente eso —murmuró.

Si Nadya no hubiera estado sentada, sospechaba que sus rodillas habrían cedido.

Entonces, sin más, la dejó marchar. Se levantó y señaló el altar con la cabeza.

—¿Has terminado?

Hacía tiempo que había terminado. Ella asintió, aclarándose la garganta. Él le tendió una mano. Ella dudó antes de dejar que la pusiera en pie. Él la soltó en cuanto ella estuvo de pie, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo mientras se dirigía por el camino hacia donde los demás habían decidido acampar. Ella lo observó irse. Algo había cambiado entre ellos.

⋆ ⋆ ⋆

Pasar los días hablando sólo en Tranaviano hizo maravillas para que Nadya entendiera el idioma, pero apenas disimuló su acento. Cada día que pasaba, Malachiasz se sentía más frustrado, pero no estaba segura de lo que estaba haciendo mal.

—Es suave. Tus palabras son demasiado suaves. Como —agitó la mano delante de su boca— tus palabras son papilla. El idioma Tranaviano es duro.

Nadya dejó vagar a su caballo en lugar de atarlo, enviando una breve plegaria a Vaclav para que vigilara al animal y no se alejara demasiado.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Podríamos perder todo este juego en la frontera porque es desesperadamente obvio que tu lengua materna es el kalyazi.

Ella agitó una mano. Estaba fuera de su control. La única manera de mejorar era seguir haciendo exactamente lo que estaban haciendo. Todavía tenían mucho tiempo hasta que llegaran a la frontera, de todos modos.

—Entonces mantendré la boca cerrada. Todo lo que verán es un soldado Tranaviano separado de su compañía, dos Akolanos buscando refugio y un campesino mudo que el Tranaviano recogió por placer. Porque ellos son así.

Eso le valió una mirada sucia. Anna resopló.

Llegaron al punto en que Anna se separaría de ellos y Nadya deseó poder fingir que no ocurría. Entendía por qué Anna se quedaba atrás —si tenían éxito, Kalyazin tenía que estar preparado— pero no por ello dejaba de odiarlo.

Las últimas palabras de Anna a Nadya se metieron en sus huesos.

—*No seas una mártir. No nos sirve otro santo más.*

Después se dirigió al campo militar donde Nadya no podía seguirla. Nadya vio cómo hablaba con un soldado en el perímetro, los ojos del soldado escudriñando el bosque detrás de ella. Observó cómo el soldado le hacía señas a Anna para que entrara, y vio cómo desaparecía. No era justo que Nadya tuviera que perderlo todo por esto, pero debería saberlo. Había leído el Códice suficientes veces; su diosa exigía sacrificios.

Parijahan pasó su brazo por el de Nadya.

—Se volverán a ver —dijo en voz baja.

Nadya no lo creía, pero era un pequeño consuelo.

Las montañas dieron paso a campos mordidos por la escarcha del largo invierno que adornaba Kalyazin. A medida que cada día los acercaba a la frontera, pronto no había más que los restos quemados y ennegrecidos de lo que una vez fueron aldeas kalyazi. Campos arrasados y edificios diezmados

donde antes habían estado los hogares. ¿Cuánta muerte tenía que arrasar estos países para que alguien dijera finalmente *basta*?

Nadya se distanció de Malachiasz durante esos días de viaje. Prefería perder el tiempo aprendiendo sobre Tranavia que mirarlo a los ojos y fingir que no quería asesinarlo.

Rashid fue un regalo de los dioses durante el sombrío tramo en el que estaban rodeados por el constante sabor a muerte en el aire. Nadya pasaba las tardes a su lado mientras él hilaba cuentos con una habilidad que Nadya no habría esperado del llamativo Akolan. Leyendas Kalyazi de príncipes y santos y magia antigua, historias Tranavianas de monstruos y sombras, cuentos Akolan de arena e intriga. Cada vez que Nadya aprendía algo nuevo sobre Rashid se sorprendía; nunca lo habría considerado un escriba o un narrador.

Parijahan escuchaba con la cabeza apoyada en el hombro de Malachiasz o con las manos trenzando su pelo, y Nadya olvidaba que probablemente estaban condenados en cuanto llegaran a la frontera.

⋆ ⋆ ⋆

Era la primera hora de la tarde, el sol poniente se colaba entre los huecos de los árboles e inundaba el claro con una luz cálida y ambarina. Malachiasz y Nadya acordaron que el momento en el que se lanzaron magia mutuamente debía quedar entre ellos, así que se habían separado de Parijahan y Rashid.

Malachiasz se recostó contra un árbol, contemplando una pequeña matanza de cuervos que se posó en las ramas poco después de su llegada.

—El *tolst* es un presagio —susurró Nadya.

—¿Bueno o malo?

Ella sacudió la cabeza.

—Podría ser cualquiera de las dos cosas. Podría ser ambas cosas.

Los labios de Malachiasz se movieron en una sonrisa.

—Los kalyazi son ciertamente supersticiosos.

—Pon a prueba mi paciencia, chico Buitre, y le diré a Vaclav que envíe un *leshy* tras de ti. Nadie sabrá que te has ido.

—Nadie lloraría mi ausencia, tampoco —dijo él.

Nadya parpadeó, vacilando ante sus francas palabras. Le temblaban las manos cuando invocó a Veceslav y sintió que la lengua sagrada del hechizo se abría paso en su mente.

—Quédate quieto —le ordenó, levantándose en puntas de pie. Apoyó una mano en su hombro para mantener el equilibrio. Él se inclinó un poco para

que ella pudiera alcanzarlo más cómodamente.

Cogió la otra mano y le puso dos dedos en la frente, justo en la línea del cabello, donde el trío de líneas negras estaba grabado en su piel. Le pasó los dedos lentamente por la cara. Algo brilló bajo su contacto, algo que no era mágico en absoluto. Los labios de él se separaron cuando sus dedos le rozaron, y se le escapó un mínimo suspiro. Ella estuvo a punto de retirar la mano, asustada por la electricidad que subía por su brazo.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y ella dejó que sus dedos rozaran su garganta. El pulso de él se aceleró bajo las yemas de sus dedos. Volvió a levantar la mano, tratando de ignorar su temblor, y le tocó la oreja, arrastrando los dedos horizontalmente por su cara hasta el otro lado. Sintió que su magia lo recorría, se detenía, dudaba, luego lo cubría, lo protegía.

A ella le pareció que era él mismo. Recordó la palabra de Veceslav: enemigos. Lo protegería de sus enemigos. No de sus amigos.

Supongo que eso significa que, después de todo, no somos enemigos, pensó sombríamente.

Tal vez fueran algo parecido a amigos, bordeando esa línea hacia algo más que Nadya temía considerar.

Se suponía que él no debía gustarle. No debía estar vivo. Estaba indefensa, todo el control que había cultivado durante su vida se desmoronaba por culpa de este extraño y salvaje muchacho hereje al que debería haber matado. Si hubiera hecho lo que se suponía que debía hacer, nada de esto estaría sucediendo, sus sentimientos no serían una mezcla enmarañada de quererlo muy lejos y sentirse perpetuamente atraída por su lado.

No se dejaría tentar por la idea de libertad que él parecía tener ante ella. Dejarle acercarse más era un error que no podía permitirse.

Sus ojos se habían cerrado y él los abrió, fijándose en los de ella.

—Se siente extraño —dijo él, con la voz gruesa. Ella apartó la mano, sacudiéndola como si eso fuera a ayudar.

Se recordó a sí misma las aldeas quemadas, la profanación que los Tranavianos habían causado a Kalyazin. Que él formaba parte del ciclo, que había participado en los horrores cometidos contra su pueblo. Se recordó a sí misma que los Tranavianos habían destruido su hogar, que habían matado a Kostya, y que ella merecía venganza.

Se recordó a sí misma que debía parpadear.

—¿También tendrás un nombre falso? —preguntó ella, tratando de distraerse.

—Jakob.

—Bueno, eso es ciertamente más fácil en la lengua que Malachiasz —dijo ella.

Él se rió suavemente. Su risa era tan inesperada y se producía tan raramente que la sacudió de nuevo. Sintió que le ardían las orejas y se ruborizó. Agachó la cabeza para no mirarlo.

Le oyó hojear su libro de hechizos y arrancar la página con el hechizo adecuado. La mano de él estaba caliente bajo su barbilla cuando le acercó la cara. Le presionó el hechizo en la palma de la mano, utilizando el pulgar sangrante para untarle la sangre en la frente, en la nariz y en el labio inferior y la barbilla. Ella mantuvo los ojos en su rostro, observando cómo un ceño fruncido le hacía bajar las cejas. Le inclinó más la cabeza hacia atrás, dibujando una línea de sangre en su garganta.

Al principio, fue como si no pasara nada. Luego, el toque ennegrecido y venenoso de su magia la bañó. Dejó escapar una respiración aguda, y con una mano se aferró a su antebrazo.

—Está bien —murmuró él, sosteniéndola mientras sus rodillas se doblaban.

—No, esto está *mal*.

Le dolía hablar. Cada vez que respiraba le invadía una oleada de fuego. Sintió que las lágrimas le quemaban los ojos y los cerró de golpe.

Entonces dejó de hacerlo. La ausencia de dolor era igual de incómoda. Abrió los ojos, se dio cuenta lentamente de que su cabeza estaba apoyada en el pecho de Malachiasz y se obligó a apartarse sin que se notara que tenía pánico.

Se agachó, humedeciendo un trapo en la nieve, y luego se enderezó, sosteniéndolo en el puño para calentarlo. Se acercó a ella. Ella dio un rápido paso atrás.

Un hilo de tensión se tensó entre ellos. Llevaban máscaras creadas por el otro en su piel, una magia que los unía.

Él no habló, pero la expresión de su rostro era una pregunta. Volvió a tenderle la mano y esta vez ella dejó que le limpiara la sangre de la cara, con un toque suave.

—Debería haberte advertido. Probablemente rechazabas mi magia de forma inherente por lo que eres.

—Ya ha pasado, no te preocupes —dijo ella—. ¿Funcionó? A mí no me pareces diferente, ¿cómo me veo yo?

Él había dado un paso atrás para limpiarse la sangre de las manos y su mirada se dirigió a ella.

—Estás preciosa —murmuró, y ella deseó poder poner un nombre adecuado a lo que escuchó en su voz.

—¿Oh?

Él asintió con la cabeza, con una expresión totalmente vacía.

—Aunque no tan encantadora como una campesina Kalyazi que ha pasado toda su vida encerrada en un monasterio.

Nadya parpadeó y dio un paso atrás. Se dio la vuelta y huyó bruscamente del claro.

17

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Violetta Zhestakova: Cuando tenía trece años, Svoyatova Violetta Zhestakova lideró un ejército kalyazi en la Batalla de las Reliquias en 1510. Clérigo de Marzenya, Violetta fue una asesina despiadada que finalmente cayó en la batalla, asesinada por la maga de sangre Apolonia Sroka.

Libro de los Santos de Vasiliev

Los jardines estaban a oscuras, sin guardias, sin nadie. Sólo tres adolescentes Tranavianos con jarras de *krój* y tiempo que perder. Todavía estaban esperando noticias del chico que Kacper había enviado a husmear en las Minas de Sal. Serefin se había ocupado de todas las tareas necesarias que conllevaba el regreso a casa: recoger una selección de nuevos libros de hechizos, hablar con el *slavhki* que había solicitado una audiencia y otros asuntos más aburridos.

Todavía no había visitado a su madre. No lo estaba posponiendo en sí, simplemente no había encontrado el momento adecuado para hacerlo. En el momento en que fuera a visitarla, todo saldría de él. No estaba tan seguro de que pudiera ocultar cosas de su padre.

Así que, en lugar de investigar los complots que se arremolinaban en el aire de Grazyk tan pesados como su niebla mágica, Serefin hizo lo que mejor sabía hacer: consumir una fantástica cantidad de alcohol.

Fue apropiado que los asesinos eligieran atacar esa misma noche.

Ostyia fue la que los atrapó, poniéndose en pie y desenfundando el fino *szitelki* que ella llevaba en la cintura con un rápido movimiento.

El mundo giró peligrosamente mientras Serefin se ponía en pie, pero se sacudió para evitarlo, obligándose a estar sobrio. Bueno, lo más sobrio

posible.

—¿Cómo demonios han conseguido pasar las murallas? —preguntó Kacper con incredulidad.

Ostyia y Kacper se acercaron instintivamente a Serefin, protegiéndolo. Una daga giratoria atravesó el aire hacia él.

Serefin vio venir la hoja y se apartó de su camino; sus dedos ya estaban hojeando su libro de hechizos sin que su mente le siguiera. Se cortó el antebrazo con la navaja que llevaba en la manga y sangró profusamente.

—¿Kalyazi? —murmuró en voz baja a Ostyia.

Un segundo asesino apareció por el camino del jardín. El tercero salió disparado de entre los arbustos, derribando a Kacper.

—No puedo decirlo.

Parecía indecisa sobre qué asesino debía perseguir, sin querer dejar a Serefin solo mientras Kacper luchaba con el tercero.

Serefin la empujó hacia el que estaba en el camino mientras arrugaba la página de un libro de hechizos. Su magia se encendió y dejó que el asesino que tenía delante se acercara antes de levantar una mano y soplar sobre su puño ensangrentado. El papel se deshizo en polvo en su palma y salió disparado en un acre chorro hacia el rostro enmascarado del asesino. Cuando el polvo impactó, estalló en llamas.

Serefin arremetió con un pie calzado que conectó con el centro del asesino. El hombre cayó en picado. Se volvió para ver que Kacper había degollado a un asesino. Ostyia —más corta que su atacante por casi la mitad— había lanzado un hechizo que hizo vacilar al último asesino. Mientras él intentaba recuperar el equilibrio, ella se lanzó sobre él, rodeando su cintura con las piernas y clavándole las dos espadas en el cuello. Saltó con elegancia mientras el hombre caía.

Fue un trabajo corto. Serefin no estaba seguro de quién enviaría a unos asesinos tan incompetentes a por él, pero al parecer alguien tenía demasiada fe en su compra.

Ostyia se volvió. Su único ojo se ensanchó.

—¡Serefin!

Algo le golpeó en la nuca. El dolor estalló en su interior y se tambaleó hacia delante. Sintió que el camino de piedra le raspaba las rodillas. Consiguió ponerse en cuclillas. Su visión se agitó y apenas pudo distinguir otro grupo de tres figuras en la oscuridad.

Por supuesto que habría más. Intentó ponerse de pie, pero su visión dificultosa y su cabeza que daba vueltas se lo impidieron.

Kacper se dirigió hacia el nuevo grupo, pero uno de ellos ya estaba al lado de Serefin, con un destello de acero en sus manos. De repente desaparecieron y una figura que Serefin no pudo identificar estaba frente a él.

El rostro de la nueva figura se agachó ante el suyo.

—Levántalo, no creo que pueda ver. —Reconoció la voz al instante—. Lady Ruminska, no creo… —Ostyia llamó, pero Żaneta ya se estaba girando para enfrentarse al par de asesinos restantes.

La sangre corría por sus brazos mientras arrancaba dos páginas de su libro de hechizos. Se limpió la sangre en ambas mientras esquivaba las espadas de los asesinos. Una por una, dejó que las páginas cayeran al suelo.

Las púas de hierro salieron disparadas del lugar donde cayeron los papeles, ensartando a los asesinos simultáneamente e inmovilizándolos. Ambos cayeron en montones de sangre. El dolor en la cabeza de Serefin se amplificó y se precipitó hacia delante, recuperándose a duras penas antes de caer de bruces sobre las piedras. Permaneció allí durante unos tensos segundos —podía oír vagamente la voz de alguien, pero no podía decir si era Żaneta u Ostyia— antes de que todo se volviera negro a su alrededor.

⋆ ⋆ ⋆

Esto era peor que cualquier resaca que hubiera experimentado Serefin. Y siempre llevaba la cuenta de sus resacas y de lo mucho que le dolían. Tenía una lista.

La cabeza le latía con fuerza. La boca le sabía a sangre y estaba seca como un desierto. Cuando abrió los ojos, un vívido pánico le atravesó. Pensó que se había quedado completamente ciego. Hasta que se dio cuenta de que todavía estaba oscuro.

Algo crujió en la habitación y una vela se encendió. Żaneta colocó la vela junto a la mesilla de noche antes de sentarse a un lado de su cama.

—Esto es escandaloso, Żaneta —murmuró, apoyando su cabeza contra las almohadas.

—Definitivamente es más escandaloso que el príncipe sea atacado en los jardines de su propio palacio —coincidió ella.

Él levantó las manos y apretó los dedos contra sus sienes palpitantes.

—¿Estás segura de que no me han matado? —preguntó.

—En gran parte.

Sus rizos castaños colgaban sueltos alrededor de sus hombros. Se encontró rastreando las pecas que espolvoreaban su cálida piel morena.

—¿Sobrevivió alguno de ellos? —preguntó.

Ella asintió.

—El de la cara quemada. ¿Es obra tuya? —Intentó asentir, pero le dolía demasiado.

—Sí.

—Un buen hechizo —dijo ella—. Lo tenemos en las mazmorras.

—¿Sabe mi padre lo que ha pasado?

Serefin no quería saber la respuesta, pero tenía que preguntar.

—Lo sabe.

Serefin gimió.

—Me alegro de no haber estado allí cuando se lo contaron —dijo ella.

Serefin necesitaba pensar, pero el palpitar de su cabeza se lo estaba poniendo difícil. No tenía sentido volver a dormir. De todos modos, no estaba seguro de poder hacerlo. Necesitaba respuestas. Quería exigir una explicación a su padre; seguramente esto era obra suya. Sin embargo, su lado racional sabía que esto no podía ser obra de su padre. Porque había fracasado. Gloriosamente.

—Mi padre va a culpar a los Kalyazi —reflexionó.

—¿No fueron ellos? —Żaneta preguntó, poniéndose de pie.

—Yo… no lo sé. Los Kalyazi no entrenaban asesinos incompetentes; su ojo era un tributo a eso.

Esto podría haber sido obra del Buitre Carmesí. Tal vez su padre estaba detrás del ataque y ella había movido las piezas para que los asesinos incompetentes fueran enviados en su lugar para darle una mejor oportunidad. Odiaba vivir con una nube negra de fatalidad cerniéndose sobre sus pasos, con la certeza de que su futuro era sombrío, pero sin tener ninguna respuesta clara.

—¿Podrías traer a Kacper, por favor? —preguntó.

Żaneta frunció el ceño. Dudó, como si quisiera discutir, pero luego se fue.

Serefin se preguntó qué estaría ocultando. Serefin dejó que esos pensamientos se desvanecieran cuando entró Kacper, con una mirada desconcertada.

—Żaneta parecía molesta —dijo Kacper.

—No dije nada que la molestara.

Kacper lo dejó pasar.

—Un Buitre fue enviado a interrogar al asesino restante. Supongo que tendremos noticias de eso al mediodía. Mientras tanto…

Serefin se incorporó hasta quedar sentado. Miró fijamente a la oscuridad en el extremo opuesto de la habitación.

¿Qué información tenía? Un ataque a su vida, un plan para encontrar una reina para Tranavia y preguntas sin respuesta. ¿Por qué su padre estaba enviando miles y miles de prisioneros a las Minas de Sal? ¿Por qué su padre trabajaba tan estrechamente con los Buitres? ¿Con qué fin? ¿Por qué en ese momento?

¿Qué está pasando?

—¿Has visto la lista actual de familias que participan en el *Rawalyk*? —preguntó Kacper.

—No, ¿por qué?

—Parece que fluctúa —dijo—. Los nombres de las chicas siguen apareciendo y luego desaparecen de repente.

—¿Qué quieres decir?

Kacper negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Quiero investigarlo, ver si las chicas se están poniendo nerviosas o si es algo más.

Serefin soltó una carcajada sin aliento.

—Somos tan paranoicos. —Hubo un tiempo de silencio—. Tengo que hablar con mi madre —murmuró.

No estaba seguro de que ella pudiera ayudarle, no con nada. Pero era todo lo que podía hacer en ese momento. Estaba atrapado en una jaula de oro y hierro sin puerta para escapar y le habían dado una daga cuando necesitaba una sierra para hacer un agujero en su prisión.

—Puedo hacer que le envíen un criado a sus aposentos —dijo Kacper—. ¿Eso es todo? —Serefin asintió distraídamente, antes de fruncir el ceño y entrecerrar los ojos hacia Kacper.

—¿Estás bien?

Kacper parpadeó sorprendido.

—¿Yo? Por supuesto, ¿por qué? No intentaban *matarme*.

Serefin miró al otro chico, observando su pelo y su piel oscuros, la cicatriz que le atravesaba una de las cejas y sus afilados ojos marrones. No había crecido luchando contra intentos de asesinato como Serefin y Ostyia. Por derecho, Kacper debería haber sido un soldado más del ejército del rey; era de baja cuna. Su excepcional talento con la magia de sangre y sus agudas habilidades para el espionaje hicieron que fuera barajado en el ejército hasta que fue asignado a la compañía de Serefin. Su amistad había surgido un mes después de la primera gira de Serefin en el frente, cuando tenía dieciséis años.

Kacper se había metido en una pelea con Ostyia. Ella le rompió el brazo, él le fracturó tres costillas, y fue necesario que Serefin los dejara inconscientes para que se separaran.

Serefin aún no sabía de qué iba la pelea. Ninguno de los dos se lo diría. Serefin había tardado otra semana en ascender a Kacper a su servicio personal después de que éste casi perdiera el otro brazo por culpa de Serefin.

—No necesito formalidades, Kacper. No de ti. Sólo me aseguraba de que no estuvieras agitado ni nada por el estilo. Los asesinos son nuevos para ti.

Kacper sonrió, dejándose caer junto a él en la cama.

—Para ser honesto, me preocupaba que fuera a ser aburrido aquí. Los asesinos lo hacen interesante.

—¿Creías que Grazyk sería *aburrido*? —preguntó Serefin con incredulidad—. Pensé que sólo veníamos aquí para que tu padre eligiera una chica guapa para que te casaras y luego volveríamos al frente. —Serefin gimió.

—No hables de matrimonio.

—Suenas como Ostyia.

—Ostyia estaría en una posición mucho mejor si estuviera en mi lugar. Dejó al último pretendiente que su padre le envió en una fuente. Creo que antes de que esto termine, ella habrá enamorado al menos a la mitad de las chicas de aquí.

—¿Al menos?

Serefin lo consideró.

—Sí, tienes razón, quizá más de la mitad.

Ostyia era muy encantadora. Cuando quería serlo.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando Serefin se levantó por fin para reunirse con su madre, su cabeza había disminuido paulatinamente su palpitación. Cada paso que daba era una leve agonía, pero siguió adelante. Tenía que demostrar a Grazyk que su Alto Príncipe no se dejaría frenar por nada, ni por la perspectiva de un matrimonio ni por los asesinos en la noche.

Ostyia llamó a la puerta de los aposentos de Klarysa antes que Serefin. La puerta fue abierta por la sierva de su madre, Lena. Asintió con la cabeza a Serefin y le hizo un gesto para que entrara. Ostyia decidió esperar fuera.

—Llevo semanas en esta maldita ciudad y mi único hijo se acaba de dignar a honrarme con su presencia. —El elegante tono de la voz de su madre

llegó flotando por el pasillo.

Lena dirigió a Serefin una mirada comprensiva. Serefin siempre había encontrado a su madre un poco desconcertante.

Sus dos padres eran más grandes que la vida, más grandes que la realidad. Él había visto muy poco de ellos mientras crecía.

Su infancia había transcurrido con tutores y sirvientes. Sus padres eran figuras que entraban y salían de su vida con poca permanencia. A veces aparecían por la noche, a la hora de comer, y volvían a desaparecer al comienzo de un nuevo día. Serefin tenía a Ostyia —cuya familia siempre había vivido en el palacio— y a un primo por parte de su madre, pero eso era todo. El primo se había ido cuando aún eran muy jóvenes, al campo por su salud. Su tía y su tío seguían viéndose por el palacio, eso lo sabía Serefin, pero no había vuelto a ver a su primo, y con el tiempo había dejado de preguntar.

—He estado ocupado en otras cosas —dijo, alzando la voz para llegar a su madre y siguiéndola.

El salón era lujoso, como corresponde a una reina. Su madre estaba sentada en un sillón bordado de terciopelo, con una máscara de tela que le cubría la nariz y la boca. Sus rizos castaños estaban recogidos de forma elaborada, y su libro de hechizos descansaba en una mesa auxiliar cercana.

Se puso de pie y colocó el libro boca abajo en el brazo del sillón.

—Serefin —dijo, bajándose la máscara.

Lo atrajo hacia sus brazos, y él tuvo que inclinarse para que ella pudiera besarle la mejilla.

—Madre, me alegro de verte bien —dijo él cuando se sentó de nuevo. Ella le indicó la silla opuesta al sillón y él se sentó.

—Lo suficientemente bien como para que tu padre me arrastre de vuelta a esta sucia ciudad. —Ella hizo una pausa y luego concedió—: Por una buena causa.

—¿Es una buena causa?

Ella levantó una ceja.

—¿Directo al grano? No tengo tiempo para mucho más.

Cruzó las piernas, apoyando un tobillo en la rodilla contraria.

—He hablado con Pelageya y el Buitre Carmesí, y tengo que admitir que me he sentido más seguro en el frente.

—Y yo que iba a preguntar si estabas bien. He oído que te atacaron anoche.

—Estoy aquí, así que asumo que eso significa que estoy bien.

Klarysa sonrió con ironía.

—Me parece interesante que hayas ido a Pelageya antes que yo —dijo, levantando una ceja.

Él conocía ese tono. No estaba decepcionada con él, sino que le decía que había tomado una decisión tonta, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Las circunstancias lo requerían —respondió él.

—Sí —dijo ella—. Seguro que sí.

No tengo tiempo para esto, pensó. Pero lo tenía. Esa era la cuestión. Estaba atrapado aquí, sin hacer nada, sin saber nada. Podía sentir que las fauces de la bestia invisible se cerraban sobre él, pero era impotente para detenerla.

—¿Crees que puedo poner el tribunal de mi lado? —preguntó.

Ella parpadeó, enderezándose en su silla.

—¿Serefin?

—Oh, estoy seguro de que lo sabe de todos modos —dijo Serefin, agitando una mano—. Sólo necesito saber cuántos pasos me lleva de ventaja.

—Tu padre… —Puso énfasis en la palabra *padre*, como si significara algo para Serefin. Quizá alguna vez lo haya hecho. Hace años, cuando pensó que podría ganarse el amor de su padre. Ya no.

—Encontré una *clériga* en Kalyazin. Nadie más parece encontrar eso importante. ¿No te parece un poco extraño? Enviaron a los Buitres tras ella, pero escapó.

—¿Los Buitres?

—Escapó de los Buitres. ¿Por qué soy el único preocupado por esto?

¿Qué está planeando papá para que esto no sea un problema?

Los ojos de Klarysa se entrecerraron y Serefin se dio cuenta de que había dado con algo que ella no esperaba.

—¿De qué… hablaste con Pelageya? —preguntó ella.

Él se burló.

—Me dijo un montón de tonterías que parecían profecías.

—Escúchala, Serefin. Sé que no quieres hacerlo. Sé que piensas que está loca. Pero escúchala. Ella podría ser lo único que te salve.

—¿Salvarme? Sí, está claro que intento no morir aquí, pero no creo que la bruja vaya a ayudar.

—No de tu padre, de los Buitres. De los dioses. De todo.

—¿Madre?

—Pelageya sabe de qué habla. —Su madre hablaba rápidamente, con la voz baja. Ella sabía que cualquier cosa que dijeran volvería al rey. Lanzó una

mirada sospechosa hacia donde la pared se unía con el techo, el lugar más probable para los hechizos de espionaje—. No puedo ayudarte, Serefin, lo sabes.

Serefin sintió frío.

—¿Qué ha hecho?

Klarysa negó con la cabeza. Había miedo en sus ojos.

No puede decírmelo, se dio cuenta. *Si me lo cuenta, él también la matará*. ¿Qué sabía ella que él aún no había averiguado?

—Dame algo —le suplicó.

—Tu padre siempre ha sido un monstruo —dijo ella—. Pero al menos tenía su propia mente, sus decisiones eran suyas. —Ella negó con la cabeza —. Me temo que a él también se lo han llevado los Buitres.

Guardó silencio, pero Serefin no necesitó más para atar cabos. Los Buitres habían pasado de sus propias agendas a susurrar al oído del rey. Los susurros habían pasado de ser sugerencias a ser hilos de marionetas.

Era muy probable que también hubiera discordia entre los Buitres. Que el Buitre Carmesí estuviera trabajando al margen de su propio rey, el Buitre Negro. Pero, ¿quién manejaba los hilos?

Serefin aún no tenía respuestas.

18

NADEZHDA LAPTEVA

A Vaclav rara vez se le ve, rara vez se le oye y rara vez se le venera. Bosques oscuros y monstruos oscuros acuden a sus llamadas. Sus tierras son vastas, antiguas y mortales, y no es amable. La verdad nunca es amable.

Códice de lo Divino, 23:86

Nadya fue la más sorprendida de todos cuando su plan para hacerles cruzar la frontera funcionó.

—¿Dónde está tu compañía, hijo? —El Tranaviano que se enfrentó a ellos parecía mayor que Malachiasz, y pensó que por ese principio le superaba en rango.

Malachiasz se enderezó, su postura delataba el aire de alguien acostumbrado a tener autoridad. Se apartó el pelo de donde cubría los broches de su chaqueta. Ahora Nadya estaba doblemente segura de que no quería saber qué significaban.

—Perdimos a la mayoría de ellos a manos de mercenarios escondidos en las montañas —dijo—. Perdí el resto en algún punto intermedio.

El soldado frunció el ceño hacia Malachiasz, pero cuando volvió a hablar la condescendencia había desaparecido.

—¿Quiénes son, entonces?

Malachiasz volvió a mirar al grupo.

—Los Akolanos están huyendo de Kalyazin, una sabia decisión. La chica es… —Vaciló, convencido—. Bueno, tú lo entiendes. —Le guiñó un ojo al soldado.

Se necesitó todo lo que Nadya tenía para mantener su expresión educada.

—Necesitaré que me acompañes —dijo el soldado, echando un vistazo a Malachiasz. Acercó a un segundo soldado y le ordenó que se asegurara de que el resto no fuera a ninguna parte.

Nadya sintió que su corazón se aceleraba mientras Malachiasz seguía al Tranaviano hacia una cabaña de mala calidad. Miró a Parijahan, cuya expresión era extraída y recelosa. Los minutos que Malachiasz estuvo fuera se alargaron aparentemente de forma interminable, pero el soldado que los custodiaba sólo parecía aburrido.

Finalmente, Malachiasz salió de la cabaña con el rostro pálido. El otro soldado lo siguió y le hizo un gesto con la mano a la chica que los custodiaba.

—Déjenlos pasar —dijo.

Ella parecía que iba a interrogarlo, pero Malachiasz le dedicó una fina sonrisa y le dio un golpecito a uno de los broches de su chaqueta. Él tenía más rango que ella —probablemente que todos los presentes— y ella guardó silencio.

Malachiasz agarró a Nadya por la muñeca y la alejó del campamento. Ella lo dejó, plenamente consciente de que todo formaba parte del espectáculo, pero también de que él lo estaba disfrutando claramente.

Ninguno de los dos había abordado lo que había pasado entre ellos en el claro. No creía que lo hicieran nunca. Intentó ignorar el tartamudeo en su corazón que estaba intrínsecamente ligado a la mano de él alrededor de su muñeca.

Tras el peligro inicial, en ese momento debían llegar a Grazyk antes de que comenzara la verdadera prueba.

Tranavia no era lo que Nadya esperaba. Había lagos y ríos por todas partes. Tuvieron que cruzar algunos, los barcos eran dirigidos por hombres y mujeres demacrados y ancianos, demasiado viejos para luchar en el frente. Pero Tranavia era hermoso. El agua era clara y brillante, tachonando la tierra como si fueran piedras preciosas, impoluta por el azote de la guerra que ardía en el campo kalyazi.

En uno de los muchos barcos de Tranavia que conocieron durante el viaje, Nadya se apoyó en la barandilla, contemplando el agua. Rashid estaba encaramado precariamente a su lado cuando Malachiasz se acercó a ella.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo.

—Lo es.

Se quedó callado, mirando el agua. Había un cariño en su mirada que ella nunca había visto antes.

—No has sido especialmente amable conmigo —dijo—. Pero Tranavia es mi hogar. Es salvaje, vibrante y tenaz. Su gente es obstinada e innovadora. —La miró—. La salvaré de la destrucción.

Era algo que tenían en común, aunque ella sintió una punzada de culpabilidad porque sus acciones provocarían la caída de Tranavia. Sus dioses querían castigarla por su herejía y ella se encargaría de hacerlo. Incluso si eso la ponía en desacuerdo con este extraño y hermoso muchacho. Pero podía ver que se preocupaba, profundamente, de la misma manera que ella se preocupaba por Kalyazin, y podía respetar eso.

Él desenganchó sin palabras el libro de hechizos de su cadera y se lo entregó.

Ella cogió el grueso libro encuadernado en cuero con vacilación. Lo habría sostenido entre dos dedos, pero era demasiado pesado para ello.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedo ser visto con eso, y necesitas parecer un mago de sangre competente.

Ella quería tirarlo al agua. Lo apoyó contra la barandilla, lejos de su cuerpo. Puso los ojos en blanco, desenganchó las correas que mantenían el libro en su cadera y se las entregó también.

—Tendré que hojearlo sin usar los hechizos —dijo ella. Aunque arruinar el libro de hechizos de un mago de sangre siempre había sido un objetivo privado para ella, hubiera preferido que no fuera el *suyo*.

Se golpeó la sien.

—Son mis hechizos. Puedo reescribirlos cuando quiera.

—¿Vas a entrar en el palacio con nosotros? —Preguntó Nadya.

Esto era lo que no habían abordado: cuál sería el papel de Malachiasz una vez que llegaran a la capital. Antes había esquivado la pregunta de una manera que hizo sospechar a Nadya que simplemente desaparecería a su llegada.

—Me quedaré cerca —dijo. Frunció el ceño y se le fruncieron los tatuajes de la frente—. No sería raro que un *slavhka* viajara con un mago de sangre actuando como su guardia. No necesariamente, me dará un alcance óptimo del palacio, pero sin duda puedo arreglármelas.

Nadya frunció los labios. Ese era un buen papel para él y descubrió que no tenía argumentos.

—¿No te dejarás atrapar por los Buitres?

Seguía preocupada por lo que había dicho sobre que no podían actuar contra las órdenes de su rey, aunque la magia sobre él hubiera disminuido.

—He descubierto que preocuparse por él es un esfuerzo bastante inútil —señaló Rashid, dándole un codazo.

—¿Crees que estoy preocupada por él? —dijo Nadya con displicencia.

Rashid le lanzó una mirada incrédula. Cuando ella miró a Malachiasz con el rabillo del ojo, él estaba observando el agua despreocupadamente.

—Voy a ver si Parijahan necesita algo —dijo Rashid—. Deberíamos estar al otro lado del lago en una hora.

Nadya quiso tirar de él, decirle que no la dejara sola con Malachiasz, pero Rashid ya se había ido.

—Nunca había tenido a alguien que se preocupara por mí —reflexionó Malachiasz.

Nadya contempló la posibilidad de lanzarse al agua.

—Pues no busques que yo sea la primera —respondió.

Él sonrió. La brisa atrapó su pelo, enviándolo como zarcillos de humo negro por el aire.

—Nuestro plan es tan sólido como puede serlo dadas las circunstancias —dijo—. Los *rawalyki* son asuntos turbios. Atraen a los más brillantes y a los mejores al corazón de la ciudad y, tras un lío de dramatismo y a veces de sangre, se elige una nueva consorte. Es uno de los únicos momentos en los que el palacio es accesible a la nobleza que no pertenece a las altas esferas sociales.

Tenía razón, no había nada más que pudieran hacer en este momento. Malachiasz la había instruido en las sutilezas de la corte hasta que sintió que su cerebro se derretía. Parijahan le había enseñado todo lo que sabía por haber crecido en una Travasha.

—Los nobles son nobles —había dicho, agitando una mano—. Independientemente de su procedencia. La mezquindad de la corte trasciende todas las fronteras culturales.

Nadya estaba, a todos los efectos, preparada. Deseó sentirlo.

—Tienes que confiar en mí —dijo Malachiasz—. Una vez que entremos, el momento en el que podamos acercarnos lo suficiente para golpear se presentará. Hemos llegado hasta aquí, entrar en Tranavia era la mitad de la batalla.

No quería confiar en él. Sobre todo, después de haber visto lo que era.

—¿Es… algo que puedes controlar? —preguntó ella, sabiendo que él sabría de qué estaba hablando—. ¿No se desencadena por un momento o incidente determinado?

—No soy un *wolivnak*, Nadya.

Los cambiadores de lobos cuyas transformaciones eran provocadas por los ciclos de la luna. Ella puso los ojos en blanco.

—Nuestra palabra para esos es *zhir'oten*.

—Bueno, yo no soy uno de esos —dijo con desparpajo.

—Curiosamente, tengo la clara impresión de que tú eres peor.

Se rió.

—Probablemente tengas razón.

—Hay más en esa forma que lo que he visto, ¿no?

Ella no estaba segura de cuán dispuesto estaría él a hablar de esto. Su sonrisa relajada no significaba que fuera a responder a sus preguntas.

Él asintió.

—No para todos los Buitres, pero para mí, sí.

—Se sintió terriblemente mal —dijo ella, sintiendo un escalofrío que la recorría.

Él se encogió de hombros.

—Depende de lo que entiendas por mal.

—Monstruoso.

—*Soy* un monstruo —dijo él con suavidad.

Ella frunció el ceño y apoyó los codos en la barandilla, apoyando la barbilla en las manos.

Malachiasz inclinó la cabeza hacia atrás contra el viento.

—Los Tranavianos valoran el poder y el estatus por encima de todo. No importa cómo se alcance ese poder ni qué medidas se tomen para conseguirlo. Los monstruos son vistos como un ideal, porque los monstruos son poderosos, *más* que los humanos. —Extendió la mano y sus uñas se alargaron hasta convertirse en garras de hierro—. ¿Tu pueblo se esfuerza por alcanzar la divinidad?

Ella asintió, aunque era una simplificación excesiva.

—Eso no es muy diferente. Es luchar por algo que sea más que humano.

—Pero no a costa de matar gente.

—Los Kalyazi matan a los Tranavianos todos los días y no lo ven como un problema. Los Kalyazi mataban a los Tranavianos mucho antes de que empezara esta guerra, y tampoco era un problema entonces.

Se giró hacia él, con la rabia encendida. Su pueblo era hereje y asesino y él no iba a tergiversar sus palabras.

—No es lo mismo que *torturar* a los prisioneros de guerra —espetó ella.

Él tomó su barbilla con la mano, sus uñas frías y afiladas contra su piel. Podía apretar un poco más y desgarrar la carne de su mandíbula. Su corazón

se aceleró, pero no podía decir si era por el miedo o por algo más.

—Quizá no —susurró él, inclinándose más hacia ella. Ella sintió su cálido aliento acariciando su cara—. Quizá debamos volver a tener esta conversación cuando hayas probado el verdadero poder.

Su pelo le rozó la mejilla, su boca se acercó tanto a la suya que ella sintió que le temblaban los labios. Las rodillas le temblaban. Su mirada se detuvo en sus labios. La comisura de su boca se movió hacia arriba y se inclinó hacia atrás.

Asintió por encima de su hombro, girando la cabeza de ella para que pudiera ver la ciudad brillando detrás de ellos.

—Bienvenida a Grazyk, *Józefina* —dijo—. Ahora comienza la verdadera prueba.

★ ★ ★

Nadya no pudo evitar que le temblaran las manos.

Sus cuentas de oración estaban a salvo en su bolsillo, así que se aferró al rosario que le había regalado Kostya. ¿Qué diría Kostya si la viera en ese momento? Atrapada en un plan forjado por un grupo de adolescentes potencialmente locos, con una máscara en la cara hecha de cuero pintado de blanco y estampada con impresiones de espinas.

Se burlaría de ella, la regañaría, le diría que se estaba metiendo en problemas.

Ella lo echaba de menos.

Marzenya le había advertido que la presencia de los dioses mientras estuviera en Tranavia sería limitada, pero Nadya sentía su ausencia como una herida física en su costado. Como si los dioses le hubieran sido arrancados en cuanto cruzó la frontera. Cuando se estiró pudo rozar el tacto de Marzenya, pero le costó un esfuerzo. Sería difícil hacer magia. Se sentía total y completamente sola.

Toda la ciudad estaba envuelta en una niebla sofocante. Nadya podía *sentir* la magia de la sangre que había provocado esa opresión en el aire. Era difícil respirar. Sin embargo, por eso estaba aquí, para rasgar ese velo, para atraer a los dioses de vuelta a este país pagano.

Una vez que entraron en la ciudad, Nadya se sintió abrumada por los sonidos y la multitud. Se pegó a Parijahan, agarrándola del brazo a veces para no separarse. A diferencia de las aldeas por las que habían pasado, donde la gente parecía desgastada y medio hambrienta, en la ciudad todo el mundo

vestía con ropas ricas y coloridas. La mayoría llevaba máscaras sobre sus rostros, adornos fantasiosos que ocultaban sus identidades. No eran más que enemigos sin rostro.

Cuanto más se acercaban a los terrenos del palacio, más se agitaba Malachiasz. Nadya podía sentir su propio nerviosismo alimentado por el de él. Le agarró la muñeca cuando estaban cerca de las puertas del palacio, presionando con fuerza en la base.

Levantó las cejas cuando él le lanzó una mirada interrogativa. La magia que se habían lanzado mutuamente era lo único que los mantendría a salvo; tenían que confiar en ella. Nadya había anclado su seguridad a él y él tendría que hacer lo mismo por ella. Estaba claro que no quería volver a un lugar tan cercano a los Buitres, pero tenía que confiar en que su hechizo no fallaría. Finalmente dejó escapar un largo suspiro, la tensión se desangraba en él. Ella le soltó la muñeca.

Los guardias de las puertas del palacio revisaron el papeleo de Nadya tan meticulosamente que se convenció de que los iban a arrestar en el acto. Una gota de sudor le recorrió la espalda. Rashid no parecía preocupado, pero Nadya había aprendido que el muchacho tenía un don para la calma similar al de Parijahan. Se preguntó qué era lo que permitía a los Akolanos mirar de frente a un posible desastre sin inmutarse.

Después de diez agónicos minutos, los guardias la hicieron pasar por las puertas. Nadya quiso desplomarse contra Parijahan aliviada, pero se limitó a coger los papeles del guardia y pasar por delante de ellos.

Nadya sintió que Malachiasz se ponía tenso cuando apareció una enorme catedral negra al lado de los terrenos. Sus agujas se veían en la distancia, incluso más allá del imponente palacio con sus relucientes torres. Ella le dio un codazo en el dorso de la mano, obligándole a apartar la mirada. Él le dirigió una sonrisa forzada.

Un asistente salió de las puertas principales del palacio, dando los pasos con una gracia que Nadya envidiaba. De repente, fue arrastrada a través de las puertas y cualquier posibilidad de retroceder se esfumó.

⋆ ⋆ ⋆

—Tu sincronización es impecable, aunque no esperábamos que nadie de tu parte de Tranavia participara.

El asistente no había dejado de hablar desde que entraron en el palacio.

Nadya siguió el ritmo del parlanchín, lanzando sólo alguna mirada de pánico hacia Parijahan. Un sirviente enmascarado había llevado a Rashid al ala de los sirvientes, y Malachiasz había desaparecido cuando Nadya no miraba; le había advertido que probablemente lo enviarían al cuartel de la guardia, así que aún no estaba preocupada.

—Hay que admitir que Łaszczów está un poco alejada del resto de Tranavia —coincidió Nadya—. Pero no había que dejar pasar esta oportunidad.

El asistente sonrió.

—Muy cierto.

El hombre llevaba una máscara que parecía alas de pájaro a ambos lados de la cara.

Nadya sólo llevaba un día con la máscara puesta y ya fantaseaba con arrancársela. Hacía calor y era incómoda y no quería tenerla más puesta.

El exterior del palacio era llamativo, con columnas doradas en la entrada. Las puertas de roble envejecido daban paso al enorme vestíbulo. Los suelos de mármol tenían cuadros violetas y negros pálidos. En los techos abovedados se veían pinturas de mujeres con vestidos vaporosos y soldados con uniformes militares.

A medida que avanzaban por el palacio, los cuadros adquirían un tono más oscuro. Los pasillos se cerraban a medida que los colores se volvían más opresivos. Los buitres —las aves y sus homólogos humanos—, sus garras y los símbolos mágicos de la sangre garabateados por un artista cuyo frenesí se podía sentir.

En conjunto, opulento y aterrador, era como si una pesadilla se hubiera colado en los sueños de un noble.

—Sentirse excluido ocurre cuando alguien va a *beber* sin ti, Ostyia, no cuando alguien visita a un loco.

La divertida voz que resonaba por el pasillo se detuvo.

Un pico de adrenalina recorrió a Nadya. Este era el momento decisivo, en el que este plan podía tener éxito o arder hasta los cimientos y dejarlos a todos al final de la soga.

El Alto Príncipe tenía un aspecto completamente diferente al de aquel día en el monasterio. Su cabello castaño era más corto en ese momento, barrido cuidadosamente hacia atrás de su frente. Bajo esta luz, sus ojos pálidos eran menos inquietantes, aunque la cicatriz que le atravesaba la cara seguía siendo intimidante. Pero en los salones dorados de su palacio parecía más un príncipe que un monstruo.

Le seguía la chica bajita y tuerta. Estaba tirando de su manga y engatusándole cuando se detuvo bruscamente.

—¿Quién es? —le preguntó al asistente. Sus labios se torcieron en una sonrisa torcida.

El corazón le latía con tanta fuerza que sentía que todo su cuerpo temblaba, pero se obligó a pasar junto al empleado de todos modos.

—Józefina Zelenska, Alteza —dijo, ejecutando una florida reverencia de la que ni siquiera Malachiasz pudo quejarse.

—Zelenska —reflexionó el príncipe— ¿conozco el nombre? —le preguntó a la chica de baja estatura.

Ella negó lentamente con la cabeza, pareciendo desconcertada.

—No me sorprende. Łaszczów está un poco alejado de la realeza —dijo Nadya.

Algo parpadeó en su expresión y se acercó un paso más. Sus ojos se estrecharon en su rostro y ella sintió que su pulso se aceleraba.

—Quítate la máscara —dijo, y luego, como una idea tardía—. Por favor.

Va a ver directamente a través del hechizo de Malachiasz, pensó, horrorizada, mientras deshacía el cierre y retiraba lentamente la máscara de su rostro.

Con cada latido de su corazón se sentía más cerca de la muerte. Alargó la mano y le cogió la barbilla, levantando su cara hacia la suya.

—He estado en Łaszczów —dijo suavemente—. Siento que recordaría una cara así.

Ella resistió el impulso de tragar.

—Me paso la mayor parte del año viajando —dijo—. Estuve en Akola durante los últimos años, ¿quizás su visita se superpuso?

Miró a Parijahan. Debía de ser suficiente confirmación de que Nadya decía la verdad, porque dejó caer la mano, sonriendo de forma casi apologética.

—Tal vez. Es una pena que nuestros caminos no se hayan cruzado. Buena suerte, Józefina.

Se apresuró a ponerse la máscara.

—Gracias, Alteza.

No fue hasta que Nadya fue conducida a sus aposentos que sintió que podía volver a respirar.

Se quitó la máscara de la cara y la tiró en una silla. Al ver la habitación, se encontró con el mismo nivel de esplendor e intimidación que había visto al caminar por los pasillos del palacio. Había un exuberante sillón y un conjunto

de sillas en la sala de estar, junto con una mesa auxiliar y un escritorio de caoba a un lado. Había estanterías que parecían no haber sido tocadas nunca, excepto cuando se limpiaban. De las paredes colgaban cuadros al óleo, probablemente retratos de *slavhki* de Tranavia.

Nadya miró al techo, y la visión le heló los huesos. Un enorme mural de pájaros se extendía por toda la superficie —los Buitres ocupaban el lugar más destacado— rodeado de flores ácidas y goteantes. Sintió una punzada de desprecio que sabía que provenía de los dioses. Distante, pero aún presente.

Parijahan escudriñó la habitación, abrió rápidamente el cajón del escritorio, sacó un bloc de papel y un lápiz y garabateó un mensaje rápido.

Probablemente este lugar esté plagado de hechizos, escribió.

Nadya asintió y buscó sus cuentas de oración antes de recordar que estaban en su bolsillo. Había pasado la mayor parte del viaje tallando los símbolos de los dioses en finos círculos de madera, que pegó a la tapa del libro de hechizos de Malachiasz. Funcionaría, de manera indirecta, y parecería que estaba lanzando hechizos como un mago de sangre.

¿Puedes limpiar los hechizos de estas habitaciones, por favor? Envió la oración a Veceslav, pero fue Marzenya quien respondió.

—*¿Puedes sentirlo*?

Nadya hizo una pausa. Se apoyó en una silla y cerró los ojos, dejándose sentir el muro invisible que separa a los dioses de los hombres. Lo sintió en el momento en que habían entrado en Tranavia, el peso del velo presionando contra ella, ahogando su único acceso a lo divino.

Era lo suficientemente fuerte como para luchar a través de él, pero se trataba de magia creada por el hombre para luchar contra los dioses. Esto era más grande que cualquier cosa que Nadya esperaba y haría su tarea aún más imposible.

Lo siento.

—Has venido a matar a un rey; me pregunto si no descubrirás algo aún más terrible. —Nadya se estremeció—. ¿No puede dar alguna advertencia sobre lo que podría ser? Apenas puedo ver a través de la niebla que ha arrojado este país, niña. Te has sumergido en la oscuridad donde habitan los monstruos; ahora debes luchar contra ellos antes de que te consuman.

El discurso sagrado susurró en su cabeza y se movió para desmontar los hechizos tejidos en las paredes. No podía desmontarlos por completo —alguien lo notaría, las precauciones en el lugar—, sólo los hacía borrosos, los desangraba. Los embotó para que cualquier información que se transmitiera a los magos que los habían hecho pareciera mundana.

A Nadya le gustaba desmontar los hechizos, hacer magia que no fuera llamativa ni peligrosa. Había sido entrenada para la magia destructiva —para hechizos que cambiaran el curso de la batalla—, pero lo que más le gustaba era hacer cosas más pequeñas.

Miró al techo.

—No me había dado cuenta de lo mucho que idolatraban a los Buitres.

No sabía de qué había huido Malachiasz.

Parijahan se sentó en la tumbona, dejando que su calma se extendiera por la habitación y desgastara los agotados nervios de Nadya. La chica de Akolan tenía la habilidad de llamar la atención y luego escabullirse sin que se notara. Era tan cerrada y cuidadosa, desde la forma en que se ataba el pelo en una apretada trenza hasta cómo mantenía las mangas siempre bajadas hasta las muñecas, con los dobladillos de la falda rozando el suelo. Nadya se preguntó si siempre había sido así, o si esto era producto de haber perdido a su hermana y haberle dado la espalda a su hogar.

Nadya dejó el libro de hechizos de Malachiasz sobre la mesa y se sentó junto a Parijahan.

—¿Qué pasa ahora?

Parijahan se quitó la tira de cuero que ataba su trenza y se pasó las manos por el pelo.

—Nos hemos colado justo cuando las puertas se estaban cerrando. Mañana comienza todo el asunto.

—No me gusta que nos hayamos separado de los chicos.

Parijahan le dio un codazo en el hombro.

—Creo que podemos arreglárnoslas solas.

—Claramente. —Ella se quedó callada, sin dejar de mirar el cuadro del techo—. ¿Te arrepientes de haber dejado tu casa? El tiempo que pasaste en Kalyazin no pudo ser cómodo.

—No me arrepiento, no. Tener a Rashid conmigo me ayudó. Le conozco de toda la vida. Y nos encontramos en Malachiasz hace unos seis meses después de meternos en problemas con unos soldados kalyazi fuera de servicio. Rashid acabó inconsciente en una zanja; a Malachiasz casi le arrancan el pelo y se pasó todo el día siguiente, después de que nos pusiéramos a salvo, aterrorizado por lo ocurrido.

Nadya soltó una risita. Parijahan la hizo girar suavemente para que pudiera deshacer también su trenza desde donde se enroscaba en la parte posterior de su cabeza como una corona. Nadya se quedó callada mientras Parijahan le peinaba el pelo con los dedos.

—¿Crees que realmente podemos hacer esto?

Las manos de Parijahan se calmaron. Nadya sintió que sus dedos se enroscaban sobre sus hombros.

—Tenemos que hacerlo.

Su tono hizo que la columna vertebral de Nadya se enderezara. *Tiene algún otro interés en esto que aún no he oído*, pensó Nadya. Algo más que la venganza.

—Entonces vamos a hacerlo.

19

NADEZHDA LAPTEVA

La diosa de la luna Myesta es engañosa, mentirosa y una simple ilusión que cambia constantemente sobre una oscuridad eterna.

Códice de lo Divino, 15:29

Nadya apretó el libro de hechizos de Malachiasz contra su pecho, lamentando cada decisión tomada y que la habían llevado hasta ese punto.

—Relájate —dijo Parijahan—. Son sólo vestidos.

Nadya soltó un ligero gemido en respuesta, ya que sabía que cualquier vestido que tuviera delante de ella valía muchísimo más que cualquier alimento que el monasterio podría costear en cinco años. Eran telas de colores vibrantes, perlados y llenas de piedras, las cuales estaban colocadas sobre todos esos corpiños y faldas, pero lo que más se destacaba de todas aquellas eran esas magníficas impresiones que tenían en la parte de en medio, llenas de flores. Y los tocados, Nadya sufría diversos dolores de cuello de tan sólo verlos, algunos eran altos y otros parecían coronas de flores, pero todos estaban hechos de tela, encajes y cuentas. Algunos parecían kokoshniks. Aquellos tocados que provenían de la nobleza en Kalyazin.

—¿De dónde viene esto? —preguntó Nadya.

—¿Oficialmente? Tienes un patrocinador Akolan adinerado —Nadya miró a Parijahan y ella simplemente sonrió—. Aunque supongo que extraoficialmente también es el caso.

Después de tanto buscar, terminaron por elegir un vestido casi tan negro como el color de la noche con hermosos destellos azules reflejados ante la luz. Era como si la oscuridad se deslizara sobre su piel, pero con la suficiente

luz para evitar que la consumiera completamente. También eligió un tocado adornado que derramaba hilos de perlas negras, Nadya se puso una máscara que solamente cubría una parte de su rostro.

Parijahan retrocedió asintiendo con la cabeza mientras que Nadya tomaba un delegado cinturón para su libro de hechizos, antes de arrepentirse y tomar el de Malachiasz que en lugar de verse tan fuera de lugar, ese cuero desgastado parecía encajar perfectamente sobre el vestido. Parecía un mago de sangre, ante aquellos pensamientos tragó saliva mientras buscaba a tientas la última pieza que tenía de casa, el collar de Kostya metiéndola en el corpiño del vestido, ocultándola y manteniéndola cerca con el fin de causarle tranquilidad.

—Trata de permanecer oculta —dijo Parijahan—. Todavía no necesitas que te presten atención ya que eso solamente hará que los demás concursantes intenten sacarte. Lo único que necesitamos es descubrir cómo se mantiene protegido el rey.

—¿Y cuando tengamos eso?

—He escuchado más de un comentario *slavhka* acerca de la debilidad del rey hacia la magia de sangre.

—Una señal sencilla —dijo Nadya en voz baja.

—Es el príncipe de quién tienes que preocuparte —continuó Parijahan—. Se rodea de todos aquellos comisionados y magos de sangre y por lo que he deducido el príncipe es muy opuesto a su padre en casi todos los aspectos —Nadya aún no podía preocuparse por el príncipe ya que a quien había venido a derrocar era al rey—. Sin embargo —dijo Parijahan pensativa— si te acercas al príncipe, tendrás tu oportunidad, ya que eso te dará un asiento cerca del Rey.

—Entonces, no debo llamar la atención, solamente la atención del príncipe.

—Básicamente. Sé que puedes hacer esto Nadya —dijo Parijahan suavemente.

Si podía y tenía que, ya que así los Kalyazin ganarían la guerra y los dioses reclamarían su dominio sobre el mundo. Esto era para lo que se había preparado toda su vida.

* * *

Nadya tardó exactamente trece minutos en cometer un error lo suficientemente grande como para llevarla a una situación terriblemente

incómoda. Fue llevada al salón con los otros participantes y acompañantes, ella sabía lo que era esto ya que según Malachiasz era un juego de astucia, esta era la primera prueba. Allí era donde se forjaban alianzas y rivalidades, también era donde varios de los concursantes obtenían aquella primera mirada del Alto Pírincipe y si Nadya se equivocaba, podría perder todo antes de que juego comenzara.

Inicialmente Nadya había notado que el *slavhka* qué pasó volando junto a ella tenía grandes y desagradables ojos violetas, estaba tan concentrada en aquello que su cerebro tardó algunos segundos en traducir el comentario que la chica le hizo a su compañera cuando todavía estaba cerca, le tomó otro segundo darse cuenta que era una crítica acerca de la apariencia de esta, comentando acerca de su nariz torcida y su cabello lacio.

Ni siquiera puede ver mi cabello, pensó Nadya con irritación.

Y antes de llegar al lugar se había visto en un espejo, Malachiasz había hecho un estupendo trabajo con su nariz.

—¿Porodiec ze błowisz? —«hijo del farol», llamó amablemente—. Pensé que aquellos con dinero, podrían pagar para aprender a asociarse adecuadamente con otras personas.

La niña se quedó helada y giró sobre sus talones para mirar a Nadya, ante aquella acción todo el parloteo de la habitación cesó de inmediato. Sabía que debía haberlo dejado pasar, sin embargo encaró las cejas cuando la chica se acercó a ella y sonrió. Debía superar todo aquello en una sola pieza, solamente tenía que actuar como si esto fuera algo que le sucedía todo el tiempo, que los comentarios sarcásticos eran algo normal para ella y que tomaría represalias de la misma manera.

—¿Disculpa?

—Creo que escuchaste perfectamente lo que dije.

—Cómo te atreves a hablarme así, ¿acaso no sabes quién soy?

—¿Se supone que debo saber?

La chica abrió su libro de hechizos arrancando una página en blanco y arrugándola en su puño, lo tiró al suelo mientras lo aplastaba debajo de sus zapatos de tacón.

—¿Puedes respaldar eso con poder? —preguntó ella.

Nadya no tenía ni idea de lo que estaba pasando ya que nadie le había explicado lo que aquello significaba, su confusión debió haberse mostrado en ella ya que la cara de la chica con piel luminosa de su lado, se deslizó para pararse cerca de ella.

—Querida, ella te está retando a un duelo —dijo con suavidad.

Nadya miró a la segunda chica quién sonrió alentadoramente, luchando contra el impulso de mirar hacia atrás donde sabía que estaba Parijahan recargada sobre la pared, imitó a la otra chica hojeando los hechizos de Malachiasz, esperando encontrar una página en blanco. Al encontrarla, la arrugó y pisó como lo había hecho la joven de hace rato, la chica le dedicó una salvaje sonrisa antes de alejarse.

—Bueno eso fue inesperado, ¡y apenas estamos comenzando!

Nadya todavía seguía aturdida, sin embargo se volvió hacia la chica alta que no llevaba tocado ya que sus rizos en espiral se desplegaban alrededor de su cabeza como un halo.

—Mi nombre es Żaneta —dijo—. Y acabas de tener la desgracia de ser el objetivo de una competidora increíblemente ambiciosa.

—¿Qué acaba de suceder?

—Siéntate bien querida —Żaneta se rio—. Ahora habrá asistentes tratando de preparar la arena de duelo. Si sobrevives a ello, felicidades, ya que todo mejorará significativamente tus posibilidades.

Entonces se abrieron las puertas y el Alto Príncipe entró, Żaneta sonrió una vez más a Nadya antes de cruzar la habitación para encontrarse con el chico que había destruido todo lo que Nadya apreciaba.

SEREFIN MELESKI

—¡Serefin! —saludó Żaneta y lo llamó por su nombre cuando entró a la sala.

Comprobando así su comodidad con el Alto Príncipe y consolidando su lugar entre las candidatas de *Rawalyk* para eludir la formalidad. Ya estaba cansado y las ceremonias apenas habían comenzado, no estaba listo para hablar con ninguno de los nobles todavía, así que se dirigió hacia uno de los lados vacíos de la habitación. Kacper se apartó cuando un asistente llamó su atención.

—No creerás lo que ha sucedido —dijo Żaneta cuando Kacper regresó.

—La arena se está preparando para un duelo —dijo Kacper antes de que ésta pudiera continuar, quien al hacerlo lo miró desconcertada.

—Iba a decírselo —dijo Żaneta, haciendo un puchero.

—Lo siento —dijo Serefin—. Acabas de decir que se ha convocado a un duelo.

Kacper asintió.

—El *Rawalyk* comenzó esta mañana —dijo Serefin a lo que Kacper asintió más efusivamente.

—¿Este es tu trabajo? —le preguntó Żaneta mientras arqueaba las cejas —. No puedo decirles lo decepcionada que estoy al no tener nada que ver con todo aquello.

—Eso es ciertamente un comienzo dramático —dijo Serefin mientras se derrumbaba sobre el diván.

Ostyia se acomodó en el brazo de una silla cercana, ganándose una mirada venenosa por parte de su acompañante de mediana edad, le guiñó un ojo haciendo que la mirada de la mujer fuera más intensa.

—Nunca adivinarás contra quién.

—Dime.

Kacper le entregó una botella de vino a Serefin antes de dejarse caer en la silla junto a él, sabían que ninguno de los dos podía estar actuando de manera tan casual cuando había gente presente, pero Serefin no hizo un esfuerzo por preocuparse.

Kacper señaló a la chica Krywicka.

—No —dijo Serefin quien no tuvo que fingir estar escandalizado.

Żaneta rió a carcajadas ante la reacción.

—La otra es una recién llegada —dijo—. Y está… allá.

Józefina, su nombre le llegó de inmediato. Ella ya se había quitado la máscara, girándola entre sus dedos, mientras miraba el salón. Había una agudeza en su mirada que Serefin encontró fascinante. Su mano descansaba sobre su libro el libro de hechizos de su cadera y ella volteó justo a tiempo para ver al príncipe mirándola, sus ojos se abrieron como platos, pero no desvió la mirada como esperaba. Dicha acción hizo sonreír al príncipe quien se puso de pie, ignorando a Żaneta que ya estaba protestando. Se supone que debía de estar observando, no interactuando, pero ya estaba demasiado aburrido y quería saber del dichoso duelo desde la fuente.

—Lady Zelenska —dijo una vez que estuvo frente a ella.

Ella tardó en erigirse mientras cuidaba sus movimientos, sin embargo inclinó la cabeza mientras hacía una reverencia.

—Su Alteza.

—¿No deberías prepararte para tu duelo? —preguntó—. Lady Krywicka no se encuentra por ningún lado.

Los dedos de Józefina se apretaron sobre el libro de hechizos tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos del agarre.

—Estoy lista —respondió como si estuviera tratando de convencerse a ella misma, más de lo que trataba de convencerlo él.

—Dime —dijo—. ¿Qué es lo que hiciste para provocar semejante alboroto?

Se arqueó contra la pared, obligándola a moverse también. En ese momento estaba de espaldas a la habitación y sus ojos estaban mirándose.

—¿Asumes que yo tengo la culpa?

Respondió con un tono demasiado frívolo, no estaba acostumbrada a toda aquella etiqueta dentro de la corte y cada interacción era una faceta de la cual ella no tenía experiencia alguna en el Rawalyk.

Él sonrió sorprendiéndose cuando ella hizo lo mismo.

—No fue nada de importancia, alteza. Simplemente comentarios mezquinos que fueron llevados demasiado lejos.

—No creo que entiendas lo mezquino que puedo llegar a ser —digo Serefin mientras se inclinaba mucho más cerca de ella.

En respuesta, ella retrocedió ya que sabía que cualquier clase de favor la marcaría.

—¿Podrías explicarme algo? —Ella preguntó.

—¿Qué desea saber? —dijo Serefin mientras encaraba una ceja.

—Esto sea probablemente ridículo, pero, debes entender que mi padre murió en el frente y mi madre es una inválida. Nunca tuve a nadie que me explicara correctamente cómo funciona todo esto.

¿Y además es lo suficientemente valiente para delatar aquella ignorancia ante el Alto Príncipe?, pensó Serefin.

No podía elegir si era increíblemente inteligente o una terrible estúpida, la cuestión era que los *Rawalyk* favorecían aquellos nobles cerca de Grazyk, era de esperarse que aquellos de las afueras de Tranavia también lucharan, ya que todo aquel juego se centraba en astucia. Lo que probablemente no sabía esta chica era que ese duelo sería a muerte y si sobrevivía, le daría una ventaja notable ante los ojos de su padre, y una ventaja era todo lo que una persona necesitaba para ser elegida.

¿Acaso aquella será la que obtenga el trono después de que me eliminen?, pensó distraídamente.

—Es un juego —dijo—. Básicamente es un juego en donde debes de saber con quién hablas, cómo actúas y qué dices —ella palideció mientras él continuaba—. Piénsalo de esta manera —dijo mientras pasaba su pulgar sobre el borde de la copa de vino, el tono cristalino sonaba demasiado fuerte en medio de todo aquel silencioso parloteo de la sala—. Mi consorte… —Se

encogió de hombros, trató de distanciarse de todo aquel lío con todas sus fuerzas—. Tendrá que ser alguien que pueda demostrar qué puede defenderse de lo que Tranavia le presente, a veces serán desprecios ocultos sobre un salón de baile, sobre todo con el estado del mundo estando cómo está, será alguien que pueda ayudarme a ganar esta guerra.

Un ceño fruncido brilló en su rostro y se dio cuenta de que ya no parecía nerviosa.

—Su alteza si perdona mi sinceridad, no parece particularmente interesado en todo esto.

No podía comprender cómo ella pudo haber visto aquello, estaba haciendo todo lo posible preocupar lo difícil que era todo esto, lo mucho que quería acurrucarse y dormir hasta que terminara, sin embargo él le lanzó una sonrisa torcida.

—Estoy menos que satisfecho con las circunstancias que nos rodean, pero ciertamente no es culpa de los participantes.

—Sin embargo, sería difícil no tener una segunda opción —ella dijo con voz suave subiendo su mano a su cuello y después bajándola inmediatamente —. ¿No es así? Al final la elección será del Rey.

Quizá inexperta, pero inteligente. Definitivamente muy inteligente.

—Estoy acostumbrado a eso.

—Sí —dijo—. Yo también.

Su pulgar recorrió el lomo de su libro de hechizos.

Quería preguntarle a qué se refería, estaba fascinado con aquella *slavhka* y sus suaves palabras que no se fijó cuando una chica Akolan dio un paso hacia enfrente junto a él mientras le susurraba al oído.

Józefina levantó la cabeza mientras sonreía afiladamente.

—Al parecer tengo un duelo que atender.

—Buena suerte entonces —dijo—. Yo estaré llegando.

Fue llevada afuera y Serefin regreso con sus amigos, Żaneta se enderezó cuando se sentó a su lado.

—Entonces, ¿tienes competencia cariño? —Żaneta arrugó la nariz—. ¿De verdad? Ella parece tan… blanda.

—Sabes perfectamente que debes Disimular que eres de Łaszczów —dijo Serefin, regañándola.

—Bueno, si ella muere en una hora —dijo poniendo los ojos en blanco— entonces eso no importará, ¿verdad?

NADEZHDA LAPTEVA

Malachiasz se encontró con Parijahan y Nadya en el patio, justo a las afueras de la arena. Parecía cansado y ella sabía a qué se debía.

—Ciertamente esto no era parte del plan —señaló con sarcasmo.

—No quiero escucharlo —dijo Nadya quién ya había escuchado lo suficiente de Parijahan.

Dejó que el ruido de la multitud en la arena se filtrara mientras se arreglaba los cinturones de la cadera que sujetaban el libro de hechizos de Malachiasz, todo fue tan extraño, todo su tiempo y energía basados en un asunto tan trivial cuando había una guerra en donde la gente se estaba muriendo de hambre, pero para ellos todo era un juego, llevaba de nuevo en la máscara de cuero y aunque estaba sofocada, lograba el anonimato. Ella no era más que un simple nombre, un noble menor de una ciudad olvidada Tranaviana. Estaba sumida en sus pensamientos y entonces escuchó que leían su nombre falso Józefina Zelenska de Łaszczów, una maga de sangre y sin rango militar.

Insignificante.

Y acorde a todos los estándares, incongruente.

Mi nombre es Nadezhda Lapteva, soy del monasterio de las montañas Baikkle. Soy un clérigo divino y estoy aquí para matar al rey y ponerle fin a la guerra, pensó.

Ella pondría a ese país de rodillas.

Nadya dejó que sus dedos rozaron la navaja cocida en la manga de su camisa, llevaba pantalones negros y ajustados, además de unas botas altas que le llegaban a la rodilla y una blusa holgada con mangas color blanco, que le apretaba los antebrazos. Los dioses no estaban de su lado y ella tendría que pretender lanzar magia como un mago de sangre. La semilla del miedo que había estado ignorando hasta ese momento, finalmente se convirtió en algo que amenazaba con derribar, apenas podía sentir a los dioses, ¿cómo habría esperado hacer todo aquello, si los dioses estaban tan lejos de su alcance?, ¿que era ella sin ellos? Solamente una niña campesina que creció en un monasterio, una chiquilla que moriría por creer que era algo más que eso.

20

NADEZHDA LAPTEVA

Devonya la Diosa de la caza, es conocida por su bondad con los mortales y por su interés hacia cosas extrañas. Le encanta otorgarles talentos inusuales en su nombre.

Códice de lo Divino, 17:24

Mi magia no está bien.

Fue el primer pensamiento que pasó por la mente de Nadya cuando la chica al otro lado movió el brazo de manera que su poder azotó en el aire, como flechas de ballesta. En comparación a aquello, su magia se sentía débil, como si estuviera atravesando el barro para agarrar hilos. Sin embargo sus oraciones fueron respondidas con magia, sin palabras, sin el toque de los dioses, solamente hechizos fríos y nada más. Deslizó el dorso de la mano sobre la navaja, haciendo una mueca cuando se cortó y olvidando que no debía de reaccionar. Los magos de sangre no sentían.

La niña Felicíja arrojó una botella de vidrio al piso de la arena y el veneno se esparció en un arco frente a ella, se le pegó a la ropa y la tela chisporroteó ardiendo, luchó contra aquel impulso de quitarse las gotas, sin embargo dejó que se formará hielo en la punta de sus dedos aferrándose al poder de Marzenya, un poder parecido al de la magia de sangre. La diosa estaba distante y las oraciones de Nadya se sintieron como simples súplicas al aire libre, luego de aquel poder, las garras de hielo de sus dedos salieron disparadas de sus manos, no tuvo tiempo de ver dónde aterrizaban cuando arrancó páginas del libro de hechizos y las arrugó en un puño ensangrentado.

Arrojó las páginas al suelo y trazó un círculo en llamas desde la tierra, las llamas comenzaron a chisporrotear debajo de sus botas y rodearon a Felicíja quién se tambaleó hacia atrás cuando las llamas alcanzaron su falda, ella gruñó y sus dedos se colocaron a nuevamente sobre su libro de hechizos, e inmediatamente después Nadya fue golpeada por un rayo de magia que le envió tambaleante hacia el borde de la arena.

Esto no está funcionando.

Utilizar el libro de hechizos y tirar de hilos de poder al mismo tiempo la estaba frenando, tenía que terminar rápido o todo se desmoronaría.

Se limpió las garras de hilo ensangrentada sobre la página del libro de hechizos y segundos después se dio cuenta de que no estaban blanco, el pánico se estrelló contra su pecho y el flujo de poder que canalizó cambió, convirtiéndose en algo muy oscuro. Ese poder no era suyo para usarlo, no era de ella en absoluto. Ella no tendría una palabra adecuada para aquello, pero estaba equivocada.

Mal, mal, mal, mal, mal, mal. Era el único pensamiento que pululaba sobre su cabeza.

De pronto algo bullente negro y poderoso, tan poderoso y de una manera diferente a su magia emergió, pero también había algo más. Un pinchazo que Nadya se dio cuenta era un hechizo que Felicíja estaba tratando de lanzar sobre ella, pero estaba tan débil que apenas se dio cuenta. Felicíja lo intentó una y otra vez, arrancando página tras página, pero sus hechizos eran sólo destellos, simples pinceladas de magia contra aquel poder que Nadya había desatado y quién amenazaba con destruirla. La sangre goteaba por su nariz, sabía que tenía que deshacerse de la magia, el sabor del cobre en su boca emergió y lo escupió inmediatamente presionando una mano contra su pecho, porque su corazón se sentía anormal.

Exhaló y soltó toda la magia, salieron rayos disparados de las yemas de sus dedos y uno golpeó a Felicíja.

La chica bajó, pero se tensó por unos segundos; sabía que la había matado, pero en cuestión de segundos Felicíja se volvió a poner de pie con una *szitelka*[8] en la mano y una furia que deformaba su rostro, además de toda aquella sangre goteando de una de sus heridas en el costado, manchando a su vez su cara.

Dioses por favor, manténganse abajo.

Los ecos de la oscuridad vibraron sobre su cabeza y Nadya hizo una mueca, mientras desenvainaba sus propias espadas.

Bloqueando el golpe Felicíja, Nadya atrapó la espada en la *szitelka* de la otra Chica usándola como palanca para acercarse, la atacó con una segunda espada pero la chica se apartó del camino. Nadya se recuperó, girando la empuñadura de su espada y tirando hacia abajo, fue tanta la fuerza que utilizó que la *szitelka* fue arrancada de sus manos mientras ella se tambaleaba hacia adelante. Nadya atrapó a la niña y hecho cabeza hacia atrás mientras la derivaba, estaba tratando de levantarse, pero Nadya golpeó la *szitelka* de su mano inmovilizándola.

Todo estaba demasiado silencioso, la audiencia estaba demasiado consciente y Nadya vaciló soltando la *szitelka*.

La única razón por la que esta pelea había funcionado a favor de Nadya, era por la magia que no había sido de ella. Fácilmente podría ser ella la que estuviera en el suelo mientras que Felicíja la terminaba con un golpe mortal.

Felicíja se incorporó y miró a Nadya con furia, sabía que no merecía morir allí con público presente, como si de un animal se tratase y Nadya tampoco iba a ser la razón de su muerte, Definitivamente ella no iba a perpetuar aquella sed de sangre Tranaviana. Sin embargo sería muy fácil y definitivamente aventajaría su misión, Todo lo que necesitaba era otra garra helada en el corazón de la niña, o una sacudida mucho más fuerte de aquel rayo. Pero la oscuridad persistía y Nadya temía lo que sucedería si tiraba de ella.

—No te voy a matar —dijo Nadya.

Esperaba alivio por parte de la niña, pero lo que recibió fue un poco de saliva que aterrizó contra su máscara.

—Patético —dijo la niña, sin embargo el dolor le impedía hablar correctamente.

Nadya se enderezó, la guardia de Felicíja y una figura con máscara escalofriante en forma de buitre comenzaron a moverse hacia ellas. Debe haber quedado claro que ella no lo iba a hacer, ya que una mano le rozó el brazo y el eco oscuro reaccionó al tacto, Malachiasz. Al verlo, las rodillas de Nadya se debilitaron, empujándola hacia adelante y cayendo ante la chica.

La chica que tenía sangre goteando alrededor de su boca miraba a Nadya con ojos apagados, le habían clavado una púa de hierro en el pecho. Nadya miraba todo desde el suelo, la punta tomó forma de un *szitelka* y la niña se lanzó hacia adelante, muerta. Su estómago se revolvió cuando su visión abrió pasó a lo que estaba sucediendo.

No iban a darle piedad a aquella chica.

Tuvo que esforzarse demasiado para no volverse a Malachiasz, la guardia de la niña los alcanzó junto con el buitre y ninguno de los dos dijo nada. Toda aquella ráfaga de movimiento había enmascarado perfectamente lo que había sucedido en realidad, lo que Malachiasz había hecho en lugar de ella. Finalmente lo miró mientras arqueaba las cejas, tenía sangre en la yema de los dedos y Nadya tenía sangre goteando de su nariz. Un día en esta maldita ciudad y ya estaba cansada de ver tanta sangre.

¿De que había servido matar a la chica?

El calor corrió por sus venas, mientras bajaba los ojos para que nadie se diera cuenta, pero no sin antes negar con la cabeza.

Idiota. ¿Esperabas más de una abominación Tranaviana?, dijo Marazenya.

Su voz era tan débil que parecía provenir de una densa niebla, sonaba increíblemente astuto, pero hubo otro hilo de voz que Nadya nunca había escuchado antes: rabia.

Deberías haber matado a la perra por tu cuenta.

Una advertencia.

Habían provocado la ira de Marazenya, aunque hubieran tratado de evitar que otro Tranaviano y Nadya atentaran contra el poder de Malachiasz, por involuntario que este fuera. Antes de que los sirvientes fueran a la arena a recoger el cuerpo, Nadya ya había salido.

SEREFIN MELESKI

—¿Qué fue eso? —preguntó Ostyia con los ojos muy abiertos.

Sin embargo Serefin negó con la cabeza, sin duda había sido despiadado lo cual era exactamente lo que se esperaba en la corte Tranaviana, pero también fue interesante. Algo en aquella elegancia de sus movimientos, en la innovación de su magia…

Ostyia se sentó en el brazo de su silla.

—Nadie utiliza magia elemental como esa.

¿Cómo es que no habían reclutado a esta chica para el ejército?, ¿porque no se había unido por su propia voluntad? Sin duda era talentosa, rápida e implacable, con un arsenal de hechizos que Serefin nunca había visto antes.

Sabía que los hechizos elementales eran posibles con magia de sangre, pero nadie los utilizaba porque eran demasiado difíciles, la manipulación de

ese tipo, de una manera cambiaba su elemento más básico. La magia de sangre se deriva de la habilidad innata de una persona y se manifiesta de cualquier forma que fuera necesaria, pero cambiar los elementos, era increíblemente difícil.

¿Dónde se había estado escondiendo esta chica?

—Żaneta no va a estar feliz —comentó Ostyia.

—A ella le encantaría tener una competencia real.

Hubo una pequeña ráfaga de actividad sobre la arena y Serefin se inclinó sobre el barandal, vio como dos Buitres sé llegaban el cuerpo de Felicíja. El horror se instaló en su rostro mientras intercambiaba una mirada con Ostyia.

¿Qué estaban haciendo?

Sabía que no debería de estar mirando ya que sintió el toque de Ostyia sobre su brazo, pero era algo que no le resultaba incómodo, sin embargo era otra pieza del rompecabezas, un paso más cerca y solamente esperaba que no fuese demasiado tarde.

21

NADEZHDA LAPTEVA

Miedo y silencio, aquellos que adoran al Dios Zlatek saben que por encima de todo, esas dos cosas son las más primordiales.

Códice de lo Divino, 55:19

Un curandero corrió detrás de Nadya cuando se quejó de sus heridas, todo su cuerpo se sentía como si estuviera en llamas y su nariz no había dejado de sangrar, pero lo ignoró. Podría manejarlo ella misma, además de que necesitaba salir de esa arena, no podía soportar el hedor a muerte, Malachiasz la siguió en silencio, me hablaba ella lo mataría y él pareció sentirlo, llegaron al pasillo que conducían a sus habitaciones, estaba desierto, sin ningún sirviente u otros participantes que estuvieran abordando esa ala del palacio.

No podía más y sin previo aviso lo golpeó contra la pared, su antebrazo amenazaba contra su garganta y la *szitelka* presionaba contra su costado, él levantó ambas manos en señal de rendición y para quitarse la máscara de la cara, estaba hecha de hierro y le cubría la boca y se detenía justo donde comenzaron sus tatuajes, por encima del puente de su nariz.

—No había necesidad de interferir —dijo y su voz sonaba como un gruñido.

Tragó en seco y su pálida mirada se congeló.

—¿Ibas a matarla tú misma?

Ella apretó más fuerte su tráquea.

—Puedo cuidarme sola —respondió apretando los dientes—. ¿Entiendes? —jadeó.

Ella liberó la presión de su garganta, pero no apartó, ni envainó la *slavhka*.

—Si alguien te hubiera visto… —La interrumpió en voz baja.

—Vayamos a un lugar un poco más privado para esta discusión, ¿de acuerdo?

Su expresión estaba totalmente en blanco, ¿estaba enojado después de aquel arrebato? Bueno, lo merecía. No podía poner en sus manos el éxito de todo aquel plan y después no confiar en ella. Nadya pateó la puerta de la habitación para cerrarla después de que entraron y de mala gana enfundó su *szitelka*.

—La asesinaste —dijo mientras él estaba totalmente tranquilo.

—Aquel era un duelo a muerte —vaciló—. No había lugar para nada más.

—Tienes razón qué tonta soy, olvidé que los Tranavianos son sanguinarios y no tienen la capacidad de comprender el concepto de misericordia, gracias por recordármelo.

Malachiasz parpadeó mientras que un dolor cruzaba por su rostro, pero inmediatamente lo escondió. Nadya pensó que aquella punzada se sentiría bien, sin embargo solamente la frustró más.

¿Cómo se atrevía a jugar a ser la víctima?

Ella lo agarró del brazo y tiró de él para que la mirara.

—No necesitaba que tomaras el asunto en tus manos, si alguien te hubiera visto…

—Sin embargo nadie lo hizo y gracias a ello estarás sentada junto al Alto Príncipe en la cena de esta noche.

—No puede salir de esto con palabras, su sangre está en tus manos.

—Puedo vivir con ello. Estás tratando de mirar las cosas como no lo son.

—Fue un asesinato.

—Ella era una *slavhka*, criada para matar por Kalyazi y de ser necesario por otros Tranavianos.

—¡Pero eso no la convierte en un monstruo!

—Todos somos monstruos Nadya —dijo Malachiasz, mientras que su voz iba subiendo algunas octavas—. Algunos simplemente lo ocultamos mejor que otros.

Estaban demasiado cerca y apenas lo habían notado, su mano todavía agarraba su brazo y su mirada se desvió hacia sus labios. Ella se las arregló para evitar el sonrojo mientras se soltaba y se alejaba, no quería darle la satisfacción de saber que aún podía ponerla nerviosa mientras estaba enojada.

Ella cerró los ojos y lo escuchó alejarse.

Cuando los abrió, él estaba sentado sobre el diván con el codo apoyado en el apoyabrazos y la barbilla en la mano.

—El rey estará allí, a uno o dos asientos lejos de ti —dijo.

Tuvo que tomar un respiro para esconder aquel miedo aplastante que la invadió.

—¿Estás diciendo que esta es mi única oportunidad?

—No —sacudió la cabeza lentamente—. Pero significa que te estás acercando y el momento llegará antes de lo que cualquiera de nosotros espera. Necesitas estar lista.

Nadya apretó los dientes, sin embargo no pudo responder nada ya que la puerta se abrió. Ella se giró alerta, pero se relajó cuando vio que solamente era Rashid.

Él sonrió.

—Bueno eso fue divertido —dijo con una notable emoción, la cual decayó al notar la energía rondando por la habitación—. ¿Quizá no tanto?

Nadya suspiró y finalmente se derrumbó en una silla, Malachiasz la estaba mirando con atención, como si mirara a un perro que acababa de morder, ¿la consideraba así de inofensiva? ¿Que simplemente cumpliría con cualquier tarea que le dieran?

Seguían siendo enemigos y muy en el fondo, enemigos en esta guerra, ella no lo había olvidado y ni siquiera se encontraba preocupada por su seguridad, ni deseándolo a su lado. Sin decir palabra alguna simplemente le pasó un pañuelo, todavía tenía sangre en la cara y se sentía cada vez más debilitada. Él era una pesadilla, aún podía sentir el poder de los ecos oscuros, eran inquietantes, pero gentiles. Se trataba casi de un niño ansioso y extraño, Un niño atrapado en un mundo que lo había destrozado mientras él intentaba hacer algo bueno una vez.

Se preguntó si aquella rápida ira era solamente una lucha contra aquel tirón que sentía, ¿era algún tipo de fascinación debido a que siempre había estado protegida y nunca había conocido a alguien drásticamente diferente a ella? ¿O acaso era porque era peligroso y emocionante?

Se enfocó en lavar la sangre, mientras se acercaba a los dioses, ella estaría en serios problemas por todo aquello, pero solamente la ayudaron con aquella extraña niebla, estaría más preocupada si Marazenya no le hubiera hablado en la arena, pero ahí estaba.

—¿Qué sigue? —preguntó ella suavemente.

—Cena —dijo Rashid.

Estaba vestido con un atuendo de sirviente que no le quedaba para nada bien, Echaba de menos aquellas extravagantes cadenas de oro que solían pasar a través de sus rizos negros.

—Ya fallé la primera prueba de etiqueta —dijo Nadya—. Creo que es un buen augurio para la siguiente.

Marazenya se dirigió hacia ella vacilante y en lugar de acercarse puso su mano en el brazo de su silla. Nadya encontró a sus ojos siendo atraídos por los tatuajes en sus largos y elegantes dedos, eran líneas simples y rectas, dos a cada lado del dedo y una en la parte posterior que comenzaba en la base de cada uña y terminaba en su muñeca en una sola barra negra.

—Todo es un juego —dijo—. Un juego de poder, no queríamos que esto pasara, pero has llamado la atención de la élite. Así que es mejor así.

—Yo —ella tragó saliva—. Puedo apañármelas sola.

—Lo sé Nadya.

Ésta continuó frotándose la cara con furia mientras Malachiasz le preguntaba a Rashid si había encontrado algo útil.

—Los chismes de los sirvientes mantienen funcionando al palacio —dijo alegremente—. Han dicho que apenas se ha visto al rey en meses, la reina está en Grazyk, lo que aparentemente nunca sucede debido a su salud. Y la tensión entre el rey y el príncipe han alcanzado niveles astronómicos, pero ninguno de los sirvientes parece estar seguro del porqué, está bastante claro que el príncipe no quería que este *Rawalyk* tuviera lugar. Además fue visto en la torre de la bruja…

Malachiasz se enderezó.

—¿Pelageya?

Nadia se quedó helada.

¿Una bruja en Tranavia?

—¿Qué? —preguntaron al mismo tiempo.

—No —dijo Rashid—. Cálmense los dos y no se les ocurra ninguna loca idea. Así es como nos matan a todos y no logramos nada al final —Malachiasz y Nadya intercambiaron una mirada, su pelea había sido olvidada momentáneamente—. Magos —dijo Rashid sonando claramente angustiado —. Parj y yo debimos haber hecho esto sin ti —Malachiasz sonreía débil y salvaje, ella reconoció a que yo desde el primer día que lo conoció—. Independientemente —continuó Rashid— se sabe que la bruja es la asesora personal de la reina.

—¿Pero ella es Kalyazi? —preguntó Nadya.

—La mayoría lo consideraría un golpe al rey y al país —dijo Malachiasz — la familia real no se lleva bien.

—Claramente.

—El príncipe tuvo una entrevista con el Buitre carmesí —dijo Rashid—. Y el rey ha estado visitando las minas de sal, el príncipe envió a alguien y regresó recientemente.

Malachiasz se puso rígido mientras que una persona se cerraba de golpe a su alrededor y distraídamente se frotaba las cicatrices de su antebrazo.

—Eso no es bueno —murmuró.

—Espera, ¿cuál de ellos es el Carmesí? —preguntó Nadya. Las clasificaciones no le hacían sentido.

—Żywia es el segundo al mando.

A Nadya no le gustaba que él supiera y utilizara los nombres cuando nadie más lo hacía, Tampoco necesitaba que le recordarán quién era él.

—¿Quizás aquellas visitas a las minas de sal del Rey signifiquen que está trabajando con el Buitre negro y que el príncipe está intentando descubrirlo?

—Siempre pensé que un desacuerdo entre los Buitres sería imposible —dijo Malachiasz—. Pero creo que hemos descubierto algo más grande que un tonto desfile de la reina, Es decir si las minas de sal están involucradas, lo es.

—Si logramos esto, ¿qué pasará con los Buitre?

—Teóricamente nada, darán un paso atrás si Tranavia cae en caos, pero aún así…

—Aún así —dijo Rashid—. El rey parece haber abandonado su habitual guardia a favor de los Buitres.

—No son guardias —dijo Malachiasz.

—¿Qué son entonces Malachiasz? —preguntó Nadya.

Estaba cada vez más agitado y no iba a ignorar los temblores de duda que tenía cuando vacilaba. Hizo un gesto con la mano.

—Sería como si tu zar Kalyazi tuviera clérigos actuando como guardias, no es su propósito principal, pero se supone que no deben de estar tan profundamente conectados con el trono secular.

Nadya suspiró.

—Excepto que la religión está entretejida en nuestro gobierno y no es algo que deba dejarse de lado.

No le gustaba comparar monstruos con su real, pero ese era un ejemplo bastante bien apropiado.

—Pero volviendo al punto, ¿tendremos que pasar a los Buitres para llegar al rey? —preguntó Rashid quién miró a Malachiasz.

Éste asintió reclinando la silla mientras mordía su labio inferior.

—Esto complica las cosas —dijo Nadya— no podemos simplemente esperar el momento oportuno, necesito saber que estoy haciendo si esto va a funcionar.

Malachiasz asintió.

—Vas a ir a la cena, vigilar al rey y encantar al príncipe. Esa será tu forma de llegar y nos dirás exactamente cómo se ven las máscaras de los Buitre cerca del Rey.

Él iba ocuparse de los Buitres. Bien. Perfecto, porque Nadya no sabía qué hacer al estar tan involucrada, era una variable que no entendía.

—Iré a buscar a Parijahan —dijo mientras se ponía de pie—. No tenemos mucho tiempo antes de la cena.

Y esta acción dejó nuevamente solos a Nadya y a Malachiasz.

—Deberías ir tú también —dijo en voz baja.

Podía sentir como su mirada ardía contra su rostro, pero se negó a mirarlo, solamente observó de reojo cómo se ponía de pie y se movía hacia la puerta, pero al parecer cambió de opinión. En cambio se dejó caer de rodillas frente a la silla de Nadya para mirarla.

—Actúe sin confiar en tu juicio y por eso me disculpo —dijo.

Esa no es una disculpa por asesinar a la chica, señaló.

Pero era un comienzo, había algo en ese chico que obviamente lo hacía no tener moral y respeto por cualquier cosa que sirviera para sus propios intereses y Nadya sólo deseaba saber cuáles eran.

—Nadya —comenzó, pero luego se detuvo, dejando escapar un suspiro frustrado.

Inexplicablemente sintió cómo se ablandaba, le tendió la mano y enredó sus dedos en su suave cabello negro dejando que su mano se posara contra el costado de su cabeza.

¿Porque después de estar tan furiosa con él, se encontraba desesperada por besarlo?

El calor de la ira que él provocó todavía estaba fresco y corriendo por sus venas, sin embargo no pudo evitar mirar ese arco de sus labios, sentía demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Quería que todo se detuviera. Quería que todo lo que sentía por él se detuviera.

Si se sorprendió por sus acciones no lo demostró, dejando pasar otro momento entre ellos cargado de una atención demasiado nueva para ella sin embargo él la rompió antes de hablar.

—Tienes que confiar en mí, Nadya —dijo en voz baja—. Sé que solamente soy todo lo que te han enseñado a odiar y más, sé que he hecho cosas terribles en mi vida y también sé que te disgusto. Lo entiendo, pero…

—Tenemos que trabajar juntos —dijo Nadya por lo bajo—. Los cuatro o de lo contrario este plan se echará a perder y nos ahorcaron a todos por ello.

Apoyó la cabeza en su mano y ella la sintió cálida, que otra persona reaccionaría a su toque de aquella manera, era un sentimiento muy peculiar y una conexión que nunca había tenido con nadie. En el monasterio no se fomentaban las relaciones ya que la devoción de uno hacia a los dioses era más importante, esto era un desastre.

Cualquiera.

Cualquiera menos él.

Cualquiera menos el chico enemigo que había atormentado a su pueblo, que era infiel, impío y monstruoso, si le arrancaba el corazón ¿se detendría?, si eso era lo que la traicionaba entonces se desharía de aquello. Cualquier cosa para evitar sentirse atraída por aquel chico terrible.

—Podría ser peor que la horca —reflexionó y no pudo evitar soltar una risita tensa—. Deberías saberlo.

—Tú y yo debemos de llegar a un acuerdo —continuó—. Podemos ser enemigos cuando todo esto termine.

En ese momento estaba bastante claro que no eran enemigos exactamente y un acuerdo probablemente no sería lo que ninguno de los dos quería, tal vez se había golpeado muy fuerte la cabeza durante el duelo, pero se encontró deslizando la otra mano por su cuello para poner su mejilla. Se quedó muy quieto, como si se tratase de un pequeño pajarito y su repentino movimiento podría espantar.

—¿Y qué pasa si no quiero ser tu enemiga cuando todo esto termine? —preguntó en voz baja mientras ésta la traicionaba temblando. Su corazón latía con fuerza en su garganta, pero su expresión no vaciló.

—Entonces podemos llegar a un acuerdo diferente.

—Creo que sería mejor.

Para mantenerse estable puso sus manos a cada lado de ella, una rozando su muslo, se tenso ante aquella acción y él ya estaba comenzando a retroceder, sin embargo antes de que eso pasara ella se acercó y lo besó. Algo que se originaba dentro de su pecho, algo que había mantenido cerca durante toda su vida. Ese acto, la presión de sus labios contra los de ella y el calor que inundó sus venas era una completa y total herejía, pero ella quería más, así que sin pensarlo entrelazó sus dedos en su cabello y sintió su mano deslizarse

hasta su cintura. Sus labios eran suaves y le devolvieron el beso, un rubor repentino tiñó su pálida piel y su mano en la cintura se apretó por una fracción, al terminar sus frentes se presionaron una contra la otra.

—El acuerdo que tenías mente era uno que te mantendría más segura que este towy dżimyka —dijo con voz triste.

—Oh, qué aburrido, crecí en un monasterio he estado a salgo toda mi vida —respondió Nadya.

Una media sonrisa dolorosamente afligida se dibujó en sus labios y le tomó toda su fuerza de voluntad a Nadya no volver a besarlo, luchaba con aquel mismo tirón mientras levantaba una mano y la colocaba sobre un mechón de cabello qué iba a acomodar detrás de su oreja, el toque le quemó la mejilla. Su mirada recorrió su rostro buscando algo, pero no estaba segura de lo que era.

Cualquiera menos él, pensó de nuevo con desesperación, pero todavía se estaba ahogando con el toque de sus labios.

Pensó en los ecos queda utilizado durante el duelo, debió de haber cambiado su expresión porque los ojos de Malachiasz se entrecerraron.

—¿Nadya?

Su libro de hechizos todavía estaba sobre su lado y su mano se movió para colocarlo sobre su regazo pasando los dedos por la cubierta, ¿cómo podía decirle y explicarle con palabras que había saboreado la oscuridad que él aprovechaba y que estaba aterrorizada por eso?

¿Cuál era la mejor manera de hacerlo saber que todavía había una parte de él que ella encontraba inquietante? Lo abrió mientras aterrizaba sobre una página garabateada con hechizos.

—¿Lo sentiste? —preguntó ella.

Él palideció mientras se apoyaba sobre sus talones tragando saliva, asintió.

—Sabías que esto podría pasar.

—No lo sabía, pensé que no pasaría nada si… si no hubiera…

—Sangre —Nadya terminó por él—. ¿No? Sin embargo todo esto es una gran actuación, Entonces por supuesto que sí lo sabías.

Parecía preocupado, sin embargo fue durante algunos segundos ya que el brillo salvaje regresó a sus ojos.

—¿Y?, ¿cómo fue?

—Horrible.

Él vació y luego levantó la mano presionando suavemente su costado sobre los de ella, quería alejarse, pero también quería alejarlo.

Se miraron el uno al otro y él sonrió levemente.

—¿Ayudó no es así? Nunca hubieras salido viva de ese duelo si no hubiera sido por mi magia.

La atención finalmente se rompió y ella golpeó su hombro mientras él reía por la acción.

—Tengo que irme —dijo mientras se enderezaba—. ¿Hablaremos de esto más tarde? Te seré sincero, no tengo idea de lo que significa.

—Si tenemos un más tarde —murmuró Nadya.

Suavemente pasó una mano por su cabello.

—Aún así, deslumbra a los monstruos Nadya que ya has encantado al peor de todos. El resto te debería resultar fácil.

Ella lo miró sorprendida mientras él le guiñaba un ojo.

—Todavía estoy enojada contigo —dijo, pero aquellas palabras se sintieron planas.

—Lo sé —él sonrío mientras deslizaba la máscara sobre su rostro.

Se fue antes de que ella pudiera decir nada, se llevó una mano a sus labios y cerró los ojos con fuerza, sería un infierno pagar por esto.

22

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Leonid Barentsev: Clérigo de Horz que vivió en Komyazalov Cómo académico y enseñó el Códice de lo Divino. Se cree que los asesinos de Tanavia lo envenenaron, pero su cuerpo nunca fue recuperado, ni encontrado.

El libro de los santos de Vasiliev

El estómago de Serefin se revolvió cuando al abrir la puerta Kacper entró tambaleándose, parecía demacrado como si no hubiera dormido en días. Serefin le ayudó a estabilizarse mientras lo llevaba a sus habitaciones y cerraba la puerta detrás. No era seguro para ellos hablar ahí y además tenían que estar en la cena dentro de una hora.

—¿Estás bien? —preguntó.

Kacper se apoyó contra la puerta y se deslizó lentamente hacia el suelo.

—Me detuvo en el pasillo uno de los Buitres que ha estado siguiendo a tu padre.

Serefin de repente se sintió mareado, no había bebido nada en hora. Miró con cautela la pared que se unía al techo.

—¿Y?

—Nada —Kacper negó con la cabeza—. No se si se haya tratado de una advertencia —suspiró—. Pero se supone que debo atenderlo esta noche —dijo mientras cerraba los ojos en un parpadeo.

—Ostyia estará bien por su cuenta.

Kacper encaró una ceja y abrió los ojos.

—Históricamente hablando, varias personas morirán esta noche. Además te ves terrible.

Se puso el abrigo con las insignias rojas y botones dorados por el frente, comprobando que sus navajas estuvieran todavía cosidas a sus mangas.

—Esta bien, dime lo que has encontrado.

—¿Sabes cómo mencioné que estaba buscando en la lista de nobles participantes?

Serefin asintió.

—Varios de ellos no se han echado otras debido a los nervios, pero faltan completamente —Kacper metió la mano en el bolsillo y le entregó a Serefin una pila de papeles arrugados—. Además, mi agente regresó de las minas de sal, esto no es bueno Serefin.

—¿Cuándo lo es? —preguntó Serefin, mientras desdoblaba el papel. Le temblaban las manos y se notaba distraído ante un pensamiento tardío, sin embargo leyó el informe y su corazón se hundió—. ¿Esto es real? —Su voz salió débil a lo que Kacper asintió.

Los Buitres y el rey estaban trabajando juntos y aunque Serefin sabía que no era del todo cierto, casi habían logrado su objetivo con un nuevo experimento, según decían los periódicos. Cuerdas de marionetas, pero las últimas fueron demasiado obstinadas y difíciles de controlar que se estaban moviendo hacia un espantoso proceso, colocando a su padre en el centro. Lo sintió como una broma de mal gusto, como si todo hubiera estado frente a su cara todo el tiempo, pero hubiera estado demasiado concentrado en cosas equivocadas para verlo realmente. La huida de los Tranavianos no había sido tan simple y fácil como la magia del ateísmo.

—Mi padre es un mago débil —dijo Serefin con voz ronca.

Kacper asintió. Si estaba leyendo esto correctamente, lo cual no estaba seguro de estarlo, Los Buitres habían encontrado una forma de obtener más poder que cualquier mortal debería alcanzar e iban a dárselo a Izak Meleski por un precio razonable.

Un sacrificio.

Esa pequeña anécdota de Peleageya sobre un mortal volviéndose divino, en ese momento se sentía completamente irónica, ya que a Izak solamente le costaría un hijo, un insignificante cambio en las cosas.

¿Cuál sería la vida de Serefin a cambio de un poder ilimitado?

Esta era la oportunidad de su padre para demostrarle a su gente y a su reino que no era débil, que él sería mucho más, que él sería más grande, que él se convertiría en un dios.

—Se ha vuelto loco —dijo Serefin.

Fue la única explicación que encontró coherente; los Buitres, el nerviosismo de su madre y las advertencias de Peleageya. Y eso Solamente le daba una respuesta, su padre había perdido la cabeza.

Y Serefin pagaría el precio.

Kacper miró al techo y Serefin gruñó, sacó la daga de su funda y se abrió la mano y la arrojó sobre la mesa cercana; el olor a humo comenzó a llenar la habitación mientras esté rompía todos los hechizos colocados por su padre.

Al diablo las consecuencias.

—¿Sabes a quién se le debe este éxito? —Serefin señaló una línea en el informe.

—Es probable que el buitre negro, pero no tengo idea.

Serefin se frotó la frente en notable desesperación, Buitre negro no era importante en ese momento. ¿Cuándo había enloquecido su padre de aquella manera?, trato de pensar en retrospectiva, había estado tan desconectado de lo que sucedió en Tranavia mientras él estaba en el frente, ¿hubo señales todo ese tiempo?. Pensó en las aldeas Tranavianas por las que había acabado, aquellas abandonadas y a punto de desaparecer por completo y su padre parecía indiferente ante la difícil situación del país, la difícil situación que esta guerra estaba impulsando.

No siempre había sido así.

Recordó cuando su padre se preocupó, había sido hace años, puede que nunca supiera exactamente cuándo habían cambiado las cosas.

Serefin se reclinó contra la mesa repentinamente cansado.

—¿Cuánta sangre se necesita para poner esto en movimiento?

Kacper no respondió. Y sólo así las piezas comenzaron a alinearse, la imagen que estaba formando era demasiado horrible para comprender.

—Quizá la magia de los mejores magos en Tranavia reunida bajo la mentira del *Rawalyk* —susurró Seferin—. La sangre común no serviría de nada, tiene que ser sangre con poder. Las chicas desaparecidas, ¿alguna de ellas había sido de familias que no usaran la magia?

Kacper negó con la cabeza.

—¿Y si todos los magos de sangre…? —dijo Kacper mientras dudaba de sus palabras—. Si esto nunca se ha hecho antes no sabemos qué le pasará realmente a tu padre.

—Estaré muerto, así que no me importa realmente lo que le suceda a mi padre —respondió Serefin—. Pero qué tal si esto ya se ha hecho antes… —murmuró con la mente acelerada—. La respuesta está aquí.

—¿Qué? —Kacper levantó la cabeza.

—La bruja, las palabras de la bruja, sangre y hueso. Destripa las iglesias de Kalyazi, derrite su oro y muele sus huesos. ¿Qué más dijo?

—¿Qué pasa si los dioses a los que adoran los Kalyazi no son dioses en absoluto? —preguntó Kacper con un horror entrelazado en su voz.

Serefin asintió lentamente, realmente no le importaban los dioses Kalyazi pero, ¿y si fueran algo completamente diferente?. ¿Qué significaría entonces eso para Tranavia?

—¿Qué hacemos ahora?

Serefin Intento pensar en una solución, pero se quedó en blanco, ¿Que podían hacer ellos cuando su padre estaba loco y sediento de aquel poder divino?, ¿qué podían hacer cuando la misma chica que estaba de lado de estas criaturas se les había escapado y estaba en el mundo para causar estragos?

—¿Realmente no tenemos forma de encontrar al clérigo? —dijo Serefin mientras se encontraba con la mirada oscura de Kacper.

—¿Volver con el brujo sabio? Tu padre sospechará qué estás tramando algo.

Serefin agitó la mano ensangrentada sobre la mesa detrás de él, su padre ya sospechaba.

—Estoy pensando en algo.

De pronto hubo un golpe seco en la puerta y tanto Serefin como Kacper saltaron. Serefin se apresuró a envolver su mano todavía ensangrentada con un pañuelo mientras Kacper abría la puerta.

Ostyia Parpadeo con su único ojo al verlos a ambos.

—¿Están bien chicos? En absoluto, pero supongo que eso no importa ahora —respondió Serefin mientras Kacper movía una silla.

Ella extendió una mano y Serefin la atendió el informe, su rostro se volvió preocupado mientras examinaba las páginas.

—Ya veo —simplemente dijo—. La cena será pronto.

Serefin asintió.

—Voy a quemar esto —dijo Ostyia sosteniendo el informe—. Esto es malo Serefin.

—Estoy muy consciente.

—No eres tú el único que está en peligro tampoco, son todos los magos de sangre, cada Noble y toda clase de dominante en Tranavia.

—Soy el que corre más peligro —dijo sonriendo levemente.

Ostyia hizo un corte en su dedo con una navaja oculta en su manga y el informe se incendió, aquel gesto solemne se profundizó ante el esfuerzo de

lanzar un hechizo elemental, pero se esfumó en cuanto se quitó las cenizas de las manos.

—Tienes un lugar en donde necesitas estar, podemos ver qué hacer al respecto más tarde —dijo Kacper poniéndose de pie.

Serefin quería decirle que se quedara atrás, pero sabía que Ostyia lo requería de asistente a la cena como noble y no como guardaespaldas de Serefin.

—Te ves realmente horrible —dijo Serefin mientras se acercaba e intentaba rasurar el cabello de Kacper en una nueva apariencia de limpieza.

Kacper tiró de su chaqueta arrugada tratando de alisarla, pero nada hizo que estas arrugas desaparecieran, sin embargo lanzó una sonrisa torcida.

—No todos los días puedo dar noticias de que el rey está tratando de convertirse en un, ¿eh?

Serefin hizo una mueca.

Un Dios.

Escucharlo en voz alta lo hizo sentir más real y más aterrador, había una razón por la que Tranavia se había liberado del dominio de los dioses, había una razón en concreto por la que habían rechazado las reglas, las costumbres y toda aquella constante opresión de tener a un ser mucho más grande y poderoso gobernando ante su propia idea de moralidad. Lo que estaba haciendo su padre no iba a cambiar nada, solamente iba en contra de toda la esencia de ser un Traviano. Si Serefin tenía que derribarlo para restaurar el trono a lo que debía ser inicialmente, lo haría ya que su padre había perdido derecho éste, después de semejante ideal. Alcanzar más poder era una cosa, inclusive era admirable, ¿pero esto?. Esto era demasiado.

Derrumbaría al ya delicado gobierno de Tranavia, sin embargo no hubo tiempo para entrar en pánico ya que Serefin tuvo que fingir que era solamente un príncipe petulante, un príncipe que había regresado de la guerra y nada más. Era muy bueno fingiendo, de eso no había duda.

⋆ ⋆ ⋆

El salón de banquetes estaba iluminado por candelabros de cristal que parpadeaban con una luz dorada sobre la larga mesa, Serefin descubrió que a su lado estaba Józefina y Żaneta frente a él. Todo aquello era inusual, ya que estaba acostumbrado a sentarse en la mesa alta, pero aparentemente el protocolo había cambiado. Żaneta le sonrió cálidamente mientras se sentaba y Ostyia se animaba a su lado.

—Seguramente deberían de estar anunciando tu llegada —dijo Żaneta.

Miro hacia donde estaba el asiento vacío de su padre en el otro extremo de la mesa. No, el anuncio siempre sería para su llegada. No para la de él, nunca había sido para él.

—Lo dudo —dijo mientras hacía señas a un sirviente—. Pero lo prefiero así —le sonrió a Józefina Mientras le hacía un gesto así bien que para que llenar el vaso que tenía frente a él—. ¿Qué es esto? —preguntó—. Por favor dime que es algo que ayudará a adormecer la monotonía de esa noche.

—Es Krój, alteza —respondió el sirviente.

Supuso que el Mead[9] era lo suficientemente bueno para esta noche.

—Pido disculpas, pero estoy seguro de que la compañía presente será lo suficientemente encantadora.

Żaneta puso los ojos en blanco con cariño mientras que Józefina sonreía con inseguridad, sin duda iba a ser un camino muy difícil. Intercambió una mirada con Ostyia y ella comenzó a coquetear con Żaneta, dejándolo enfocarse directamente en Józefina.

Ella se estaba desabrochando su máscara de cuero blanco, el alivio inundó su rostro claramente después de quitarla.

—¿La máscara no es de tu gusto? —preguntó.

—No estoy acostumbrada a ellas —admitió—. Se sienten más incómodas de lo que esperaba.

Aunque sin su máscara él podía ver sus suaves rasgos, rasgos su piel estaba ligeramente cubierta con pecas y sus ojos tenían unas pestañas largas y oscuras.

—Puedes elegir no usarlas, pero…

—Las otras chicas te destrozaran —intervino Żaneta quién se distrajo momentáneamente de su discusión con Ostyia. Ella sonrió—. Tu duelo fue excelente, aunque la próxima vez te recomendaría crear una barrera antes de iniciar para que tu hechizo de sangre no te agarre desprevenida.

Józefina pareció estar perpleja por una fracción de segundo, pero desapareció tan rápido que Serefin cuestionó si realmente la había visto.

¿Acaso no había notado el hechizo de Felicíja?

Eran poco probable.

—Como no se me ocurrió antes.

—Probablemente debido al calor del momento —dijo Żaneta separando un panecillo con los dedos—. Muchos magos utilizan nexos internos porque son las maneras más rápidas y sucias de eliminar a un oponente.

—Fueron escritos específicamente para utilizarlos a modo de tortura —dijo Serefin reflexivo.

—Serefin, Como siempre eres el más encantador de los compañeros para cenar —dijo Żaneta.

Las puertas del fondo del pasillo se abrieron y un silencio sepulcral cayó alrededor de la habitación sofocando a los presentes, Serefin sintió escalofríos. Todo lo que Kacper y él habían estado indagando regresó a su mente repentinamente cuando su padre entró a la habitación, encontrando su mirada con la de él mientras que un destello de rabia inundaba sus ojos. El miedo inundó Serefin.

Lo sabe, él lo sabe.

Un buitre seguía al rey por atrás, habían llegado tarde. Todo se estaba moviendo demasiado rápido y fuera de su control, no es que alguna vez lo hubiera tenido, pero en ese momento su padre sospechaba de él y sin duda no sería agradable.

Sabía que iba a morir.

Movió la mirada del lugar y notó que las manos de Józefina estaban tan apretadas en su regazo que sus nudillos estaban blancos como la cal, estaba mirando al rey con odio notable en sus ojos, sin embargo ella lo sorprendió mirándola y todo su rostro se sonrojó mientras agachaba la cabeza y murmuraba una suave disculpa.

Sus ojos se entrecerraron, ella no necesitaba disculparse ¿por qué una chica de una ciudad tan apartada de Tranavia mirada así al rey?

Quizá no importaba.

O quizá, acababa de encontrar a otro aliado.

23

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatovi Yakov Luzhkov: Fundador del monasterio Selortevnsky en Ghelovkin, un lugar en donde los clérigos fueron entrenados en secreto para luchar en la guerra Santa. En 1520, cuando el monasterio fue destruido, Yakov se quemó con él.

El libro de los santos de Vasiliev

El Alto Príncipe Tranaviano era un chico encantador que disfrutaba la autocrítica y las quejas, Nadya se encontraba riéndote sus bromas y respondiendo de la misma manera a medida de que avanzaba la noche. Żaneta Igualmente atractiva, con un ingenio mordaz y una aguda inteligencia que Nadya jamás habría esperado de uno de los magos de sangre más impresionantes de la corte.

Bueno, esto se está convirtiendo rápidamente en una pesadilla, pensó Mientras hacía su cuchara en un tazón de borscht[10].

Había música suave de fondo en la atmósfera de la habitación y no era tan densa como cuando el rey había entrado.

Una pesadilla que tú estás haciendo.

A Nadya casi se le cae la cuchara cuando la voz de Marazenya sonó en la parte posterior de su cabeza.

Ahora no, suplicó.

Esto no podía seguir así, ya era lo suficientemente malo el tener una diosa apartando la por lo que había hecho al mismo tiempo.

Regáñame todo lo que quiera, pero no aquí.

Estás pisando un terreno peligroso, niña.

Un terreno peligroso que solamente estaba empeorando ya que Marazenya requería de devoción y Nadya nunca podría haber imaginado que eso sería un problema. Sin embargo allí estaba ella, con unos pocos días en Tranavia hecha un manojo de conflictos.

Un gran alboroto en donde se encontraba el rey, justo donde estaba sentado. Una gran copa de cristal salió volando, estrellándose contra la pared y haciéndose añicos, el vino salpicaba la piedra como la sangre. Nadya no pudo analizar qué fue lo que el rey gritó hacia el sirviente que salía despavorido del salón, embargo se quedó helada, al ver como uno de los Buitres de escabullía hacia el sirviente.

El rostro de Serefin enrojeció, mientras apartaba la mirada.

—Está empeorando —escuchó a Ostyia susurrarle a Serefin.

Él tragó saliva mientras asentía rápidamente, alcanzando su vaso solo para encontrarlo vacío y pasando una mano por su cabello señal de clara preocupación. Después de un silencio incómodo, Serefin sonrío alegremente haciendo notar aquella tensión. Nadya miró al rey, no había ninguna señal clara del porqué había tirado el vaso.

—¿Józefina? —Nadya se sobresaltó al escuchar aquel nombre.

—Disculpe alteza, estaba distraída.

—Por favor —el príncipe se inclinó hacia ella—. Llámame Serefin, lo de su alteza se vuelve muy anticuado.

Ella arqueó una ceja, todo esto se trataba de un juego.

—Por supuesto.

—Intercambia lugares conmigo —le exigió la chica tuerta a Serefin.

—No puedes contar con todas las chicas de aquí, Ostyia.

—Sí puedo y lo haré —respondió ella con remordimiento.

Puso los ojos en blanco y lanzó otra mirada ansiosa hacia donde su padre se había sentado, sin embargo sin decir ni una sola palabra se puso de pie e intercambió lugares con Ostyia, la chica tenía un brillante parche en el ojo derecho en lugar de una máscara y su sonrisa era tan eléctrica y ésta solamente sonrió hacia Nadya.

—Tú pelea fue la más interesante que había visto en años —dijo mientras colocaba un mechón de cabello negro detrás de su oreja, quién llevaba su cabello recortado justo por su barbilla, era muy diferente a las modas que Nadya había visto en Grazyk—. Quiero decir —se inclinó hacia ella—. He visto antes pelear a Żaneta.

—Halagar a la chica nueva no tiene importancia —dijo Żaneta mientras hacía un gesto con la mano.

—Su alteza —dijo uno de los chicos que estaba sentado al lado de Żaneta. Serefin lo miró atentamente—. ¿Los rumores que vienen del frente, son ciertos? ¿Finalmente estamos derrotando a los Kalyazi?

Nadya no escuchó la respuesta de Serefin, ya que Ostyia se inclinó más cerca de ella.

—Tu libro de hechizos no se parece a ninguno de los que he visto encuadernado aquí, ¿quién lo hizo? —preguntó.

La mente de Nadia quedó en blanco y vio como Żaneta volvió la mirada del príncipe hacia ella, una de sus manos cayó al libro de hechizos que estaba atado a su cadera y sintió las crestas en el diseño de la portada, así cómo los iconos de los dioses que había puesto en la parte de enfrente.

—De hecho, tengo un amigo que encuaderna libros de hechizos —dijo mientras sonreía—. Hace un trabajo hermoso, sin embargo está un poco obsesionado con Los Buitres y eso definitivamente se nota —dijo mientras soltaba el libro de su cadera y esbozaba una sonrisa tímida.

Ella esperaba desesperadamente que ningún noble Traviano le reconociera los símbolos de los dioses Kalyazi, le tendió el libro a Ostyia para que lo mirara, mientras el corazón le latía con fuerza. La chica lo tomó pasando sus manos por la tapa, los ojos de Żaneta se entrecerraron y Nadya captó la expresión justo antes de que la *slavhka* suavizara sus rasgos nuevamente.

Toda aquella apuesta se basaba en algo que Malachiasz le había dicho anteriormente a Nadya, ningún mago de sangre se atrevería a abrir el libro de hechizos de otro y si Ostyia se aventuraba más allá de la portada del libro Nadya estaría en problemas. Cada segundo parecía una eternidad, pero al final hostia le devolvió el libro a nadie, quién lo sujetó al cinturón con dedos temblorosos.

La comida estaba deliciosa, pero Nadya apenas la probó, estaba demasiado concentrada en no cometer más errores y de alguna manera lo logró, al menos eso pensó. El príncipe la había sorprendido mirando al rey, aquella acción fue muy descuidada de su parte, pero estaba tratando de convencerse a sí misma de que tanto el rey como el príncipe tenían que morir. Al ver al rey en persona le resultó fácil recordar todos aquellos horrores que los Tranavianos le habían hecho a Kalyazi a lo largo de los años. El príncipe sin embargo hizo que fuera una tarea muy fácil de olvidar, aunque aún no estaba tan convencida.

Kostya, estás haciendo esto por Kostya, Todavía estaría vivo si no fuera por Serefin, se recordó a sí misma.

Justo antes de que terminara la cena el rey se levantó y se acercó a Serefin, el príncipe se tensó y Nadya vio cómo su mano iba hacia su libro de hechizos antes de que claramente la apartara de inmediato, no se puso de pie aunque al parecer el rey tampoco esperaba tal acción, al contrario este se inclinó para susurrarle algo a Serefin. Desde ahí Nadya pudo ver aquel parecido que tenían, pero también notó que el rey era muy cuidadoso de permanecer lo más alejado de Serefin.

El rostro de Serefin perdió color y sus ojos parpadearon cerrados mientras su padre hablaba antes de que su máscara se posara sobre sus rasgos, sus pálidos ojos oscurecieron justo cuándo se volvieron a abrir.

—Por supuesto —murmuró sin volverse a mirar al rey.

Después de todo aquello el rey se fue acompañado de una gran guardia de sirvientes, guardianes y Buitres enmascarados.

Serefin acompañó a Nadya de regreso a sus aposentos, nadie hablaba de lo que había sucedido entre él y su padre.

—Se le dijo a Serefin que no favoreciera a nadie en particular —le dijo Żaneta a Nadya antes de volverse al nombrado—. No la metas en problemas mientras peleas con tu padre.

Nadia se quedó helada y Serafín le lanzó una mirada exasperada.

—No hay necesidad de asustarla —la regañó.

—Hay muchas razones para asustarla —respondió dulcemente mientras se ponía de pie e inclinaba la cabeza hacia Serefin—. Te deseo una buena noche Serefin. ¿Y Józefina?

—¿Sí? —Nadya dijo.

—En serio, buena suerte.

—Gracias —dijo Nadya—. Para ti también.

Żaneta río echando la cabeza hacia atrás.

—No la necesito, pero gracias de todos modos.

Serefin le tendió el brazo a Nadya mientras lanzaba una mirada maliciosa a aquellos que miraban abiertamente, ella dudó antes de tomarlo sin embargo se encontró con los ojos de Parijahan, mientras pasaban sobre la zona de los sirvientes. El esbozo de una ligera sonrisa se formó sobre sus labios mientras se levantaba para seguirlo.

—¿Entonces? —dijo Serefin en voz baja—. ¿Qué le hizo mi padre a Łaszczów para que lo miraras con ese nivel de odio?

Nadya tropezó.

No podía ser, él no podría saberlo.

No había manera, trato de sonreír, pero lo hizo falsamente a lo que el río entre dientes.

—Ah, eso fue cruel. Disculpa, pero eres una encantadora provinciana —Nadya hizo una mueca—. Lo siento —dijo Serefin con un ligero ceño fruncido mientras pasaba una mano por su cabello—. Eso estaba destinado a ser un buen cumplido, al parecer no fue muy bueno.

—No —Nadya se rio tímidamente.

—He estado al frente durante años y temo haber perdido toda la habilidad que antes tenía para interactuar con la gente, aunque no es que haya sido particularmente bueno en eso.

—Creo que lo estás haciendo bien —dijo Nadia—. Aunque probablemente yo soy la peor juzgando.

—Es estimulante —dijo—. Eres sincera y odias a mi padre, esas son las dos cosas que más aprecio.

La forma en la que hablaba de su padre, la rigidez de sus ojos y la tensión acumulada en sus hombros hizo que Nadya sospechara que Malachiasz tenía razón, realmente había entrado a una zona mucho más grande que esos pequeños juegos de corte.

Deseo tener un poco más de tiempo para evaluar la idea de Serefin como un mejor rey, ya que esta noche realmente le había dado esperanzas, pero no las suficientes como para detener la guerra. Tenía que seguir adelante.

—Estos son mis aposentos —dijo deteniéndose y Parijahan la rodeó para abrir la puerta.

Ella se apartó de Serefin, pero él la tomó de la mano, besándola suavemente. Nadya se sonrojó al instante.

—Buena suerte Józefina, no quisiera que perdieras la vida por una ridícula razón como lo es este *Rawalyk*.

—Gracias, Serefin —dijo mientras él torcía su gesto, dejando caer su mano.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Inclinó la cabeza hacia ella antes de desaparecer por el pasillo mientras que Nadya cerró la puerta de su habitación de golpe y se apoyó contra la puerta, deslizándose lentamente hacia el suelo con sus faldas formando un inmenso charco verde pálido alrededor de ella.

Parijahan sonrío.

—Creo que le encantaste al príncipe.

—Creo que sí.

—¿Fue difícil?

—Tenía ganas de vomitar todo el tiempo —dijo Nadya y Parijahan simplemente se rio. Nadya dejó caer la cabeza entre las manos.

—Definitivamente él no es lo que esperaba.

Había estado esperando a alguien más parecido a Malachiasz la que lo conoció, intimidante y poderoso y no estaba segura de que hacer con ese chico encantador y torpe. Que él fuera uno de los magos de sangre más poderosos de Tranavia, además de un completo hereje hizo que sus dedos le picaran alrededor de la *szitelka* que escondía en su manga. Ella ya había dudado demasiado y no podía permitírselo más.

Nadya había pasado una buena parte de la noche rastreando todos los movimientos del rey y tratando de descifrar cuántos guardias tenía a su alrededor en todo momento, después de descubrir cuántos eran, lo difícil sería separarlo de sus guardias y matarlo. Estaba meditando las probabilidades y ninguna era buena.

—¿Quieres que tenga que ganar este *Rawalyk*, para acercarme lo suficiente? —dijo a Parijahan, quién consideraba su pregunta con sus ojos grises fijados en la pintura del techo.

—No sé si tengamos tanto tiempo, debes de tener cuidado con Los Buitres que acechan por el palacio.

Nadya sacó el collar de Kostya del escote del vestido y lo colocó entre sus dedos, no necesitaba que le advirtieran sobre Los Buitres.

—Akola, ¿cómo es tu tierra natal? —preguntó. La verdad era que no quería hablar de Buitres con aquel cuadro sobre ellas.

—Cálida —dijo Parijahan mientras sonreía y cerraba los ojos con aire soñador—. Inclusive en invierno, no hace tanto frío como en Kalayazin. Además las arenas atrapan el sol y todo se torna dorado.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera?

—Mucho tiempo, demasiado. Pero aún no lo suficiente.

—¿Crees volver?

—No lo sé —Parijahan rio mientras se ponía de pie—. Se cometieron muchos errores y mucha gente murió, Rashid y yo aprendimos que a veces lo único que queda es desaparecer.

Le tendió las manos a Nadya y se ofreció a ayudarla a levantarse, esta aceptó. Parijahan era mucho más alta que ella y está apoyó sus manos morenas sobre los hombros de Nadya.

—Nadya, Qué te estamos pidiendo demasiado, pero como extranjeros que somos te pedimos que confíes en nosotros, en Malachiasz y pongas todo tu

ser en este juego, en esto que posiblemente pueda ser imposible —apoyó la frente contra la de Nadya—. Por favor, no pienses que sólo porque caíste en nuestras vidas en un momento oportuno no nos importas. Lo haces, a mí, a Rashid y a Malachiasz también.

—Estoy acostumbrada a que me utilicen por mi poder —dijo Nadya—. Ustedes tres son mis amigos y ya estoy cansada de los secretos.

—Entiendo —Parijahan asintió.

Normalmente Nadya no solía ver ese lado de Parijahan, Sin embargo la alivió ver que había una calidad suavidad en aquella mirada dura que siempre tenía.

—Bueno, hasta ahora he sobrevivido a la corte de los monstruos —dijo Nadya sonriendo—. Ahora sólo es cuestión de encontrar una debilidad en su sistema y explotarla.

* * *

Nadya guardó el rosario en el bolsillo de su vestido, era tarde, pero no tanto como para que la encontraron vagando por los pasillos del palacio. Además estaba demasiado nerviosa para dormir y odiaba sentirse sola en Tranavia, necesitaba a los dioses de vuelta y tenía que haber un camino más allá del velo que estaba bloqueando el acceso hacia ellos.

—¿A dónde vas? —dijo Parijahan mientras asomaba la cabeza fuera de su habitación.

—Necesito encontrar algunas respuestas, Quédate aquí en caso de que alguno de los chicos aparezca, no quiero que se preocupen por nosotros —Parijahan frunció el ceño—. Estaré bien, Parj —dijo Nadia mientras sujetaba el libro de hechizos de Malachiasz sobre su cinturón—. Además, tengo la atención del príncipe y Malachiasz se encargará de todos aquellos Buitres que rodean al rey, yo usaré al príncipe para acercarme lo suficiente y atacar.

Parijahan la dejó ir a regañadientes. El palacio estaba inquietante y silencioso mientras Nadya deambulaba por los pasillos, era como si todo el mundo estuviera esperando una respiración contenida ante aquel silencio. La luz parpadeante de las velas proyectaba sombras ominosas sobre las pinturas que se extendían sobre los techos.

El real estaba en el lado opuesto del palacio y finalmente dio con ella siendo vigilada por un puñado de guardias del Rey, uno de ellos la llamó para preguntarle qué hacía deambulando y le respondió que se había perdido buscando la biblioteca, él simplemente le creyó.

Al final parecía inofensivo que una *slavhka* estuviera aburrida mientras deambulaba tratando de encontrar un buen libro, el guardia señaló la dirección correcta y luego la ignoró inmediatamente. Realmente no esperaba encontrar nada sobre magia en la biblioteca, pero había documentado acerca de la magia de la sangre que causaba que los cielos estuviesen bloqueados hacia la tierra, después de todo los Tranavianos estaban terriblemente orgullosos de ello.

Había algunas personas en las estanterías cuando entró, pero conforme pasaba la tarde y anochecía nadie le prestó atención. Nadya no estaba segura de lo que buscaba, pero haber crecido en un monasterio le había enseñado cómo encontrar exactamente lo que necesitaba en una biblioteca. Se metió la mano en el bolsillo mientras deambulaba por las estanterías, era una biblioteca grande y las escaleras subían en espiral dando hacia varios pasillos llenos de libros, sus dedos se frotaron sobre las cuentas del rosario, los dioses todavía se sentían demasiado distante, pero hubo un leve empujón en la parte posterior de su cabeza que hizo que se presionará contra el fondo de la biblioteca. Nadya siempre había pensado que leía mucho mejor Tranaviano qué de lo que lo hablaba.

Sus dedos rozaron el lomo de libros viejos y desmoronados, desgastados por el tiempo y el poco cuidado, no estaba segura de lo que estaba buscando ya que los títulos que veía no significaban realmente nada para ella.

¿Se suponía que debería estar viendo algo aquí?, no obtuvo respuesta.

Suspiró retorciendo las cuentas con los dedos.

Probablemente era un esfuerzo inútil ya que no iba a encontrar nada que pudiera ayudarla en una biblioteca de Tranavia, sin embargo un empujón más agudo se produjo justo cuando su mano pasaba sobre un volumen delgado encajado entre dos libros, estaba hundido casi tan atrás que ni siquiera era visible. Ella lo sacó con cuidado, percatándose de que la portada estaba en blanco, no tenía un título, ni indicaciones que sugirieran el tema, la cubierta estaba hecha jirones en los bordes y cuando Nadya pasó en las páginas, todas estaban amarillentas, además la mano que había escrito aquel texto tenía letra delgada.

Nadya se acercó a una mesa y fue muy gentil cuando abrió el libro por completo, tenía miedo ya que parecía que fuera a desmoronarse por completo con el menor toque provocado. El símbolo de la primera página le resultaba familiar.

Muy familiar.

Soltó el rosario y lo colocó nuevamente en el bolsillo mientras tomaba el otro collar que colgaba de su cuello, era la misma espiral la que estaba grabada. Solamente tuvo tiempo de pasar la primera página y tiempo suficiente para darse cuenta de que había dejado de escuchar los silenciosos sonidos de otras personas en la habitación y darse cuenta de que alguien la estaba mirando.

24

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Malgorzata Dana: Una Tranaviana que huyó de su hereje familia por una vida en el monasterio de Tobalsk, su valentía y su muerte a manos de su hermano la canonizaron.

El libro de los santos de Vasiliev

Todos los sentidos de Serefin se sintieron desconectados, escuchó la carne golpeando contra la misma y sintió que su cabeza se movía tan fuerte hacia los lados que pensó que se cuello podría romperse, sin embargo le tomó unos cuantos segundos para que aquel dolor estallara contra el costado de su cara. El anillo de Izak abrió la mejilla y sintió que la sangre goteaba lentamente por su rostro. Sabía que la relación de su padre se había vuelto distante y de cierta manera tensa, pero jamás lo había golpeado.

—¿Ahora qué hice para merecer esto? —preguntó Serefin mientras se quitaba la sangre de la cara con el pulgar.

Sabía que cuando su padre le había ordenado personalmente que fuera a su estudio después de la cena, no iba a ser agradable, pero instigar a su padre era parte del plan y podía sobrevivir a los moretones que este le provocara. Además, si esto salía mal, en unos pocos días estaría muerto de todos modos.

¿Que eran algunos moretones, entonces?

—Pido muy poco Serefin, muy poco —dijo Izak—. Pido un mínimo respeto por las tradiciones de tu país, solamente eso.

Sabía que no se trataba de eso, pero Serefin seguiría con el juego si les impedía abordar el verdadero problema.

—Sabes que he expresado correctamente lo que siento por estas tradiciones, en este momento son innecesarias, padre. Estamos en guerra.

—No te atrevas a sermonearme Serefin.

Un segundo golpe aterrizó en su cara y nuevamente todos los sentidos de Serefin tardaron un poco en reaccionar, sintió su mandíbula qué tronaba contra aquel golpe.

—¿Terminaste? ¿Te gustaría un tercer golpe? Claro que estoy dispuesto a ser tu saco de boxeo.

—Serefin… —El tono de voz que su padre utilizó fue de advertencia.

Izak finalmente cruzó la habitación mientras se sentaba en aquel gran escritorio de roble, la habitación estaba vacía y pocos elementos sugerían que alguna vez se hubiera utilizado. Al parecer, ése iba a ser el alcance de la golpiza que seré fin estaría sufriendo hoy.

Miró a su padre mientras revisaba algunos papeles que estaban esparcidos sobre el escritorio, ¿Que le impedía atravesar el ojo de su padre con su daga en estos momentos?, ¿de abrir su libro de hechizos y quemarlo de dentro hacia afuera?

Política.

Ya que las consecuencias significarían la ejecución de Serefin, además su golpe tenía que ser mucho más delicado.

La respuesta siempre ha estado aquí, ¿pero a qué?

¿Por qué esta guerra seguía en pie?, ¿por qué su padre, quién había negado la existencia de los dioses quiso convertirse en uno? Aunque todo aquello podría responderse fácilmente debido a su gran ego, esa no era la razón y Serefin nunca negó la existencia de los Kalyazi, solo que nunca había visto su propósito. Se preguntó si su padre ya había comenzado el proceso.

La forma en la que su corona estaba ligeramente torcida y las manos le temblaban eran importantes indicadores de a lo que su padre se refería, sin embargo solamente fue cuando su manga cayó hacia atrás qué Serefin vislumbro docena de cortes frescos y esparcidos por el antebrazo de su padre que lo supo realmente. Estómago se revolvió al percatarse de que finalmente había tenido la confirmación de todas sus sospechas.

—Creo que estamos desperdiciando recursos en trivialidades, escondidos bajo el disfraz de una tradición cuando hay una guerra y la mitad del reino se está muriendo de hambre —dijo Serefin hoscamente, obligándose a pretender que esa era solamente una conversación normal.

—Cuando gobiernas, puedes lidiar con los disturbios, renunciando a la tradición —respondió Izak sin levantar la mirada.

La sangre de Serefin se congeló.

Nada en la voz de su padre sonaba remotamente sincero, sin embargo empujó la oleada de pánico que crecía en su pecho y tuvo que cambiar de tema.

Recordó una conversación que tuvo con Józefina, acerca de cómo su séquito era tan pequeño y porque se había encontrado con Kalyazi dentro de Tranavia.

—Una de las chicas que vive en la frontera me dijo que Kalyazi se había abierto paso —aquello hizo que su padre mirara hacia arriba.

—¿Qué?

—No puedo confirmarlo —Serefin se encogió de hombros—. Pero por lo que vi de Kalyazi mientras estaba al frente, no suena tan descabellado. Estamos ganando, pero eso no significa que sea un hecho.

Una de las manos que su padre se cerró en un puño mientras arrugaba un papel, Serefin sintió como si acabara de ganar una pequeña e insignificante victoria y puedo ver como un escalofrío gélido pareció a sentarse sobre los hombros de su padre.

—Los Kalyazi han trasladado fuerzas a Rosini —Ovorisk dijo.

Serefin frunció el ceño muy inseguro del porque su padre le estaba contando aquello, era extraño tener a las fuerzas del Kalyazi moviéndose por la frontera, pero cuando Serefin estaba en Grazyk era un príncipe, no un general y su padre solía dejar ese punto muy en claro.

—Es casi como si supieran algo que nosotros no —continuó su padre—. Como si se estuvieran preparando para algo más… grande.

De repente su padre sonrió y el miedo recorrió la espalda de Serefin.

—Sea lo que estén planeando, no sobrevivirán. Tranavia está a punto de demostrarle el verdadero significado del poder.

—¿Está? —preguntó Serefin con la voz tensa.

Su cabeza dio vueltas, si los Kalyazi estuvieran preparándose para un ataque, era seguro que Tranavia no podría defenderse. ¿Qué sabía Kalyazin que Serefin no?

Izak no respondió, solamente lo despidió corriéndolo de su estudio, no sin antes decir:

—Estás caminando sobre hielo muy fino Serefin, mantente alejado de aquella bruja que le lavó el cerebro a tu madre.

¿De eso se trataba todo? Serefin se relajó, estaba considerando hacerle una visita a Pelageya por la mañana, ciertamente lo haría.

—Oh, Soy muy consciente de ello padre. Afortunadamente sé nadar ya que he estado en Kalyazin anteriormente, así que sé cómo es realmente tener frío. Porque efectivamente, el hielo está a punto de romperse.

Su padre lo miró con dureza y Serefin simplemente se inclinó mientras sonreía, para después salir lo más rápido que pudo. Fuera de las habitaciones de su padre, por el pasillo, este finalmente se apretó contra la pared con sus manos temblorosas. Kacper se le acercó y le puso una mano firme sobre el hombro. Si Kalyazin estaba haciendo preparativos y su padre planeaba aniquilar a sus fuerzas con el poder de un dios, Serefin aún estaba a tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó Kacper. Serefin se dejó caer sobre su hombro.

—No —murmuró. Hubo un latido de vacilación en su corazón, pero Kacper se movió a modo que su frente estaba tocando su sien.

—Te sacaremos de esto Serefin —dijo.

—¿Sabes que hay un moretón bastante espectacular sobre tu cara?

Serefin de rio débilmente y se enderezó, era muy tarde y estaba cansado, así que no había nada que pudiera hacer esta noche. Estaban caminando hacia las habitaciones cuando un fuerte estruendo resonó por el pasillo, era de la biblioteca.

—Bueno, eso no suena bien —murmuró Kacper mientras Serefin caminaba por el pasillo.

NADEZHDA LAPTEVA

Nadya se movió para que el *szitelka* se moviera por debajo de su manga y cayera en su palma.

Por favor, que sea otro concursante molesto por que el príncipe la favorecía a ella, pidió.

Su mano se apretó sobre la empuñadura y tiró la silla hacia atrás mientras se ponía de pie, dando vueltas alrededor de la biblioteca. Se encontró cara a cara con un blanco y metálico enmascarado.

Gritando, saltó hacia atrás y golpeó la mesa, El Buitre no se movió, simplemente inclinó la cabeza hacia el otro lado; el cabello rubio y rizado le caía por su espalda. La luz de las velas reflejaba aquellas garras tan características de uno de ellos. El pánico apretó el pecho de Nadya, tomando forma en un apretón doloroso y sofocante.

Sabía que no podía luchar contra El Buitre, al menos no ella sola.

Aquí no.

No tuvo la oportunidad de alcanzar a los dioses con alguna esperanza de que le respondiera ya que El Buitre atacó, moviéndose más rápido que Nadya, la cual apenas tuvo tiempo de esquivar el movimiento. Las chispas repiquetearon cuando las garras del Buitre chocaron contra la *szitelka* de Nadya.

¿Tienen idea de quién era yo?

¿Qué hubiera pasado si encontraban a Malachiasz y lo hubieran convertido en un monstruo?

¿Fue así como la encontraron?

Nadya empujó al Buitre y saltó sobre la mesa, las garras de este se clavaron sobre la madera, sin embargo no la alcanzó.

Ella no tenía magia.

Ella no tenía nada, no tenía ni un poco de esperanza sin la guía de sus dioses.

25

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatovi Vlastimil Zykin: Clérigo del dios Zaltek. La mente de Vlastimil siempre era débil, incapaz de manejar intolerancias de silencio que su dios exigía. En lugar de eliminarlo de la memoria, se recuerda aquel fracaso como una lección para los elegidos por los dioses y que son mortales, ya que los dioses no están para juegos.

El libro de los santos de Vasiliev

Nadya corrió mientras El Buitre la seguía con movimientos tan rápidos que no eran más que simples esbozos sobre la tenue luz.

No habían salido de la biblioteca y una línea de sangre inundó su boca con sabor a cobre, algo se estrelló contra ella derribando hacia la estantería con un estruendo ensordecedor. La respiración le faltaba y jadeó en busca de aire, aún estaba demasiado consciente para saber que El Buitre se movía por el lugar, en ese momento cada vez más cerca.

—Pequeña chica, ¿estás asustada? —dijo El Buitre mientras arrastraba una garra de hierro contra una hilera de libros con lomos desgastados por debajo.

La desesperación envió a Nadya a buscar un hilo de cualquier cosa que pudiera detener al monstruo en seco, pero con cada paso que daba retrocedía hacia una pared, estaba atrapada y no tenía a dónde ir.

Era su fin.

Sola y en la oscuridad. En casa de sus enemigos.

El Buitre estaba a centímetros de ella y su máscara estaba completamente blanca, exceptuando las dos rendijas que tomaban lugar a sus ojos.

—No correrás más, pequeña mascota.

Nadya apretó los dientes, sin dioses y desesperanzada.

El Buitre se movió, Nadya no tenía más que perder y tampoco tenía nada que pudiera salvarla, pero ella se negó a morir ahí. La primera vez que Marazenya lo había descubierto y Nadya lo había usado, se trataba de algo parecido a un pozo, solamente que en ese momento se trataba de un río y la presa había estallado.

Tosa la frustración y miedo de Nadya se había canalizado hacia el poder, magua que fluía de ella. El Buitre cayó al suelo estrellándose contra una mesa y partiéndola como si estuviera hecha de papel, Nadya se miró la mano y el horror le revolvió el estómago.

¿Qué había sido eso?

Ella se apresuró a buscar su rosario entre el corpiño.

Quizá el velo se había roto, quizá era Marazenya.

Pero Marazenya estaba completamente lejos y eso había sido algo completamente diferente.

De repente el príncipe entró a la habitación con sangre que le goteaba por la mano.

¿Qué está haciendo él aquí?, Nadya pesó desesperadamente. Definitivamente no podía empeorar.

—¿Józefina? —dijo y El Buitre se puso de pir tambaleándose detrás de Serefin.

Nadya se puso de pie y extendió la mano, mientras fragmentos de hielo se dispararon por la palma de su mano mientras empujaba al Buitre hacia una pila de libros.

Serefin se volvió y mientras su atención se desviaba Nadya se abrió el dorso de la mano, el príncipe por otro lado daba un paso hacia El Buitre.

—Vete —dijo. Una orden tan simple que veía todo el dominio que ejercía sobre Tranavia.

—Este no es asunto tuyo, príncipe —siseó El Buitre.

Serefin arrancó una página de su libro de hechizos y cuando la arrugó en su puño el Buitre cayó inmóvil como una piedra.

—¿Lo mataste? —susurró Nadya.

—Se necesita más que eso para matar a los de su especie —dijo mientras negaba con la cabeza—. No se si podría hacerlo si lo intentara, pero no estaba inconsciente durante mucho tiempo. Como máximo unos cuantos minutos.

Le ofreció la mano y le ayudó a ponerse de pie antes de volver a ver al Buitre inconsciente, Serefin se agachó tomando un mechón de cabello entre sus dedos, Nadya pensó que le iba a quitar la máscara, pero se enderezó.

—Vuelve a tu habitación —dijo—. Y cierra la puerta, no creo que vuelva a intentarlo.

—¿Qué?

—Ve —insistió mientras que el teniente Kacper entró corriendo a la habitación.

—Sangre y huesos Serefin —dijo con cansancio cuando vio al Buitre inconsciente.

—No me iré hasta que me digas que está pasando —exigió Nadya.

Si existía la posibilidad de que no hubiera sido Marazenya, Nadya debía saberlo, Serefin la miró, después pasó la mirada sobre su acompañante y este simplemente se encogió de hombros.

Serefin se pasó la mano por su cabello. Cuando volvió a mirarla, su mirada era pálida.

—Mi señora, todos los participantes de este juego están en peligro. Por favor, regrese a sus aposentos.

Ella abrió la boca para protestar, pero él levantó la mano, su expresión era suplicante y ella simplemente suspiró. La adrenalina que anteriormente estaba apoderada de ella se estaba agotando y la simple idea de ir a la cama sonaba fabulosa.

Ella solo quería… olvidar todo esto.

Volvió rápidamente a la mesa para recoger el libro que había encontrado y le dio las buenas noches al príncipe.

—Gracias por salvarme la vida y todo eso —dijo.

—Parecías tenerlo todo bajo control —respondió.

Nadya abrió el libro con cuidado cuando regresaba a sus aposentos, no quería hojear las páginas por miedo a que se le cayera una página, pero el libro simplemente aterrizó en una página que tenía una línea enfocada al centro.

Algunos dioses requieren sangre.

Ella se detuvo en seco, mientras que todo aquel pavor que había acumulado dentro se solidificó en algo que no entendía, un sentimiento que había encontrado y que era verdad, una verdad que no se atrevía a confrontar.

Cerró el libro y corrió hacia sus aposentos, sin embargo no se fijó que otro Buitre estaba esperándola, éste golpeó su cara con un puño y ninguna cantidad de poder pudo evitar que se desmayara.

⋆ ⋆ ⋆

Nadya despertó sobre un charco de sangre, tenía puntas desconocidas clavándose en la parte posterior de su cuerpo y el fuego ardía por sus venas. Podía sentir las lágrimas brotando de sus ojos y corriendo por sus mejillas.

Se acercó a su diosa y una puerta se cerró de golpe ante ella.

El pánico estalló sobre todo su pecho, todas sus articulaciones estaban bloqueadas y sus extremidades temblaban.

No, no, no, no. Esto no es real.

¿Era algo que habían hecho los Buitres?, ¿estaba siendo castigada por utilizar aquel poder que le ayudó a escapar?

Ese silencio era diferente al anterior, estaba vacío.

Cálmate, averigua dónde estás, se dijo.

Un dolor punzante la atravesó mientras aquel silencio vacío persistía, en ese momento los dioses más que estar fuera de su alcance, se habían alejado por completo y tal vez nunca podría volver a escuchar una broma después de una oración equívoca.

Ella se estremeció.

No puede estar pasando eso, sin duda los dioses no la habían abandonado, no podían hacerlo por sus dudas, o por haber besado a un hereje. Nadya rozó el suelo sobre el que estaba acostada e hizo una mueca cuando las partes de sus delicadas manos se encontraron con fragmentos de vidrio roto a cambio. Trató de sentarse, sin embargo hacer esta acción hizo que los bordes dentados del vidrio se incrustaran sobre sus muslos, su delgado vestido estaba hecho jirones y la tela se pegaba dolorosamente a las heridas.

Un gemido de dolor se escapó de sus labios mientras trataba de moverse del suelo, su cabeza daba vueltas y había perdido demasiada sangre. Se movió con cautela fuera de peligro haciendo una que otra mueca de dolor cuando sus piernas se abrían con el movimiento, sus pies aterrizaron en una fría piedra, pero sus rodillas se doblaron en el instante que trató de ponerse de pie.

Ella contuvo un grito ahogado mientras lo contenía con el puño de su mano sobre sus dientes, fue tanta la presión que la piel se le rasgó, el calor del hierro llenó instantáneamente la boca y tosió escupiendo sangre.

Se levantó del suelo y buscó una salida, una puerta, cualquier cosa.

Incluso si estuviera cerrada, se sentiría mejor, ya que todo se había convertido en sangre que resbalaba a su alrededor. No pudo evitar un gemido de alivio cuando su mano tocó el pomo de una puerta, que aunque agitó no cedía a sus esfuerzos. Otra oleada de pánico amenazó con descolocarla, estaba comenzando a ver cosas que salían de la oscuridad, cosas con uñas y dientes, cosas que le brindaban sonrisas afiladas.

Se apartó de toda aquella oscuridad y apretó la frente contra la puerta. La madera estaba fría y eso le permitió volver a concentrarse antes de intentar alcanzar a los dioses de nuevo, sin embargo la puerta del cielo seguía cerrada. La angustia y un sentimiento de rabia comenzaron a fluir por ella hasta inundarla, quiso gritar. Quería coger las cuentas del rosario, pero se dio cuenta que había desaparecido y que solamente estaba el collar de Kostya, se lo pasó por la cabeza y lo tiró al otro lado de la habitación. Escuchó como golpeaba la pared del lado contrario con un débil sonido metálico.

—¡No es justo! —gritó a la nada, ya que estaba totalmente sola.

Totalmente sola del alcance de sus enemigos, era una buena noticia, pero realmente no importaba.

—Solo hice lo que me pidieron —dijo con voz débil y rota.

Se apoyó contra la puerta hasta deslizarse lentamente por el suelo, ignorando aquella desgarradora agonía que siguió a la sangre que todavía sentía goteando por la parte posterior de sus piernas. El velo podía ser incómodo y sofocante, pero siempre era bueno escuchar la voz de Marazenya.

Pero esto era diferente, tenía un propósito.

No tenía nada que ver con las conspiraciones de Tranavia.

Definitivamente algún día las líneas de un libro de historia mencionarían al clérigo que había intentado salvar a Kalyazin, pero que solamente había logrado ser abandonado por los dioses.

No habría canonización después de la muerte de Nadya solo un ligero suspiro al igual que aquel clérigo fallido. Ella apretó un puño ignorando el dolor, pero lo único que logró provocar fue que más sangre se deslizara por su muñeca desde su palma cortada.

No dejes que esto termine aquí.

Si gritaba con todas las fuerzas restantes dentro de ella, ¿recibiría una respuesta? ¿O simplemente tendría cenizas de lo único que había hecho valer la pena para vivir?

Zhalyusta, Marzenya, eya klyecti, eya otrecyalli, holen milena.

Su súplica se quedó sin respuesta y Nadya estaba cayendo en la desesperación, cuando algo parpadeó en el borde de su línea de visión. No era nada más que su mente truculenta jugando una mala pasada.

Pero la luz se estaba haciendo más fuerte, haciendo que frunciera el ceño. Se arrastró hasta el otro lado de la habitación, mientras sus dedos se estiraban a ciegas tratando de encontrar el collar de Kostya, la espiral emitía poca luz.

Algunos dioses requieren sangre.

Tragó saliva tomando el colgante sobre su puño y dejando que la sangre que empapaba sus manos cayera sobre la cadena. La acercó hacia su cara mirando aquella suave luz, era espeluznante.

Mereces saber la verdad sobre los seres que te eligieron.

Nadya se sorprendió por aquella voz desconocida que resonaba en su cabeza, hablaba en lenguaje sagrado y por lo general no entendía la lengua sin la bendición de los dioses. Inhaló bruscamente mientras era golpeada por aquel repentino torbellino de imágenes, la ola de dolor no tardó en hacerse presente, dejándola casi inconsciente.

Diversas criaturas con diversas articulaciones juntas como raíces de un árbol, rostros envueltos en niebla con cuatro ojos.

Seis.

Diez.

Seres con ojos en la punta de los dedos y bocas en las articulaciones, con dientes y garras de hierro.

Uno tras otro.

Alas serpenteantes, alas emplumadas y negras como el alquitrán. Ojos de luz y de oscuridad.

Y sangre.

Era tanta sangre que Nadya se sintió enferma, dejando caer el collar. Estaba luchando por respirar y tentativamente buscó la desconocida voz de nuevo, solo para encontrarse con… el silencio.

Pero ella no estaba acostumbrada a guardar silencio en su propia mente, así que cuando volvió a coger el collar tuvo cuidado de no tocar la cadena, pero aparentemente cualquier contacto era suficiente ya que cuando la fría plata tocó su piel todos sus sentidos se inundaron de luz blanca. Pequeñas gotas de sangre caían sobre la yema de sus dedos y sobre sus brazos, no había nada más que aquel blanco cegador y la sangre.

—*¿Qué es todo esto? ¿Qué eres?*

—*¿Acaso importa?*

Se sorprendió cuando la voz se tornó inusualmente alta.

—*¿Eres uno de los dioses*?

Había dioses con los que nunca había hablado, ¿acaso era uno de ellos?

Hubo un largo silencio que dejó a Nadya suspendida en un espacio en blanco empapado de sangre, ella era vagamente consciente de su dolor ya que en ese momento se estaba convirtiendo en un leve zumbido. Estaba rodeada de una ligera niebla.

Y después: —*Hace algún tiempo, sí.*

Hace algunas semanas esa respuesta habría aterrorizado a Nadya, a aquella chica del monasterio que creía tan plenamente en los dioses que habría mirado todo aquello con incredulidad, ella lo habría descartado como magia hereje, pero en ese momento…

Ya tenía sus dudas, estaba cansada.

Se sentó cruzando sus piernas debajo, consciente de que el piso estaba mojado con su sangre, pero no quedaba más que esperar respuestas.

—*¿Cómo te conviertes en algo que ya no es un dios?*

—*¿Como una niña humana se convierte en algo divino, poderoso y temido por los dioses que le dieron eso mismo?*

Nadya frunció el ceño, perpleja.

—*Creo que estás equivocada.*

—*Los errores no son cosas que generalmente cometo —respondió la voz.*

—*¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que deseas?*

El ser jamás respondió la primera pregunta, así que se contuvo de preguntar con la esperanza de obtener algunas respuestas.

—*Dónde estás, es tan irrelevante como inmaterial. Lo que quiero es mejor respondido por la pregunta de lo que quieres.*

—*¿Puedo verte?*

—*No quieres verme.*

¿Había estado llevando a este ser todo el tiempo sobre su cuello?, ¿dónde había encontrado esto Kostya?

¿Qué quería *ella*?

—*Ya lo tienes* —dijo una voz detrás de ella.

Cuando se volvió no hubo nada, más que blanco y sangre.

—*Pero no te das cuenta, tanto tiempo pasando el pulgar delante de ti que manchado tu entendimiento.*

—*¿Manchado?* —Nadya preguntó sintiéndose enferma.

Fuera lo que fuera ese ser sabía que la conduciría al peligro… Pero ¿qué otra opción tenía?

—*¿Crees que pueden quitarte el poder?*

Nadya se espabiló.

—*Por supuesto que ellos pueden, ellos me lo otorgaron y pueden quitarlo a su antojo.*

—*Eso es incorrecto* —la voz sonaba divertida.

Nadya tembo y su visión se volvió borrosa, volviendo nuevamente a la oscuridad antes de ser inundada por una luz blanca nuevamente.

—Nuestro tiempo juntas se acorta, debes de tomar una decisión. ¿Seguirás con las alas cortadas o volarás?

Una oscuridad se hundió de nuevo alrededor de Nadya, abrupta y severa, cuando el collar se le escapó de las manos, un fuerte dolor se apoderó de ella.

26

NADEZHDA LAPTEVA

Velyos es bueno, pero no es un dios. Es y será algo y nunca más. Nunca más.

Códice de lo Divino, 50:118

Cuando Nadya volvió en sí, una picazón en las venas estaba presente en su cuerpo y no era nada comparado a algo que hubiera sentido antes. Se metió el collar en el bolsillo con mucho cuidado de mantenerlo alejado de su piel, aunque este ya no brillara, si la sangre provocaba esta clase de conexión especial debía tener cuidado de no volverlo a tocar, ya que la sangre todavía estaba resbalando alrededor de ella. La picazón en sus venas se hizo más fuerte y Nadya cerró los ojos, recordando aquel pozo de poder durante el ataque de la iglesia, cuando Marazenya no le puso límites a su magia. Buscó a tientas en su propia mente tratando de encontrar ese lugar una vez más, aunque si era cierto lo que decía aquella voz la magia era suya y solamente necesitaba encontrarla.

La niebla se aferró a ella, era como si estuviera levantado una cortina pesada, ya que todo lo que encontró al otro lado era blanco, brillante y poderoso, comenzó a escuchar palabras sagradas como nunca antes.

Magia.

Magia pura.

Abrió los ojos y se puso de pie, ignorando las protestas de su cuerpo mientras aquellos cortes se abrían de nuevo y la sangre volvía a gotear. Puntos blanco de luz comenzaron a salir de las puntas de sus dedos, tocó la puerta mientras dibujaba símbolos con la facilidad de alguien que ya había practicado hechizos y magia durante toda su vida. Ella de alguna manera

sabía cómo usar el poder, como convertir las palabras de lengua inmortal en magia. Después la puerta se hizo añicos ante sus manos y ella dio un salto atrás, haciendo una mueca cuando los fragmentos de esta perforaron su ya roto y magullado cuerpo.

Sabía que no iba a permanecer consciente durante mucho más tiempo.

No había nadie afuera y Nadya se alivió al no ver a nadie recargándose sobre el marco de la puerta para darse un momento a respirar, a través de todo ese dolor y los destellos de mareo que iban y venían y antes de poner un pie delante del otro para dar marcha, se tambaleó hacia adelante antes de poder dar un solo paso.

Dobló la esquina y se topó directamente con alguien que venía por el pasillo, aquel pozo de magia inundó sus manos y reaccionó sin pensar tirando de las riendas de su poder, vio el brazo de la figura levantarse ensangrentada para evitar aquel destello de poder, su magia se estrelló inofensivamente, desviada por su propio poder.

—¿Nadya?

Ella se congeló dando unos cuantos pasos hacia atrás y el miedo y alivio se enredaron en su pecho, quería salir de ahí. Si los Buitres volvían a tener a Malachiasz, podrían usarlo contra ella y no podría luchar contra él, al menos no en el estado en el que se encontraba.

Ella corrió.

Estaba cansada y maltratada y no le costó ningún esfuerzo atraparla, tirándola del brazo para detenerla. Fue cuando se dio cuenta de que estaba temblando, ella lo escuchó suspirar mientras observaba sus heridas.

—Soy solo yo —dijo viéndola gentilmente—. Fui a tus aposentos, pero Parijahan se había ido y el lugar fue saqueado.

No traía máscara, estaba atada a su cinturón.

Solo era él.

Con cabello enredado y manchas oscuras de cansancio bajo aquellos pálidos ojos, estaba aquí y estaba buscándola y no porque le hubieran lavado el cerebro para matarla. Dejó escapar un suspiro largo y luego se estremeció mirando por encima del hombro, levantó las manos y las miró fijamente.

¿Cuál era este poder que estaba usando? ¿Qué había hecho ella?

Una blasfemia, la puerta jamás se volvería a abrir si ella seguía así, cuando levantó la mirada se topó con una expresión vacilante en Malachiasz.

—Mi magia —habló.

Pero luego se tensó, la cabeza le daba vueltas y sus pies dejaron de tocar el suelo, era él quien la llevaba por los pasillos hasta una especie de armario.

Estaba oscuro e inmediatamente se dio cuenta de la cercanía de su cara y su pecho, su aliento le revolvió los vellos de su cuello, enviando ligeros escalofríos por su columna, podía sentir sus manos flotando a centímetros de su cintura, claramente temerosa de que él colocara sus manos sobre sus heridas abiertas.

Se escucharon pasos que sonaron fuera del pasillo, alguien aparentemente había descubierto que Nadya no estaba en donde debía, una vez que las cosas de calmaron se movió de nuevo para tomar sus manos entre las suyas con palmas hacia arriba.

—Muéstrame —dijo en voz baja.

Ella tragó saliva aferrándose al pozo de magia que fluía demasiado rápido y profundo, era un remolino más allá de su entendimiento, una luz blanca chispeó sobre sus palmas, era como una llama blanca. Una media sonrisa se formó sobre sus labios, iluminada por el brillo en sus manos.

La magia… ¿Era de ella?

No lo sabía, pero abrió la boca para preguntarle, ya que sin duda él lo sabría.

Ella no entendía cómo es que él sabía tantas cosas sobre la magia, no quería dejarse llevar por su histeria, pero ¿Y si tenía razón?, siempre parecía acertar sobre ella y sobre la magia.

—Las cosas que podrás hacer —susurró tocando las yemas de sus dedos, tuvo que tragar aquel nudo que se alojaba en su garganta.

Una mirada de extrañeza se posó sobre su rostro, pero parpadeó para hacerla desaparecer.

—Tenemos que salir de aquí.

Ella asintió temblando, quería ponerse a llorar, pero sin duda no lo haría se negó a romperse tan fácilmente. Pero sin darse cuenta ya estaba clavando sus dedos sobre la espalda de él, perdiéndose en su calidez. Él dejó escapar un suspiro de sorpresa y pasó su mano sobre su cabello para acunar la parte posterior de su cabeza.

—Me alegro de que estés a salvo —susurró con sus suaves labios pegados a su sien—. Vamos a llevarte con alguien que pueda atenderte estas heridas.

Nadya se apartó de mala gana y se acercó a los dioses de nuevo mientras tomaba la mano de Malachiasz, entrelazando sus dedos juntos, sin decir una palabra y de nuevo encontró silencio de parte de los dioses.

* * *

Nadya miró hacia la escalera de caracol con temor, la torre era de un cristal hermoso que brillaba contra la luz a través de estos mismos, tenía más escaleras de las que Nadya podría subir en su estado actual.

—Podría… —empezó a decir Malachiasz, pero se calló cuando Nadya levantó la mano rápidamente.

—No me llevarán —dijo.

—Sabes que no será ningún problema.

—No lo vuelvas a ofrecer.

Pero la realidad la golpeó y terminó apoyando la cabeza sobre su hombro, se sentía mareada y cada ola de dolor amenazaba con derribarla. Había una bruja que vivía en lo alto de la escalera de caracol y aparentemente ella era su mejor opción para ayudarla. Malachiasz besó suavemente la parte superior de su cabeza.

—¿Estás segura?

—No del todo —murmuró.

Ella estaba adolorida y cansada y no quería subir aquellas miles de escaleras que tenía frente a ella, se enderezó apartando a Malachiasz y agarrándose del barandal, comenzó a subir y con cada paso soltaba un pequeño y frustrado suspiro detrás de ella.

—Vivía en lo alto de siete mil escaleras —dijo—. ¿Qué son unas cuantas más?

Su cabeza dio vueltas y se balanceó hacia atrás, se agarró del barandal lo suficiente como para girarse y quedar sentada sobre las escaleras, evitando así caer. Malachiasz se apoyó sobre el barandal.

—Estará escrita en los libros, la historia de un clérigo de Kalyazi asesinado antes de tiempo. No por sus enemigos de Tranavia, sino por un tramo de escaleras.

Nadya dejó escapar un gemido de dolor ya que las heridas se volvieron a abrir, haciendo que goteara sangre sobre su espalda.

—Te odio.

—Me ofrecí a ayudar.

Ella lo miró.

—Estará también escrito en los libros la historia de un trastornado y en su pasado un Buitre, asesinado después de hacer demasiadas bromas horribles.

—¿Trastornado?

—Abominación es una palabra demasiado sagrada. Tienes que mantenerte objetivo a la historia.

—Eso no es ni remotamente cierto. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? Comenzarán a preguntarse dónde estaba.

Estaba bastante segura de que el mundo había comenzado a girar a su alrededor, además de su ya mareada cabeza, extendió una mano frente a su rostro y la miró con ojos entrecerrados.

Ella estaba viendo demasiadas manos.

—¿Estás en *shock*? —preguntó y ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Eso es lo que es esto? Pierdes mucha sangre y estás perfectamente bien, por el contrario yo puedo sangre y estoy en *shock*, ¿cómo es eso justo?

Él rio y ella sonrió a través de toda aquella neblina de dolor, a ella le gustó el sonido de su risa. Ella le tendió las manos, al menos podría ayudar a ponerse de pie y mientras se levantaba con todo girando alrededor, solo le dio tiempo para cambiar de posición antes de atraparla, antes de desmayarse.

⋆ ⋆ ⋆

Nadya se despertó por tercera vez en el día, pero esta vez fue sobre un sillón que olía a moho, había vendas que estaban firmemente envueltas alrededor de su rostro y extremidades, si vestido andrajoso fue reemplazado por uno sencillo de lana gris. Se incorporó lentamente pese a la protesta de su cuerpo.

—Ah, está despertando —dijo una voz al otro lado de la habitación—. Que bueno, se estaba volviendo un ambiente muy incómodo con este Buitre aquí. Nunca me gustaron los de su especie.

Malachiasz emitió un sonido claramente ofendido y Nadya se frotó los ojos para espabilarse.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—No mucho.

La bruja parecía tener más de sesenta años, sus ojos color ónix chispearon ante la tenue luz de la habitación, su rostro estaba lleno de arrugas y sus rizos eran blancos con ciertos toques de hilos negros.

Nadya miró a Malachiasz a los ojos, desde donde estaba sentado y sonrió levemente, parecía preocupado.

—¿Sabes cómo me llamo niña? —preguntó la bruja.

—Porque yo conozco tu nombre y eso no me parece justo.

Nadya se puso rígida.

—¿C-cómo sabes mi nombre? —preguntó con una mirada rígida, la bruja simplemente agitó una mano.

—En caso de que no lo supieras, mi nombre es Pelageta —dijo mientras señalaba con el pulgar a Malachiasz—. ¿Cuál es la verdadera hazaña?

Malachiasz se tensó en su lugar pero no se movió de su postura aparentemente relajada, sin embargo su mirada se volvió cautelosa mientras miraba a la bruja. Nadya frunció el ceño perpleja.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en Kalyazin, pero puedo reconocer bastante bien a una chica de nieve y bosque incluso con ese toque de magia oscura en ella. Este palacio ha estado sin ninguna bendición divina durante tanto tiempo que prácticamente brillabas cuando entraste, pero… —Guardó silencio mirando a Nadya—. No hay suficiente luz para guiarte —Pelageya sonrió—. ¿Qué pasa si proporciono luz a este camino oscuro? Has venido al lugar correcto aunque me sorprende que este Buitre te haya traído aquí. Déjame contarte una historia sobre el rey y nuestro joven Buitre prodigio.

Nadya miró hacia arriba solamente para mirar los dedos apretados en puños de Malachiasz.

—Aunque —consideró tirando de uno de sus rizos—. Él no es tu rey y mío tampoco, ni siquiera es el rey de Sterevyani Volen ¿verdad?, ¿se considera traición si todos nosotros juramos a diferentes coronas? Excepto… —Su mirada se entrecerró en Malachiasz—. Realmente no puedes jurar ante tu propia corona, ¿verdad?

—Cuidado… —murmuró flexionando la mano sobre el brazo de su silla que llevaba clavos de hierro que brillaban ante aquella tenue luz de las velas.

Pelageya sonrió.

—Verás, nuestro rey Tranaviano se ha vuelto todo un paranoico, seguramente es debido a que su hijo es un mago muy poderoso y eso solamente puede significar que su perdición está cerca. Entonces sin duda necesitará más poder, siempre más poder. Pero entre los Buitres había uno que había ascendido de rango a tan temprana edad que la mayoría lo consideró peligroso, era inteligente y la mayoría del tiempo se la pasaba buscando aquel secreto que el rey quería, con libros y tomos antiguos, un día lo encontró.

Nadya sintió que un escalofrío de terror se albergaba en su estómago y por otro lado Malachiasz apoyó la barbilla sobre su mano para escuchar con atención.

—Entonces se lo ofreció al rey, todo era muy vano por supuesto, pero la idea estaba ahí y ese talentoso Buitre quería que su culto estuviera en los mejores términos con el rey de Tranavia, a que la reina Buitre que gobernó

anteriormente había hecho un mal trabajo, ella redujo la orden a algo muy insignificante y el Buitre solamente quería volver a tener poder. Quería una sociedad igualitaria entre las coronas, quizá incluso quería algo más a cambio ¿quién lo diría?, pero entonces el rey le pidió que realizara aquella supuesta ceremonia. Seguramente podría hacerla ya que tenía un poder tan grande que los Buitres más viejos jamás lograron alcanzarlo, si alguien podía hacer todo aquello, él podía sin dudarlo —Pelageya se rio—. ¿Se puede tener una crisis de conciencia cuando, para empezar, no se tiene ninguna?

Malachiasz se reclinó sobre su silla y su mirada se dirigió rápidamente a Nadya.

—Ese Buitre desapareció, ¡poof! dejando que su propio culto se resolvieran por sí solos en su ausencia. Los Buitres necesitaban dirección, necesitaban de un Buitre que los guiara y este había desaparecido.

Nadya estaba escuchando a distancia, negándose a dejar que las palabras de aquella bruja las alcanzara, negándose a conectar todo lo que estaba escuchando, porque muy en el fondo lo sabía.

Lo sabía.

Ojalá Malachiasz fuera solamente un Buitre recluta que se asustó y huyó, dudo, nada de aquello podía ser real, se sentía perdida en aquel mundo que se caía poco a poco y ella no tenía quien la retuviera.

Fue Malachuasz.

Siempre había sido él, el líder de aquel culto, el que había puesto todo este plan en movimiento, el que había encantado su camino hacia la confianza de Nadya porque podía hacer cosas terribles con su poder, si es que accedía a él. No estaría aquí con vendas en su cuerpo si no fuera por Malachiasz.

—¿Pero, él huyó? —preguntó Nadya.

Sabía que si ella fingía que estaban hablando de una persona que no estaba entre ellos, tal vez lo haría mucho más fácil.

—En efecto —dijo Pelageya— pero regresó. ¿Crees que es una coincidencia que este talentoso chico con su magia haya regresado en ese momento?

—¿Malachiasz? —dijo Nadya en una voz pequeña, más pequeña de lo que le hubiera gustado. Débil, sonaba débil.

Ella quiso que la mirara, en ese momento sentado ante aquella silla de la bruja se veía diferente, se veía sentado ante un tono, con su cabello negro dividido del lado derecho y cayendo sobre su hombro en ondas de tinta, además de esos ojos pálidos y fríos. Era menos un chico y más un monstruo

¿realmente eso era todo lo que era?, ¿era solamente un niño tonto que sonreía bajo una máscara para ocultar al monstro debajo de él?

¿Se había enamorado de sus mentiras exactamente como él quería?

Finalmente se encontró con su mirada después de unos instantes, sus ojos se suavizaron y se volvieron los ya conocidos.

—Está bien, towy dżimyka —dijo con voz suave.

No lo estaba, de ninguna manera estaba bien.

Pelageya se rio.

—¿Se supone que eso la hará sentir mejor? —Se puso de pie mientras rodeaba la silla de Malachiasz—. ¿Se supone que eso debe de ganar su confianza de nuevo? —Enganchó un dedo debajo de su barbilla, forzando a mirarla.

Nadya no sabía cuándo había ocurrido el cambio, pero al voltear a ver a la bruja en ese momento se veía cada vez más joven, sin duda era una magia ocasionado por la naturaleza, una magia tan antigua y peligrosa como la que poseía cualquiera de ellos, pero esta estaba mucho más retorcida debido a la sabiduría de los años.

—¿Qué has hecho Chelvyanik Sterevyani? —Ella susurró—. ¿Qué es lo que vas a hacer? No estoy segura de que la fuerza del amor pueda detenerte, no creo que seas capaz de hacerlo.

Su respiración se aceleró, no iba a llorar ahí, estaba demasiado asustada para eso, además de profundamente destrozada.

Sin embargo quería hacerlo.

Llorar como una aldeana a la que le rompieron el corazón, no como a una niña tocada por los dioses que se enamoraba de un monstruo y era devorada, esto… había sido culpa suya, había ignorado todas aquellas señales, incluso había ignorado a su diosa y ya era demasiado tarde. En ese momento ellos estaban aquí y su corazón se había comprometido, estaba expuesto y eso era un error, o tal vez no estaban mintiendo, tal vez sí había cambiado y esto era solamente una treta de la bruja para arruinar todo y ceder ante la guerra de Tranavia.

—Solamente quiero terminar lo que comencé —dijo finalmente Malachiasz.

Nadya sintió que su corazón se elevaba en esperanza, pero lo reprimió. Quería confiar desesperadamente en él, ¿pero podría hacerlo?

Los ojos de Pelageya se entrecerraron.

—Que cuidadoso eres con las palabras *Veshyen Yalknevo. Su excelencia*.

—No —dijo mientras se alejaba de su toque.

—¿Qué? —preguntó ella inocentemente—. Solamente te estoy dando el respeto que te mereces o ¿prefieres que utilice tu nombre? —Malachiasz apretó la mandíbula—. Ya me lo imaginaba. Malachiasz Czechowicz, hay tanto poder en ese nombre que fue muy inteligente de tu parte ocultárselo a Tranavia, pero luego lo regalaste en Kalayazin. Todavía estoy desconcertada por eso, seguramente sabías lo que hacías con ese acto, sin duda has demostrado ser inteligente —hizo una pausa con cara de júbilo casi trastornado, inquietante—. Pero esto no se trata de ti *Veshyen Yalknevo, Chelvyanik Sterevyani, Sterevyani Bolen* —ella se sentó en el brazo de su silla y él se movió hacia el lado opuesto tan lejos de ella como pudo—. Se trata de este pequeño fragmento de divinidad que has atraído a las profundidades de Tranavia.

Nadya levantó la barbilla, no iba a dejar que vieran que se estaba desmoronando.

—Ella te siguió un largo camino desde casa, ¿qué le dijiste para hacerla llegar tan lejos sin salir herido? —Malachiasz dijo algo que Nadya no pudo escuchar, pero Pelageya se rio—. Por supuesto, por supuesto. Sin cortarte la garganta debí de haber dicho, pero ahora que lo dices tiene un aspecto de ser una chica que va por… —Se inclinó e hizo lo mismo con la cabeza de Malachiasz descubriendo su garganta, su puño se cerró sobre el brazo de la silla y desde ahí se podían ver aquellas garras largas—. Carne sensible —Malachiasz inhaló bruscamente—. Nunca he dicho nada que no fuera cierto —dijo cuidadosamente.

Pelageya miró a Nadya, ¿Que esperaba de ella, una confirmación?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Aparentemente todo estaba en lo que nunca te molestaste en decir o en cómo decirlo —dijo.

Todo sigue siendo una mentira.

Pelageya deslizó su mano por el cuello de Malachiasz.

—No creo que te des cuenta de lo que has hecho *Veshyen Yalknevo* —Malachiasz frunció el ceño y miró a Pelageya por primera vez—. ¡Oh! Crees que por que eres tan inteligente todas las piezas han encajado perfectamente para ti —ella rozó con la yema de sus dedos un pedazo de cuentas de oro que estaban sobresaliendo de su cabello. Nadya entrecerró los ojos, no recordaba haberlas visto antes—. ¿Cuándo te arrepentirás de todo esto?

—Vamos a detener esta guerra —dijo Malachiasz de manera uniforme—. No hay nada de qué arrepentirse.

—*Dasz polakienscki ja mawelczenko* —dijo Pelageya mientras sonreía.

Nadya frunció el ceño ya que las palabras que decía la bruja eran Tranaviana, pero no tenía ni idea de lo que significaban, sin embargo Malachiasz entendió tan claramente que su rostro palideció.

—*Nie*.

—Supongo que lo descubrirás.

—Creo que alguien debe explicarme qué está pasando —dijo Nadya lentamente, cuando al final logró reunir el valor suficiente para hablar.

Se sentía como una niña, demasiado joven para entender lo que estaba pasando y con las palabras girando fuera de su alcance y sobre su cabeza. En ese momento fue muy difícil de creer que Malachiasz fuera solamente un invierno más grande que ella, ya que había una oscuridad a su alrededor que lo hacía ver mucho más viejo y más temible. Odiaba todo aquello y no iba a permitir que le hicieran esto, no iba a permitir que la utilizaran, ni por Malachiasz, ni por aquella bruja.

Pelageya miró a Malachiasz quien a regañadientes le devolvió la mirada y agitó una mano, antes aquella acción hubiera parecido indefensa, sin embargo en ese momento le parecía incómodamente incorrecta.

—Por supuesto —dijo Malachiasz—. Ella me matará muy pronto y estoy intrigado por lo que tienes que decir.

La condescendencia del momento ya tenía más sentido.

—No, de hecho estoy más interesada en tu excusa —dijo Nadya deseando que su voz no temblara. Deseando poder enfrentar esto sin sentir que algo le estaba siendo arrebatado.

La bruja sonrió al ver su expresión cansada, sin embargo Malachiasz dudó severamente en hablar frente a ella.

—¿Por qué estás aquí Malachiasz?

—Te lo he dicho antes y mi juicio no ha cambiado solamente porque sabes lo que soy en ese momento, quiero salvar a mi país y soy una de las pocas personas que puede hacerlo, estoy seguro que lo entiendes.

No le estaba dando una respuesta.

—No te creo —dijo Nadya en voz baja.

Pelageya pasó una mano por el cabello de Malachiasz, se veía como si estuviera a una pulgada de arrancarle el brazo.

—Eres joven sterevyani bolen —dijo—. ¿Cómo ibas a saber que tu corazón todavía late por él después de lo que te ha hecho?

Él gruñó, apartando la mano de la bruja y parándose rápidamente, un movimiento sumamente peligroso dadas las circunstancias.

—No te burles de mí, bruja —dijo Malachiasz.

Pelageya encaró una ceja y los labios se torcieron en una lenta sonrisa, pero la atención fue puesta nuevamente en Nadya.

Nadya no estaba segura cómo recuperarse después de todo aquello, después de toda esa información que acababa de recibir, inclusive sin poder apartar la mirada de Malachiasz, se sentía incapaz de reconciliarse con el chico con el que había intercambiado bromas, al que había besado y que era considerado herejía en Tranavia, incapaz de creer que realmente fuera el monstruo más grande que pudiera existir.

Temía a los Buitres mucho más que a los Tranavianos, temía al Buitre Negro más que al rey y eso no tenía sentido, ya que ese niño tonto y ansioso se había sentado sobre aquel trono constituido de husos de miles de personas.

Se dio cuenta que le temblaban las manos, la habitación estaba demasiado fría y todo estaba mal. El mundo había cambiado a algo totalmente desconocido y traicionero y pensó que sabía lo que estaba haciendo al ir allí, pero en ese momento estaba en un país extranjero rodeada de enemigos y aquel que estaba al que le había confiado su seguridad desde un principio era el primero.

Nadya sacó de su bolsillo el collar de Kostya y se lo mostró a Pelageya.

—¿Qué es esto?

—Un recipiente, una cámara, una trampa —dijo—. Velyos está dentro, ¿no te dijo su nombre? A él le gusta ser misterioso. El misterio es algo mucho más apegado a lo divino.

Nadya entrecerró los ojos con confusión, no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Has oído hablar de él? Supongo que no, cuando el velo subió, Velyos se fue lejos, seguramente tus dioses se sintieron aliviados, pero en ese momento está aquí una vez más. No puedes sentir el toque de tus dioses porque el rey está enviando magia de sangre en oleadas alrededor de Tranavia. ¿Por qué crees que ha secuestrado a adorables magos jóvenes para desviar su poder? Ha cortado cualquier acceso a lo divino y eso es solo la preparación para su objetivo final. Este velo de oscuridad se ha estado construyendo sobre Travania durante años.

Un escalofrío atravesó la columna de Nadya, lo hizo con tanta fuerza que le heló la piel y un trozo de hielo se hundió en su estómago. Su objetivo final, una suposición que le había proporcionado Malachiasz.

Poder.

—El velo no es el problema —murmuró Malachiasz, pero Pelageya lo ignoró.

—Pero ya ves, como tu mundo te ha enseñado que solamente hay dos cosas —dijo Pelageya quien se inclinó sobre el reposabrazos en donde Malachiasz estaba, en ese momento ella estaba recostada en esa silla.

Malachiasz se apoyó sobre la chimenea con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ahí está tu magia, es muy buena por supuesto, pero luego está la magia de sangre, la herejía.

—Es solamente magia —dijo Malachiasz.

—No creo que ella quiera escucharlo de ti —cantó Pelageya.

Nadya lo miró. ¿No había sido por eso lo que había intentado mostrarle?, desde el día que se conocieron, ¿no había sido ese su objetivo cuando estaban en el santuario al borde del camino? Él había tratado de darle alguna forma de libertad, su forma de libertad y hasta ese momento ella había estado cuestionándolo.

—Y luego está mi magia, por supuesto, excepto que una bruja es solo una chica que se ha dado cuenta de que su poder es suyo, aunque en ese caso sería algo más.

Nadya se obligó a seguir con las manos sobre su regazo cuando se dio cuenta que no traía su rosario.

—¿Qué estás diciendo? —susurró.

Pero ella no quería saberlo, no estaba lista para alejarse de sus dioses, ella no quería esto, sin embargo extendió la mano frente a ella cuando unas llamas pequeñas se encendieron alrededor de sus dedos.

—Eso está mal.

—Eso es magia —dijo Pelageya y Nadya negó con la cabeza—. Estás aquí para matar a un rey y cambiar al mundo y uno por supuesto seguirá al otro, ¿cómo pensaste que lo ibas a hacer?. ¿Cómo ibas a evitar el hecho de que tu querido *Chelvyanik Sterevyani* no tiene el mismo poder que solía tener sobre su culto?

La mandíbula de Malachiasz de tensó y Nadya se sintió casi aliviada, sabía que lo que la bruja había dicho era para sembrar más discordia, pero si no tenía el control total de los Buitres, ¿tal vez eso realmente significaba que los estaba ayudando?

No debía ceder a la esperanza, odiaba tener esperanza.

—¿Sacaste todo esto solamente para burlarte de nuestros imposibles objetivos? —preguntó Malachiasz.

Nuestros.

Ella lo miró justo cuando él hacía lo mismo, estaba hecha pedazos y no sabía qué hacer.

No, si lo sabía.

Estaban jugando en juego en donde ella perfectamente se alejaría, dejándolo pensar que se había salido con la suya y después, obtendría respuestas.

—Un poco, claro. Pero también para ayudar, porque se eso necesitas.

De repente un golpe en la puerta hizo que los tres se detuviera y entonces una voz extrañamente familiar vino del exterior.

—¿Pelageya? Necesito hablar contigo.

Pero por supuesto que era el príncipe.

27

SEREFIN MELESKEI

Svoyatovi Klavdiy Gusin: Clérigo de Bozetjeh y maestro que alteraba el tiempo a su voluntad, hasta que un día desapareció y nunca más se supo de él, su cuerpo jamás fue encontrado.

El libro de los santos de Vasiliev

Hubo un traqueteo en el interior de la habitación mientras Serefin esperaba junto a Ostyia y Kacper, se podían escuchar voces silenciosas golpeándose entre sí antes de que la bruja abriera la puerta.

—Si este es un mal momento puedo… —se interrumpió.

En primer lugar porque se dio cuenta que no era un mal momento, ya que no había tiempo y en segundo porque se encontró con alguien que no esperaba volver a ver.

—¿Malachiasz?

El chico al otro lado de la puerta parpadeó sorprendido, Serefin se dio cuenta que Malachiasz no lo reconocía de la misma manera. Su primo había desaparecido cuando eran niños y jamás pensó en volver a verlo, ya que su tía actuaba como si hubiera muerto, así que asumió que había ocurrido algún accidente del cual la familia no hablaba.

Pero el chico larguirucho que se inclinaba sobre la alcoba de la bruja era la versión dieciocho años más grande del chico salvaje con el que Serefin jugaba de niño.

—¿Su excelencia? —dijo Ostyia tratando de llenar el incómodo espacio que había surgido entre los chicos.

—¿Sí? —Malachiasz encaró las cejas.

—Eso es inesperado —dijo Serefin mientras sentía que se encogía el estómago cuando Malachiasz respondía al honorífico del Buitre Negro con una sonrisa filada.

¿Cómo podía ser él?

Malachiasz se apartó del marco de la puerta mientras le guiñaba un ojo a Serefin.

—Mi segundo me informó que estabas preocupado por mi salud, estoy conmovido.

—¡Qué drama está resultando ser todo esto! —Serefin reconoció la voz de Pelageya—. Sal del camino sterevyani bolen y deja entrar a tu príncipe.

—¿Puede ser mi príncipe, cuando su padre no es mi rey? —preguntó Malachiasz.

—Pues, hace rato resultaba todo eso tan importante para ti.

Malachiasz abrió la puerta dándole una mirada de extrañeza a Serefin, quien se encontraba dando un paso hacia atrás y entonces sus ojos se toparon con los de Józefina. Estaba sentada sobre el diván junto al fuego y la sangre manchaba sus manos y su rostro.

Una sensación de malestar se instaló en el estómago de Serefin, sabía que debía de haberla acompañado a sus aposentos, no debía de haberla dejado sola, seguramente los Buitres debieron tomarla en el momento que le dio la espalda.

Malachiasz dio un paso hacia ella, pero recibió una mirada gélida que lo hizo desviarse de su camino y este terminó apoyado sobre la chimenea. Józefina llevó las rodillas hasta la barbilla para recargarla y finalmente sus miradas se encontraron, ella le lanzó una sonrisa.

—Józefina pensé… —Serefin guardó silencio—. Mel alegro de verte bien.

—Estaba en un estado lamentable cuando la encontré, ¿sabes algo de eso? —preguntó Malachiasz quien inclinó la cabeza para esperar la respuesta de Serefin.

¿Me está provocando?, ni siquiera me conoce, pensó Serefin confundido mientras algo se anudaba en su pecho.

Le molestaba que ese chico —su primo— no lo conociera del todo, que solo lo conociera como el petulante Alto Príncipe. Serefin sintió un repentino dolor de cabeza que comenzaba a formarse detrás de sus ojos, estaba tan cansado que lo único que hizo fue derrumbarse sobre una silla vacía indiferente a la imagen rota que le demostraba al Buitre, podía pelear en una fecha posterior si sobrevivía a esto.

—Su Alteza, no se ve bien —señaló Pelageya.

—Su Alteza ha estado en un malestar continuo desde que regresó a Tranavia —murmuró Serefin—. ¿Qué está haciendo él aquí? —dijo mientras señalaba a Malachiasz.

—Sabes, yo también me lo estaba preguntando. Desafortunadamente para todos nosotros está tan metido en este lio como todos nosotros —dijo Pelageya—. Creo que hasta están trabajando para obtener el mismo objetivo, lo cual sería algo novedoso, ¿no es así?

Pleageya estaba parada en el centro de la habitación con las manos en la cadera, mientras examinaba lentamente al grupo. Al pasar su mirada por Ostyia y Kecper ésta frunció el ceño.

—Tropezar en una oscuridad tan espesa donde no puedes ni ver tu mano frente a tu cara, se lo que es, los he estado observando a todos mientras se tambalean hacia un final similar, parece que ninguno de ustedes sabe a dónde va. Estás cerca, lo has planeado bien, pero el rey tiene ojos, oídos y miradas en todos lados.

Serefin se enderezó, Józefina parecía preocupada.

—¿De qué estás hablando bruja? —preguntó Ostyia.

—¿Tu-Quieres-Matar-Al-Rey? —Cada palabra fue enfatizada por Pelageya mientras sacaba uno de sus huesudos dedos de sus puños y después de un momento enseñó seis de sus dedos y sonrió—. ¡Todos ustedes lo desean! Oh, es muy odiado el rey de Tranavia, sin embargo me pregunto si de verdad volverá su atención al zar de Kalyazi, ¿o es solo un plan de asesinato unidireccional?

Nadie emitió una palabra ya que la tensión caía pesadamente sobre la habitación.

—La niña, el monstruo y el príncipe —dijo Pelageya con una risa traviesa —. Y sin embargo henos aquí, todos reunidos.

Serefin levantó la cabeza, había algo más en esa profecía, no pasó por alto el ceño fruncido de Buitre y la mirada de perplejidad de Józefina.

—Faltan algunos, claro —reflexionó Pelageya balanceándose sobre sus talones—. Pero… —Se encogió de hombros—. Su parte vendrá más tarde o nunca, ya que si todos fallan ¡ninguno de ustedes sobrevivirá! Me pregunto si de verdad tienen un plan para este gran golpe, ¿cómo evitarás que los nobles se rebelen?, ¿cómo evitarás que os Kalyazi invadan Grazyk o Dios no lo quiera, las minas de sal?

—El trono es mío —dijo Serefin.

El ceño fruncido se buitre se profundizó ante la mención de las minas de sal, Serefin lo vigilaba atentamente mientras Pelageya hablaba, no le gustó que estuvieran sentados ahí, no tenía ningún sentido.

—Si el trono todavía existe después de todo esto —murmuró Malachiasz.

—Tu trono probablemente no lo hará —dijo Serefin.

—No necesito mi trono, es un símbolo vacío. Poder es poder.

Józefina se quedó muy quieta mientras palidecía echando una mirada horrorizada, el camino ante sus ojos se cerró en Malachiasz y apretó la frente contra las rodillas fuertemente.

—Mis pequeños revolucionarios, los quiero a todos en la misma página, por que quiero creer que todos saldrán de la habitación sugiriendo un plan.

—¿Y será una bruja loca la que nos guíe? —preguntó Serefin.

—Ah, y sin embargo aquí estás, para pedir un consejo príncipe. Desesperado con un plan que sabes que fracasará —Serefin frunció el ceño y se reclinó sobre su silla suspirando.

No sabía porque estaban allí el Buitre Negro y Józefina, no sabía que tanto sabían o porque, ya que aparentemente actuaban sobre el mismo objetivo que él. No lo sabía y realmente no le importaba, si esto llevaba al final de las cosas, trabajaría con cualquiera.

—¿Qué quieres que hagamos?

Pelageya se echó a reír mientras juntaba sus manos.

—Ah, es como un sueño hecho realidad, ¿qué quiero que hagan todos ustedes?

—Dentro de lo razonable, bruja —dijo Malachiasz con cansancio.

Józefina todavía no había abierto los ojos ni levantado la cabeza. Pelageya se sentó en el suelo del centro de su habitación y sus faldas barrieron el amplio arco de su alrededor, repasó todos los acontecimientos que habían ocurrido durante las últimas semanas mientras daba golpecitos con los dedos. Serefin sabía muchas de esas cosas, pero había otras que no, pero eran cosas en las que apenas creía, como por ejemplo la intervención de lo divino, la magia de sangre que se usaba para bloquear los cielos y que había sido el Buitre Negro quien había desertado. Este último explicó unas cosas, pero no fueron suficientes.

—Así que, ¿qué hacemos? —Finalmente espetó Ostyia.

Pelageya la miró por un momento antes de retirarla nuevamente con desdén, ya que, por supuesto Ostyia no era parte de la loca profecía de la bruja por lo que no valía la pena, pero Serefin quería saber la respuesta a esa interrogante, ¿qué iban a hacer?. Si su plan estaba condenado al fracaso ya

que aparentemente iba a trabajar con el Buitre Negro, aquel culto que había estado detrás de su padre todo este tiempo, susurrándole.

—¿Qué tienes que ganar con la muerte de mi padre? —Serefin preguntó a Józefina.

Sus oscuros ojos estaban impasibles.

—Quiero ponerle fin a una guerra.

—¿Y matar a mi padre haría eso?, ¿por qué no matar al zar de Kalyazi? Tranavia está ganando, ¿por qué no dejar que la guerra termine eventualmente?

—¿Y tú por qué querrías matar a tu padre Serefin? —dijo mientras fruncía el ceño—. Es tu padre y no pareces tener mucho interés en el trono.

Se está desviando, pensó Serefin.

—¡Oh! Pero el rey necesita un último gran elemento para ese hechizo suyo —dijo Pelageya antes de que Serefin pudiera responder—. La sangre de su primogénito, que lo llevará de un reino mortal a uno mucho más alto.

Józefina palideció, pero le tomó un segundo recuperarse.

—¿Entonces cómo y cuándo lo matamos?

—Cuando crea que ha ganado —murmuró Serefin y Malachiasz sonrió.

—El rey no sabe que estoy en Grazyk —dijo Malachiasz.

—Si, pero todos sabemos que los Buitres se han destrozado en tu ausencia —dijo Kacper.

Malachiasz se puso rígido y Józefina le lanzó una mirada curiosa.

—Hay algunos que me quieren fuera del trono —dijo—. ¿Cómo es eso raro?

—¿Por qué los Buitres no pueden actuar en contra de su líder?

—La magia es imperfecta teniente —dijo Malachiasz.

—¿Cómo crees que me convertí en rey? Łucja ocupó el trono casi cuarenta años, antes de que yo lo desafiara.

Aún así Serefin no sabía que los Buitres estaban realmente divididos, tenía sentido de que en ese momento él hubiera acudido al Buitre Carmesí mientras que los otros actuaban como guardias personales de su padre, sin embargo no podía preocuparse por unir al culto.

—Los Buitres fueron los que sembraron esta idea en mi padre, ¿fuiste tú?. Tiene mucho sentido para ti entonces ser el titiritero.

Józefina parecía estar enferma.

—Eso es totalmente mi culpa —dijo Malachiasz.

Serefin retrocedió como si Malachiasz lo hubiera golpeado.

Esto definitivamente se tornó en un lío familiar, pensó.

Józefina se puso de pie, haciendo una mueca al hacerlo y caminó lentamente por la habitación con una notable cojera.

¿Qué le ocurrió?

Tomó el colgante que traía y jugó con él con sus dedos.

—El rey no quiere continuar sin… tu presencia —preguntó a Malachiasz.

—Si cree que puede hacerlo por su cuenta, creo que confía demasiado en sus mediocres habilidades —dijo Malachiasz.

—Eso es lo de mayor importancia —Serefin resopló—. ¿No?, siempre es el poder.

—¿No es así? —preguntó Malachiasz.

Józefina miró entre ellos y entrecerró los ojos.

—Está bien —ella dijo suavemente—. Es seguro asumir que el *Rawalyk* ignoró a algunos participantes por su sangre —se frotó el brazo suavemente y Serefin se dio cuenta de lo que había sucedido.

Sangre y hueso.

—Yo diría que pronto hará su movimiento —dijo Serefin—. Me gustaría evitar llegar a la parte en dónde me mata si es posible.

Una media sonrisa se posó en los labios de Józefina.

—Diles que puedes hacer esto sin ayuda de Serefin —le dijo a Malachiasz. Él levantó una ceja.

—¿Quieres que vaya con el rey?

Ella sostuvo su mirada durante mucho tiempo y algo muy peligroso surgió entre ellos.

—Si no es así, debemos evaluar la situación —dijo con voz dura.

Parecía como si ella lo hubiera abofeteado.

—Entiendo —dijo Malachiasz con voz neutra.

Ella se volvió a Pelageya, quien sonrió.

—Que emocionante, hay tensión en los presentes. Estamos por el camino correcto, ahora solamente necesitamos dramatismo.

28

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Alevtina Polacheva: clérigo de Marzenya, era una asesina más habilidosa en el arte de la muerte que en el de la magia. Ella perdió la vida en una misión a Tranavia, fue asesinada por magos de sangre, herejes.

El libro de los santos de Vasiliev

—Necesito hablar con yaliknevi un instante, por favor —dijo Nadya mientras ignoraba el breve destello de agonía que se cruzaba por el rostro de Malachiasz mientras utilizaba su honorífico.

Lo que Nadya siempre tuvo a su favor, fue el elemento sorpresa ya que cuando estrelló a Malachiasz contra el barandal de las escaleras de la torre, él pareció genuinamente conmocionado.

—Nadya, por favor —dijo con los dientes apretados, mientras ella enganchaba su pierna alrededor de la suya para que fuera muchísimo más fácil derribarlo sin le apetecía.

—¿Alguna vez me ha dicho la verdad?

Podía sentir todo su poder arremolinándose en sus venas y era un pensamiento aterrador que pudiera utilizarlo tan fácilmente en él.

—¿Cómo es que te reconoció el príncipe?

—No tengo ni idea de cómo supo mi nombre —dijo Malachiasz.

Pegó su torso contra el de ella, pero al darse cuenta de que era poco respetuoso se relajó dejando caer la cabeza hacia atrás, colgada sobre el barandal y todo lo que le impidió caer de lado era la mano de Nadia que agarraba su camisa.

—Fue tu hechizo el que dejó aquel espacio en blanco, para aquellos que pudieran verme aquellos que no fueran nuestros enemigos.

—¿Entonces, el príncipe se ha convertido en nuestro aliado? —dijo Nadya con incredulidad.

—Aparentemente. Pero, no es por eso por lo que estás enojada conmigo.

Ella lo empujó hacia atrás un poco más mientras su pie se resbalaba y luchaba con sus manos para agarrarse del barandal.

—Me mentiste —dijo con los dientes apretados— me hiciste creer que no era más que un niño asustado, cuando en realidad eras el peor. Todo este tiempo lo fuiste.

—Si —suspiró profundamente.

—¿Por qué? —Su voz se quebró, odiaba que él pudiera afectar la de esta manera.

—Porque estoy asustado —murmuró—. Pero también resulta que soy el peor de ellos, Nadya por favor déjame levantarme —su tono era cansado.

—Aprecio la amenaza, pero sobreviviré este otoño. Lo hiciste mejor la última vez.

Ella dio un paso atrás permitiéndole enderezarse, sin embargo una vez que lo hizo le soltó un puñetazo en la cara, haciendo que se tambaleara de nuevo contra el barandal y riendo mientras limpiaba la sangre de la nariz.

—Me lo merecía.

—Mereces eso y más —dijo Nadya—. Debí haberte empujado.

Miró hacia abajo considerando la distancia de esa caída, pero sacudió la cabeza y escudriñó hacia la puerta bajando los escalones. Necesitaba hablar con él en donde habría menos posibilidades de que el príncipe la escuchará. Él guardó silencio mientras se arrastraba detrás de ella y no fue hasta que llegaron al final de las escaleras y Nadia agarró el pomo de la puerta, cuando él habló.

—Nadya, no había otra manera.

En ese momento era el turno de ella de permanecer en silencio, se movió para abrir la puerta pero su mano aterrizó sobre la de él, Nadya era muy consciente de que su cuerpo estaba muy cerca y también estaba consciente de sentir aquel calor sobre su espalda, detrás de ella.

—Los monstruos son reales y yo soy su rey —dijo en voz baja, casi en un susurro, mientras sus labios rozando en el lóbulo de su oído—. Ambos sabemos que mentir es la única forma de ganar su confianza.

Ella quería empujarlo lejos, pero a su vez no quería estar cerca.

Ese siempre parecía ser el problema de esa cuestión, ella no sabía lo que quería. ¿Por qué al momento de la revelación no cortó todo aquello que la ataban al chico?, ¿por qué se sentía tan atraída hacia él?

—¿En serio mi confianza era tan esencial?

—Nadezhda Lapteva —dijo mientras su mano se deslizaba por su brazo y sintiendo como su otra mano chocaba contra su cintura. Escuchar su nombre completo con aquel acento Tranaviano la hizo temblar—. Más de lo que te imaginas towy dżimyka.

Dejó escapar un suspiro tembloroso mientras que la mano de él se deslizaba por su cuello y ella inclinaba su cabeza hacia atrás. Sus labios presionaron contra su garganta y las chispas se encendieron bajo su toque, su determinación estaba perdiendo batalla y finalmente se rindió cuando él levantó la cabeza y besó la comisura de su boca.

—Esto no es justo —murmuró cuando él la giró y la presionó contra la puerta—. Esto es jugar sucio.

—No te mentiré Nadya —dijo con una sonrisa en sus labios ante la ironía —. Yo juego sucio.

Sus manos traidoras e inaccesibles la traicionaron mientras las estiraba y las entrelazaba sobre su cabello, tirando de su rostro hacia él y besándolo. Besándolo porque estaba enojada con él, furiosa con sus mentiras, pero ni siquiera aquella ira fue suficiente para enfriar el ardor que sentía cuando él estaba cerca, así que aquel calor se extendió por todos sus nervios cuando la tocó. Él hizo un pequeño ruido contra su boca y sus manos la empujaron más cerca, para que sus caderas se presionaran contra las de ella, su mano tiró de su cabello para atraer más cerca su rostro hacia él.

Ella arqueó su espalda contra la pared, dejando que su cuerpo se acercara más, hasta que ya no quedó ningún espacio entre ellos dos, solo eran ellos, ellos, el calor de sus cuerpos y la presión de sus bocas.

A pesar de todas aquellas mentiras, de todos esos complots y de todos esos planes peligrosos que tenían, ella se dio cuenta. Por más que pudiera ser un rey monstruoso, él se deshacía con un solo beso. Ella guardó la información por un corto tiempo, ya que después él la besó más fuerte mientras deslizaba la rodilla entre sus piernas y cada pensamiento ocurrente había huido de su mente.

Cuando finalmente se separaron, Nadya dejó escapar una risita sin aliento, mientras miraba aquellos brillantes arcoiris que se proyectaban por la torre.

—Vas a ir a buscar a Parijahan y Rashid, no sé qué les pasó después de que me secuestraran y estoy preocupada —dijo y él asintió.

Ella tomó su barbilla sobre su mano y dirigió su mirada hacia la de ella.

—Demuéstrame con algo más que palabras que no debería matarse por lo que eres —susurró.

Pero incluso en ese momento, no tenía idea de qué hacer.

—Ve a la catedral cuando hayas terminado aquí —dijo—. Ninguno de los Buitres te dará problemas.

Sintió un escalofrío de favor recorrer su cuerpo, pero asintió.

—¿Los demás saben de ti?

—Si.

Todos me habían estado ocultando esto, todos ya cada uno de ellos.

—Nadya… —comenzó, pero ella lo despidió y se alejó hacia las escaleras.

—Ve —dijo—. Hablaré contigo más tarde.

Aquello era el trasfondo de una amenaza, una promesa y la declaración de que esto no había terminado y que no iba a dejar que él influyera con su encanto. Él dudó un poco y eso no hizo más que quebrantar aún más a Nadya, quien no sabía que hacer ya que tampoco tenía como guía a sus dioses y odiaba sentirse tan perdida, traicionada y rota. Pero al final no importaba, había ido allí para detener una guerra, para hacerle justicia a sus dioses y traerlos de regreso, su corazón no era importante.

Regresó a las habitaciones de Pelageya preparándose para seguramente recibir un montón de preguntas que seguramente Serefin le haría, pero estaba completamente segura, de que no iba a poder responder, ya que éste todavía pensaba de ella como una noble Tranaviana y sabían que allí había algo más ya que no entendía cómo pudo haber reconocido a Malachiasz, ambos tenían aquellos ojos pálidos y aunque probablemente no era algo importante, todavía dudaba.

Al abrir la puerta se encontró con Serefin susurrando las ferozmente a Ostyia, ambos se detuvieron cuando ella entró.

—¿A dónde fue Malachiasz?

—Vinimos aquí con unos compañeros que no han sido vistos desde que me secuestraron.

Serefin se estremeció y Nadya dejó enfriar un poco la situación, sabía que luchaban por lo mismo que ellos, aunque no de una manera directa y no estaba segura de cómo se sentía él acerca de esta guerra, inclusive en la cena de la noche anterior, la forma en la que había hablado con ella había sido agotadora.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No sabía que todos ustedes también estarían en peligro por culpa de él.

—¿Pero sabías que algo estaba pasando?

—Pensé que toda su atención estaba completamente en mi.

—¿Es por eso que estás dispuesto a matarlo? —dijo Nadya mientras asentía—. ¿Por qué si no es él, eres tú?

—Eso por una parte, pero has visto a Tranavia, su obsesión por el poder y todo lo que esta guerra le ha hecho al país.

Sin duda ella lo había visto, había visto pobreza y sufrimiento al igual que en Kalyazin, sabía que todo esto no podía continuar, no podrían sostenerlo por mucho tiempo.

—¿Confías en él? —preguntó Serefin—. ¿Confías en el Buitre Negro?

No sabía que era él, así que la respuesta a aquello es demasiado complicada para explicarla con palabras, pensó.

—Creo que es seguro mantener las distancias —dijo Nadya, pero eso era algo que claramente no estaba haciendo ya que sus labios todavía se sentían hinchados por sus besos—. Pero creo que también nos ayudará.

—No tiene mucho sentido para mí —murmuró Ostyia.

Nadya se encogió de hombros.

—Todo esto es culpa suya —sabía que decir todo aquello dolía—. Es lógico que quiera reparar el daño.

—Sin embargo, ¿será suficiente? —preguntó Kacper.

Serefin frunció el ceño, sería espantoso con aquellos oscuros círculos debajo de sus pálidos ojos y su cabello castaño luciendo sin lavar.

—¿Qué pasaría si agregamos una variable diferente? —dijo Nadya en voz baja, formulando un plan—. ¿Y si hacemos que tu padre venga a nosotros?

Serefin levantó la cabeza y la miró a los ojos, estaba tan despierto y desesperanzado que realmente no creía que se pudiera detener a su padre.

Una punzada la golpeó con filo en el costado, ella también le había estado mintiendo y lo sintió mucho, había aprendido que el príncipe no era ningún monstruo como ella siempre había creído, y era peor, ya que ese chico estaba enamorado de ella, sin embargo pudieron haber sido solamente sus percepciones y les estaba mintiendo a ambos para que sus propias metas se concretaran. Pero no podía decirle la verdad a Serefin, no podía arriesgarse a que él se volviera contra ella antes de que esto terminara.

—Llámalo a la catedral, pensará que es porque Malachiasz está listo para esta ceremonia o lo que sea y llévalo a una posición en la que crea que se le va a dar todo.

—Y luego llévalo lejos —murmuró Serefin.

Nadya asintió, la esperanza brilló en sus ojos y sonrío. Mandó a Kacper y a Ostyia a prepararse y se ofreció a llevar a Nadya de regreso a sus aposentos, Se suponía que debía de ir a la catedral, pero sospechaba que Serefin estaba menos dispuesto a ir, así que simplemente aceptó, aunque fuera solamente para obtener un poco más de información antes de que ella tomará una decisión concreta sobre qué hacer con él.

Marazenya Le diría sin duda que lo matará, Al diablo con la familia del rey y que comenzará con una nueva línea de sangre en Tranavia, también le diría a Nadya que masacrar a Malachiasz inmediatamente, pero ninguna de esas cosas quería hacer ella en particular y no sabía lo que aquello significaba, ella nunca había dudado acerca de su fe, yendo tan involuntariamente en contra de lo que decreta van sus dioses, Malachiasz le había ocultado su origen, Pero sabía que estaría muerta si no hubiera sido por él y no podía negar que su fascinación se había convertido en cariño que ni siquiera las mentiras habían logrado ensucia.

Serefin por otro lado era inteligente y sorprendentemente cariñoso, había escuchado una conversación de los *slavhki* en la corte y ninguno de ellos pensó en la guerra como algo más que un inconveniente, no les importaba en absoluto lo que les estaba haciendo a su gente, solamente les importaba si aquello se interponía en todo su dramatismo. Se preguntó si la corte de Kalyazi Silver estaba en las mismas, tal vez no eran tan diferentes después de todo.

—Si lo logramos, tendrás la corona —dijo—. ¿Qué vas a hacer después?

Él era tan inconsciente de que su respuesta determinaría si ella lo perdonaba lo mataba, parecía pensativo que seguramente no notó cómo se ponía tenso cada vez que pasaban junto a sirvientes con máscaras grises mientras caminaban por los pasillos del castillo, ¿espías de su padre?

—Nunca me había parecido tan real —dijo con voz suave—. He estado en esta guerra por…

Hizo una pausa silenciosa, pero había mucho más en aquel silencio de lo que las palabras podían representar. Se dio cuenta de que estaba destrozado, era un chico que había visto muchos horrores demasiado joven.

—Solamente quiero ser mejor que mi padre.

—Eso es admirable, ya involucrada actualmente en filicidio —él se rio, pero seguía tenso.

—¿Qué pasará con la guerra?

Él le lanzó una mirada de soslayo qué hizo que una sacudida de miedo la recorriera, se preguntó si sospechaba, aunque no estaba segura de cómo pudo haberlo hecho.

—No estamos seguros —dijo—. Y eso necesita cambiar, pero nos estamos quedando sin tiempo. Los Kalyazi se están moviendo a Tranavia y realmente no sé si estamos en condiciones para defendernos adecuadamente.

Nadya se quedó sin aliento.

—Anna —susurró.

—¿Qué? —preguntó mientras ella negaba con la cabeza, con la esperanza de que él no la presionara más.

—Además, ¿que no hay varias cosas que no pueden cambiar entre Tranavia y Kalyazin?

—¿Cómo cuáles?

—¿Acaso dejarías que los sacerdotes regresaran a Tranavia?, ¿reconstruirías las iglesias?

Su mandíbula se tensó y las alarmas sonaron en su cabeza, sabía que había dado un paso demasiado lejos, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—No estoy seguro de que los dioses de Kalyazin tengan algún lugar en Tranavia.

Ella asintió con la cabeza como si fuera una respuesta perfectamente razonable, pero por dentro ella estaba descolocada. Serefin sería un mejor gobernante que su padre y esta guerra tendría que terminar, ¿estaba dispuesta a comprometerse? Ella estaba allí para devolver Tranavia a los dioses, Pero también estaba allí para detener la guerra.

¿Era acaso una tarea más importante que la otra?

Ella era solamente una chica, no quería que el destino de las Naciones dependiera solamente de sus decisiones. Se estaban acercando a los aposentos de Nadya y no estaba segura de cómo llegar a la catedral desde ahí, así que le preguntó a Serefin cómo llegar.

—Ten… cuidado Józefina —dijo—. Él no es alguien con quien debas jugar.

Nadya casi se echa a reír, era tan conmovedor que pareciera preocupado por su bienestar.

—¿Podrías hacerme un favor, Serefin?

—Me estás ayudando a evitar que me maten así que supongo que te debo toda una vida llena de favores.

—Oh, entonces lo recordaré.

Él sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Alguien seguramente ha notado que no estoy encerrada en un calabozo y me gustaría tener la confianza de saber que nadie vendrá a buscarme, porque no estoy donde se supone que debería de estar.

Especialmente porque estaré con los Buitres.

—Me encargaré de eso —Serefin asintió.

—Gracias.

—Aún no entiendo por qué estás haciendo esto.

Nadya no sabía cómo responder a eso y cualquier cosa aparte del mando divino parecía demasiado trillada.

—La guerra se llevó a alguien importante para mí —dijo tocando con el dedo el collar de Kostya inconscientemente.

No podía pensar en cómo había sido si Serefin, había dirigido ese ataque.

—No lo toleraré más.

Se apoyó contra la pared justo cerca de la puerta de sus aposentos.

—¿Y quién eres tú para hacer la tarea que muchos fracasaron durante más de un siglo?

Nadie, solamente una niña con un pequeño fragmento de divinidad.

—Soy la primera persona que se niega a fallar —dijo mientras se encogía de hombros.

* * *

Los buitres residían en lo que una vez fue la gran catedral de Grazyk, pero en ese momento que ya no se adoraban a los dioses, hay residía el Trono de Carrión. La catedral era una estructura imponente, sombría, con grandes picos y enormes vidrios.

Nadya se detuvo ante la entrada mirando hacia arriba, no pudo forzar sus pies más y después de unos minutos fue vagamente consciente de la presencia de Malachiasz a su lado, quien también miraba la catedral. Antes de que alguno de los dos hablara, el silencio llenó el espacio.

—La guerra nos ha acostumbrado a todos a vivir en espacios profanados, espacios que alguna vez se consideraron santos.

La catedral estaba pintada de negro y Nadya sabía que no había forma de que ésta se hubiera visto así cuando era una iglesia real. Había enredaderas de hierro forjado y estatuas rotas que en su momento habían sido trabajadas sobre los ladrillos, Todas las estatuas habían perdido la cabeza, excepto una.

—Cholyok dagol —maldijo en voz baja y Malachiasz siguió su mirada palideciendo.

—Sabes, honestamente no estoy seguro de cómo ha sobrevivido esa en particular.

—No sé, no puedo decir si me estás mintiendo o no —dijo Nadya con cansancio en su voz.

Svoyatona Madgalina, un santo que supuestamente fue el primero de los clérigos, a Nadya no le gustó la ironía.

Empezó a llover, una lluvia helada que caía en pesadas gotas, Malachiasz miró al cielo con los ojos entrecerrados y se inclinó hacia ella tomando su mano y entrelazando sus dedos.

—Aún no estás perdonado —susurró.

—Lo sé.

Se mordió el labio parpadeando para contener unas cuantas lágrimas y el tiro de su mano.

—Parijhan y Rashid están a salvo. Vamos, salgamos de la lluvia.

Ella lo siguió por la catedral y trato de no sentir que la construcción la estaba engullendo viva, el vestíbulo estaba revestido de mármol, negro y fresco y la puerta al santuario negro tenía bordes dorados, entonces Malachiasz abrió la puerta, Era como si la estuviera conduciendo hacia el infierno, hacia un nuevo nivel con cada puerta que se abría. Sin embargo ella lo siguió y se quedó sin aliento cuando entró finalmente al santuario. Malachiasz la miró con una media sonrisa en los labios, llevaba ropa diferente, una túnica larga sobre sus pantalones, todo era negro, acompañado de un cinturón dorado atado alrededor de su cintura. En ese momento parecía más noble, como si se tratara de un rey.

El santuario tenía techos altos abovedados y pilares tallados con figuras que delataban los orígenes de la sala, al final del salón estaba el Trono de Carrión que descansaba sobre cráneos dorados, varios huesos se alineaban en el pasillo largo y abierto, incrustados en el suelo de mármol negro. Había una belleza brutal y primordial en aquella combinación, una combinación de lo profano y lo divino. La luz se filtraba a través de las altas ventanas, inundando la habitación y suavizando aquellas duras líneas.

Malachiasz no dejaba de verla, mientras ella contemplaba el santuario, caminó alrededor de los huesos incrustados en el suelo, mientras Malachiasz pasaba de uno a otro como un niño jugando.

—Dime que no dirás esto frente a la bruja —dijo.

—El rey está tratando de convertirse en un Dios —respondió Malachiasz sin mirar hacia arriba mientras seguía saltando de un hueso a otro.

Nadya respiró hondo por la forma tan clara en la que lo dijo, como si no fuera nada.

—Creo que mi concepto de un Dios es diferente al tuyo —dijo Malachiasz mientras sus hombros se levantaban en un encogimiento de hombros—. Pero, ¿quién sabe?. Y si, descubrí toda la teoría —suspiró mientras se frotaba la frente con sus elegantes y tatuados dedos.

Nadya se preguntó nuevamente qué significa harían los tatuajes y volvió a preguntarse si era demasiado tarde para averiguarlo.

—Era sólo una teoría, la gran cantidad de magia involucrada para hacer algo así es tan grande que pensé que era imposible. Sé que no debí habérselo dicho a nadie y sin embargo aquí estamos.

—¿Para empezar, porque lo estabas investigando?

—Curiosidad —hizo un gesto con la mano hacia el santuario—. Porque vi la línea de falla en Tranavia y pensé que tal vez podría arreglarla. Pensé que tal vez yo podría ser quién salvara a este reino en ruinas, ¿de qué sirve todo este poder si no hago nada con el…?

Nunca le había parecido del tipo de persona hambrienta de poder, se preguntó si esa solamente era otra faceta que él le estaba ocultando, si había perfeccionado tanto aquella imagen que él quería que ella viera, que ya no lo conocía en absoluto o si aquel idealismo, es decir aquel deseo de salvar a un reino agonizante, era verdad.

Sin embargo, se estaba mordiendo las cutículas, el borde alrededor de la uña de su dedo índice se llenó de sangre mientras rasgaba demasiado e hizo una mueca metiéndose el dedo en la boca para detener la hemorragia. No creía que un rey monstruoso y hambriento de poder tuviera ansiedad y jugara pequeños juegos en el suelo de su propio lúgubre palacio.

—Entonces ¿huiste?, ¿huiste de los Buitres?

—Hui de Tranavia —aclaró—. La abdicación es imposible. Tengo el trono hasta que muera o hasta que me maten por él, que es lo más probable. —Sus ojos se entrecerraron—. Cuando Los Buitres atacaron… Pensé que estaban ahí para mí, pero Rozá es una de las que me quieres fuera del trono.

—¿Pero los mandaste lejos?

—Fue algo arriesgado, como dije, la magia es imperfecta. Y ya que intentaron matarme, podrían habernos perseguido y haber matado a los demás. Tuvimos suerte, cuando hui sacudí a toda la orden y al regresar he creado caos. Yo… no sé si pueda liderar los cómo lo hice anteriormente,

nadie nunca ha hecho lo que yo hice —ella frunció el ceño—. Si estás buscando una disculpa por lo que soy, no te la daré. Pensé que finalmente había encontrado algo para ponerle fin a esta guerra y salvar Tranavia, en cambio le di la idea del poder ilimitado a la única persona que nunca debí habérselo dicho y corrí porque negarme aquello solamente habría significado mi ejecución, puedo admitir que soy un cobarde en ese sentido.

Algo crujió en su pecho e hizo estremecerse.

—Entonces, ¿todo ha sido una mentira?, ¿todo?

—No Nadya, eso no es lo que quise decir. Me he acostumbrado tanto a las mentiras que ya no sé que es verdad —su voz tembló—. Lo que me has dado es una verdad con la que no sé qué hacer porque nunca antes había tenido algo así y no puedo soportar pensar que lo he arruinado.

Se quedaron en silencio con la luz moviéndose fuera desvaneciendo dentro del santuario y alargando las sombras a su alrededor. Allí en ese lugar profano Nadya se encontró alcanzando al monstruo, sin embargo ella acunó su mano presionando ligeramente los dedos sobre los de él dejando que aquel silencio se prolongara y se extendiera entre ellos, convirtiéndose en algo casi tangible. Cuando estuvo segura de que él lo sintió, se estiró y tomó su rostro entre sus manos, tenía los ojos cerrados y sus largas pestañas se extendían como sombras contra su pálida piel, él apoyó las manos en sus muñecas y los pulgares presionaron ligeramente contra sus palmas, esa acción hizo que su corazón latiera.

—Dime la verdad Malachiasz, ¿por qué estás aquí?

Él exhaló profundamente y su aliento acarició su rostro.

—Estoy cansado Nadya, quiero ponerle fin a todo esto que comencé. Quiero que esta guerra termine sin dejar a Tranavia en cenizas.

—Quiero creerte —susurró—. Pero… —Abrió la boca sin palabras.

Finalmente él preguntó:

—¿Siempre será así?

¿Lo será?

Ella No puedo decirlo, ¿alguna vez se sentiría cómoda con lo que él era o siempre sería esta constante de frío y calor, amigos un seguido y qué serían al siguiente?

—No lo sé.

Él asintió con la cabeza, había una profunda tristeza en sus pálidos ojos, Nadya sintió como su corazón se partía en pedazos, no era algo que hubiera sentido antes ya que esta enorme grieta en su pecho, ese vacío que sentía, le abría las costillas. Su manga bajó hacia atrás revelando el desorden de

cicatrices que cubrían su antebrazo, frunciendo el ceño ella pasó las manos por las cicatrices.

—Dijiste que las navajas para hacer magia no dejaban cicatrices.

Sabía que se habían abierto los brazos en la arena, pero las marcas estaban casi del todo curadas, no tan rápido como si ella fuera una maga de sangre, pero se encontraban sanadas.

—No es así —dijo—. Este es un recordatorio.

Como aquellos recordatorios que él susurraba con su nombre.

—¿Sigues haciéndolo?

—No por mucho tiempo.

Porque su pulgar jugaba con los de él mientras jugaban con sus dedos, antes de dejar caer su mano. Se dio la vuelta para contemplar el santuario. ¿Perdería todo esto si les ayudaba?

—¿Cuánto tiempo has estado… así?

—Tenía dieciséis cuando tomé el trono.

—¿Mataste al último Buitre Negro? —preguntó Nadya, a él le tomó un tiempo, pero finalmente asintió—. ¿Por qué?

—Quería saber si podía —dijo en voz baja—. Si algo mejoraría si lo conseguía.

—¿Mejoró?

—No.

Se quedaron callados de nuevo, Nadya deambuló por el santuario, luchando contra la voz de fondo de su cabeza acerca de Malachiasz. Finalmente, Nadya escuchó unos pasos detrás de ella y sintió como unos labios presionaban contra su cuello de una manera que hizo que sus rodillas se debilitaran.

—Quiero hablar con los demás —dijo mientras se sonrojaba.

La forma en la que su voz se entrecortaba hizo que se sonrojara aún más cuando escuchó su suave risa, él pasó junto a ella y una sonrisa asomo los bordes de sus labios, era una sonrisa oscura con algo maligno escondido detrás. Él regresó frente a ella y le volvió a sonreír mientras le tendía la mano, era una sonrisa monstruosa pero plácida y aquella oscuridad anterior había desaparecido. Quizás solamente lo había imaginado, sin embargo, no estaba segura, así que sin vacilación, tomó su mano.

Malachiasz la condujo fuera del santuario subiendo un tramo de escalera y bajando por un largo pasillo, fueron detenidos a la mitad por un Buitre que se aclaró la garganta.

—Honestamente no pensé que volverías.

Malachiasz se tensó y se apresuró a soltar la mano de Nadya, quien solamente bajó la cabeza.

—Rozá —dijo Malachiasz rotundamente— me disculpará por no contarte mis planes, pero es algo que definitivamente no es de tu incumbencia. Żywia sabía que había regresado y la última vez que verifique ella era mi segunda al mando, no tú.

Rozá no llevaba máscara y su rostro desnudo era más suave de lo que Nadya se llegó a imaginar.

—Hubieras tardado un poco más y me hubieran nombrado a mí el Buitre Negro —se burló.

La sonrisa de Malachiasz tenía el mismo filo que un cuchillo.

—Ambos sabemos que eso es imposible.

Las garras se le escaparon de las manos, pero Malachiasz ya tenía una larga garra de hierro en la barbilla de éste.

—No lo hagas Rozá —dijo suavemente.

—Debería de decirle al rey lo que estás haciendo —dijo pero tragó saliva mientras le temblaba la voz.

—Entonces es bueno para todos nosotros que no puedas hacerlo.

La voz de Malachiasz tocó ciertas cuerdas de miedo en el cuerpo de Nadya. Los ojos de Rozá brillaron y sin embargo asintió para darle oportunidad a Malachiasz de retraer su garra, dejándola dar un paso atrás.

—Pero puedes decirle que lo he estado observando y tengo mis dudas de cómo ha elegido manejar sus asuntos —dijo Malachiasz mirando de nuevo a Nadya—. Mis aposentos están al fondo del pasillo, estaré allí pronto.

Nadya frunció el ceño, no quería dejarlo solo, ella no quería dejarlo con ese Buitre que podía estarlo vigilando, sin embargo ya se encontraba retirándose cuando al pasar junto a él, le lanzó una mirada de advertencia. Él sonrió levemente, pero eso no hizo nada para que ella se sintiera mejor mientras corría por los pasillos, demasiado consciente de que podía ser detenida por un Buitre y que la protección de Malachiasz fuera inservible en esos momentos.

No es que no pudiera protegerse, pero estaba en una situación precaria y despertar sospechas era lo último que necesitaba.

Rashid estaba en una de las orillas de la habitación de Malachiasz, dio un salto poniéndose de pie mientras hacía una mueca ante el movimiento de entrada, sin embargo se relajó en cuanto vio que era ella. Nadya entró despacio a la habitación contemplando los lujosos cuartos, parecía que nadie hubiera vivido ahí durante algún tiempo, las pinturas cubrían todos los

espacios abiertos de las paredes y se apilaban en las esquinas de la habitación, había paisajes extrañamente oscuros era como si el artista estuviera proyectando un futuro sombrío. Había una estantería que estaba llena de libros y había unos cuantos que empezaban a amontonarse a su alrededor.

—Oh —dijo ella.

Le lanzó una mirada a Parijahan y a Rashid antes de abrir la puerta, quería saber todo sobre ese chico extraño y reservado, era un mentiroso y ella quería saber sus verdades. Dentro de la habitación había un estudio apropiado para alguien con el estilo de Malachiasz, había más libros apilados en las esquinas y el escritorio estaba lleno de papeles, navajas y herramientas afiladas que Nadya ni siquiera quería contemplar. La habitación tenía una ligera energía apagada y Nadya cerró la puerta rápidamente sintiéndose enferma, el último pasillo en la parte trasera conducía al dormitorio, sin embargo Nadya no esperaba que las habitaciones estuvieran todas desordenadas, después de darle un último vistazo regresó a la sala principal.

—Me mentiste —dijo simplemente.

Parijahan frunció los labios, pero al menos Rachid parecía avergonzado.

—¿Qué esperabas? Fue suficiente con que supieras que era uno de ellos…

—No puedes tomar esa decisión por mí —espetó Nadya.

Rashid le tocó el brazo a Parijahan.

—Se le permite estar molesta —dijo con voz suave.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Nadya.

—Es Malachiasz, llegó demasiado lejos un día y simplemente uní las piezas —dijo Parijahan.

—¿Confías en él?

—Lo hago, tiene métodos cuestionables y está desesperado. Pero lo está intentando y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de las personas.

A Nadya no le parecía suficiente, pero en este punto pensó que nada le iba a ser suficiente, aunque eso no pareció importarle. Podría estar dándole muchas vueltas con aquellas lagunas mentales sobre cómo no debería confiar en él porque le mintió, pero aún así seguiría haciéndolo.

Esta era una batalla que había perdido y ninguna cantidad de movimientos desesperantes de un lado hacia el otro iba a cambiar la forma en que lo necesitará para que ese plan funcionará, tampoco iba a cambiar la forma en que se preocupaba por el chico ansioso que intentaba corregir un error, el chico que no era una mentira, aunque a veces resultaba ser algo monstruoso.

—¿Dónde estaban ustedes dos?

—En las mazmorras, tratando de convencer a un guardia bastante entusiasta de que no era ni remotamente familiar, ya que todos los Akola se ven exactamente iguales.

Los ojos de Nadya se agrandaron.

—¿Qué?

Parijahan agitó una mano desdeñosa.

—¿Podrías ver sus costillas rotas?

—¿Tus qué? —Rashid sonrió tímidamente y se estiró en el diván con un gemido de dolor.

—Creo que me estoy muriendo.

—No se está muriendo —dijo Parijahan.

Nadya sacó su magia odiando cada segundo que la usaba sin el contacto con sus dioses, susurró un discurso que no entendía muy bien en voz baja y las llamas de sus dedos se calentaron. Ella calculó cuidadosamente cuál de las costillas de Rashid estaba rota y se dispuso a repararlas. Rashid se retorció debajo de sus manos como un niño que se niega a sentarse para que lo escarmentaran, sin embargo Nadya tuvo que abstenerse de golpearlo.

—Estate quieto.

—Tus manos están heladas.

La puerta se abrió y se cerró con un portazo, Malachiasz se dejó caer en el sillón mientras dejaba escapar un largo y dramático suspiro.

—¿A Rashid le golpearon el pecho por tratar de encantar a los guardias? —preguntó.

—Me conoces tan bien, Malachiasz —dijo Rachid con el rostro descolocado mientras Nadya trabajaba.

Le tomó aproximadamente una hora curarlo, cuando terminó se apoyó sobre sus talones y se miró las manos estando vagamente consciente de lo que los demás estaban hablando, estaban repasando los planes, sin embargo todo lo que podía pensar era en como ella misma había curado a Rashid, no había sido el poder de Zbyhneuska, había sido el suyo.

¿Qué significaba todo eso para ella?

Cuando esto terminará, si es que sobrevivía ¿Los dioses se apartarían porque había descubierto que su poder no dependía de sus caprichos?, ¿era esto cierto para todos los clérigos de la historia o era un defecto dentro de ella?

Malachiasz la sacudió y se arrodilló en el suelo junto a ella, suavemente tomó sus muñecas y cruzó sus manos entre las suyas, las lágrimas ardían en sus ojos.

—No siempre podemos entender como la magia elige fluir —dijo en voz baja, metiendo un mechón de su cabello detrás de su oreja—. Esto es libertad Nadya, no tienes por qué huir.

Ella no entendía porque él no podía comprenderla, Incluso si él tenía razón los dioses eran la razón por la que ella vivía, el aire en sus pulmones y si a veces resultaba asfixiante, era porque se necesitaba. Solo que en ese momento vivía sin el miedo de que ellos la rondaran y excavaran en lo profundo de sus pensamientos.

Sea lo que sea que tenía que hacer para que ese plan llegara a su fin estaría completamente sola, no habría peligro de que un Dios negara un hechizo o ignorara su oración.

Hizo un intento final y tentativo de comunicarse hacia los dioses y cuando se encontró con un muro de piedra de silencio tomó una decisión. Todo esto se trataba de la supervivencia, de algo mucho más grande que la magia de Nadya y no iba a dejarse acribillar por la duda y la culpa, esto no era algo de lo que debería de estar huyendo, era algo que debía abrazar.

—Gracias Malachiasz —susurró.

—¿Estás bien? —preguntó mientras sonreía.

Extendió una mano vacilante rozando su pulgar sobre un largo corte que corría por su cuello.

—Desearía poder ayudar, pero… —Guardó silencio. Los magos de sangre no pueden curar.

—Me gusta saber que tienes esa debilidad —respondió.

Ella tiró de un mechón de su cabello y se preguntó si esto era en lo que se había convertido, lo que haría que ese rey monstruo tropezara y se alejara de su trono.

Otra debilidad.

—Explícame sin mentiras lo que está pasando, creo que si lo dices correctamente y con las ideas necesarias, pueda perdonarte.

Parijahan resopló y la sonrisa de Malachiasz decayó.

—Me debes cuarenta *kopeks* —Parijahan le dijo a Rashid.

Él suspiró.

—En mi defensa las probabilidades estaban en contra desde que comenzamos.

Nadya y Malachiasz intercambiaron una mirada, ella podía sentir como la parte superior de sus oídos ardían y ambos fingieron no tener idea de lo que estaban hablando los Akolan. Nadya se subió a la silla detrás de ella mientras que Malachiasz empujó las piernas del sillón y se sentó.

Rashid protestó y pateó a Malachiasz en la cabeza como represalia.

A Malachiasz le gustó el plan que había formado con Serefin, aunque le preocupaba que el rey actuara en contra del príncipe antes de tiempo.

—¿Quieres traerlo aquí?

Ella asintió. Y él se puso a pensar.

—Sería menos el público que en la corte y sé perfectamente cuáles de los Buitres están actuando como guardias del Rey.

—¿Puedes hacerlo? ¿Con tu corte dividida como lo está? —preguntó Parijahan.

—No tengo otra opción —dijo.

Los párpados de Nadia estaban pesados y se acurrucó en la silla bostezando.

—¿No se consideraría una traición tu huida de Tranavia?

—Eso fue directamente en represalia por algo que el rey me pidió que hiciera, así que sí. Pero para que el ritual funcione no puede hacer esto sin mí. Si lo que dijo Serefin sobre su padre es verdad, entonces está tan desesperado que mirará más allá de mí trasgresión.

Nadya apretó la cara contra el cojín de la silla, podía escucharlos vagamente discutiendo sobre cómo debían esperar actuar y no como se esperaba actuar mañana. A continuación Nadya fue consciente de que la levantaban de la silla y un aroma agradable de tierra y hierro se hizo presente —Malachiasz—, además de un suave roce de cabello contra su mejilla.

—Voy a ir a hablar con el rey, vuelvo enseguida. Tú y Nadya pueden usar mi habitación —lo escuchó decirle a Parijahan mientras su voz retumbaba sobre su pecho y ella se movía hacia el calor de sus brazos.

—¿Estás dormida?

—No —ella negó con la cabeza, pero hundió la cara en su pecho.

—Su visión del mundo ha sido sacudida demasiadas veces para cualquier persona en las últimas doce horas, además de haber sido torturada y desviada. Al final, lo está haciendo muy bien —continuó Malachiasz—. Especialmente porque esperamos que ella asesine a un hombre mañana.

—Todo es parte del trabajo —murmuró Nadya—. No deberíamos de matar a Serefin.

—¿Qué?

—Serefin, él es bueno.

Nadya acarició su pecho.

—Me agrada, él debería vivir —abrió los ojos—. Ten cuidado Malachiasz.

Sus ojos la miraron con tristeza, pero después de un parpadeo desapareció mientras le sonreía.

—¿Qué te han dicho sobre preocuparte por mí? Es inútil.

Ella bostezó.

—Demasiado tarde para eso.

29

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Milan Khalturin: Svoyatovi Milan Khalturin era un hombre santo, no bendecido por ningún dios pero adorador de todos ellos, que vagaba por Kalyazin. Hay milagros atribuidos no a su vida, sino a su muerte, ya que se dice que sus huesos tienen propiedades curativas.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin estaba demasiado ansioso para dormir. Casi había terminado con los preparativos necesarios para mañana, pero su mente no lo dejaba descansar.

Mientras se sentaba en su escritorio con los hechizos extendidos frente a él, con la sangre aún secándose en las páginas, no podía evitar la sensación de que había algo que aún no comprendía.

¿Qué le harían al reino cuando iniciaran ese golpe? Tranavia era su reino. Su tierra de lagos y montañas y pantanos. De magia de sangre y monstruos. Un reino con dos reyes. No quería verlo devorado por el fuego de la guerra, y tampoco quería verlo morir de hambre. Ambas cosas estaban peligrosamente cerca en el horizonte. Pero tampoco quería *morir*.

Su padre había llegado a la cena, pareciendo casi mareado por algo. Serefin trató de no tener recelos —todo formaba parte del plan—, pero estaba preocupado. Si había que creer a su padre, Malachiasz era quien manejaba los hilos. Aunque el Buitre Negro hubiera admitido su culpa, ¿significaba eso que no iba a entregar al rey exactamente lo que buscaba?

Pero no importaba. Se les había acabado el tiempo. Durante la cena, el rey había mencionado que las fuerzas Kalyazi se habían movido, que el ataque era inminente. Parecía… exultante ante la perspectiva, y eso era lo que más

aterrorizaba a Serefin. Lo único a lo que podía aferrarse era la desesperada esperanza de poder salvarse al final.

Un golpe en la puerta lo sobresaltó. Seguramente Ostyia o Kacper —no había visto a ninguno de los dos esa noche—. Żaneta parecía desanimada cuando abrió la puerta. Le lanzó una débil sonrisa. Antes de que él tuviera la oportunidad de saludarla, alargó la mano, agarró las solapas de su chaqueta y lo besó.

Él se puso rígido por la sorpresa, pero pronto se relajó en el beso. Sus manos agarraron la cintura de Żaneta y los dedos de ella se deslizaron por su pelo.

—¿Qué es esto? —preguntó él, sin aliento, cuando ella se separó. Le besó la comisura de la boca, la mandíbula. Ella no respondió. Levantó la cabeza, buscando en su rostro. Sintió un escalofrío al ver su expresión sombría—. ¿Zaneta?

Ella negó con la cabeza, forzando una sonrisa. Había lágrimas en sus ojos oscuros.

Él tomo su cara suavemente con la mano.

—¿Puedes venir conmigo? —preguntó. Ella parpadeó con fuerza y las lágrimas desaparecieron, la incomodidad desapareció con ellas. Parecía tan equilibrada como siempre—. Lo siento, estoy bien. No debería haber…

—Żaneta…

Ella le lanzó una sonrisa brillante, ya no tensa.

—Estoy bien, Serefin.

Él dudó antes de volver a besarla suavemente. Cuando él se separó, ella levantó la mano, peinando su cabello con los dedos.

—Sólo será un minuto —dijo. Le tendió la mano. Él la tomó.

—¿Has visto a Kacper o a Ostyia? —preguntó.

—Me sorprende que ninguno de los dos estuviera contigo. No los he visto hoy.

Frunció el ceño. No era propio de ellos desaparecer. Una sensación de pesadez comenzó a enroscarse en su interior y se sintió sospechosamente como un temor. Lo había descartado antes —Żaneta era la única persona de la corte en la que confiaba—, pero mientras la seguía por los oscuros pasillos del palacio no podía negar que eso iba a terminar mal.

Trató de pensar, de quitar su mano del agarre de Żaneta, pero encontró su cabeza repentinamente borrosa y sus dedos flojos. Żaneta pasó de guiarlo a arrastrarlo por el pasillo.

El presentimiento subió por su columna vertebral como dedos fríos mientras caminaban. Más allá de las mazmorras, en el ala trasera del palacio, muy por debajo de la tierra, donde se llevaba a cabo cualquier investigación mágica del rey. Investigación no ordenada por los Buitres.

Había sangre saliendo por debajo de la manga de Żaneta y deslizándose por sus dedos. Ella le devolvió la mirada, limpiando la sangre en sus faldas oscuras, y se limpió la boca con el dorso de la mano, quedando una mancha de sangre en sus dedos.

Su ceño se frunció; no había probado la sangre cuando la había besado. La comprensión llegó lentamente, sus pensamientos buscando a través de una niebla turbia.

Era un hechizo. Ella puso magia en sus labios y en ese momento él iba detrás de ella sin poder evitarlo, aunque sabía que debía huir. La única que creía que estaba de su lado, y ella lo había vendido como todos los demás.

Llegaron a la entrada de las catacumbas. Las puertas estaban intrincadamente cerradas y vigiladas por ambos lados. Serefin sintió que las fauces de su destino se cerraban a su alrededor mientras se adentraba en la oscuridad.

Żaneta se detuvo. Se volvió hacia atrás. La oscuridad era asfixiante y espesa. El pánico le constriñó el pecho, haciendo que sintiera que no le llegaba aire a los pulmones. Sintió la mano de ella en su cara, su toque ligero.

—Lo siento, Serefin —susurró ella. Le besó la mejilla.

—¿Qué podía darte él que yo no pudiera? —preguntó Serefin. Le costaba hablar, sus palabras salían espesas y apagadas.

No podía distinguir sus rasgos en la oscuridad.

—Quiero ser la reina. Es así de simple.

La reina. Sola.

—Está aquí abajo, ¿verdad? —Serefin odiaba que se le quebrara la voz. Odiaba que estuviera asustado.

—Él te necesita —respondió Żaneta.

Lo empujó hacia adelante. Hacia la oscuridad. Hacia las profundidades. No tenía otra opción que lanzarse de cabeza hacia abajo.

30

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatovi Konstantin Nemtsev: Un clérigo de Veceslav durante una rara época de paz entre Kalyazin y sus vecinos. Eso no protegió a Konstantin de encontrar un final desafortunado. Fue capturado por magos de sangre tranavos y descuartizado. La paz no duró mucho.

Libro de los Santos de Vasiliev

Nadya soñaba con monstruos con muchas articulaciones y criaturas con miles de dientes. Con bocas abiertas y garras de hueso. Esos monstruos la conocían. La alcanzaban, silbando su nombre, e incluso mientras corría podía sentir cómo las garras se enganchaban en su ropa. Los miles de ojos pelaban la carne de su espalda. Soñó con campos de sangre, con sangre lloviendo del cielo, con un mundo ya asolado por la guerra, con ríos que corrían rojos.

Se despertó gritando. Gritos horribles y desgarradores que sacudían todo su cuerpo. Su pelo goteaba de sudor. Sólo fue vagamente consciente de las frías manos de Parijahan apartándole el pelo de la cara, del susurro de las palabras Akolanas, rápidas y fluidas.

De la puerta que se abrió de golpe, de un par de manos cálidas que se plegaban sobre las suyas, de la cama que se hundía ligeramente por un lado mientras Malachiasz se sentaba, atrayéndola contra su pecho.

—Nadya, sólo ha sido un sueño —le susurró al oído en Kalyazi. Sus gritos dieron paso a sollozos jadeantes—. Estás a salvo aquí, towy dżimyka.

Ella se acurrucó contra él, su corazón latía rápidamente contra su oído. Se oyó un murmullo en el otro lado de la habitación y escuchó a Parijahan y Rashid hablar en voz baja entre ellos. Pequeñas cosas para centrarse en la realidad.

—¿Qué hora es? —preguntó, con la voz cruda. Le dolía hablar.

—Algún momento de la noche —respondió él.

Parecía que debía ser casi de madrugada. Oyó que la puerta se cerraba cuando Parijahan y Rashid salieron.

Si no se hubiera sentido tan mal, probablemente se habría sonrojado al darse cuenta de que estaba sola con Malachiasz en su cama. En ese momento estaba demasiado cansada para preocuparse.

—No he oído a los dioses desde que me desperté en un charco de mi propia sangre —susurró—. Lo que me asusta es que quizás sea algo bueno. Ya no sé lo que es real.

Malachiasz asintió lentamente. Parecía que le habían arrancado del sueño; tenía el pelo largo enmarañado y la camisa puesta a toda prisa, abierta de par en par, medio colgando de un hombro.

—Es perfectamente humano dudar, Nadya —murmuró.

—No cuando eres divina —dijo ella. Ella olfateó patéticamente.

—No, supongo que no —convino él.

—¿Cómo lo haces? ¿Vivir sin fe?

Él se quedó callado contra ella, excepto por el ritmo de su respiración.

—Nadya, ¿*realmente* quieres saber de dónde viene mi ética? ¿La mía?

Él, el rey de los monstruos. El mentiroso. El hereje.

No… ella supuso que no.

Murmuró su respuesta. Él asintió, sin sorprenderse, y le besó suavemente la frente.

—Siento que no debería preguntar qué es lo que te ha hecho gritar en sueños, pero admito que tengo curiosidad.

—Monstruos.

Se estremeció. Pensó que estaba hablando de él. Casi deseó que lo hiciera, al menos eso se explicaría fácilmente. Consideró dejarle creer que él le daba pesadillas. Pero no era tan cruel.

—No, así no —dijo ella, cuando quería decir *no como tú*. Él se relajó visiblemente y eso hizo que ella sintiera curiosidad—. ¿Te molestaría?

—Por supuesto que sí.

—Pero te gusta ser lo que eres.

Su expresión cambió, se volvió preocupada. No la corrigió.

—No quisiera ser la causa de tu dolor, aunque sea inevitable.

Tras un largo silencio, volvió a hablar.

—¿Tal vez deberías intentar dormir de nuevo? Le diré a Parijahan que puede…

—Quédate —dijo Nadya, cortándolo.

Él frunció el ceño, negando ya con la cabeza. Empezó a levantarse, pero ella le agarró la muñeca.

—Me preocupo por ti, Malachiasz —dijo ella, las palabras rápidas al salir de ella—. No sé cuándo empezó, pero es real y me aterra. Eres la persona más frustrante que he conocido y todavía estoy un poco convencida de que somos enemigos y de que preocuparme por ti es una herejía total, pero lo hago. Me has estado mintiendo desde el principio y no puedo obligarme a dejar de preocuparme por ti.

Su expresión era completamente indescifrable y no la miraba a los ojos. ¿Se había equivocado totalmente con él? ¿Había dicho algo equivocado? Nunca había hecho eso antes; no estaba segura de cómo funcionaba. Ella no…

Él la besó. Fue hambriento y decidido, y hablaba claramente de deseo. Le sorprendió lo desesperada que se sentía. También la asustó un poco.

Eso no le impidió ponerse de rodillas, acercarse a él y anudar las manos en su pelo. El corazón le latía con fuerza y cada centímetro de su cuerpo temblaba porque aquello estaba mal. Si no moría mañana, seguramente sería castigada.

Pero no le importaba. *No le importaba*. Sus manos agarraron su cintura mientras la acercaba. Se separó, con la respiración entrecortada y caliente. Sus ojos pálidos eran oscuros y peligrosos cuando buscaban su rostro.

—Es una idea terrible. —Habló en Kalyazi. Ella estaba cansada de escuchar el Tranavian.

—Lo sé.

—Ojalá lo hicieras —dijo él, con la voz ronca. Levantó una mano, trazando suavemente sus rasgos con las yemas de los dedos. Ella se estremeció. Cuando llegó a su boca, ella inclinó la cara para besar su palma.

Él dejó escapar un largo y desgarrado aliento. Ella atrajo su rostro hacia el suyo, besándolo con fuerza, sintiendo su cuerpo estrecharse contra ella. Sacó una mano de su pelo y la dejó deslizar por su cuello, rozando con los dedos la clavícula. La piel de él estaba caliente y ella sintió su mano recorrer las crestas de su columna vertebral. Él presionó hacia delante, bajándola de nuevo a la cama.

Por una fracción de segundo, ella se congeló, dándose cuenta de repente de lo peligroso que era eso, de lo mucho que podía caer si lo permitía.

Él sintió su instante de indecisión y retrocedió. Un recelo similar apareció en su rostro.

—Quédate —susurró ella.

Él asintió.

—Nadya, yo… —se interrumpió. Le besó la garganta. La mandíbula. La comisura de sus labios.

Ella tenía problemas para pensar con claridad. Su mente se concentraba únicamente en la sensación de su boca contra su piel. Pero comprendió que él quería decirle algo serio, así que abrió los ojos.

—Si mañana pasa algo… —Él se movió para estar tumbado a su lado. Ella se puso de lado y se acercó para que sus frentes se tocaran—. Quiero que sepas que eres lo único bueno que me ha pasado.

¿Debía tener el corazón en la garganta de esta manera? ¿Tenía que sentirse tan viva y con tantas ganas de llorar en ese mismo momento? No tenía ni idea. Todo lo que sabía era que había ido en contra de todo lo que creía *correcto* y se había enamorado completa e irreversiblemente de ese terrible y monstruoso chico.

Apoyó los dedos en su cara, el rastrojo que empezaba a espolvorear su mandíbula y sus mejillas. Su voz la asustaba, y no de la forma en que la asustaba cuando hablaba como el Buitre Negro. Eso era diferente. Eso era tristeza. Desolación.

¿Cómo podía ser *ella* lo único bueno que le había pasado? Ella casi le había cortado la garganta, lo había colgado de una barandilla. Ella ni siquiera confiaba en él, no realmente.

Tal vez eso no era cierto. Él había mentido, era un monstruo, pero aun así a ella le importaba. Una parte de ella había llegado a confiar en él. Y eso era lo más aterrador de todo.

—Tendremos que asegurarnos de que no pase nada, entonces —dijo.

Eso le valió una media sonrisa tensa del chico Buitre. Lo besó, una vez más, un beso suave y lento e igualmente intencionado, antes de bajar la cabeza y acomodarse contra él.

* * *

Nadya se despertó con la cabeza apoyada en el pecho de Malachiasz, con una mano apoyada en sus costillas. La suave luz de la madrugada se colaba por las rendijas de las cortinas.

Se sentó, intentando no pensar en lo que tendría que hacer al final del día. Malachiasz se removió a su lado. No se despertó, sólo dobló su cuerpo alrededor de ella. Ella sonrió y apoyó suavemente los dedos en su pelo.

Sobre una mesa cercana estaba la máscara de hierro que llevaba en la cara como Buitre. Era similar a la que ella le había visto llevar cuando llegaron a Grazyk, pero ésta tenía un borde vicioso, diseñado para cubrir aún más su rostro.

Malachiasz se revolvió de nuevo, despertándose.

—¿Cuántas mentiras más vas a contarme antes de que escuche por fin la verdad? —preguntó Nadya. Le dio la vuelta a la máscara entre las manos, con el hierro frío. No lo decía en tono acusador, sólo sentía curiosidad.

Malachiasz frunció el ceño; la expresión tiró de los tatuajes de su frente. Se tomó su tiempo para responder.

—Cuando nos conocimos te di mi nombre —dijo, con su voz tranquila y rasposa por el sueño—. Es la única verdad que me queda.

—Es una verdad que también has dado a otros.

Se giró, gimiendo, y apretó la cara contra su cadera.

—¿Qué quieres de mí, Nadya? —Su voz era burlona.

—Sólo estoy señalando: que no soy la única persona que sabe tu nombre. Sólo te haces el difícil.

Ella se rio y lo miró. Su pelo negro se derramaba sobre las almohadas blancas como si fuera tinta. Subió las rodillas hasta el pecho y las rodeó con los brazos; pensó en que cuando estaban sentados frente al altar de Alena él prácticamente le había admitido que era malvado. Cerró los ojos y su rostro era agradable, apacible. Un rey monstruo, adiestrado y hermoso.

Le dolía el pecho de la forma más extraña al darse cuenta de nuevo de lo mucho que le importaba ese chico roto y de lo mucho que la aterrorizaba. Nunca dejaría de aterrorizarla.

Se recostó junto a él.

—¿Es parte de ti? Quiero decir, ¿siempre ha estado contigo? —No necesitó aclararlo.

Él guardó silencio —ella se estaba acostumbrando a sus largos silencios— y ella esperaba que dijera que sí. Que había nacido con hierro en su cuerpo en lugar de hueso. Significaría una maldición de sangre en lugar de algo hecho por el hombre. Si no había nacido con él, entonces había sido torturado en él. Experimentos más espantosos de lo que Nadya estaba dispuesta a contemplar.

—Nací con el potencial de la monstruosidad, como todas las personas —dijo finalmente—. Las Minas de Sal lo hicieron realidad. Todo lo que tengo es lo que me hicieron.

Nadya apretó su boca contra el hombro desnudo de él, y otra fractura se abrió paso en su corazón. Ella no sabía lo que iba a pasar con ellos al final de

eso. Ni siquiera podía pensar tan lejos. Su futuro era sombrío y ella lo sabía.

¿Qué diría él, si supiera que su objetivo final seguía siendo él mismo? Que ella estaba dispuesta a hacer caer el juicio de los dioses sobre Tranavia. Que cuando ese velo se separara, ella seguiría siendo de ellos.

Al menos, ella creía que lo sería.

Cuando Malachiasz giró la cabeza para mirarla, levantando una mano y rozando el dorso de sus dedos contra su mejilla, su corazón se estrujó dolorosamente. No era el único que mentía. Estaba haciendo un buen trabajo mintiéndose a sí misma.

31

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Dobromir Pirozhkov: Cuando Svoyatovi Dobromir Pirozhkov era un niño, su hermana se cayó a un río helado y él la devolvió milagrosamente a la vida. La suya fue una vida extraña, llena de extraños percances, hasta que finalmente murió en un extraño accidente, pisoteada por su propio caballo. Dobromir, que no era un clérigo, también fue perseguido por la terrible suerte a lo largo de su vida hasta que finalmente se ahogó en el mismo río helado del que salvó a su hermana años antes.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin estaba acostumbrado al concepto de dolor. Era un amigo conocido. Cuando se vio obligado a entrar en la oscuridad, lo que le esperaba era algo que no podía describirse con palabras tan fáciles y pequeñas. No era su amigo. Era más; era más grande que cualquier cosa que el vocabulario humano pudiera nombrar. Lo borró, lo sacó de la existencia consciente y lo arrojó a un mundo en el que los monstruos caminaban y la sangre caía del cielo como agua de lluvia.

Estaba perdiendo el control de su propia conciencia, de la esencia misma que lo convertía en *Serefin*, el malhumorado Alto Príncipe con mucho más talento para la magia de sangre de lo que jamás le serviría como rey. El Alto Príncipe que nunca pensó que sería rey porque primero moriría. Se le estaba escapando. No, no se deslizaba, era arrastrado. Estaba siendo tomado. Estaba perdiendo todo lo que le hacía ser quien era y se quedaría en ese mundo baldío de sangre y monstruos y magia.

Ese mundo, ese mundo, ese mundo.

Ese mundo que se convertiría en realidad. Que conocía, intrínsecamente, quienquiera que fuese. Era una sensación abrumadora de conocimiento, de horror, del tipo de presentimiento que volvía loco a un hombre.

Algo que él fue, una vez. Antes. ¿Antes de qué? ¿Había una línea, un punto, un momento que lo dividía en el Antes y el Después? O no había nada más que esa sangre que llovía del cielo y lo empapaba hasta la piel… y se escurría en ríos.

Era consciente del amargo golpe del cobre; de que se había llevado los dedos empapados de sangre a la boca y había probado la mancha carmesí en su piel. Pero, *¿por qué?*

Suaves miradas de pluma le rozaron la cara. Unos dientes afilados le mordieron la oreja y escuchó un canto. No, no, eso estaba mal. No lo oyó porque el oído era una experiencia aparte. Era algo que no tenía. Lo sintió, se convirtió *en* él. La canción, la música y el susurro de una voz eran lo que él era en ese momento, siempre cambiante, siempre cambiante, y todavía llovía sangre.

Esta canción no la conocía. No conocía la lengua, se sentía mal, se sentía perfecta, pero con un error que le hacía estremecerse.

Fue repentino, el cambio de la incomprensión a la iluminación. El momento en que las palabras que escuchaba tenían sentido para él en su perfección y su aborrecimiento.

Era otra persona y esta voz estaba enfadada, estaba frustrada, estaba triste. Había perdido tanto y ganado tan poco y estaba cansada de luchar y cansada de la guerra y…

¿Guerra?

La guerra y la sangre, y la magia manchando la tierra y manchando a la gente.

Herejía y… No.

No, todo eso estaba mal, estaba mal. Algo todavía lúcido, *Serefin*, gritaba porque eso estaba mal.

La guerra significaba libertad. La guerra era necesaria.

La canción cambió. La canción se convirtió en un acuerdo. Corrigiéndose a sí misma a mitad de la nota, disculpándose por su error porque, por supuesto, por supuesto, esta tierra nunca tendría paz hasta que uno de sus malditos reinos fuera erradicado.

Eso también fue un error. Serefin —lo que quedaba de Serefin, si es que quedaba algo de Serefin— buscó la palabra que describiera esta canción.

La tenía, pero existía fuera de su alcance, justo después del punto en el que Serefin se convertía en algo que no era Serefin.

Sin embargo, no estaba allí, y por eso sintió que caía, que se desintegraba, que perdía la última pieza que lo convertía en Serefin hasta que no quedaba nada, nada, nada.

Y se hizo el silencio. Y de ese silencio surgió una canción diferente. Astuta, aguda y lenta. Aguijoneando el silencio en busca de algo que había desaparecido.

Hubo profecías y hubo visiones de un mundo en el que no quedaba nada. ¿Qué sentido tenía un mundo sin nada? Pero necesitaba cuatro cosas: una que se hubiera perdido, una que estuviera en manos de otra canción, una que hubiera dejado de escuchar canciones hace años y una que fuera intocable por estar demasiado cerca de ser ella misma una canción.

Lo hacía difícil, especialmente con ese mundo tan centrado en desgarrarse a sí mismo. Pero un reto era un acertijo, era una prueba.

Incluso si significaba recomponer lo que la arrogancia había destrozado. Incluso si significaba forzar a alguien que no estaba dispuesto a escuchar. Incluso si significaba sembrar la duda en el corazón de un fanático. Incluso si significaba traer la locura.

Para arreglar las notas discordantes que arruinaban la música, estaba dispuesto a sacrificar la mayoría de las cosas, incluso esas cuatro piezas esenciales para sus planes.

Primero, sin embargo, un príncipe que tropieza.

Serefin vio un océano de estrellas. Una negrura que se extendía eternamente a su alrededor. Le presionaba, le bañaba, le tragaba vivo. Lo rodeaba, lo guiaba, aunque no sabía a dónde iba. Sólo sabía que había sido; que una vez fue. No era nada —nada— y no había nada más que estrellas.

Y polillas.

Millones de alas polvorientas del color de la luz de las estrellas, bailando entre los rayos de la luna, revoloteando sobre él, a su alrededor. Una polilla, mucho más grande que las demás, suave y gris, se posó justo sobre su ojo malo.

Dio un paso adelante. Su pie dejó una huella ensangrentada en la ceniza detrás de él. La sangre goteaba por sus dedos, pero no creía estar herido.

Pero tal vez lo estaba. Él existía. Era real. Estaba muerto.

Descubrió que eso no le molestaba demasiado, aunque sí le irritaba ligeramente que su paranoia se hubiera convertido en realidad.

Su mano se acercó a su cara, empujando la polilla hacia su dedo índice. La polilla obedeció, sus ligeras patas apenas pesaban lo suficiente como para registrar un peso contra su piel.

La polilla y las estrellas se arremolinaron a su alrededor hasta que fueron una misma cosa: polillas volando en constelaciones con puntos de luz en sus alas polvorientas.

Algo ardía en su interior, caliente en sus venas. Algo estaba cambiando y no sabía qué. Algo dentro de él —en él— había cambiado entre las estrellas y la oscuridad y las polillas brillantes.

Pensó, claramente, que *ese no era el destino que mi padre quería para mí.*

Sangre, demonios y monstruos. Una voluntad de ruptura. Eso era lo que debía ver.

No estrellas, no polillas, no canciones.

—Entrometerse en los planes de Izak Meleski desde el más allá —dijo Serefin en voz alta a la polilla de su dedo.

Al menos, pensó que había hablado en voz alta; no estaba del todo seguro en ese lugar de lo que significaba.

La polilla agitó las alas en señal de reconocimiento. Su vista hizo un túnel…

Un mundo en llamas. Grazyk en escombros. Las lagunas de Tranavia llenos de sangre y muerte. Las montañas Kalyazi chamuscadas. Las cúpulas de cebolla perforadas de la Corte de Plata, humeantes. Un mundo roto, un mundo hambriento. La sangre cayendo del cielo como la lluvia.

Un futuro que no podía —no quería— detenerse. Un futuro que ya se había puesto en marcha.

Serefin se despertó.

32

NADEZHDA LAPTEVA

Serafima Zyomina: Poco se sabe de Svoyatova Serafima Zyomina. Aunque era una clériga, estaba dotada de una extraña magia que nunca parecía funcionar de la misma manera dos veces. Si uno era enemigo, verla en el campo de batalla significaba una muerte lenta y agónica, pues era una clériga de Marzenya y ambas eran crueles.

Libro de los Santos de Vasiliev

La lluvia de la noche anterior empeoró sin cesar, convirtiéndose en una enorme tormenta. Los relámpagos brillaban cada pocos minutos, tiñendo el santuario de blanco y negro. El ambiente se tornaba violento, furioso, un lugar de muerte, apropiado para un rey de monstruos.

Malachiasz se metió en su papel sin problemas. Llevaba una capucha con forma de cabeza de buitre. La mitad de su cara estaba ensombrecida por su pico despiadado. Una capa de plumas negras le cubría los hombros. Estaba flanqueado a ambos lados por buitres con máscaras de hierro en forma de banda que cubrían la mayor parte de sus rostros. Se sentaba en el trono de una forma despreocupada, cómodamente, arrogante. Tenía una pierna apoyada en el reposabrazos y sus dedos tatuados se extendían sobre el pecho.

Un niño convertido en rey de los monstruos para un reino de condenados.

A Nadya le picaba algo en la nuca. Un desplazamiento. Era incómodo. Algo había cambiado. No podía ponerle un nombre; lo descartó como nervios.

Cuando el rey llegó estaba flanqueado por sólo unos pocos guardias. Qué confianza ciega en Malachiasz. Tanta desesperación por un poder tan abominable.

Malachiasz empujó la capucha hacia atrás para que colgara sobre sus hombros. Sus uñas eran de hierro, mantenidas a una longitud lo suficientemente larga como para parecer garras visibles. Sus ojos estaban bordeados de kohl y más cuentas de oro estaban anudadas en su largo y negro cabello.

Parece un rey… Nadya se dio cuenta, sintiendo que se le caía el estómago. ¿Cómo la había engañado haciéndole creer que era insignificante?

Feroz y salvaje, con su pelo en trenzas y nudos. Una sonrisa brillaba en su boca, sus dientes de hierro, sus incisivos demasiado afilados. Un poco más y esos incisivos serían colmillos en su boca.

El corazón le latía con fuerza en la garganta. Llevaba una intrincada máscara blanca de perlas y encaje. Su cabello se había tejido en un complicado lío de trenzas. Le habían quitado el *glamour* de la cara y le habían quitado también el tinte del pelo, y aunque hacía tiempo que había dejado de notar la magia de Malachiasz en su piel, podía sentir su ausencia. Sus viejas *voryens* estaban atadas a sus antebrazos, y su sólido peso la reconfortaba.

Izak Meleski, el rey de Tranavia, se detuvo frente al Trono de la Carroña de Malachiasz. No se inclinó, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oímos rumores de la huida de uno de sus Buitres, Su Excelencia —dijo el rey—. ¡Imagina nuestra sorpresa cuando la verdad salió a la luz!

Nadya se tensó al escuchar el honorífico de labios del rey.

—Meras exageraciones —dijo Malachiasz—. Pasé algún tiempo en Kalyazin por —hizo una pausa, pensando— fines académicos. Debo darle mis condolencias, Majestad. Su Alteza fue un testamento de la magia Tranaviana; se le echará de menos.

El caos y la locura eran hilos cuidadosamente cultivados en su voz.

—¿Qué? —susurró Nadya; su mano se extendió y se posó en el antebrazo de Rashid.

Él frunció el ceño, la incertidumbre aparente en sus rasgos.

Nadya se sintió como si estuviera luchando por conseguir algo en medio de un derrumbe. No, debían salvar a Serefin, no matarlo. Malachiasz lo sabía, había aceptado. Dejar que Serefin cayera en desgracia era poner al rey un paso más cerca de su objetivo.

¿Y si esa era su intención desde el principio?

Observó a Malachiasz, y no al rey como debería, buscando un indicio de que no había querido que Serefin muriera. Sólo había la fría expresión de un monstruo.

El rey cruzó cuidadosamente las manos a la espalda. Nadya vio a Żaneta a su lado, con aspecto pálido y retraído. Tampoco vio a Ostyia ni a Kacper en la sala.

—Kalyazin pagará por la muerte de mi hijo —dijo el rey, con la voz ligeramente vacilante.

Nadya intercambió una mirada de alarma con Rashid. No era posible.

—Empezaremos por la Corte de Plata —continuó, con el puño cerrado—. Y los pondremos de rodillas.

Una sensación de uso de la magia inundó la sala. Izak bajó el brazo de un tirón. Un rayo cayó fuera, sacudiendo la sala con destellos erráticos y frenéticos. La magia era abrumadora, Nadya podía saborearla en el aire, el cobre, la sangre. Pensar en cuánto se necesitaría para controlar los cielos de ese modo era… inimaginable.

Malachiasz miró al techo, con una expresión despreocupada. Luego sonrió.

—Así que ha funcionado. —Su voz contemplativa, pero aún audible—. No estaba seguro. No estaba confirmado que el uso de la sangre de un mago poderoso potenciara el proceso.

La sangre de Nadya se heló en sus venas. Los ojos de Parijahan se cerraron y se recostó contra una columna. La expresión de Rashid se ennegreció.

—A mí me parece poco —dijo el rey, afilado.

—¿Cómo vas a saber cómo se siente el poder de los dioses? —preguntó Malachiasz—. No tienes nada con qué compararlo.

—¿Y tú sí?

Malachiasz juntó las manos.

—Bueno, yo era —¿cómo se dice?— el máximo éxito de mi culto antes de esto. Conseguiste lo que te prometí, ¿no es así?

Un brillo mordaz de dientes de hierro. Un maestro de marionetas, que los arrastra a todos con sus palabras melosas y sus súplicas de pánico para que confíen en él. Nadya observaba desde las sombras con los ojos entrecerrados. Debían dejar que el rey creyera que había ganado, pero eso no significaba darle el poder que tanto ansiaba.

A Nadya se le escapó la voluntad de luchar. ¿Lo había hecho Malachiasz de todos modos? ¿Orquestado la blasfemia en un intento de destruir su reino?

Esperaba estar equivocada. Tenía que estar equivocada.

Excepto que el rey necesitaba a Malachiasz para completar la ceremonia. Lo que significaba que Malachiasz lo había hecho voluntariamente. ¿Los

había traicionado? ¿Para qué?

Pero mientras lo observaba sentado en su trono hecho de calaveras y huesos, lo vio como siempre fue. Tranavo hasta la médula: despiadado y hermosamente cruel. Había sido una tonta al creerle. Había habido tantas señales que había ignorado voluntariamente, eligiendo en su lugar poner su fe en un monstruo.

¿Qué podía hacer el rey a los cielos con el poder que en ese momento tenía? Si la magia hecha por el hombre había creado el velo que mantenía a los dioses fuera de Tranavia, ¿qué podría hacer esto?

Nadya pensó rápidamente. Si le correspondía a ella detener esto, que así fuera. Miró a Rashid, que parecía tan confundido como ella.

—No entiendo por qué —dijo en voz baja.

Se colocó el colgante de plata en el cuello y observó la espiral; se enrolló el cordón en la mano como lo haría con sus cuentas de oración. Si todo lo que tenía era un sanguinario y olvidado dios-que-no-es-un-dios, tendría que servir.

El rey tomó el hombro de Żaneta y la empujó hacia el trono de Malachiasz. Ella tropezó, cayendo a los pies del Buitre Negro.

Malachiasz se inclinó hacia adelante, inclinando su cara con una garra de hierro.

—Sí querías ser reina —siseó—. El precio del poder es la sangre; siempre lo ha sido. ¿El precio de convertirse en un dios? Bueno, eso es la muerte. —Torció la cabeza, y el movimiento fue desagradable por su fluidez—. Pero tal deslealtad. Tales caprichos volubles pertenecen a aquellos que sueñan con elevarse por encima de su posición a lugares a los que no pertenecen.

Le pasó la garra de hierro por la mejilla.

Su expresión se convirtió en horror.

Su boca se inclinó ligeramente hacia arriba en las esquinas.

—La sutileza habría sido mejor para una reina. La traición es una mancha que no se puede ignorar tan fácilmente. ¿Puedo contarte un secreto? —Su sonrisa se amplió cuando ella no respondió—. Mi orden se construyó sobre la traición. Encajarás perfectamente.

Nadya vio que los labios de Żaneta formaban la palabra no, su terror silencioso. Malachiasz se enderezó, sobresaliendo por encima de la muchacha mientras agitaba una lánguida mano a los Buitres enmascarados que la agarraban.

—Somos muy *selectivos* con los que acogemos en la orden —dijo—. Enhorabuena. Has sido seleccionada. Estoy deseando ver tu próxima e

inevitable traición —dijo mientras Żaneta era arrastrada a gritos fuera de la habitación.

Nadya cerró los ojos.

—No lo haría —oyó murmurar a Rashid.

Pero eso era justamente lo que *haría*. Nunca había sido una víctima torturada de su secta; cualquier implicación de ese tipo había sido una falsedad *cuidadosamente* pintada para ganarse su confianza. Él era su éxito definitivo. No había nada que no hiciera para conseguir lo que quería.

Y eso era lo que Nadya no entendía. ¿Qué quería él?

33

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Nikita Lisov: Un clérigo del dios Krsnik que eligió abandonar la vida de un hombre santo y, en cambio, usar el poder otorgado por Dios para entretener. Mientras la Iglesia luchaba contra su canonización, el uso de uno de los huesos de su dedo cambió el rumbo de una batalla en 625 cuando estalló en llamas y aniquiló a toda una compañía de Tranaviana.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin estaba atrapado en la oscuridad.

Si estoy en un ataúd, va a ser un infierno, pensó irritado. Se sentía extraño, extrañamente nervioso y febril. Levantó las manos, preparado para sentir la losa en blanco de la tapa de un ataúd.

Sus manos no encontraron más que aire.

Dejó escapar un largo suspiro de alivio. Tenía que salir de allí en ese momento, dondequiera que estuviera. Se puso en pie con dificultad, tambaleándose. Su sangre y huesos, se sentían fatal.

Pensó en lanzar una luz y buscó su libro de hechizos.

Idiota, claro que no tienes eso. Pero se detuvo. Estrellas, polillas y música. Se preguntó…

No tenía nada que usar para sacar sangre. No había navajas en los dobladillos de su ropa. No tenía ningún cuchillo. Todo lo que tenía era él mismo y la oscuridad que le rodeaba.

Se frotó el dedo índice sobre la uña del pulgar. Llevaba las uñas cortas, así que eso no funcionaría.

Esto va a doler, pensó con resignación mientras se quitaba la manga del antebrazo y mordía con fuerza.

La sangre le inundó la boca y con ella llegó una embriagadora descarga de poder. No tenía libro de hechizos, ni conducto. No era posible hacer magia de sangre sin ninguno de los dos, pero Serefin canalizó el temblor de sus músculos, el poder embriagador de la sangre.

Lanzó un puñado de estrellas. Brillaron en la oscuridad, iluminando lo suficiente como para que viera que seguía en las catacumbas. Al menos conocía la salida.

Salió de las catacumbas a trompicones, molestando a los guardias que estaban fuera.

—Su Alteza —dijo uno, con un tono extrañamente grave, mientras desenfundaba su espada contra Serefin.

—¿Así es como va esto? ¿Me asesinan y todos tienen órdenes de matarme en cuanto me vean? ¿Sólo para restregármelo?

No sabía si realmente había muerto, pero maldita sea si no sonaba significativamente más poético.

Se preguntó si podría matar con las estrellas aún flotando perezosamente alrededor de su cabeza. Sólo había una forma de averiguarlo. La herida de la mordedura seguía sangrando lentamente y la utilizó para cubrirse las manos. Sin embargo, antes de que tuviera la oportunidad de usar la magia, la punta de una espada sobresalía del ojo de uno de los guardias. El otro cayó a su lado, revelando una visión tuerta y lamentable.

—Serefin —jadeó Ostyia. Su único ojo tenía el borde rojo, como si hubiera estado llorando. Serefin nunca había visto llorar a Ostyia. Lo más cerca que había estado de hacerlo fue el día en que mataron a su perro en una cacería, cuando eran niños. Incluso entonces, aceptó la noticia con un rostro pétreo.

Se puso a tientas con los guardias muertos y le entregó a Serefin una daga. Se estremeció al ver la marca de la mordedura en su brazo.

—Tenemos que irnos —dijo. Tras una pausa, se dio la vuelta y lo abrazó —. No puedes morir —dijo con fiereza, con la voz entrecortada.

—Demasiado tarde para eso —dijo Serefin, un poco sorprendido por su abrazo.

—Creo. Tal vez no. ¿Qué pasa? —Se dio cuenta de que estaba sola y sintió una punzada de pánico—. ¿Dónde está Kacper?

Un relámpago y un trueno iluminaron el pasillo durante un instante, antes de volver a sumergirse en la penumbra iluminada por antorchas.

—Tenemos que irnos —repitió ella—. No sé dónde está Kacper, lo siento, Serefin. —Ella aún no lo había dejado ir. En todo caso, lo abrazó con más

fuerza—. Tu padre anunció tu muerte esta mañana. Lo está usando como palanca, diciendo que fueron asesinos. Está en la capilla ahora… ¿y Serefin?

Finalmente se apartó, con el rostro pálido.

—Sea lo que sea lo que intentaba hacer, lo ha conseguido. Y tú debías permanecer muerto.

—Bueno —dijo Serefin alegremente, disimulando su horror mientras Ostyia se alejaba. Se colocó la daga en el cinturón. No se molestó en vendar la herida del mordisco. Dejó que todos vieran su desesperación—. Si mi padre quiere convertirse en un dios, tendré que mostrarle lo que vi en el otro lado.

El único ojo de Ostyia estaba muy abierto.

—¿Qué has visto?

—Estrellas —dijo Serefin. Agitó una mano hacia las estrellas que aún colgaban en constelaciones alrededor de su cabeza mientras pasaba por encima de los cadáveres y empezaba a recorrer el pasillo en dirección al patio —. Había música. Y… —se interrumpió.

—Polillas.

Y miles de alas brillantes y polvorientas estallaron a su alrededor.

34

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Raya Astafyeva: Se decía que las estrellas seguían a Svoyatova Raya Astafyeva allá donde fuera. Un camino de luz parpadeante en medio de la oscuridad de la guerra.

Libro de los Santos de Vasiliev

Nadya vio cómo la lluvia que salpicaba las ventanas de la catedral se volvía espesa y roja. Sangre. Era sangre.

Llovía sangre del cielo.

Parijahan siguió la mirada de Nadya y sus labios se apretaron. Todo esto estaba ocurriendo en el orden equivocado.

Nadya dejó salir su magia desde donde estaba, oculta en las sombras de un pilar de mármol. Nadie la notaría allí. Un pálido resbalón de una chica no sería visto mientras el rey de Tranavia convertía los cielos en sangre y jugaba con más poder del que cualquier mortal debería poseer.

Todo ese poder podría poner a Kalyazin de rodillas en instantes. Todo lo que tenían por medio de la magia era un clérigo de diecisiete años. Y aunque su poder era significativo, no era nada comparado con esto. No mientras los dioses estén fuera de su alcance.

Pero no todos los dioses, no del todo. Frotó su pulgar sobre el colgante en su mano. *Algunos dioses requieren sangre*.

Ya había superado lo que creía que era la verdad. No había nada que le impidiera ir más allá, no si eso iba a salvarlos a todos. Podría vivir para arrepentirse de esto, pero también podría no vivir en absoluto y eso era suficiente para tomar su decisión. En ese momento tenía poder, poder propio,

y aunque antes no podía presionar contra ese velo de magia, quizás eso también había cambiado.

Dejó que una de sus espadas cayera en su mano. Rezando en voz baja, se quitó la máscara de la cara y la dejó caer. Cortó una cuidadosa espiral en la palma de la mano, con el mismo patrón que había en el colgante, y luego apretó el frío metal en su puño.

Entonces es sangre, si eso es lo que se necesita.

Podía sentir el peso opresivo del velo que cubría a Tranavia sobre ella. Empujó su poder contra él, un único punto de luz contra una extensión de oscuridad. Se produjo la más mínima astilla. La cabeza del rey se levantó al sentirla también. Malachiasz se puso rígido, los dedos se agitaron de una manera extraña cuando su mano se movió para presionar sobre su corazón. Levantó la vista hacia el techo, y un ceño fruncido y desconcertado pasó por sus rasgos.

La sangre goteaba entre sus dedos y bajaba por su mano mientras cerraba el puño.

Malachiasz esbozó una sonrisa ladeada y eso supuso otra punzada en el corazón de Nadya. Se apartó del rey, cruzando las manos a la espalda. La atención del rey se fijó en ella.

No hubo ninguna advertencia cuando el poder del rey se movió contra ella. Un latido y las piedras del suelo ondulaban como el agua, el suelo pronto desapareció de debajo de los pies de Nadya. Un parpadeo más y ella se estrelló contra el suelo frente a él, su voryen salió volando de su mano y se estrelló contra el suelo.

—¿Qué es esto? —El rey de Tranavia la agarró del pelo y le levantó la cabeza.

Ella reprimió un grito de dolor y empujó su magia con más fuerza hacia el velo. Si esto era cuando moría, entonces bien. Bien. Primero arrancaría el velo y traería a los dioses de vuelta a Tranavia con su último aliento.

No hubo oportunidad de responder a la pregunta del rey, ni tiempo para una ocurrencia inteligente; el rey le golpeó la mano en la cara y esta vez ella *gritó*.

Unas lanzas de calor blanco le atravesaron el cráneo. Todo se astilló —blanco y negro y rojo y negro de nuevo— y casi se desmayó. El rey la dejó caer.

Se agarró con una mano. Su estómago se revolvió, amenazando con vomitar su contenido sobre el grotesco suelo de huesos blanqueados.

—Bueno, niña, ahora estás en una situación difícil, ¿no?

—*Hola, Velyos*.

Se sentía bien poder comulgar con un dios una vez más, aunque Velyos fuera otra cosa. Algo que no era exactamente un dios. Pero algo con poder que Nadya podía aprovechar. Cuando abrió los ojos, su visión era borrosa y le goteaba sangre de la nariz. Sintió un cambio de poder, vio la mano del rey moverse hacia ella. Un golpe mortal.

Ella percibió el poder contra el suyo propio. La hizo temblar hasta los huesos, y su codo se dobló debajo de ella. No pudo detenerlo. Era demasiado, demasiado fuerte, lo único que podía hacer era contenerlo durante unos segundos antes de que la consumiera.

—*No quieres romper el velo, lo sabes, ¿verdad?* —Dijo Velyos—. *¿Realmente quieres destruir este país y todo lo que hay en él?*

—Si no traigo a los dioses de vuelta, el rey ganará. Tranavia ganará. No puedo hacer esto por mi cuenta. He venido aquí para traer a los dioses de vuelta.

—Te he mostrado la verdad, ¿y todavía quieres su ayuda?

Nadya vaciló y su magia con ella. El poder del rey inundó las grietas de su escudo y con él sus sueños volvieron a ella.

—Demasiada gente me ha creído tan ingenua como para poder controlarme. No permitiré que tú también lo hagas.

Pero todavía no podía hacer esto sola.

—Quizás no tengas que hacerlo.

Las puertas de la catedral se abrieron de golpe. La magia que la golpeaba cesó.

Serefin Meleski, cubierto de sangre y rodeado de una constelación de luces brillantes y polillas revoloteando, entró en la sala. El pecho de Nadya se apretó al tocar el poder que brotaba de él. No se parecía a nada que hubiera experimentado antes. A diferencia de los Buitres, a diferencia del horror en que se había convertido su padre. Esto era etéreo y oscuramente encantador.

Cuando comprendió cómo se sentía su poder, fue como si la hubieran empapado en agua helada.

Era como el poder de los dioses. O, no, como el poder que ella contemplaba al hablar con Velyos.

Cuando Serefin escudriñó la habitación, su mirada captó la de ella. Ella se tensó cuando el reconocimiento parpadeó en sus ojos azul pálido. Pero entonces sus labios se movieron hasta formar una sonrisa.

¿No está solo, entonces?

—*No* —respondió Velyos—. *No del todo*.

SEREFIN MELESKI

Un día antes y Serefin habría hecho arrestar a la clériga en el acto. Una semana antes y la habría matado inmediatamente por el poder que albergaba su sangre. Pero, en ese momento, al ver a la muchacha derrumbada en el suelo, con la cara manchada de sangre y la mirada asesina, Serefin nunca se había alegrado tanto de ver a nadie en su vida.

Por supuesto, la chica de alguna ciudad atrasada de Tranavia era el clérigo que se escondía a plena vista. Serefin se habría considerado un insensato por haber pasado por alto todas las señales, salvo que tenía la excusa de estar preocupado por otras cosas más importantes. Una excusa inútil, a fin de cuentas.

—Padre —llamó radiante—. No sé qué me ofende más, sí que me hayas asesinado o que hayas utilizado mi *muerte* para tu propio beneficio, si es que he muerto. ¿Morí? Es todo muy poco claro. Pero, ¡ahora estoy aquí! Aunque aplaudo la imaginación necesaria para sacar tanto provecho de mi muerte, de verdad, lo hago —no tenía ni idea de que fuera tan importante y a todo el mundo le gusta sentirse especial—, me duele que no consiga cosechar ninguna de las recompensas de ello. Porque, ya sabes, aparentemente estoy muerto.

La sorpresa en la cara de Izak Meleski fue el mayor regalo que la triste vida de Serefin le había dado.

—Serefin —dijo, con la voz entrecortada.

—Oh, no parezcas tan sorprendido —dijo Serefin—. Como si te *importara*.

El Buitre Negro bajó de su estrado, con las manos cruzadas a la espalda y el rostro cuidadosamente impasible. Se acercó lentamente a Serefin. Las polillas revolotearon nerviosas alrededor de Serefin.

—Alteza —dijo Malachiasz, inclinando la cabeza—. Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad?.

Serefin no tenía ni idea de qué estaba hablando el Buitre. Miró al chico más joven mientras lo rodeaba, lentamente.

—No puedo decir que lo sepa, Su Excelencia —respondió Serefin.

Malachiasz giró sobre sus talones, encarando de nuevo al rey.

—Creo que esto es un golpe. —Su alegre sonrisa reveló unos dientes de hierro.

El rostro de Izak se ensombreció y el poder se agitó en los negros rincones de la sala. Malachiasz se volvió de nuevo hacia Serefin.

Serefin sacó la daga de su cinturón y se hizo una fina línea en el antebrazo. Las estrellas que rodeaban su cabeza se iluminaron. Malachiasz las miró, levantando una mano para empujar una de las polillas en el aire con una garra de hierro.

—Fascinante —murmuró.

Luego desapareció y la oscuridad se extendió por el suelo en una inundación de tinta hacia Serefin.

Así que en ese momento tengo que luchar contra la magia de mi padre —que no entiendo— con la mía propia, que tampoco entiendo, pensó Serefin con tristeza.

El Buitre Negro volvió a subir a su trono. Hizo girar ociosamente un cáliz en el reposabrazos y Serefin observó cómo la clériga se ponía de pie y se lanzaba a por una daga que descansaba a unos pasos.

Era hora de probar lo que podía hacer con ese poder.

NADEZHDA LAPTEVA

Los ojos de Malachiasz se cerraron. Inclinó la cabeza hacia atrás, desnudando su garganta ante la espada de Nadya.

—¿He cometido un error al no matarte? —susurró ella, con la voz entrecortada. Las lágrimas quemaban sus ojos.

—Casi seguro. —Su mano se tensó sobre el brazo del trono. Sus ojos se abrieron, parpadeando en ónix.

Nadya levantó la mirada a tiempo para ver cómo todos los Buitres —los que habían desertado de Malachiasz— se desplomaban. Exhaló un suspiro y apretó la frente contra el costado de su cabeza.

—¿Qué has hecho?

—No había forma de detener esto —roncó él—. Se puso en marcha hace mucho tiempo. Siempre iba a ocurrir.

—Y volviste para ver tu gran victoria —dijo ella con los dientes apretados —. Trae a la clériga, será útil, puede ver cómo cae su reino.

Un parpadeo de dolor cruzó su rostro.

—¿Somos tan diferentes, Nadya? —Levantó la mano, con los dedos cubiertos de largas garras, y presionó el pulgar contra los labios de ella—.

Ambos anhelamos la libertad. De poder. De poder elegir. Ambos queremos que nuestros reinos sobrevivan.

Algunos de los Buitres se levantaron con dificultad. Parijahan salió de las sombras para ocuparse ella misma de ellos. Serefin no pudo retener a su padre mucho más tiempo.

—Ambos sabemos que somos los únicos que podemos salvar nuestros reinos —continuó, con voz suave.

Su espada se deslizó en su mano temblorosa, cortando una línea poco profunda en su garganta. El carmesí se deslizó por la palidez de su piel. Él se quedó quieto, con los ojos helados sin separarse de los de ella.

Nadya había sido tan terriblemente ingenua. Había escuchado a su corazón cuando le susurraba que el chico de la sonrisa encantadora y las manos suaves no tenía ninguna mala intención; era peligroso, era emocionante, pero tenía buenas intenciones. Mentiras, mentiras, mentiras.

Todos habían tenido sus ojos puestos en el rey de Tranavia; se preguntó si deberían haber estado observando a Malachiasz todo el tiempo.

—Me ayudarás a detener esto —dijo ella. Guardó un silencio demasiado largo.

—*Destruiré* tus planes cuidadosamente elaborados para llevar a cabo los míos.

—No —dijo finalmente—. Se alinean, ya ves.

No tenía sentido y ella no lo entendía. Su corazón no era más que trozos de carne triturados, golpeando entre sus costillas. Él, sino un monstruo, la oscuridad en forma de niño. Ella estaba entumecida.

Levantó su espada de la garganta de él, bajando y deslizando su mano sobre la muñeca de él. Tiró de la mano de él hacia arriba, arrastrando la hoja en la misma espiral que había cortado en la suya. Él siseó cuando ella presionó el colgante sobre el corte, cerrando su mano alrededor de él, entrelazando sus dedos con los de él.

—Podría hacer mucho con una sangre como la tuya —susurró ella, con su boca en la concha de su oreja—. Y quiero que sepas que algunos dioses requieren sangre. —Sus ojos pasaron del ónix a la palidez, su barbilla se inclinó hacia abajo mientras una sonrisa le arrancaba los labios—. Cómplice de la herejía, ciertamente.

Ella sintió que su poder chocaba con el suyo, pesadillesco y negro. Doloroso y rugiente como un veneno que se filtraba dentro de ella. Dejó que entrara, que se mezclara con su propio pozo de luz y divinidad.

—Ahora que has probado el verdadero poder, *towy dżimyka* —murmuró Malachiasz—, ¿qué harás con él?.

Se rio suavemente y volvió a deslizar el colgante sobre su cabeza, arrastrando las yemas de sus dedos ensangrentados por su mejilla.

—¿Qué harás con la libertad?

Ella lo miró fijamente, a ese chico roto que era un horror y un mentiroso y que había empezado ese desastre. Su poder era embriagador. Ella acercó su cara, sus labios dolorosamente cerca de los de él. Su adormecido e ingenuo corazón le gritaba que lo perdonara de nuevo, una oportunidad más, pero él no merecía más oportunidades.

—Voy a salvar este mundo de monstruos como tú.

—Entonces esta es tu oportunidad.

Apretó sus labios contra la sien de él y se apartó. Serefin estaba de rodillas, encorvado por el dolor, con la sangre brotando de su cabeza y una mano con los nudillos blancos en el suelo sosteniéndolo. Las polillas muertas cubrían el suelo a su alrededor. Las estrellas que rodeaban su cabeza empezaron a parpadear.

Nadya hizo otro agujero en el velo. No lo rompió del todo, aún no, sólo lo suficiente para sentir la presencia de Marzenya. Su rabia, su hielo, su ira. Fue suficiente para que Nadya tomara las dos mitades del poder que tenía en su interior —el suyo propio y el de un monstruo— y las convirtiera en algo que pudiera utilizar. Durante un momento cegador y terrible, la palabra sagrada inundó los sentidos de Nadya. Sólo vio la luz; sólo oyó las campanadas de la divinidad; el cobre le llenó la boca.

Izak Meleski se volvió hacia ella y Nadya recibió un peso aplastante y agonizante. El poder del hombre podía enviar horrores a la mente de Nadya, pero ella había visto horrores. Ya no había nada que la asustara.

Levantó su *voryen* para utilizarlo como canal de su poder, empujando las llamas hacia el suelo y hacia el rey. Estaban teñidas de oscuridad. Las llamas tocaron al rey, pero éste retrocedió, forzando un nuevo horror en la mente de Nadya.

Se lo sacudió. La luz se inclinó hacia sus dedos y llamó a un pilar de poder cegador que bajó del cielo —desde el agujero del velo— para que cayera sobre el rey.

Por un instante, pensó que lo tenía. Pero un poder constrictivo se abatió sobre ella, obligándola a quedarse quieta.

Los vasos sanguíneos estallaron en sus ojos debido a la tensión que la agobiaba. La sangre le caía por la nariz, le goteaba por los ojos, la sentía

acumularse en sus oídos.

Se estaba muriendo.

SEREFIN MELESKI

Cuando su padre se dio la vuelta, sintió como si Serefin saliera a respirar después de haberse ahogado. Jadeó, ahogándose en sangre, y se obligó a ponerse en pie.

La clériga se quedó de pie, congelada. Una luz blanca rodeaba su cabeza —casi un halo—, pero algo en ella estaba empañado y se estremecía en temblores erráticos. La sangre salía de ella como si fuera agua. Serefin se acercó un paso, pero sus rodillas cedieron. No le quedaba nada; unas pocas polillas que revoloteaban débilmente a su alrededor, no le quedaba suficiente sangre para lanzar. Estaba agotado.

Como una sombra, la chica Akolana que Serefin había visto siguiendo al clérigo se deslizó hacia el centro de la sala. Se lanzó con la muñeca en un violento movimiento. Era un látigo, comprendió Serefin con poca claridad. El cuero sin filo golpeó a Izak Meleski directamente en la sien y éste se tambaleó.

—¡Nadya! —gritó la muchacha Akolana cuando la atención del rey se volvió hacia ella. Sus miembros se agarrotaron.

Serefin miró a Malachiasz, que observaba impasible desde su trono, con la barbilla en la mano. Todo ese poder y, sin embargo, no hizo nada. El odio ardía en las venas de Serefin. Había sabido que el Buitre Negro era un peligro, y sin embargo se había permitido creer con una tonta esperanza que tal vez tenía un aliado, cuando no era más que otro monstruo.

35

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Valentina Benediktova: Una clériga de Marzenya cuyo camino se nubló cuando se cruzó con el de la maga de sangre de Tranavia, Urszula Klimkowska. Todos los registros de Valentina terminan ahí. Nadie sabe si Valentina mató a Urszula, o viceversa. Su canonización se debió al milagro que realizó a los doce años de defender la ciudad de Tolbirnya. No hay constancia de su muerte; su cuerpo nunca fue encontrado.

Libro de los Santos de Vasiliev

Nadya empujó sus manos y rompió el agarre del rey. Él se quedó con su atención puesta en Parijahan, torturándola. Nadya agarró su espada con la mano ensangrentada y tiró de su poder, poniéndose al otro lado de la habitación en el espacio de un latido. Golpeó con su espada la espalda del rey.

Magia divina y magia de sangre y algo más, algo *diferente*. Un poder que no debería combinarse; un poder lo suficientemente fuerte como para destrozar a quien lo empuña. Magia que era tan opuesta que en otra circunstancia, sostenida por otra persona, se destruiría a sí misma antes de ser unida en un formidable hechizo.

Pero Nadya conocía el poder divino, y había tocado el poder de Malachiasz, conocía su forma, por oscura que fuera, y conocía su propio pozo de magia.

Ella forzó el torrente de magia a través de la hoja y en el rey.

Esto mataría incluso a un dios.

El rey se sacudió y su cuerpo se estremeció. Nadya sacó la espada y la miró con horror antes de volver a clavarla en su cuerpo por segunda vez.

Cayó de rodillas. Parijahan se derrumbó, con la sangre brotando de las comisuras de sus labios.

Se hizo el silencio.

Luego, el sonido único y resonante de unos pasos en el suelo de mármol. Nadya levantó la cabeza con cierta dificultad para ver cómo Malachiasz bajaba de su estrado, con el cáliz con el que había estado jugando de nuevo en la mano.

La expresión de su rostro era extraña. Ojos vidriosos, sudor en las sienes. Tragó con fuerza, y su mirada se dirigió a Nadya con un brillo tan rápido que ella se preguntó si lo había imaginado.

—Gracias —dijo, con voz suave—. No creí que fuera a funcionar, verás, había tantas variables en el camino, tantas cosas que podían salir mal, pero has hecho exactamente lo que esperaba.

Nadya se puso rígida. Observó, en silencio, cómo Malachiasz pateaba el cuerpo del rey, ajustándolo para que la sangre que fluía rápidamente se vaciara en el cáliz.

—*No…* —gimió. Intentó levantarse, para derribar el cáliz y detener lo que Malachiasz estaba a punto de poner en marcha, pero no pudo. Sus miembros se negaron a moverse y permaneció congelada en el horror mientras Malachiasz levantaba el cáliz, agitando la sangre en su interior lentamente.

—Malachiasz, por favor. —Nadya tuvo que forzar las palabras a salir de sus labios. Sintió la mano de Rashid en su hombro. Se acercó a Malachiasz.

Malachiasz levantó una mano y apoyó sus garras de hierro en el pecho de Rashid, con los ojos todavía puestos en el cáliz de sangre.

—No intentes detenerme —dijo en voz baja. Lentamente se encontró con la mirada suplicante de Rashid—. *Por favor*.

—Esto no va a arreglar nada, Malachiasz —dijo Rashid.

—No lo entiendes —espetó Malachiasz—. Esto —señaló el cuerpo del rey— no será suficiente para detener esta guerra. Esos dioses Kalyazi triturarán Tranavia hasta convertirla en cenizas como han triturado su propio país. No puedo permitirlo. No lo haré.

—Esto no ayudará.

Nadya se levantó con dificultad. Dio un paso tembloroso hacia él, curvó sus dedos sobre los de él en la taza. Estaba temblando.

—¿Es esto lo que querías? —preguntó débilmente—. ¿Todas las mentiras, toda la planificación, para esto? —Un destello de claridad, la comprensión de que él había querido la muerte de Serefin, para sacar el trono secular por completo de la ecuación y reclamarlo todo.

—¿Crees que vas a salvar a estos países? —susurró, horrorizada—. Esto sólo causará más destrucción, Malachiasz, por favor, los dioses *no son así*.

—Nadya, te mostré la libertad. Ya sabes lo que pasará ahora. —Su voz cambió, el tono acusador—. Lo sabías todo el tiempo.

Ella lo hizo. Y ella había estado dispuesta a sacrificar Tranavia para salvar Kalyazin. Su búsqueda era divina y los Tranavianos eran herejes. Pero él estaba equivocado; no iba a terminar de esa manera.

—Me convertiré en más —dijo, sonando frenético—. ¿No lo ves? Te lo dije.

Ella parpadeó, sorprendida. Se lo había dicho. Le había dicho que había que derrocar a los Meleskis. Que había que derrocar a los dioses.

Ella había estado demasiado absorta en él como para atar cabos.

Levantó las manos y se las pasó por el cabello de él, sujetándolas a ambos lados de la cabeza.

—¿Somos tan diferentes, Malachiasz? Se acabó. Déjalo ir. Esto te destruirá.

El Buitre Negro negó con la cabeza.

—He esperado esto demasiado tiempo. —Ladeó la cabeza, con la mirada desenfocada—. ¿Por qué volver atrás cuando se puede ir más lejos? ¿Por qué dejar que Tranavia arda cuando puedo salvarla?

Sus nudillos se blanquearon y su agarre se hizo más fuerte. Se apartó de ella y volvió a inclinar el cáliz, bebiéndolo de un largo trago.

No.

El corazón de Nadya se aceleró de una manera enfermiza. Sintió que el poder de Malachiasz seguía ardiendo en su interior. ¿Qué ha hecho? Dio un paso atrás.

Malachiasz se estremeció y el cáliz cayó de sus dedos. Su cabeza se inclinó hacia atrás, con la nuez de Adán balanceándose, mientras tragaba con fuerza. La cara se le torció. La sangre goteaba de las esquinas de sus ojos.

Garras de hierro, dientes de hierro, cuernos ennegrecidos que se enroscaban en su larga cabellera. Unas enormes alas emplumadas y empapadas de sangre brotaban de sus omóplatos. Sus pálidos ojos parpadeaban en ónix.

Cambios físicos que habían sido grabados a fuego en su cuerpo por los de su especie. *¿Por qué retroceder cuando se puede ir más lejos?*

¿Qué era ir más lejos? Más allá era un poder tan corrosivo que Nadya —a través de su terrible conexión con Malachiasz— ya podía sentir que lo

carcomía. Más allá eran las venas bajo su pálida piel que se volvían negras de veneno.

Más allá estaba el poder de un dios —ni siquiera un dios—, esto era peor que cualquier poder divino que Nadya hubiera tocado. Esto era algo horrible y eldritch, retorciendo su cuerpo y ahogando su alma. Drenando los restos de su humanidad para ser reemplazados por algo vicioso y loco.

Nadya dejó escapar un grito de dolor. Sentía como si cada manifestación se produjera en ella. El corte en su mano se calentó, quemando su brazo, llenando sus venas de fuego.

De su cuerpo sobresalían púas de hierro que goteaban sangre. Cuando se puso en pie, con el pecho hinchado, Nadya jadeó. Se ajustaba a la imagen de los monstruos que aterrorizaban sus pesadillas.

—Fascinante —murmuró Malachiasz. Apretó la mano con las garras sobre el corazón y frunció el ceño, como si sintiera algo ligeramente inusual. Su cabeza se agitó, retorciéndose dolorosamente. Relámpagos y truenos y un gemido en la tierra se estrellaron a su alrededor.

Se acercó más. Apoyó una mano sobre su corazón acelerado. Las lágrimas se derramaron cuando alargó la mano y rozó con sus dedos la mejilla de él.

—¿Qué has hecho, Malachiasz? —Todo lo que había sentido por él no era más que cenizas a sus pies, pero aun así su corazón roto se estremeció ante la idea de perderlo.

Había locura en sus ojos negros, locura y algo terriblemente cercano a la divinidad.

Que era, en esencia, lo mismo que la locura.

No habló, sólo negó con la cabeza. Se alejó un paso de ella. Desesperada y con el corazón roto, lo acercó e ignoró sus dientes de hierro, su locura, y lo besó.

Sabía a sangre; sabía a traición.

—Puedo sentirlo —susurró ella, con sus manos manchando de sangre su cuello—. ¿Qué has hecho? *Puedo sentirlo.*

Sus ojos volvieron a su gélida palidez, con una agonía descarnada en ellos.

—*Myja towy dżimyka. Myja towy szanka… «Lavando el mal… esta es la forma?»* —Le levantó la cara, la besó de nuevo, con cuidado con sus garras, su toque dolorosamente suave. Cuando se apartó, sus ojos se volvieron de ónix una vez más, el hielo se desvaneció en la oscuridad—. No es suficiente.

—¿Malachiasz? —Se le quebró la voz y se aferró a él mientras sentía que se alejaba cada vez más.

Una de sus manos se levantó; el dorso de sus dedos rozó su mejilla.

Pensó que eso curaría la herida abierta de su alma destrozada, que *salvaría su reino*. Ella estaba viendo cómo se destruía a sí mismo. Se desintegraba en pedazos mientras se convertía en algo mucho más que un monstruo.

Pero todavía tiene su nombre, pensó ella, una cosa desesperada, fugaz, irrelevante.

Las lágrimas gotearon por el rostro de Nadya y ella atrapó su mano, presionándola contra su mejilla. Le besó el dorso. Su mano se apartó de la de ella.

Sus enormes y negras alas se abrieron y se elevaron, atravesando la alta ventana de la capilla y haciendo llover fragmentos de cristal roto sobre ellos. Nadya se puso de pie, con la sangre manchando su piel, con los dedos en los labios.

El velo que cubría a Tranavia se desvanecía, el toque de los dioses regresaba. En ese momento su presencia se sentía mal. Nadya se preparó para la ira de Marzenya, pero no llegó nada.

Podía sentir a los dioses, pero no le hablaban.

36

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Evgenia Dyrbova: La última clériga conocida, Svoyatova Evgenia Dyrbova, clériga de Marzenya, cayó en el campo de batalla. Sus últimas palabras se consideraron una profecía de la fatalidad: los dioses retrocederían, su toque disminuiría, los clérigos serían aún más raros. Kalyazin estaría condenada, si nada cambiaba, si la guerra continuaba.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin se despertó en el suelo del santuario rodeado de polillas muertas y fragmentos de cristal. Abrió los ojos justo a tiempo para ver que la clériga se desmayaba y que su amigo Akolano no llegaba a tiempo para evitar que se estrellara contra el suelo.

La luz seguía rodeando su cabeza.

—Nadya —susurró el chico, levantándola. Miró a Serefin, poniéndose rígido al notar que estaba despierto. Dejó suavemente a la clériga en el suelo y recogió una daga desechada.

—Sabes, si te matáramos a ti también podríamos terminar esta guerra aún más rápido —dijo. Se puso en cuclillas junto a Serefin, con la daga sostenida perezosamente entre sus largos y marrones dedos.

—Adelante —murmuró Serefin. ¿Dónde estaba Ostyia? La había perdido de vista en la locura.

El chico lo estudió. Miró hacia la entrada del santuario. Negó con la cabeza.

—No. No creo que te parezcas en nada a tu padre.

Esas palabras inundaron de alivio a Serefin.

—¿Se va a poner bien? —Se incorporó hasta quedar sentado. No debería moverse en absoluto; había perdido demasiada sangre.

El chico Akolano miró a Nadya. Sus rasgos se suavizaron.

—No lo sé. Pero el hecho de que me lo preguntes hace que tenga aún menos ganas de matarte. —Extendió una mano—. Me llamo Rashid.

Serefin lo miró fijamente, divertido por la absurda normalidad del gesto.

Estrechó la mano del chico.

—Serefin.

Rashid se puso en pie y se acercó a la chica Akolana, inconsciente a pocos pasos. Mientras la revisaba, una gran polilla gris revoloteó hasta el suelo frente a Serefin.

—¿Eres la única que queda? —susurró, y le dio un codazo a la polilla en el dedo índice. Las alas de la polilla se agitaron. No. Las polillas volverían; las estrellas volverían. Había sido alterado y en ese momento tenía que averiguar qué significaba eso.

—Suéltame, estoy bien, estoy bien. —La voz de la chica Akolana sonó. Se sentó, sujetándose la cabeza. Sus ojos se entrecerraron mientras escudriñaba la habitación—. ¿Dónde está…? —Pero se interrumpió, su pregunta quedó inconclusa.

Se movió y se arrodilló junto a Nadya. Un relámpago sacudió la habitación, demasiado cerca para ser cómodo, pero la lluvia de fuera era en ese momento sólo lluvia. Serefin se puso en pie, buscando en la sala alguna señal de Ostyia.

La encontró tumbada debajo de una columna, como una muñeca de trapo desechada. El pánico se apoderó de su pecho. Parecía que no respiraba. *No, Ostyia no*. Se arrodilló junto a ella, dudando en mirar más de cerca. No quería la confirmación de una tragedia. No quería saberlo.

—No puedes morir —graznó. Cuando la tocó, una constelación de estrellas se formó alrededor de su mano—. Si a mí no se me permite morir, a ti tampoco.

Ostyia respiró entrecortadamente. Empezó a toser, con los hombros temblando.

—¿Serefin? —Su voz era rasposa.

—¿No hemos tenido ya esta conversación? —Intentó bromear, pero le salió mal. Casi la había perdido. Tenía tan poco; era incapaz de considerar siquiera lo que podría haber pasado con Kacper. No podía perderlos.

—Tenemos que encontrar a Kacper —dijo ella, enderezándose. Sus ojos se abrieron de par en par cuando alargó la mano para tocar la piel bajo su ojo

izquierdo—. ¿Todavía puedes ver fuera de esto?

Cuando cerró su ojo bueno, su ojo malo seguía siendo un desastre borroso.

—Está igual, ¿por qué?

—Está lleno de estrellas, Serefin. —Su voz era tranquila, asombrada—. Estás rodeado de estrellas.

Se sentó sobre sus talones, sin saber qué decir. *Sí, esto es lo que pasa ahora no parecía hacerle justicia*. No sabía lo que significaba.

Detrás de ellos, la clériga se agitó.

NADEZHDA LAPTEVA

La cabeza de Nadya latía con fuerza. Contempló el hermoso techo de la catedral y pensó en rendirse.

Tal vez lo que habían hecho cambiaría las cosas. Tal vez las cosas serían mejores en ese momento. O, tal vez, acababan de poner en marcha algo mucho peor. La mano le dolía con un dolor sordo y punzante. La espiral se clavaba en la palma de la mano, como un recordatorio.

Nadya se incorporó lentamente, mirando hacia la ventana por la que había desaparecido Malachiasz. Le había mentido, la había traicionado, y ya se había ido.

Se sentía vacía, totalmente agotada. El príncipe se arrodilló frente a ella, evidentemente dolorido.

Nadya sonrió débilmente. Extendió una mano.

—Creo que nunca nos han presentado —dijo en voz baja. La firmeza con la que hablaba Tranavian se aflojó, y su acento Kalyazi se fundió en sus palabras—. Me llamo Nadezhda Lapteva, pero puedes llamarme Nadya.

Su ojo cicatrizado tenía un aspecto diferente. Era de un azul más intenso que su otro ojo pálido, y las estrellas brillaban en constelaciones en sus profundidades. Le cogió la mano. Los dedos de él eran cálidos al rodear los suyos.

—Serefin Meleski, y *por favor*, llámame Serefin —respondió. Una enorme polilla gris bajó revoloteando del techo y se posó en su pelo castaño —. ¿Sabías que tienes un halo? —preguntó. El chico torpe y extrañamente encantador seguía ahí, bajo el cansancio y las estrellas. Debajo del poder que se sentía divino.

Levantó una ceja.

—¿Sabías que tienes una polilla en el pelo? —Él sonrió y asintió.

Un relámpago cayó justo a las puertas de la capilla, haciéndolos saltar a todos.

El cadáver del rey tranavo estaba al otro lado de la habitación. Un cáliz yacía en el suelo junto a él. Su sangre se había secado en las manos de Nadya, dejándolas rígidas.

Su mirada pasó por encima del cuerpo, fijándose en el cáliz. Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho al mirarlo.

Así que había hecho lo que se había propuesto; así que había matado al rey, había roto el velo. ¿A qué precio? Un precio más alto del que estaba dispuesta a pagar y más preguntas de las que estaba dispuesta a responder.

Elevó una plegaria a Marzenya. No tenía cuentas de oración, no tenía nada.

Su plegaria fue recibida con un silencio frío y deliberado, y eso le dolió a Nadya, pero sabía que la diosa la había escuchado. El velo había desaparecido por fin, de verdad.

Nadya volvió a mirar hacia la ventana de la catedral, que estaba destrozada, y los fragmentos de cristal cubrían el suelo a su alrededor. El poder negro de Malachiasz le picaba bajo la piel mientras luchaba contra su propia magia divina.

Lo liberaría si pensara que podía hacerlo; si sirviera de algo, lo purgaría, rompería el último trozo que la ataba al Buitre Negro.

Le dolía la palma de la mano y movió los dedos de la mano izquierda, sintiendo cómo la piel se estiraba y tensaba alrededor de la herida en espiral. Se levantó con movimientos lentos. En el suelo, a cierta distancia del cuerpo del rey muerto, había una corona de hierro. La recogió y regresó al lugar donde Serefin estaba sentado con una mirada confusa.

—El rey ha muerto, larga vida al rey —dijo, entregándosela.

Él la miró. Sus ojos eran en ese momento de otro mundo, fantasmales y divinos en la forma en que las estrellas se arremolinaban en la oscuridad de su ojo izquierdo, en contraste con la palidez gélida de su ojo derecho. Serefin se río con cansancio.

—Palabras que nunca creí escuchar.

—¿Dónde están todos los Buitres? —preguntó Ostyia.

—La mayoría probablemente huyó con su rey —dijo Serefin.

—Supongo que la siguiente pregunta sería, ¿dónde está su nobleza? —preguntó Parijahan.

Serefin negó con la cabeza.

—Esperando a ver quién sale vivo de esta catedral, lo más probable. Lo que requiera la menor cantidad de manos ensuciadas.

Agarraba con fuerza la corona de hierro entre sus manos.

No cree estar preparado para esto, se dio cuenta Nadya. *Está asustado.*

Era extraño ver a Serefin como un niño y no como el terrorífico mago de sangre del que se había hablado en todo el monasterio donde ella había crecido. El monasterio que había quemado hasta los cimientos.

Ostyia tocó su mano.

—Iré —dijo, con voz tranquila. Serefin asintió. Se escabulló fuera de la catedral.

Parijahan recogió el cáliz que yacía cerca del rey. Nadya se apartó de él cuando lo acercó.

—Confié en él —susurró Parijahan, con sus ojos grises empañados. Se encontró con la mirada de Nadya, con evidente simpatía.

Yo también. Peor aún, creo que lo amaba.

Sin pensarlo, los dedos de Nadya se cerraron sobre el tallo, tomándolo de ella. Era de plata y cristal. Todavía había sangre en el fondo. Sus dedos miraron distraídamente el borde.

Todo parecía turbio y nebuloso. Como si estuvieran despertando de un sueño. Estaba claro que Serefin sentía lo mismo.

Serefin seguía sosteniendo la corona en sus manos, tanteando con ella, con el rostro desconcertado y desgarrado. Se levantó y dio un paso hacia el cuerpo de su padre, con un parpadeo de dolor en sus facciones. Parijahan se movió para detenerlo, con una mano en su brazo.

—Déjame —le dijo suavemente.

—El anillo —dijo él, con alivio en la voz.

Parijahan asintió y se movió para deslizar un pesado anillo de sello de la mano del rey. Se lo entregó. Él se lo agradeció en silencio, con el anillo en una mano y la corona en la otra. Dudó antes de deslizar lentamente el anillo en el dedo más pequeño de su mano derecha. La corona permaneció agarrada en su mano.

Nadya estuvo a punto de intentar contactar de nuevo con los dioses, pero algo la retuvo. Nunca había tenido miedo de los dioses. Pero después de haber estado a punto de perderlo todo, y de darse cuenta de que su magia era algo que poseía, no una cosa que le dieran o quitaran los dioses a su antojo, le preocupaba que no la trataran igual. Había dudado demasiado, había ido contra su voluntad demasiadas veces. Había amado a la persona equivocada.

Pero seguía creyendo en ellos; en su versión de los dioses, no en la de Malachiasz, y esperaba que eso significara algo. Eso no significaba que no tuviera preguntas —tenía mil—, pero estaba dispuesta a hacerlas. Pero… tal vez todavía no.

Nadya suspiró con fuerza. Serefin la miró. Levantó una mano y la polilla se desplazó hasta posarse en el anillo del sello.

Un chico que es mortal y quizá un poco divino, pensó Nadya. No creía en los dioses, seguía siendo un hereje, y dudaba que lo que le habían hecho hubiera cambiado sus creencias. Seguía siendo un mago de sangre.

Sin embargo, él le sonrió y ella se preguntó si eso estaba bien.

—¿Será suficiente? —le preguntó—. ¿Para detener la guerra?

Malachiasz estaba equivocado, tenía que estarlo.

Serefin movió la mano y la polilla salió volando.

—Lo será.

Epílogo

EL BUITRE NEGRO

No sabía lo que quería.

El hambre. La necesidad cruda y rasposa que lo había vaciado, que le había arrancado el núcleo y que no le había dejado más que *desear*. No había nombre para ello, para lo que el hambre quería. Para la disonancia que se deshacía y se reformaba y creaba una cacofonía de palabras y voces y *demasiado fuerte*.

Sabía a dónde ir a partir de aquí. Un lugar para esconderse, para recuperarse, para planificar. Piezas que mover y quitar y sacar adelante. Necesitaba… necesitaba…

«Nunca esperó llegar tan lejos». «Nunca esperó *sobrevivir*».

Lo que necesitaba no importaba; la oscuridad le estaba arañando.

Le quedaba muy poco tiempo. Más tiempo del que esperaba. «Estar sin hacer era un asunto tan desagradable».

Un punto de claridad, insistente en su regreso rítmico, golpeó contra las esquinas de su conciencia, una sola nota: arrepentimiento.

Arrepentimiento.

Arrepentimiento arrastrado por la *embriagadora* emoción del poder que *era mayor*, que era más. Barrido con los últimos posos de mísera debilidad que intentaban obligarle a mirar atrás, a mirar hacia atrás.

«No había vuelta atrás».

Se hizo más grande, una inmensidad en el cambio de *humano, apenas, algo que no lo es*.

Las puertas de piedra se abrieron ante él, conduciendo a una oscuridad tan completa que bajar los escalones hacia ella sería como dejar de existir.

«Qué apropiado».

Tocó ligeramente un símbolo, toscamente tallado en la pared de piedra, que sus manos habían contemplado tantas veces.

Pensó que sus enemigos llamaban a ese lugar el infierno en la tierra.

Ese lugar en el que la sangre corría con demasiada libertad, sin quererlo.

Su mano presionó la piedra, encontrándola pegajosa de sangre fresca. Dudó; un pensamiento apremiante le punzó el corazón, un recordatorio, un mantra.

Susurró a la oscuridad:

—Mi nombre es… —Sacudió la cabeza. Ya no existía.

Hubo una vez un niño que se rompió en pedazos y se recompuso en forma de monstruo. Una vez hubo un chico que se aferró a los restos de lo que le quedaba mientras se le caía entre los dedos. Una vez hubo un chico que destruyó lo poco que le quedaba porque *no era suficiente*.

El chico había desaparecido. El monstruo se había tragado el corazón que latía en su pecho.

Dejó que la oscuridad se lo llevara.

Agradecimientos

En primer lugar, todo mi agradecimiento a mi encantadora agente, Thao Le, extraordinaria maga de la trama. Muchas gracias por ver la chispa de algo bueno en mi desordenado primer manuscrito, por darme una oportunidad y por empujarme a ser mejor. Y también gracias por usar a Kylo Ren para que descubriera a Malachiasz. No puedo creer que haya funcionado. Por trabajar juntos en muchos más libros.

A mi editora, Vicki Lame, por entender este pequeño y extraño libro y mis ridículos Niños Monstruos de manera total y completa. Y también por todos los gifs de Kylo Ren. Hay un poco de tema aquí.

Gracias, gracias, gracias al equipo de Wednesday Books por acoger mi libro y a mí con un entusiasmo increíble. A DJ, Jennie, Olga, Melanie, Anna y Meghan.

Gracias a Rhys Davies por dar vida a este extraño mundo.

Gracias a Mark McCoy por la ilustración más black metal que jamás haya tenido la portada de un libro.

Muchas gracias a Allison Hammerle, que sobrevivió viviendo conmigo mientras escribía este libro. Gracias por todas las noches en las que hablé de mis problemas con la trama y soportaste que me tumbara en el suelo y agonizara sin descanso. Eres el verdadero MVP.

A mis increíbles primeros lectores: la malvada reina de la coherencia, Phoebe Browning (sí, por fin hay un muro alrededor de Grazyk), Basia P, Revelle G, Jennifer A, Angela H y Vytaute M. Sois todos maravillosos y no sé si este libro existiría sin vuestros comentarios y ánimos.

A mi público de Tumblr: Diana H, Hannah M, Marina L, Chelsea G, Dana C, Lane H, Jo R, Sarah M, Ashely A y Larissa T. No puedo creer que me hayas visto redactar públicamente ese libro. Todos hemos estado en ese sitio azul del infierno durante demasiado tiempo.

A los fantásticos escritores que he conocido en el camino: Lindsay Smith, R. J. Anderson, Rosamund Hodge, Melissa Bashardoust, Alexa Donne, June Tan, Kevin van Whye, Margaret Rogerson, Rosiee Thor, Emma Theriault, Deeba Zargarpur y Caitlin Starling.

A Leigh Bardugo, líder de un aquelarre editorial y una maravilla en general. Gracias por apoyar a una joven escritora en Tumblr y por todos sus sabios y oportunos consejos. Pero sobre todo por ser la persona a la que puedo gritar sobre ese ridículo musical de la Dragonlance.

A Christine Lynn Herman, mi reina de las brujas, gracias por colarse en mis DMs y proclamarnos amigos. Rory Power, probablemente no me pelearé contigo en un aparcamiento. Y Claire Wenzel, aspiro a ser la mitad de mordazmente ingeniosa que tú; además, termina de escribir tu libro.

Gracias a los fenomenales artistas que ya han mostrado su amor por mi libro: Nicole Deal, Therese A y Jaria R, especialmente. A los libreros que han dado una oportunidad a ese libro y tantas palabras amables al principio.

Al equipo de trabajo en el grupo de traducción: Craven, Casiopea, Selene, Nicte y Andromeda. Al grupo de corrección: Cefeo, Octantis, Hydrae, Draconis y Nyktos. La lectura final a Andromeda y al diseño a Hydrae.

Y, por último, gracias a mi familia por su apoyo de toda la vida a mis extraños intereses y a mis costumbres de ermitaño. Gracias por permitirme ser reservado con mis escritos hasta que estuve listo para mostrarlos al mundo.



EMILY A. DUNCAN vive en Ohio y trabaja como bibliotecaria de servicios para jóvenes. Obtuvo un máster en biblioteconomía en la Universidad Estatal de Kent, que le enseñó sobre todo a encontrar oscuros textos de folclore eslavo a través de los sistemas de préstamo interbibliotecario. Cuando no está leyendo o escribiendo, le gusta jugar a grandes cantidades de videojuegos y a Dragones y Mazmorras. *Santos crueles* es su primer libro.

Notas

[1] Que goza de gran prestigio (N. T.). <<

[2] Apelativo cariñoso, próx cariño o fierecilla (N. T.). <<

[3] Doncella o jovencita (N. T.). <<

[4] Tocado femenino (N. T.). <<

[5] Príncipes (N. T.). <<

[6] Las noticias del día de hoy (N. T.). <<

[7] ¡Que no se te olvide! (N. T.). <<

[8] Espada (N. T.). <<

[9] Bebida fermentada a base de miel (N. T.). <<

[10] Sopa agria común en Europa del Este y Asia del Norte (N. T.). <<